AUGUSTO MIJARES

LO AFIRMATIVO VENEZOLANO

EDICIONES
DE LA
FUNDACION EUGENIO MENDOZA
CARACAS
1963

BIBLIOGRAFIA
DE DON AUGUSTO MIJARES

La interpretación pesimista de la Sociología Hispanoamericana. Primera edición, en folleto, Caracas, 1938. Segunda edición, en volumen, Madrid, 1952.

Hombres e Ideas en América. Primera edición, Caracas, 1940. Segunda edición, Caracas, 1946.

Educación. México, 1946.

Libertad y Justicia Social en el pensamiento de Don Fermín Toro, Caracas, 1947.

La luz y el espejo, ensayos, Caracas, 1955.

Los adolescentes, novela, Barcelona (España), 1958.

El proyecto de América, Caracas, 1960.

Don Julián Viso, Biografía, Caracas,

La evolución política de Venezuela, 1810-1960, en el libro *Venezuela Independiente, 1810-1960,* Caracas, 1962.

LO
AFIRMATIVO
VENEZOLANO

AUGUSTO MIJARES

Lo Afirmativo Venezolano

EDICIONES
DE LA
FUNDACION EUGENIO MENDOZA
CARACAS
1963

SUMARIO

PÁGINA

OFRECIMIENTO

DE LA

FUNDACION EUGENIO MENDOZA

La FUNDACION EUGENIO MENDOZA se complace en presentar este libro del Profesor Augusto Mijares, intitulado Lo afirmativo venezolano. *La personalidad del autor no necesita nueva glosa, puesto que unánimemente tiene reconocido un muy señalado lugar en las letras contemporáneas venezolanas, como sociólogo, historiador y ensayista. La obra que hoy ofrecemos es, a nuestro juicio, índice muy expresivo del pensamiento y del estilo de don Augusto Mijares.*

En los momentos que vive actualmente el Continente Americano habrá de ser oportuna la aparición de este libro en el que se recogen — como se expresa en el primer capítulo — los testimonios que afirman en Venezuela "la continuidad de la conciencia nacional", a base del ejemplo histórico de los mejores, apoyado en el análisis de los rasgos más nobles de su carácter como pueblo. Es una saludable lección ante la grave crisis que sufre la moral colectiva en nuestros días.

Hemos contado con la cooperación de un grupo de empresas especialmente vinculadas con la Fundación, las cuales han decidido distribuir una parte de esta edición con ocasión del fin de año. Ojalá que en fechas sucesivas se puedan llevar a cabo otras publicaciones similares hasta convertir en costumbre esta primera iniciativa.

FUNDACION EUGENIO MENDOZA

Caracas, noviembre de 1963.

LO AFIRMATIVO VENEZOLANO

DESDE HACE muchos años, quizás desde la adolescencia, pensaba en un libro que pudiera llevar por título "Lo afirmativo venezolano"; y en 1940, en un pequeño ensayo sobre "Los sembradores de cenizas", indicaba porque era necesario aquel libro, como antítesis a los que se empeñan en regar esterilidad sobre el suelo de la patria.

Los sembradores de cenizas son, en la vida privada, esos padres que maltratan de palabra a sus hijos con juicios despreciativos sobre su carácter: "este chico es muy voluntarioso", "este chico es cobarde"; o bien: "es malvado", "es torpe", "es incorregible". A veces eso se hace simplemente por impaciencia y necedad, a menudo por mal entendido cariño y creyendo corregir a los niños; a veces con verdadera sevicia y por deseo de ostentar superioridad y dominio. Se nos encoge el corazón al presenciar que al niño se le señala así una falsa y humillante personalidad, y que se le condena a luchar contra ese fantasma durante toda la vida. Aquellas afirmaciones irreflexivas son como un espejo deformante que el chico encuentra ante sí en todo momento, durante el período más delicado de su integración psicológica, y esa imagen obsesionante de sí mismo tiene que producirle —hasta que se liberte de ella, si es que algún día lo logra— innumerables conflictos de rencor, vergüenza, frustración, timidez y desesperación. "Quizá una lucha que durará toda su vida no llegue a separarlo de esa falsa personalidad. Y así como bajo la luz cenital del mediodía nuestra sombra se incorpora a nosotros mismos, quizás para ese niño su madurez de hombre no será la madurez de sí mismo, sino la de esa mala sombra, que le amarraron a los pies desde sus primeros pasos por la vida" (1).

Pero los sembradores de cenizas también existen para alardear ante su propio país, como los padres ante los niños, y sentirse superiores y dominantes con el fácil recurso de deprimir a los otros. En el caso concreto que quiero señalar: a Venezuela, al pueblo venezolano.

(1) Augusto Mijares, "Los sembradores de cenizas", en el volumen "Hombres e Ideas en América". Caracas, 1940.

No es difícil observar que cuando uno de estos Narcisos —Narcisos por la auto contemplación egoísta— aparentan lamentar que Venezuela hizo tal o cual cosa contra Bolívar, Miranda o Bello, es porque él mismo quiere señalarse como un Bolívar, un Miranda o un Bello, incomprendido. Y cuando habla de que todos los venezolanos somos ingratos o corrompidos o frívolos, sólo le interesa ponerse a sí mismo como paradigma de las virtudes opuestas.

Otras causas han concurrido también, desde luego, a crear ese funesto hábito de blasfemar contra la patria o cubrirnos de cenizas y de lamentaciones. La más evidente de esas causas es el contraste que debió afrontar la conciencia nacional cuando nuestros infortunios políticos —guerras, desorientación, personalismo— y la miseria del país, produjeron a mediados del siglo pasado la caída vertiginosa de la República en relación con las aspiraciones colectivas de regularidad legal, probidad administrativa, libertad y cultura, que hasta entonces se habían mantenido intactas. Desde el propio siglo XVIII venían aquellos ideales, y el deseo de realizarlos fue el núcleo espiritual que dio nacimiento a la Patria; durante la guerra emancipadora se afirmaron como justificación moral de la Revolución y de los sacrificios que ésta imponía; en los primeros años de la República de 1830 presidieron la reconstrucción moral y política que Venezuela logró. Y de pronto, todo comenzó a derrumbarse: la anarquía y el despotismo, crueldades, mentiras y prevaricaciones, ocuparon el primer plano de nuestra vida pública. Aquel contraste y esta realidad alucinante fue para nuestros padres sufrimiento de todos los días; no es extraño, pues, que se los tomara como la realidad única y fundamental de la patria.

Pero la verdad es que aún en los peores momentos de nuestras crisis políticas, no se perdieron totalmente aquellos propósitos de honradez, abnegación, decoro ciudadano y sincero anhelo de trabajar para la patria. Aún en las épocas más funestas puede observarse cómo en el fondo del negro cuadro aparecen, bien en forma de rebeldía, bien convertidas en silencioso y empecinado trabajo, aquellas virtudes. Figuras siniestras o grotescas se agitan ante las candilejas y acaparan la atención pública; pero siempre un mártir, un héroe o un pensador iluminan el fondo y dejan para la posteridad su testimonio de bondad, de desinterés y de justicia.

Este libro que hoy presento intenta recoger esta presencia, esta tradición, que es la otra realidad de la patria. Desde luego, apenas es un anticipo de lo que podría ser la verdadera obra sobre lo afirmativo venezolano. Pero aún así —apenas como esbozo y guía— puede iniciar una revisión histórica fecunda. Mucho se ha insistido en sistematizar lo que de ingrato y deprimente tienen nuestros anales; me he propuesto luchar con igual insistencia contra la imagen caricaturesca que así se ha hecho del carácter nacional. El empeño de humillarnos y ofendernos —decía en mi ensayo ya citado— se ha convertido en un alarde de buen tono; es un signo de distinción y per-

mite levantar cátedra magistral; aceptamos ingenuamente que el venezolano que reniega de los venezolanos está por encima de todos, como un paradigma de capacidad y honradez. Más grave aún: compatriotas sinceros, capaces e indudablemente bien intencionados, se han dejado contagiar por el hábito funesto. Y no admiten siquiera que así como ellos mismos son un mentís a esa concepción pesimista del carácter nacional, falta quizás por descubrir centenares y millares de iguales venezolanos que —aún cuando desconfiásemos de todos los otros— podrían servir como un núcleo renovador de influencia incalculable.

Si por su propósito de reanimar la moral colectiva, este libro provocara sonrisas escépticas o desdeñosas, eso no sería sino una prueba más de cuan necesario es, para salvar a los venezolanos que aún conservan alguna tonicidad espiritual de ese entreguismo que los otros consideran tan cómodo. Sólo los pedantes y los que ya no esperan remedio para su esterilidad íntima confunden la moral con la gazmoñería y el sentimentalismo. Todo problema humano es en el fondo un problema de conducta; por consiguiente, un problema moral. Moral individual o moral colectiva. Cómo deseamos vivir, cuál es la forma de vida que consideramos superior, cómo nos proponemos vivir, son las interrogantes que mantienen en actividad el forcejeo recóndito que es lo mejor del ser humano. Por eso los conflictos morales forman el núcleo de las más apasionantes tragedias, reales o ficticias, que conmueven al hombre; los héroes y los mártires, los santos y los libertadores, por una parte, y del otro lado los pícaros y los tontos, los cobardes y los embusteros —todo lo que es elevado y admirable y lo que es despreciable u odioso— adquiere fisonomía a la luz de un juicio moral.

La humanidad ha dado siempre el título de heroísmo, no al combatir vulgar, sino a una íntima condición ética, que es lo que pone al hombre por encima de sus semejantes: héroe es el que resiste cuando los otros ceden; el que cree cuando los otros dudan; el que se rebela contra la rutina y el conformismo; el que se conserva puro cuando los otros se prostituyen. Un libro de moral cívica puede ser también una epopeya.

Y ese aspecto de la patria, que deseo se ilumine, puede darnos también bellezas insospechadas: hombres que quisieron ser simplemente honestos, fueron por eso mismo grandes y valerosos; a veces el que sólo pensó en defender su decoro, adquiere por su sacrificio señorío de héroe; un trabajador intelectual, que aisladamente parece una desdibujada figura, tiene sin embargo, dentro de aquella valorización moral, la categoría de un paladín; el anciano que después de haber sido zarandeado por desengaños y perfidias se aferra a sus convicciones, es un Ayax desafiante sobre el peñasco marino que siente abrirse bajo sus pies. La bondad también puede usar penacho y la honradez es muy a menudo un reto contra la mediocridad.

En Venezuela los aprovechadores suelen llamar "líricos", por escarnio,

a los hombres sinceros, entusiastas y desinteresados. Contestamos: es verdad, son líricos y grandes; si ponemos sus vidas en un libro, por una parte será una obra de moral, en otro aspecto será un canto a la grandeza y a la poesía de ese vivir.

En ese sentido "Lo afirmativo venezolano" podría ser otro canto al heroismo venezolano. Si todavía los subtítulos estuvieran de moda, le correspondería llevar éste: "Del heroismo que no figura en *Venezuela Heroica*".

Y puede ser también un ideario venezolano. Porque otro aspecto de nuestra tradición pesimista es afirmar que siempre hemos ido a la deriva, sin propósitos fijos, a merced del capricho de los poderosos y de la improvisación de sus favoritos. En parte es verdad, pero no es toda la verdad de nuestra historia. Como fruto del patriotismo, de la perseverancia y del desinterés de muchos trabajadores, a veces anónimos, podemos reconstruir una tradición intelectual que debe adquirir para la juventud tanta realidad como la que nos hemos empeñado en darle a las vergüenzas, latrocinios y perjurios de nuestra vida política. Desdeñados, perseguidos o escarnecidos, siempre han existido esos venezolanos que de generación en generación, a través de la muerte, se han pasado la señal de lo que estaba por hacerse y han mantenido la continuidad de la conciencia nacional.

Se atribuye a Guzmán Blanco haberse valido con jactancia de lo que él llamaba "el cementerio de los vivos", o sea, la reclusión en el silencio y en la inactividad de todos los que no aceptaron el unipersonalismo del caudillo. Ese cementerio cubre toda la historia de Venezuela, pero de él podemos rescatar, todavía viviente, lo mejor de nuestra realidad moral. Y explorar, valorizar y defender esa dimensión espiritual de Venezuela es tan importante como cuidar de su integridad material. O más.

EL ULTIMO VENEZOLANO

MUCHOS TITULOS que lo glorificasen merecía don Fermín Toro, que es quizás, en Venezuela, el teorizante más audaz y generoso de la generación que siguió a la de los Libertadores. En proyectos concretos hay otros contemporáneos que lo igualan o superan: Revenga, Cagigal y Vargas, en educación y como políticos que buscan base estable para nuestra agitada República; Santos Michelena, en economía, etc. Pero como representantivo de la doctrina socialista que aún no se había divorciado radicalmente del liberalismo, Toro es uno de los pensadores americanos más interesantes. Y, además, su honradez, su laboriosidad, su patriotismo, fueron ejemplares.

Presumo sin embargo que cuando Juan Vicente González lo llamó "el último venezolano", la resonancia que alcanzó este cognomento se debió, no tanto a los méritos del ilustre desaparecido, como al terrible significado que implicaba aquella denominación.

El último venezolano: es como un *finis patriae* que resume el desaliento, la renunciación, la derrota irremediable de todo el país; y así fue aceptado y repetido, casi con paradójico entusiasmo.

¿Por qué? Duro es adivinarlo: porque aquella cancelación derrotista reflejaba un sentimiento nacional, tan arraigado y unánime que durante muchos años será repetido, en las más variadas formas, por casi todos los venezolanos.

Mucho tiempo después otro gran escritor, José Rafael Pocaterra, igualmente apasionado y dolorido, publicará "Las memorias de un venezolano *de la decadencia*"; y este título, tan amargo, que debió provocar dolor, sorpresa, vergüenza o cólera, fue recibido, por el contrario, con la más natural aceptación. Dijérase que expresaba también lo que todos sentían: la devastación definitiva de la patria, o peor aún: la culpa y la ignominia de todos.

Creo recordar así mismo que en esa obra destinada a fustigar el gobierno de Gómez, el autor llega sin embargo, a decir que Gómez no era "sino la boca de una inmensa pústula".

Venezuela era, desde luego, esa inmensa pústula, y —aunque sin que-

rerlo, naturalmente, el escritor— la desdichada blasfemia cambia totalmente la atribución de responsabilidades: Gómez pasa a segundo término, la purulencia colectiva que se le señala como causa le sirve también de justificación.

A la misma época se refiere el diario de Rufino Blanco Fombona, "Camino de Imperfección", y también sobre Venezuela recae en definitiva la ignominia que en él se denuncia: "Si yo fuera tan ingenuo — leemos— que me preocupase por estos hombres alquilados o que andan buscando quien los alquile para tirar el carro de la basura, me consolaría recordando que igual y aún peor trato dio Venezuela a Miranda, a Bolívar, a Bello y a Baralt, entre otros".

Y aunque poco después parece que rectifica lúcidamente —"por fortuna para los hijos de Venezuela, ni todos fueron ayer soldados de Boves, ni todos hoy defensores de Gómez. Los unos redimen a los otros y salvan el honor del país"— no prevalece esta sensatez contra su amargura y vuelve casi inmediatamente a la síntesis desesperada e injusta: "¿He fracasado? No. Lo que ha fracasado es Venezuela en cuanto democracia, en cuanto República, y en cuanto país de civilización".

Confrontemos esta cita con la de Juan Vicente González, a la cual he aludido al comenzar, y, salvo el estilo, elegíaco en uno, agresivo en el otro, dijérase que vienen de una misma pluma: "...acaba de abrirse una tumba —decía González— y ha caído en ella el último venezolano, el fruto que crearon la aplicación y el talento, y que sazonó la paz, en los envidiados días, que para siempre huyeron, de gloria nacional! Llorarle es afligirse por los destinos de un pueblo, condenado a vivir de la ceniza de sus días pasados".

Que tres escritores de tan alta categoría puedan citarse en el curso de medio siglo, eslabonados por tal herencia de desesperación, y que coincidan los tres en considerar a Venezuela ultimada, decadente, fracasada, es un síntoma que debió alarmar y sacudir a todos los venezolanos.

Pero lo peor, repito, es que siempre aquella visión desolada fue recibida colectivamente casi con morbosa delectación.

En todas nuestras novelas figura un venezolano que piensa en escaparse al extranjero, o bien otro que comienza una obra y la tiene que abandonar por hostilidad insuperable del medio ambiente; y el venezolano que se entrega al alcohol, y el que deja hundirse su familia en la miseria y la ignorancia, y el que se embrutece en el fundo agrícola que pensó redimir, y el que corona (!) su carrera universitaria tirando del carro de la basura... Personajes frustrados y maldicientes elevados a la categoría de símbolos.

¿Cuál es el profundo trauma psicológico al que deberíamos atribuir tanto pesimismo?

¿Pensaron siempre así los venezolanos?

¿Esa reiterada auto acusación, qué es lo que indica, desvergüenza o dolor?

¿Es que con aquella cancelación espiritual pretendían los venezolanos excusarse cómodamente de responsabilidades; o buscaban, por el contrario, desesperadamente, responsabilizarse aunque fuera en la forma negativa de la congoja y la expiación?

Por lo menos debemos analizar estas y muchas otras derivaciones de tan angustioso problema. De paso adelantemos que así como el acusarse a sí mismo un individuo no indica que en realidad sea culpable, ni es a veces signo de cinismo la exhibición de sus culpas sino clamor desesperado de contricción, quizás encontremos a esa aparente desesperanza de los venezolanos un signo positivo que aún no se ha escrito.

La conciencia moral no es, por desgracia, un juez libre y ecuánime. Mientras permanece en silencio en el fondo abismático de los grandes criminales, se complace a menudo en torturar con escrúpulos y sutilezas a los hombres más rectos.

¿No habrá mucho de esto —y otro tanto de contagioso y mal entendido romanticismo— en ese afán que Venezuela demuestra de culparse y pedir castigo?

Tanta insistencia en la auto-acusación, ¿indica que nuestra conciencia moral vive exacerbada, o significa que está muerta?

CARACTER CESAREO Y CARACTER BOLIVARIANO

"LA VIOLENCIA, Cirno, es el primer mal que inflige la Divinidad al hombre que quiere perder".

Esta máxima de Teognis lo mismo pudiera ser de cualquier poeta o filósofo de la antigüedad clásica; procede del siglo VI antes de Cristo, pero sigue repitiéndose en esencia durante diez siglos más. Con lo cual quiero decir que embebe profundamente el carácter de aquella civilización: para un griego o para un romano que fuera hombre superior, o quisiera serlo, la violencia era un desorden del carácter indigno y peligroso. En todo caso, la miraba como un signo de debilidad y no de fuerza; proponíase domeñarla en sí mismo, o disimularla, porque además de parecerle indecorosa, la sentía como un signo de que iba hacia la insania y la perdición.

Paralelamente: la temperancia, la prudencia, la serenidad, no eran para él simples virtudes teóricas; las apreciaba como un distintivo de elevación espiritual y de señorío, y además como normas concretas de eficacia insuperable. Casi nos atreveríamos a decir que cuando griegos y romanos señalaban la paciencia, el valor y la constancia como atributos esenciales de la virilidad, daban a la primera de aquellas virtudes la primacía y de ella derivaban las otras dos.

"El paciente Odiseo" proclaman reiteradamente los cantos de la Ilíada y de la Odisea, como si la paciencia fuera el más alto elogio del héroe señero e imperturbable. Y casi hasta los últimos días de Roma ser paciente se estimaba como distinto del carácter superior y la señal de un ánimo invencible.

Todo esto está a mil leguas de nosotros: a nadie se le ocurrirá hoy elogiar la paciencia de un hombre si no es para dar a entender que es un pobre diablo. De modo que cualquier mentecato se atreve a menospreciar la virtud de que se gloriaba Odiseo.

Lo mismo ocurre con otras normas morales próximas a la que señalo: la duda sobre el valor de nuestra propia opinión; la curiosidad por conocer las ajenas; el respeto y la tolerancia que éstas merecen. Para el filósofo antiguo esas eran condiciones necesarias y prácticas en el camino de la sabiduría; al faltar a ellas el hombre no solamente se exhibía tosco y des-

agradable, sino que anulaba también para sí mismo toda posibilidad de perfeccionamiento. Hoy no cavilamos con tanta sutileza: sólo se respeta la opinión ajena como un sacrificio a la convivencia pacífica, o con la burlona despreocupación del que "ya sabe a qué atenerse sobre todo eso".

No he recordado ese cambio en la mentalidad universal para lamentarlo, sino a propósito de lo que se ha dado en llamar "Carácter cesáreo".

Si la antigüedad clásica hubiera querido definir un tipo del dominador, del hombre avasallante, sin duda le hubiera dado como base esa serenidad del dominio sobre sí mismo, esa continencia en la actitud, vinculada por ellos a los atributos supremos de la madurez viril.

Que César —y también otros hombres eminentes— fueran ocasionalmente desenfrenados en algún sentido, no podía indicar para sus contemporáneos sino que poseían defectos, o sufrían desmayos del ánimo, contrarios a la fuerza fundamental de su índole. El carácter cesáreo no radicaba en estos vicios o desfallecimientos, sino en la capacidad de superarlos por la paciencia, el valor y la perseverancia.

Parece ocioso recordar esto y, sin embargo, expresa en forma impresionante el extremo que quiero analizar. Este: que el carácter cesáreo ha sido tan mistificado, y por tanto tiempo —¿desde Maquiavelo?— que precisamente hoy hemos llegado a llamar "cesáreo" y a considerar como representativo de un carácter superior justamente las violencias, las extravagancias, la soberbia y la intransigencia, que para los clásicos figuraban en el otro extremo de la escala, entre las más lamentables y peligrosas claudicaciones.

Ya para la época de Napoleón el "carácter cesáreo" estaba muy venido a menos. Sin embargo, si estudiamos una iconografía del gran corso advertimos cómo su tipo físico varía desde el retrato de la juventud —figura atormentada, desgreñada y violenta— hasta el que lo representa en la plenitud, pensativo, marmóreo, inescrutable. Que este cambio correspondiera o no a la realidad, poco importa; indica de todos modos que para Napoleón la majestad estaba unida a la idea de la serenidad y del reposo reflexivo. El Capitán de Artillería podía exhibirse impaciente y rudo; el César debía aparecer imperturbable, firme, ajeno al vaivén pasional de los hombres comunes.

Cuando el carácter cesáreo llega a nuestros días ha perdido hasta esa exterioridad tan significativa: Hitler se deja retratar dando saltitos histéricos al saber la rendición de París; Mussolini no abandona nunca su gesto amenazante ni la escenografía barata del líder callejero.

Para la ceremonia de la coronación, Bonaparte se hizo adiestrar por Talma, a fin de que su majestad resultase en aquella ocasión cabalmente ceñida al severo modelo clásico. Hitler o Mussolini, llegados a parecido trance, hubieran tomado como modelo un boxeador o un vendedor de feria obsequioso y sonriente.

En América se dieron a paletadas —entre nuestros caudillos y hasta los grados más bajos de nuestra mandonería— esos Césares que debían desprestigiar para siempre el carácter cesáreo.

Su historia y sus características fueron iguales en todo el continente: llamar ambición a los simples apetitos; considerar la falta de escrúpulos como una superioridad; atropellar a los desvalidos y creer que esa violencia merecía llamarse fuerza; confundir la ostentación del mal gusto con la magnificencia; no dejarse aconsejar por nadie, pero dejarse manejar por cualquiera de sus favoritos; pagar grotescamente lisonjas en las que nadie creía; proclamar como indestructible el poder que día a día necesitaban defender medrosamente con suplicios.

Pintar esos caudillos y caudillejos, esos líderes y lidercillos, es la mejor manera de juzgarlos; pero es preciso llegar hasta la anécdota menuda que es lo más revelador. En Venezuela, por ejemplo, durante la Presidencia de Cipriano Castro se llegó a publicar en el diario del gobierno que un baile ofrecido por el caudillo "era una de las glorias más brillantes de la Restauración". Y el elogio gustó tanto al Restaurador que su autor publicó un folleto con ese y otros editoriales análogos.

Algo muy curioso también: Rosas había sido aclamado Restaurador; y, sin embargo, Castro aceptó el mismo título. Por ignorancia o porque la avidez de lisonjas llega a agrandar las tragaderas a esos gobernantes hasta un límite inconcebible.

Guzmán Blanco —a pesar de su talento y de muchas otras condiciones que merecían mejor suerte— no escapó a esa fascinación de los desplantes, las violencias y la teatralidad que sin duda consideraba necesarios para demostrar "carácter cesáreo". Y precisamente lo que más nos hace dudar de la superioridad de Guzmán Blanco es la incontinencia de lisonjas en que se complacía. A su círculo de turiferarios se le llamaba la Adoración Perpetua, lo cual quizás no le hubiera desagradado al caudillo de haberlo sabido, pues la verdad es que llegó un momento en que sin duda él mismo no se daba cuenta de si él era un Mariscal de Napoleón I, el propio Napoleón III, o el mismísimo Santísimo Sacramento.

Sin embargo, los venezolanos fuimos relativamente afortunados en esos aspectos de lo trágico-grotesco. Casi todos nuestros déspotas fueron hombres serios, campesinos concienzudos y prácticos.

Sufrimos más en otro sentido: porque ni los monarcas más autoritarios de Europa fueron tan intransigentes como nuestros gendarmes en el celo de que nadie los aconsejara, que "no se metieran en sus asuntos", que nadie se les igualara. La misma poquedad íntima que los obligaba a reclamar cada día más y más lisonjas reconfortantes, los hizo extremadamente suspicaces en resguardo de su autoridad discrecional; y más desconfiados hacia "el que se las echa de honrado" y "el que se las echa de que sabe".

Y sufrimos más, también, porque el ejemplo de esas intemperancias no se atribuyó a César; parece que a nuestros caudillos les gustaba más que se los comparase con Bolívar. Así nació el mito del "carácter bolivariano", que en realidad nadie fue a buscar en la historia del Libertador: se construyó atribuyéndole a nuestro héroe máximo —y elogiando como paradigmas de grandeza— los apetitos, la incontinencia, la soberbia y hasta la crueldad que se querían glorificar en el mandón que por el momento fuera amo del puchero y de la cachiporra.

La parodia del "carácter cesáreo" se formó por la deformación paulatina del modelo clásico; porque frívolamente se creyó que eran virtudes de César —o de cualquier otro modelo eminente— lo que precisamente estos mismos héroes hubieran considerado sus deficiencias o momentos desgraciados: el uso de la violencia, los apetitos desordenados, la necesidad de lisonjas, etc. El mito del "carácter bolivariano" se engendró por un proceso hasta cierto punto en sentido inverso: no del modelo hacia los que querían presentarse como sus continuadores históricos, sino fabricando en cada caso, a la medida del caudillo de turno, un Bolívar que justificase el exiguo ejemplar que se quería magnificar. Si el amo del momento era un déspota, se insistía sobre "la dictadura" de Bolívar; si era una bestia cruel, se le parangonaba tácitamente "la energía del Libertador"; si era intransigente y testarudo, se sacaba a la luz el "autoritarismo" del héroe; y así se glorificaron la concupiscencia y la vanidad como si se tratase de alta y legítima ambición; el medroso recelo de los usurpadores como si derivara de un auténtico designio político; la dilapidación y la insolencia como rasgo de magnificencia; los desplantes de la grosería como irresistibles ímpetus del genio.

El supuesto carácter bolivariano fue deformándose de esa manera, casi hasta llegar a ser una monstruosa mescolanza de los desórdenes morales que iban surgiendo en la grotesca procesión de caudillos, líderes pseudo intelectuales, Jefes Civiles, Comisarios y gendarmes. En cada escalón de aquella ominiosa jerarquía del atropello se hallaba instalado un insensato dispuesto a ser un César, un Napoleón o un Bolívar —pero de preferencia un Bolívar— con los más oscuros recursos de la mandonería.

Que la gente culta sonría ante estas farsas y que el pueblo, de otra parte, salvara con su candorosa admiración el recuerdo del héroe, no son razones para considerar sin peligros esa secular mistificación; hay una abultada masa que ni tiene los conocimientos necesarios para defenderse de la reiterada mentira, ni posee la ferviente y hermosa credulidad con que el pueblo se inmuniza.

Y más peligroso es aún, lo repito, porque llega a cambiar totalmente la apreciación moral de vicios y virtudes; y este mal sí llega a todos. Cualquier tonto, si tiene con quien mostrarse brutal, se cree hombre enérgico; le avergüenza ser respetuoso, como si esto fuera un signo de debilidad;

alardea de opiniones inflexibles, porque no sospecha que la testarudez es una demostración de estrechez mental, de cobardía o de pereza; ostenta sus extravíos —y el dinero mal habido con que los paga— porque le parece que eso lo coloca por encima de los demás. Paradójicamente: es grosero para ser distinguido; desvergonzado para despertar admiración; pícaro para que lo alaben; agresivo para que lo respeten.

Para comenzar a reconstruir lo que fue el verdadero carácter bolivariano, he encontrado dos datos históricos tan adecuados que parecerían elaborados de propósito. Forman el contraste de lo que erróneamente se quería imitar en el Libertador y lo que realmente fue éste; y sólo lamento que, una vez más, la parodia ponga en evidencia a Guzmán Blanco, a quien preferiría elogiar porque indudablemente demostró auténticos dotes de hombre superior, aunque mediatizadas por defectos capitales.

Cuenta Alirio Díaz Guerra en su libro de recuerdos "Diez años en Venezuela" que en cierta ocasión Guzmán Blanco le ofreció personalmente el Rectorado del Colegio Federal de Ciudad Bolívar, cargo que él no pudo aceptar por varias razones. "Usted incurrió en grave error —le explicó un amigo— al no aceptar el ofrecimiento. El General no consiente en que se le niegue nada de lo que propone. . ."; y tal como le auguraba este amigo, aquel incidente bastó para que Guzmán lo apartara para siempre de la administración.

Indudablemente esta actitud de Guzmán estaba en la línea de lo que se creía un carácter enérgico; era lo que se estimaba indispensable para hacerse respetar; a lo mejor creía el Ilustre que lo hombreaba con el Libertador. . .

Pero es el caso que en Bolívar encontramos rasgos de conducta absolutamente opuestos. Entre otros, éste: en 1828 el General Salom se niega a aceptar la Intendencia y Comandancia General de Maturín, y Bolívar no tiene a menos escribirle: "Yo no quiero que la República se pierda en mis manos, ni usted tampoco lo deseará. Así, le ruego con lágrimas en los ojos y postrado a sus pies que no me abandone, haciendo el sacrificio honroso de ir a Maturín. . .". Y lejos de lastimarse porque Salom lo hubiera obligado a este extremo, le reitera pocos meses después: ". . .no puede usted imaginarse cuánto placer me ha causado saber que usted se ha resignado a un sacrificio que ha debido costarle mucho: sólo yo, que conozco a usted tan a fondo, sabré apreciarlo".

En contraste las dos ocurrencias narradas, la conducta de Guzmán aparece sencillamente pueril e indigna a un mismo tiempo; y cuánta grandeza y fuerza podemos admirar en la de Bolívar, al convertir en un problema de Patria y en una decorosa deliberación con el amigo el incidente que hubiera podido separarlos para siempre.

Con Sucre se repite en dos ocasiones el mismo caso. En noviembre

de 1823 Sucre rehusa aceptar el mando de las tropas colombianas en el Perú, enojado por "la memoria o relación —dice— del Secretario de Guerra al Congreso, en la cual me ha presentado el Gobierno ante los pueblos de mi patria como un jefe nulo e incapaz". Bolívar le contesta: "He visto todo y he procurado satisfacer a usted: todavía haré más por lograr persuadir a usted de que yo no le he ofendido ni aún remotamente, y que si lo he hecho estoy pronto a dar a usted una plena satisfacción, porque yo soy justo y porque amo a usted muy cordialmente a pesar de todo". El otro incidente se produjo menos de un año después, en setiembre de 1824: Sucre fue enviado a retaguardia para reorganizar las tropas que habían quedado dispersas, y nuevamente se sintió humillado. Casi en tono violento le expone al Libertador sus quejas, le recuerda que declinó "el primer rango del Perú que obtuve una vez por la representación nacional", y no sin cierto retintín de sarcasmo le reitera: "yo puedo y quiero ser de simple particular en Colombia un buen ciudadano, ya que la suerte no me ha protegido bastantemente para ser un buen miltar...". La contestación de Bolívar es una de las más hermosas manifestaciones de aquel gran carácter: en tono festivo comienza por decirle a su subalterno, usando una expresión de Rousseau, que "esta es la sola cosa que usted ha hecho en su vida sin talento", lo colma de expresiones afectuosas, le reprocha que "si salvar el ejército de Colombia es deshonroso, no entiendo yo ni las palabras ni las ideas", y concluye: "Si Ud. se va, no corresponde Ud. a la idea que yo tengo formada de su corazón. Si usted quiere venir a ponerse a la cabeza del ejército, yo me iré atrás, y usted marchará adelante para que todo el mundo vea que el destino que he dado a usted no lo desprecié para mí".

¿Se parece esto en algo a las relaciones que los caudillos suramericanos establecían con sus amigos y subordinados?

Más típico aún es el contraste en otro aspecto del carácter bolivariano, que también en las relaciones con Sucre se manifiesta constantemente: la convicción de que Sucre ha de igualar y aún superar la gloria del Libertador. Sabido es que la aparición de un presunto émulo fue para los caudillejos suramericanos el motivo más seguro de desasosiego y de cólera; de tal manera que dentro de las intrigas palaciegas, insinuar elogios en ese sentido sobre algún colaborador de valimiento era la forma más eficaz de perderlo. Bolívar, por el contrario, se complace en aquella posibilidad: no menos de tres veces —buscando al azar— encontramos que expresa esa convicción de que Sucre lo rivalizará; y siempre la aduce como una razón para procurar a su subalterno la ocasión de llegar a aquel destino sin igual. Cuando por primera vez le habla de Sucre a O'Leary, se lo describe así: "Es uno de los mejores oficiales del ejército; reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom. Por extraño que parezca, no se le conoce, ni se sospe-

chan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día me rivalizará". En 1823 reitera la misma idea: "...como Dios le dé una victoria será mi rival en sucesos militares, porque del Ecuador para el Sur lo habrá hecho todo hasta el Potosí". Cuando participa a Santander el triunfo de Ayacucho: "Sucre —le dice— ha ganado la más brillante victoria de la guerra americana". Y hasta en los días sombríos, cuando se siente viejo para enfrentarse a la anarquía americana, no duda en poner a Sucre sobre sí mismo, sin rastro de envidia o de recelo contra su brillante y joven sucesor: "Diráse —le escribe— que yo he libertado el Nuevo Mundo, pero no se dirá que yo haya perfeccionado la estabilidad y la dicha de ninguna de las naciones que lo componen. Usted, mi querido amigo, es más feliz que yo".

El respeto de Bolívar a la opinión pública y a los principios constitucionales es otra manifestación de su carácter que ha sido silenciada o desnaturalizada interesadamente. Buscaba ante todo el Libertador obtener una Ley Fundamental que pudieran obedecer por igual gobernantes y gobernados sin el recíproco temor que con frecuencia arrastraría estas Repúblicas a la anarquía o al despotismo. Pero cuando se presenta en 1819 ante el Congreso con el fruto de sus cavilaciones, su patético alegato apenas es escuchado. Del Poder Moral que propone llegan a decir algunos Representantes que sería "una inquisición moral, no menos funesta ni menos horrible que la religiosa", palabras éstas que quedan asentadas por el propio Congreso y que eran tan violentas como inadecuadas, pues la idea del Poder Moral provenía, como lo había indicado el mismo Bolívar, de las instituciones griegas y romanas. El Libertador acepta, sin embargo, aquel derrumbamiento de sus más queridos proyectos y respeta la decisión del Congreso. Pero como si a medida que crecía su gloria, hubiera más empeño en resistir a su influencia, el próximo Congreso de Cúcuta barre de la Constitución, a raíz de las victorias de Boyacá y Carabobo, lo muy poco que había aceptado de las ideas bolivarianas. También en nombre de esta nueva Constitución recibirían los planes del Libertador otro golpe que pudo ser mortal para toda la América. Porque ya en el Perú, y después del triunfo de Junín, el Gobierno de Bogotá le arrebata el mando del ejército colombiano, a pretexto de que era incompatible con la suprema autoridad que los peruanos le habían confiado. Peligrosa división en la dirección de la guerra, agravada por el hecho de que el mismo gobierno colombiano había ofendido a Sucre, como hemos narrado, y aquel irreemplazable lugarteniente del Libertador, legítimamente resentido, quería apartarse para siempre del servicio público. Bolívar logra sin embargo apaciguar al vencedor en Pichincha, le cede el mando del ejército unido, lo ayuda con sus consejos y en la reorganización de los auxilios que se aprestaban para la última batalla, y así, a pesar de aquel angustioso regateo entre intrigas y vacilaciones, Ayacucho asegura la libertad de América.

Este respeto de Bolívar a los principios —a la moral y a la ley— lo detiene y lo hace dudar aún durante la crisis más profunda: cuando la injusticia de sus enemigos lo exaspera, y por otra parte, se cree obligado a defender su obra. "...Debo irme —dice— o romper el mal. Lo último sería tiranía y lo primero no se puede llamar debilidad, pues no la tengo. Estoy convencido de que si combato, triunfo y salvo al país, y ustedes saben que yo no aborrezco los combates; mas, ¿por qué he de combatir contra la voluntad de los buenos, que se llaman libres y moderados? Me responderán a esto que no consulté a estos mismos buenos y libres para destruir a los españoles, y que desprecié por esto la opinión de los pueblos; pero los españoles se llamaban tiranos, serviles, esclavos, y los que ahora tengo al frente se titulan con los pomposos nombres de republicanos, ciudadanos. He aquí lo que me detiene y me hace dudar".

Ese análisis subjetivo es tan fino que llega a ser la apreciación objetiva más justa del problema político que tenía ante sí. La verdad era esa: que aunque la oposición que se le hacía era injusta y artera casi siempre, sus enemigos se habían apoderado de un principio moral sin el cual no podía él seguir adelante.

Todo el epistolario del Libertador abunda en demostraciones de ese género: calor humano, espontaneidad, preocupaciones de delicadeza y de justicia, sentimientos de cariño y de respeto, que le dan a su grandeza una flexibilidad y un señorío inimitables.

Las relaciones entre Bolívar y Peñalver merecen también estudio en ese mismo sentido. Ya varios historiadores han señalado que Peñalver tuteaba a Bolívar, mientras el Libertador le conservaba siempre el tratamiento de "usted". Creo que sólo podría explicarse esa peculiaridad por la costumbre que siempre hubo en Venezuela —incluso en las relaciones entre padres e hijos— de que el superior y más anciano tuteaba al hijo o al amigo más joven, sin que éste pudiera permitirse la recíproca. Tendríamos, pues, que el Libertador, aún en la cumbre de su gloria, se sometía a esa prerrogativa que usaba Peñalver.

Esta interpretación —que le da tanto valor a aquel hecho— está confirmada por el tono general de las cartas. Peñalver le escribe a Bolívar en tono llano, pródigo en consejos, muy extenso; y aún cuando se disculpa de esto a veces, la disculpa misma es familiar, no humilde sino afectuosa. Bolívar contesta respetuoso: siempre pondera los servicios y consejos de Peñalver, le pide que le escriba a menudo y largamente, le agradece el alivio y el provecho que sus cartas le producen. "Mucho me gusta la prudencia con que estás obrando", "Paciencia y constancia, querido Simón", "todos se han servido de las Municipalidades para hollar la Constitución, y todos los que quieran turbar en lo sucesivo el orden, se servirán de los mismos medios, si ahora no se reprueban", "Adiós, mi querido Simón, te deseo fortaleza para sufrir

tantos golpes", tales son las expresiones que usa Peñalver. Y en ocasiones sus consejos forzosamente contradictorios según la movediza situación a que se referían, podían parecer desesperantes: "Adiós, mi querido Simón, no dilates un momento en volver al país en que viste por la primera vez la luz. El clama por ti, y tú debes preferirlo a todos los otros", así le escribe para que regrese del Perú; pero apenas ha permanecido Bolívar tres meses y medio en Caracas, tiene que hostigarlo en sentido contrario: "...creo que debes salir de Venezuela a la brevedad posible, para tomar las riendas del Gobierno". Sin embargo, Bolívar nunca abandona en sus respuestas el tono de halago y deferencia: "yo no olvido a usted nunca, porque usted es el mejor hombre, el mejor ciudadano y el mejor amigo. Jamás me olvidaré de los excelentes consejos que usted me ha dado en todo tiempo... Usted sabe que usted fue el que más me animó a instalar el Congreso de Angostura, que me ha dado más reputación que todos mis servicios pasados... Usted solo me aconsejaba tal paso. También me acuerdo que el año de 13, en medio de la gloria de nuestras armas, usted me aconsejaba como un Néstor: entonces sólo usted me dijo la verdad pura y limpia, sin la más pequeña mezcla de lisonja", "cada vez que recibo carta de usted es un alivio para mi corazón despedazado por los negocios públicos", "cuando veo letras de usted me parece que son de un padre o de un Mentor".

Otra particularidad llena también de significados: ese acatamiento de Bolívar a Peñalver y la cariñosa autoridad que éste asume, no se basaban en relación familiar alguna, ni en intimidad personal tal como se entiende corrientemente: diríase una subordinación que Bolívar aceptaba gozosamente como homenaje al talento, a la sinceridad y a la honradez de su colaborador. Y siendo sólo 18 años menor que Peñalver, lo considera como un padre, así como considera un hijo a Sucre por análogas razones espirituales, y no por la diferencia de 12 años en la edad.

Ese anhelo de intimar con los hombres de ciencia y de virtud es constante en Bolívar. Algo parecido a lo de Peñalver se repite cuando descubre a Vargas en 1827: probablemente no lo conocía sino por muy vagas referencias, y Vargas ni era un Prócer de la Independencia ni tenía dotes de cortesano; pero Bolívar se apasiona por sus conocimientos y su rectitud, hace modificar los Estatutos de la Universidad para llevarlo al Rectorado, lo invita a comer, delibera con él y con José Rafael Revenga sobre Educación Pública, y a pesar de que pronto Bolívar se aleja y no vuelve a verlo, lo recuerda cuando siente que va a morir y lo designa su albacea testamentario en Venezuela.

Con respecto a don Simón Rodríguez, la reverencia y el entusiasmo del Libertador son harto conocidos. Pero aún pueden destacarse pormenores de finísima calidad psicológica. Por ejemplo: que cuando regresa Rodríguez de Europa a la América, no es él quien irá a saludar a su omnipotente discípulo. Ni siquiera le participa su llegada. Es Bolívar el que se lanza a llamarlo: "He

sabido —escribe a Santander— que ha llegado de París un amigo mío, don Simón Rodríguez: si es verdad haga por él cuanto merece un sabio y un amigo mío que adoro... Dígale usted que me escriba mucho; y dele usted dinero de mi parte librándolo contra mi apoderado de Caracas. Si puede que me venga a ver". Pero Bolívar tiene que insistir, desde diciembre de 1823 hasta mayo del 24, para que don Simón se le reúna, porque Rodríguez no quiere que se le tome por un parásito, un aprovechador. Proclama que dejó a Europa, no para buscar protección en Bolívar, sino "para que hiciese valer mis ideas en favor de la causa. Estas ideas eran (y serán siempre) emprender una educación popular, para dar ser a la República imaginaria que rueda en los libros y en los Congresos". Bolívar accede a todo, y según su costumbre de atribuir a otros aún sus propios méritos, consagra a su maestro con el elogio incomparable: "Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló...".

En la esfera estrictamente privada, encontramos otro caso, extrañamente nimbado de afecto y poesía. Es la solicitud con que Bolívar vela por la negra Hipólita que lo amamantó. Varias veces escribe acerca de ella: para fijarle una pensión; para enviarle otra cantidad adicional; para quejarse de María Antonia que no le ha pagado esta última; para pedir a su amigo Alamo que no la desampare, y, sobre todo, para proclamar siempre que se siente obligado hacia ella. En 1825, durante su viaje triunfal por el Perú, parece que la recuerda especialmente: "Te mando —le escribe a María Antonia— una carta de mi madre Hipólita, para que le des todo lo que ella quiera; para que hagas por ella como si fuera tu madre, su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otro padre que ella".

Siempre me ha conmovido en esta carta, aparte de la ternura del héroe, la unión de dos sentimientos que habitualmente no se aproximan: Bolívar llama *madre* a Hipólita, pero a la vez dice: no he conocido otro *padre* que ella.

¿Por qué padre, tratándose de una mujer? ¿No era suficiente para encomiarla el título de madre?

La imagen del padre —y sobre todo en aquel tiempo— debía evocar el cuidado viril de los bienes y del buen nombre de la familia; o el de la disciplina en el hogar. Y como sólo en esto último pudo intervenir Hipólita con respecto a "su hijo" Simón, para suplir el débil pilotaje que la verdadera madre —la doliente doña Concepción— tenía que cumplir después de la muerte de su marido, se nos ocurre pensar si la negra Hipólita no llegaría hasta zurrar "paternalmente" al futuro Libertador.

Lo cierto es que como padre y madre, a la vez, la considera Bolívar; y es otro caso en que aquel gran carácter acepta con gusto una situación de subordinación y de gratitud; otro caso en que los favores recibidos —igual que los consejos de Peñalver, la colaboración de Sucre, la sagacidad pedagógica de Rodríguez— resuenan magnificados en su corazón. Al proclamarlos se

dijera que los disfruta nuevamente; para él no es el agradecimiento enojo y cadena, sino liberación, porque permite a su gran espíritu expansionarse en el cariño y la generosidad.

Pero permítaseme que sutilice una vez más en el análisis del carácter bolivariano.

Es indudable que cuando el Libertador enaltece a Urdaneta, a Salom, a Revenga, a Palacio Fajardo, y, aún en los momentos de pugna a Páez y a Santander, realiza una consciente misión de estadista, empeñado en estructurar la naciente República por encima de cualquier preferencia o disgusto personales. Pero cuando se trata de otros —Sucre, Peñalver, Rodríguez, Vargas, Mendoza, Hipólita— nos parece descubrir en la intimidad de aquel incansable batallador un secreto psicológico que merecería delicada investigación: recordemos que Bolívar quedó huérfano de muy cortos años y que no tuvo hijos, ¿no sería una espléndida sublimación de esas mutilaciones de su personalidad, lo que aparece después en él: la búsqueda apasionada de los padres, que apenas conoció, y del hijo que no tuvo? El hijo lo busca en muchos —quizás desde la glorificación simbólica de "el joven Girardot"— y cuando lo encuentra en Sucre lo agasaja y lo pone sobre sí en todo momento. Los padres —sobre todo, el padre— cree encontrarlo en todos los hombres que se le imponen por la virtud, el talento o los conocimientos; y voluntariamente se les somete.

Numerosos comentaristas han exagerado la díscola niñez del Libertador; y no fueron capaces de advertir que sus mayores afectos de hombre los dedicó a los que habían domeñado aquella turbulencia infantil: Rodríguez y la negra Hipólita; y cómo siempre suscitarán en él entusiasmo y afecto los hombres que —símbolos del padre— lo obligan a medirse, a respetar, a agradecer o a deliberar: Peñalver, Rodríguez, Vargas, Mendoza.

En este punto el análisis científico podría unirse a la más exaltada glorificación lírica: de un hecho negativo o infortunado vemos fluir innumerables sentimientos benévolos y hermosos. "Leche de la ternura humana", según la expresión de Shakespeare, que en el Libertador es manantial inagotable.

Y quizás esa trasmutación de valores y de sentimientos es el único secreto de la verdadera grandeza humana.

"UN MUNDO DE INSPIRACION Y DE ENERGIA"

NO CREO AVENTURADO afirmar que los versos en los cuales quiso Juan Gaspar Lavater analizar el carácter de Miranda, en 1788, representan una antítesis casi absoluta de lo que habitualmente piensan acerca del Precursor de la Independencia suramericana sus propios compatriotas. Los venezolanos sentimos respeto y cariño por Miranda, pero menos por su constancia, su valor y su universalidad, que por los infortunios y miserias en que termina su vida. Hasta diríamos que hay en nuestros juicios sobre él cierta complacencia estética vagamente consciente: la de presentar en contraste la figura del triunfador —Bolívar— y la doliente y trágica del anciano que murió por la patria con un grillete al pie.

Bien diferente es la imagen que levanta ante nosotros Lavater: "Hombre todopoderoso, tú vives en el sentimiento de tu fuerza. Los secretos del corazón los ves, mejor que escucharlos!! ¿quién puede penetrar la realidad como tú, a quien tan pocas cosas escapan? ¿Quién comprende como tú las debilidades de los débiles? ¿Quién como tú comprende la fortaleza de los fuertes? ¡Cuánta resolución, cuánta energía y cuánta habilidad, cuánto orgullo desdeñoso y cuánto valor la naturaleza te ha dado!".

El Dr. C. Parra Pérez, al cual debemos —entre otros muchos aportes valiosísimos— el hallazgo de esos versos y del retrato que Lavater mandó a hacer de Miranda, apunta con razón que aquel exaltado testimonio fue escrito, según puede suponerse, cuando Miranda era tan sólo "un modesto Coronel español que viajaba por placer y por curiosidad". Recordemos también que Lavater alcanzaba entonces el cenit de su notoriedad; que los personajes más importantes de Europa discutían su teoría de la *Fisiognómica* —aceptada nada menos que por Goethe, Jakobi, Herder y Stolberg— y que Catalina de Rusia mantuvo con él tan asidua correspondencia que más tarde fue publicada en dos volúmenes.

Desde esas alturas de notoriedad parece muy inclinado también Lavater a aquel "desdeñoso orgullo" que descubre en el venezolano, y así mismo se advierte que, como éste, no tolera que el mundo de sus pensamientos y de sus ambiciosas quimeras pueda estar a merced de los importunos. Aunque

éstos sean aquellos halagüeños peregrinantes que de toda Europa venían a consultarlo. Es lo que se adivina en un billete en que pide a Miranda que lo visite, como una indemnización, le dice, de "tantos extranjeros fastidiosos, incapaces de dar o de recibir ideas".

Estas circunstancias le dan valor excepcional a la admiración que Miranda le produjo: no se trata de la validez del método fisiognómico que Lavater quería elevar a la categoría de una ciencia; lo importante es que el adusto y apasionado pensador suizo hallábase entonces literalmente rodeado por los personajes europeos más en boga, y entre todos ellos destaca a Miranda, le pide que le permita hacerlo retratar, le dedica aquel elogio, y más tarde volverá a escribir de él: "es un hombre que lleva en sí un mundo de hombres... un mundo de inspiración y de energía".

Ese juicio es, además, el que casi todos los personajes que trataron a Miranda —hombres y mujeres— reiteran con muy pocas variantes, como características de su persona.

¿Cómo explicarnos entonces que en contraste con esa impresión de fortaleza, de espiritualidad, de inextinguible ardor, los venezolanos elaboraran una imagen absolutamente opuesta y la popularizaran por toda América mediante la poesía, la historia y la pintura?

Evidentemente, porque el último episodio de la vida mirandina fue la capitulación de 1812 en Venezuela. Con lo cual quiero decir que si hemos de hacer una biografía del héroe que se aparte de las pautas tradicionales, ha de comenzar por ese final.

Consideremos también que las convicciones colectivas no cristalizan por análisis objetivos de la realidad, sino por acumulación inconsciente de impresiones sentimentales. Como lo he insinuado, es posible, pues, que una simple intención vagamente artística —la de presentar en contraste al Precursor y al Libertador— haya sido decisiva en nuestros juicios sobre aquél. Cuando comenzó a escribirse nuestra historia el puesto de héroe estaba ya ocupado por Bolívar; por eso se le asignó el de mártir a Miranda.

Y desde luego, hay otras circunstancias. Por ejemplo, es casi seguro que cuando los venezolanos repiten por un hábito secular que "la Dictadura de Miranda" tuvo tales o cuales características, y que por esta o aquella razón "la República de 1812 se perdió en manos de Miranda", la mayoría se declararía estupefacta si le probásemos que, desde hace ya mucho tiempo, documentos numerosos e irrefutables prueban que cuando Miranda fue llamado al poder el 23 de abril de 1812 —un mes después del terremoto y de la caída de Barquisimeto— ya la República estaba perdida; que Miranda no fue nunca el Jefe de un ejército suyo ni menos del país entero como lo sería después el Libertador; que, por consiguiente, no hubo tal Dictadura, ni el Precursor es-

taba en condiciones de imponerla. Los hombres que hicieron la revolución y que de hecho la conservaban en sus manos, siempre temieron más el encumbramiento de Miranda —su triunfo— que al propio Monteverde; las tropas que se le confiaron, en parte eran provinciales —de la Provincia de Caracas— y en parte de la Confederación, lo cual dio lugar hasta última hora a disputas entre las autoridades civiles sobre las que debían salir a campaña y hasta dónde; unas eran Milicias y otras se consideraban como ejército regular, pero ambas eran igualmente inexpertas; y los mismos oficiales que las mandaban, ni tenían conocimientos profesionales ni habían combatido jamás.

En todo caso, el Generalísimo sólo tuvo autoridad sobre una mínima parte del territorio venezolano, que terminaba por el este en Guatire, por el oeste en el lago de Valencia y por el sur en San Juan de los Morros; el resto estaba en poder de los realistas, y donde mandaban los patriotas no tenían valor las órdenes del Gobierno Central, tanto por el aislamiento geográfico como por la autonomía federativa que en cada localidad se convertía en una muralla.

De las verdaderas causas del desastre —el terremoto, el papel moneda, las vacilaciones y rencillas de las autoridades constitucionales, la inacción frente a los realistas de Coro, la falta de un ejército profesional y los multiplicados síntomas de desorganización colectiva —Miranda había señalado todas las que eran humanamente remediables y no se le permitió corregirlas.

Después de haber triunfado en Valencia, el Congreso le negó la autorización que pedía para seguir contra los realistas de Occidente; y se la negó precisamente a causa de aquel triunfo, que "irritó" a sus celosos adversarios, según la palabra que emplea Palacio Fajardo.

Pero el juicio definitivo nos lo dará un simple cotejo de fechas: el 23 de abril se le confió —teóricamente— a Miranda ese poder que se ha llamado su Dictadura; el 30 de junio se subleva Puerto Cabello y Bolívar admite: "La Patria se ha perdido en mis manos", lo cual, aunque como autoacusación sólo indica despecho y cólera, objetivamente precisa muy bien que ya nadie podía conservar esperanzas. Días antes se habían levantado también, en espantosa anarquía, los negros de Barlovento y, a una jornada de Caracas, la amenazaban con terribles depredaciones. Y aún antes de todo eso, el Licenciado Miguel José Sanz le había escrito desde la capital a Miranda: "Desde que tomé conocimiento en la Secretaría de Estado de los negocios políticos de Venezuela, formé la idea de que la Independencia y libertad no podían verificarse sin el auxilio eficaz de las potencias de Europa o de algunas de ellas. La situación en que se hallan nuestras tropas, nuestra agricultura, nuestro comercio, nuestras rentas; el espíritu de partido de nuestros compatriotas, y la escasez de hombres capaces de llevar a cabo esta empresa, me han con-

vencido de aquella verdad prácticamente. Es imposible, pues, mantener las fuerzas militares necesarias, con tan poca población y con sólo las rentas que produce actualmente la Provincia... Nosotros no podemos sostenernos sin agricultura, población, comercio, armas y dinero. La mayor parte de nuestro territorio está ocupado por nuestros enemigos, y los internos nos hacen una guerra la más cruda y peligrosa: estos enemigos internos son la ignorancia, la envidia y la soberbia; y estos malvados empeñados en hacer ineficaces las providencias de usted, todo lo desordenan y confunden. Si usted quiere tener la gloria de hacer independiente a su patria y que ésta goce de su libertad, es preciso que no se fíe en los medios que aquí se le proporcionen: búsquelos usted de fuera...".

Era lo que pensaba hacer Miranda, pues según el testimonio irrecusable de Gual, su propósito era pasar a la Nueva Granada, donde contaba con la amistad de Nariño y podía, bien organizar una expedición con mayores recursos, como lo hizo Bolívar en 1813, bien esperar auxilios de Inglaterra, como también el Libertador lo creyó indispensable en 1815.

En todo caso, vemos según los hechos y fechas que a la ligera anoto, cual fue la verdadera situación de Miranda: que sus posibilidades de actuar duraron apenas dos meses, y estuvieron circunscritas a una faja del territorio nacional poco mayor que la extensión de uno de nuestros actuales Estados. ¿Cómo suponer que así, casi solo, rodeado de ilusos o malvados empeñados en hacer ineficaces sus providencias, pudiera remediar dos años de errores colectivos y de inexperiencia política, y las consecuencias de un desastre tan vasto y reciente como el terremoto? Sin embargo, todavía se sigue repitiendo rutinariamente que Miranda fue vencido, que su ancianidad o tales o cuales condiciones de su carácter le impidieron estar a la altura de su misión, etc., etc.

Lo que sí podemos decir —pero en su elogio— es que a su propia voluntad se debe, que prosperasen entre sus compatriotas aquellas simplistas apreciaciones: a su alcance estuvo comenzar su defensa ante la historia en el Memorial que dirigió a la Real Audiencia, desde la prisión de Puerto Cabello el 8 de marzo de 1813. No quiso hacerlo: de las causas que ocasionaron la pérdida de la República, sólo menciona el terremoto y la sublevación de los esclavos de Barlovento, que amenazaban a Caracas. Nada habla de sí, aunque reclama ardientemente por las otras víctimas de Monteverde y por la tranquilidad de las Provincias venezolanas. A nadie acusa, y la suerte de su memoria la confía a un solo señalamiento austero: que las facultades que se le confirieron, dice, las ejerció con "el honor y celo" que estaban a sus alcances.

Una vez más probaba —aherrojado en las más duras condiciones— que si alguna vez fue desdeñoso y soberbio con los demás, no lo era menos para callar sus propios padecimientos.

Sin duda le hubiera avergonzado que al tratar de justificarse, pensaran que se lamentaba. Y también, quizás, la glorificación que había hecho de él Lavater volvía a su mente, con el mismo ímpetu de aquellos días juveniles, y quiso serle fiel: "¿Quién comprende como tú las debilidades de los débiles? ¿Quién como tú comprende la fortaleza de los fuertes? Cuánta resolución, cuánta energía y cuánta habilidad, cuánto orgullo desdeñoso y cuánto valor la naturaleza te ha dado!".

EL PESO DE AQUELLOS GRILLOS

LAS CONSECUENCIAS de cualquier acto humano son a menudo tan inesperadas, que por poco observadores que seamos, debiera bastarnos esa experiencia para que renunciásemos a toda vanidad en nuestros aciertos y —por desgracia— a casi toda prudencia en nuestras previsiones. En política es eso particularmente cierto y llegaríamos a decir que en ella los resultados son tan inesperados que ni siquiera son siempre absurdos e injustos; lo cual es lo más inesperado que podríamos esperar.

Me refiero hoy a una política que ya forma parte de la historia; en concreto, al hecho de que habiendo sido víctima Miranda en Venezuela, durante la primera República, de una multitud de recelos, envidias y mezquindades, es uno de sus más enconados antagonistas —el Dr. Juan Germán Roscio— el que dejará, sin quererlo, testimonio de ese ambiente y con ello la mejor defensa del Precursor.

Tal es la carta que dirige a Bello con fecha 9 de junio de 1811. A pesar de los graves sucesos que entonces se desarrollaban, Roscio ocupa más de la mitad de su correspondencia en censurar a Miranda y, sin advertirlo él mismo, deja ver que existía una implacable conjuración ensañada en espiarlo y en tergiversar todos sus actos y palabras, desde su propia llegada al país. "Un isleño —dice— que le recibió en La Guaira, le acompañó hasta Caracas, le notó luego que hablaba mal del gobierno de los Estados Unidos de Norte América, y que, en el tránsito de la Venta, y de otros puntos, que exigían mejoras y reparos, se jactaba de que él todo lo compondría, como si ya tuviese en su mano el timón de la nueva República de Venezuela"; le va siguiendo los pasos y advierte que Madariaga "fue el único miembro del Gobierno que salió de la ciudad a recibirle en la bajada de la cumbre"; se regocija de que "instalado el Congreso de Venezuela, se nombraron agentes de los demás poderes y en ninguno de ellos tuvo colocación nuestro paisano"; y con igual malevolencia añade: "El día que se trataba el nombramiento de los que habían de componer el poder ejecutivo, esperaba Miranda en su casa las resultas. Ocho votos tuvo en la elección, de los treinta y uno que formaban el Congreso".

Según parece, el asalto unánime que se dirigía contra el héroe era infatigable. Refiriéndose a la Sociedad Patriótica, Roscio insiste en celebrar el mezquino agavillamiento: "Miranda fue miembro de esta corporación desde sus principios: pero, propuesto para presidente de ella en el mes de mayo, no tuvo votos ni para vicepresidente". En toda la carta Roscio no llama a aquella Sociedad sino la tertulia patriótica y "velorio patriótico o jugadores de gobierno, semejantes a los muchachos que remedan las jiras, los avances, los ensayos militares, las maromas y volatines, los diablitos y gigantes, las tarascas y otras funciones religiosas y profanas"; a pesar de lo cual tampoco se resigna a que Miranda por fin la presida, juzga que sólo por intrigas ha obtenido el cargo y se apresura a advertir que pronto tendrá que abandonarlo: "Estos elogios escritos e impresos con arte y maña hicieron alguna impresión favorable en la gente vulgar, y en algunos medios vulgares; con lo cual logró Miranda hacerse presidente de la tertulia patriótica, que es su ocupación actual; y como de mes en mes, se elige este empleado, cesarán sus funciones el día 30 del presente mes". O sea, que ya tenían previsto excluirlo de la única "ocupación" que no habían podido escamotearle.

Los elogios juzgados con tanto rencor por Roscio eran los que Madariaga había hecho publicar en Bogotá para valorizar la reimpresión de un manifiesto de Miranda sobre la emancipación americana; de manera que ni aún para servir la causa común podía tolerarse que indirectamente se glorificase a "nuestro paisano".

También se muestra enterado Roscio de que cuando Miranda visitó al Arzobispo iba "revestido de un tono muy religioso", y como prueba sin duda de que los enemigos del Precursor no dejaban de seguirlo por doquiera, habla de "los chismes, cuentecillos y pasos indiscretos de nuestro paisano con respecto a la gente de color, demasiado lisonjeada con sus visitas, conversaciones y palabras significativas de ideas liberalísimas". Lo cual, por otra parte, encuentra tan alarmante como el hecho, hasta cierto punto antagónico, de que se aproxime a los Ribas y a los Bolívar.

Causa estupor y espanto observar como pudo establecerse un asedio tan cuidadoso y tan cruel alrededor del único hombre que en América tenía cerca de treinta años luchando por la emancipación; cómo se busca —y se logra— hacer sospechoso cada uno de sus pasos, se le excluye de cualquier actuación y hasta sus gestiones políticas de obvia necesidad se convierten en motivo de suspicacias y en nuevos pretextos para inmovilizarlo.

Pero al mismo tiempo, como he dicho, ningún documento mejor que éste para defender la actuación de Miranda en 1812, acoplándolo, como explicación, a la narración de los hechos que antecedieron y acompañaron a su Dictadura de dos meses.

Porque en el sentir confuso de la mayoría —entre la cual están muchos historiadores— se acepta tácitamente que Miranda gobernó durante los dos

años de la primera República y que todos se le subordinaron como lo merecían sus méritos y experiencias. Y de ello es que ha venido la leyenda de que en sus manos se perdió la revolución.

Ya vemos por la carta que comento que, por el contrario, para el 9 de junio de 1811 "la ocupación actual" de Miranda era la Presidencia transitoria de la Sociedad Patriótica, que sistemáticamente se le había excluído de toda acción gubernativa y que hasta su actividad pública no oficial se presentaba como sospechosa y alarmante.

En julio de ese año se le confió el mando del ejército contra Valencia, pero no sin antes haberlo puesto a las órdenes del Marqués del Toro. Y el triunfo que obtuvo sirvió una vez más para que se insistiese en cerrarle todos los caminos: según el testimonio de Palacio Fajardo el Ejecutivo aceptó el plan de proseguir la campaña contra los realistas de Coro, propuesto por Miranda, "pero los enemigos de éste, que su último triunfo había irritado, se opusieron al proyecto por todos los medios y fueron secundados por el Congreso".

Demasiado extenso resultaría seguir en todos sus pormenores esa inflexible obstrucción que se empleó contra Miranda. Por lo demás, se aprecia mejor en sus últimos episodios y presentándolos tal como se acumularon dramáticamente en plena dictadura y hasta las vísperas de la capitulación.

Hemos señalado que Miranda recibió teóricamente el poder el 23 de abril de 1812 y añadamos que aún en este extremo se lo habían ofrecido primero al inevitable Marqués del Toro. Pero aún después de aquella fecha observemos: el 16 de mayo Miranda tiene que invitar al Gobierno Federal y al de Caracas a una conferencia para que cese la anarquía de los Poderes Públicos; por fin obtiene que se acuerde la suspensión de la Constitución y el establecimiento de la ley marcial que autorizaría al Generalísimo para nombrar los jefes militares, pero a mediados de junio todavía se negaba el Gobierno de Caracas a aceptar la Ley Marcial y proponía nuevas conferencias con el Generalísimo y los representantes del Gobierno Federal; el Coronel Juan Nepomuceno Quero, nombrado Gobernador Militar de Caracas, no lograba que se le obedeciese y "jamás —dice un testigo presencial— he visto a hombre más exaltado ni que hiciese mayores extremos por no poder hacer cumplir sus órdenes, pues poco le faltó para llorar de coraje"... Y nada propenso a llorar era este Coronel Quero que después, pasado a los realistas, en toda ocasión por exceso de agresividad fue por lo que pecó.

Hasta la correspondencia del Generalísimo la detenían maliciosamente, y en una reunión de los Poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial de la Provincia de Caracas que se efectuó a fines de mayo se injurió a Miranda y se hizo correr la voz "que habían acabado con él".

Los políticos de buena fe que deseaban apoyar a Miranda se exasperan inútilmente: el anciano Sanz denuncia la "indecente y grosera desconfianza

y rivalidad" que prevalecía y tilda a los intrigantes de "tropel de pícaros agavillados"; el Prócer Espejo habla de "la maldita Cámara de Caracas".

Todo parecía cuidadosamente encadenado: el Gobierno se había mostrado siempre hostil a la creación de un ejército regular y profesional; cuando un cuerpo era requerido para salir a campaña era preciso examinar antes si tenía el carácter de milicia, tropa de la confederación o fuerza provincial, porque de esto dependía que marchase o no; y según testimonio del Prócer Espejo se llegó hasta multiplicar los licenciamientos para impedir que Miranda adquiriese efectivo poder.

A pesar de que la Dictadura del Generalísimo apenas excedería de dos meses según las fechas —23 de abril al 30 de junio en que se perdió Puerto Cabello— vemos además que de hecho fue anulada deliberadamente y por una obstinación casi unánime. Por eso hemos dicho que en realidad no hubo tal Dictadura.

Su base efectiva, que hubiera sido el ejército, ni estaba en poder de Miranda, ni era, tal como se había formado, una verdadera fuerza militar.

Todo aquello se lo calló Miranda, como hemos visto al comentar el Memorial que desde Puerto Cabello dirigió a la Real Audiencia. Para eso, y para mucho más, se había educado a sí mismo, en un ideal de inflexible dominio propio. Algunos días antes de morir, ya aniquilado su cuerpo poderoso, no lo abandona su orgullo, y como alguien, quizás compadecido, le preguntase si le mortificaban demasiado los grillos que llevaba: "me pesan menos que los que llevé en La Guaira", responde. ¿Alusión, acaso, a que en La Guaira se unía al peso de los hierros, el de las injusticias que había sufrido?

AQUEL HOMBRE EXTRAORDINARIO

EN EL INFORME oficial sobre el Regimiento español donde servía Miranda en 1776 se hacía constar que éste poseía "probado valor, gran aplicación e indudable capacidad, pero que debería desplegar mayor prudencia".

En 1806 el oficial James Biggs, que combatió a sus órdenes en el encuentro naval con las fuerzas españolas cerca de Ocumare, observa que "durante nuestra escaramuza el General se condujo con gran serenidad. Y cuando le rogaron sus oficiales que bajase, porque todo dependía de su vida, se burló de sus temores y siguió ocupando su puesto en el puente con toda tranquilidad". Poco después agrega: "Este ánimo, este aire indomable del General sirve para levantar las esperanzas de la parte de nuestra pequeña banda que reflexiona y espera alcanzar su objetivo". Testimonios que sólo una impresión muy fuerte podía arrancar a Biggs, pues en todo lo demás nunca se muestra dispuesto a elogiar a Miranda y sí, muy a menudo, a censurarlo, amargado por las penalidades de aquella temeraria aventura.

En la campaña para recuperar a Valencia, en 1811, "el General Miranda se expuso él mismo considerablemente y dirigió la acción con serenidad" decía el cronista Robert Semple; en la triunfal defensa de La Victoria, 1812, los soldados admiraron "la serenidad y semblante risueño que mostraba Miranda", según escribe el Padre Martel; y el Coronel José de Austria, por su parte, refiere que "el Generalísimo mismo, a la cabeza de algunos lanceros, se arrojó a lo más reñido de la refriega" (1).

Resultaría un poco pueril recordar todo esto, si no fuera necesario hacerlo para quitar a Miranda esa sombra imprecisa —de vagos temores, contradicciones e irresolución— que los propios venezolanos acumularon sobre su figura, sin duda para buscar una antítesis efectista con la del Libertador.

Desde luego, además de ese arrojo contra el peligro inmediato, de esa acometividad en la acción, Miranda poseía un valor moral de calidad infinitamente superior, sobre todo porque fue siempre el objetivo de la disciplina

(1) Estos datos los he tomado respectivamente, de la "Vida de Miranda" por Robertson, de la obra de Biggs, y del Dr. Parra Pérez en su "Historia de la Primera República de Venezuela".

que a sí mismo se impuso desde la juventud. Mostrarse imperturbable en toda ocasión, superior siempre por la perseverancia, por la serenidad y por el valor, a las circunstancias del ambiente, independiente en su aislamiento filosófico de cuanto sucediera —como un estoico o como se decía entonces: como un romano— fue sin duda en aquella época un ideal que muchos jóvenes consideraban deslumbrante. Pero en Miranda aquellas virtudes arraigaban además en lo más íntimo del carácter. Y hasta en sus defectos: el menosprecio sin compasión que sentía por todo lo que fuera débil o vulgar, el exagerado predominio que concedía a la razón y a la voluntad, su implacable ideal de reformismo social, que no tiene en él la ternura humana que corresponde al Redentor sino las duras exigencias de un Moisés.

Este adusto ideal de señorío sobre sí mismo, contra todos y contra todo, lo acompañará siempre: en su juventud es el arquetipo que se impone para su formación espiritual y por eso aparece con tanta frecuencia entre sus propósitos íntimos el educarse o corregir su defectuosa educación, como a menudo escribe; más tarde llegará a ser en él espontánea reacción en cualquier circunstancia: lo mismo ante el sorpresivo "bochinche" de La Guaira, que cuando reclama por Venezuela y por sus compañeros desde la ignominiosa promiscuidad de la prisión de Puerto Cabello; lo mismo en la antevíspera de su muerte, cuando se irgue con desdén sobre los grillos que lo martirizaban.

Ni aquella acometividad de que hemos hablado al principio, ni este valor moral que le impone inflexibles resoluciones, lo abandonaron durante su efímero mando en Venezuela.

Después de su primer triunfo en Valencia se propone proseguir contra los realistas de occidente, propósito que el Congreso deliberadamente contraría. En la esfera política y aunque sin posición oficial, vemos a través de los reproches de Roscio cómo se afana por incorporar a la revolución las masas populares y buscar a la vez mejor comprensión por parte de las familias poderosas, como los Bolívar y los Ribas; es el alma de la Sociedad Patriótica y trata al mismo tiempo de obtener la neutralidad del alto clero.

Cuando finalmente se le confía el mando, en medio de las ruinas del terremoto y entre la unánime hostilidad que se levanta contra la República, trabaja enérgicamente en remediar la situación económica que, con el terremoto, había sido la causa principal del derrumbe espiritual del país; comienza al mismo tiempo a disciplinar el ejército y a estimular los oficiales que logran destacarse, Ribas, Ayala, Soublette, Bolívar, Carabaño, Paz del Castillo; hasta entonces nuestros inexpertos legisladores no habían podido lograr, ni aproximadamente, el orden político; las leyes, lejos de ser un signo de fortaleza cívica e instrumento para reprimir los intereses y las pasiones individuales, sólo habían servido para interminables rencillas y para mantener al Gobierno en la inacción; Miranda se esfuerza en remediar el mal, conferencia con sus adversarios políticos, a algunos de ellos los llama a su lado en

calidad de consejeros —como al propio Roscio— y a otros busca la manera de satisfacerlos con empleos o comisiones, como a Briceño, a Mérida, a Casas, a Peña. Son numerosos también los civiles y militares —Sanz, Gual, Delpech— que conquista austeramente haciéndoles ver de cerca las miserias, peligros y acechanzas que los rodean, y casi todos —de primera calidad moral— dejarán después constancia de su fervorosa admiración por el Generalísimo.

Delpech —a pesar de ser cuñado de los Montillas y éstos violentos enemigos de Miranda— se ocupa ardorosamente en ayudar al indómito anciano: "Todos, mi general, excepción hecha de un pequeño número, parecen conjurados para destruir la Patria que Ud. quiere salvar"; así le escribe con fecha 12 de junio, y perdida la República y hundido el Generalísimo, reitera su defensa de éste y la misma acusación contra sus adversarios.

Palacio Fajardo, también angustiado testigo de aquel drama, escribirá más tarde: "La sabia conducta de Miranda comenzaba a restablecer el orden en Caracas y la disciplina en el ejército, cuando los españoles prisioneros en la ciudad de Puerto Cabello se apoderaron de ella...".

Pero uno de los mejores testimonios será el de Don Pedro Gual, que hasta el último momento permaneció al lado del General y tuvo, según sus palabras, "la ocasión de conocer a fondo las miras y el plan de *aquel hombre extraordinario* en situación tan apurada y crítica".

Es en 1843 cuando Gual escribe su narración, como ineludible deber de justificar al Generalísimo; y a pesar de que también ha acompañado a Bolívar en su triunfo incomparable, no pone por debajo de él a Miranda.

Con un matiz muy leve marca las diferencias en la acción que correspondían al uno y al otro: "Cuando el edificio social ha recibido un fuerte sacudimiento en sus últimos cimientos, de manera que casi se pierde la esperanza de volver a la vida civilizada, ninguno más capaz que Bolívar de entonar los muelles relajados y restituírlos a su vigor prístino. Cuando un pueblo ha sacudido el yugo de preocupaciones envejecidas, y quiere regenerarse por las vías regulares, Miranda era el mejor calculado para mantenerlo en su noble propósito, defender sus derechos nuevamente adquiridos, y darle instituciones protectoras".

En lo que no deja de haber cierta añoranza de esas "vías regulares" que fue preciso abandonar cuando la lucha se hizo de vida o muerte y, casi perdida la esperanza de volver a la vida civilizada, todos aceptaron los más duros sacrificios.

EL CAUDILLO DE GRAN CORAZON

EL GENERAL PAEZ ejerció sobre muchos de sus contemporáneos una especie de fascinación, de la cual no se libró el propio Bolívar. Aún después de *La Cosiata,* en 1829, el Libertador escribía a Briceño Méndez: "Mis deseos con respecto a mis parientes y amigos de Venezuela han sido y son marchar muy en armonía y enteramente de acuerdo en todo con el General Páez, sea cual fuere la circunstancia. . .", y en otra carta apoya aquella consigna en este argumento tan peligroso para un político: "Más vale estar con él que conmigo, porque yo tengo enemigos y Páez goza de opinión popular".

Así mismo, casi todos los extranjeros que entonces y después pasaron por Venezuela, se muestran admiradores del caudillo llanero, y algunos con testimonios tan sorprendentes como el que citaré más adelante.

En la conciencia popular no es menos evidente ese deslumbramiento, y a pesar de que Páez figuró en primer término en la larga lucha entre liberales y conservadores y de que el recuerdo de éstos fue soterrado y casi envilecido por sus triunfantes adversarios, la posteridad se niega a recordar de Páez las fechas aciagas (el 26 + 35 = 61, de Juan Vicente González) y lo sigue con simpatía, en largo cortejo, como lo hicieron sus soldados cuando vivía.

Pero lo más curioso es que los propios historiadores ceden a esos mismos sentimientos, y precisamente este es mi caso. Obligado por el análisis de nuestro caudillismo a tratar severamente a Páez, confieso que desde el mismo momento comencé a sentir la necesidad de hacer su elogio.

Sin embargo, con ello no sigo solamente un impulso sentimental: si Páez por muchas circunstancias inicia en Venezuela algunos de los más graves vicios del caudillismo y no puede elogiarse la avidez con que se aferró al mando hasta la triste Dictadura del 61, también debe decirse con estricta imparcialidad que si todos los caudillos hubieran sido como él nos habrían evitado muchos sufrimientos y muchas ignominias. Después de él es cuando nuestra vida política comienza a ser invadida por esos arbitristas sin escrúpulo, para los cuales "la Constitución sirve para todo", se multiplican los favoritos de ínfima calidad moral, se exige dinero como salario de la lealtad, la solidaridad política se convierte en servilismo, no se respeta en el adversario

—y a veces tampoco en el amigo— ni la propiedad, ni la honra, ni la vida. Tal fue la historia de Venezuela durante casi todo el siglo pasado. Justo es decirlo que con gobernantes como Páez no hubiera sido así.

El primer rasgo admirable de este caudillo es que habiendo alcanzado poder indiscutible cuando todavía su mente y su corazón no habían recibido cultura alguna, se adiestra sin embargo en la difícil disciplina de respetar las opiniones ajenas y se rodea de hombres de auténtico valor moral e intelectual que, si no hubiera sido por el gran corazón de este guerrero, le habrían inspirado naturalmente desconfianza, envidia o rencor. Cuando llegó al máximo sitial de la República podía alardear de que sólo a su lanza debía aquel vertiginoso encumbramiento; pero supo comprender, por el contrario, que no valdría su lanza para estabilizar moralmente y perfeccionar esa supremacía y meterla en la historia.

Evoquemos esta difícil transición: el caudillo ha llegado al mando discrecional y advierte que en poder efectivo ninguno de sus compatriotas logra igualarlo; siente además que en justicia le corresponde esa posición por las penalidades y peligros que ha afrontado: sin embargo, se le indica que hay cosas *que debe hacer* y otras muchas *que no debe hacer;* ha sido glorificado durante largos años de guerra porque todas las dificultades las podía resolver con su fuerza y su arrojo: ahora se le exige que en los problemas de su gobierno use únicamente la prudencia y la meditación, y el dificultoso deliberar con los estadistas que lo rodean y el respeto a las leyes y a la opinión pública. Todo eso supone una adaptación psicológica tan difícil y delicada, que sólo una prodigiosa intuición moral es capaz de explicarla.

Tuvo una prodigiosa intuición moral: sí, ese es el elogio fundamental que merece Páez. Se sometió a ella, como político, con tanto valor, que no desmerece del que había demostrado en las batallas. Esa es la grandeza que sentimos en él; por eso su recuerdo mereció elevarse por encima de las luchas partidistas; por eso es por lo que no podemos negarle amor y respeto.

Bien sabido es que la libertad de la prensa llegó a tal desenfreno en aquella época, que uno de los periodicuchos que querían granjear popularidad a expensas precisamente de Soublette y de Páez que mantenían aquella libertad, llegó a llamarlos "los malvados más insignes que ha producido la tierra; ladrones descarnados, viejos impúdicos, cargados de años y de crímenes". Y Gil Fortoul nos recuerda que la *Gaceta Oficial* quiso hacer frente a esa avalancha de cieno, pero anteponiendo ella misma esta consigna: que "hasta los excesos de la prensa deben ser acatados, porque ella es de ordinario el órgano genuino de la opinión".

A Soublette le sería relativamente fácil soportar aquellos excesos: habituado, por la índole de su pensamiento, a ver las cosas actuales dentro de una perspectiva histórica, sabía que aquellas calumnias serían ampliamente rectificadas y que las generaciones venideras convertirían en elogios esos dicte-

rios. Hasta llegamos a suponer que con malicioso señorío emplazaba calladamente a sus adversarios para esa comparecencia ante el juicio de la historia, seguro de que las intemperancias que ahora podían mortificarlo se convertirían en testimonio de sus virtudes republicanas.

Pero que Páez, aquel Ayax indómito que cuando se aproximaba la batalla sufría un acceso de frenesí semejante a los ataques epilépticos, aprendiera a dominar tales ímpetus frente a sus enemigos políticos, eso merece llamarse un gran corazón.

Y este comedimiento tenía que ser sacrificio de todos los días. Innumerables ejemplos lo atesiguan. Cuando todavía era el guerrero cerril, se violentó contra los regidores del Cabildo de Puerto Cabello y les ofreció "patadas", con otras "expresiones indecorosas" que los agraviados citaron textualmente en juicio público: también públicamente, Páez se retractó de lo que había dicho y se excusó de sus violencias verbales. En otra ocasión se presentó de uniforme militar a una reunión entre criadores de ganado en la cual a él correspondía solamente ese papel, de ganadero: uno de los interesados le advirtió que "no se iba a pelear", ni se trataba de ninguna ceremonia oficial, que hubiera podido ir con otro traje; y Páez aceptó la dolorosa lección. A don Santos Michelena, que era Ministro de Hacienda, le pidió cierta vez un anticipo sobre sus sueldos de Presidente de la República; don Santos le contestó que esperara algunos días para facilitarle ese dinero de sus propios fondos porque del Tesoro Público no estaba autorizado para prestarlo. Otra dura reprimenda.

Uno de los actos brutales con que Páez se desprestigió en Caracas en su época de rudo desenfreno fue que, estando prohibidos los juegos de azar, el propio caudillo concurría ostentosamente a un garito y cierta vez le mandó a decir, desafiante, al Intendente Escalona que viniera él mismo a clausurarlo. Pero más tarde, como autoridad suprema y en otro acto simétricamente contrario, se le presentó ocasión de probar cuánto había progresado guíado por esa valerosa intuición moral de que hemos hablado: sucedió que se había organizado una "coleada de novillos" en la cual Páez pensaba, con gran entusiasmo, participar; pero no habían solicitado el permiso de la Municipalidad y llegado el momento los Alcaldes prohibieron el festejo: Páez se sometió.

Aunque algunos de los muchos rasgos de la misma índole que se le atribuyen fueran solamente leyendas, no perderían nada de su significado. Demostrarían, con más sabor psicológico quizás, que a Páez lo enorgullecía pasar por un magistrado respetuoso: a un Rosas, a un Melgarejo, a un Cipriano Castro, les hubiera ofendido y no halagado, que se contase de ellos algún rasgo parecido de sumisión a las leyes o de acatamiento a personas de superior valor moral o social.

Otro caso, rigurosamente documentado: en 1839 don Juan Manuel Cagigal, fundador de la Academia de Matemáticas y Profesor en la misma, dis-

gustó a Páez, según parece por un artículo de aquél en la prensa. Como la Academia, aunque incorporada a la Universidad, tenía carácter militar y Cagigal era Comandante, se creyó posible destituirlo de su cátedra, en parte de acuerdo con el rigor de las Ordenanzas militares de aquel tiempo en todas las naciones; pero las autoridades universitarias no aceptaron la decisión del Ejecutivo y le pidieron que la reconsiderase, porque Cagigal —sostenían— a pesar de su grado no había perdido su carácter universitario, y porque en un cargo provisto por el Congreso no podía ser sustituido por disposición del Presidente de la República. Páez acató esta argumentación, y en el Diario oficial se publicó la resolución del Ejecutivo que anulaba la precipitada destitución (1). Pero lo verdaderamente digno de elogio es que Páez no guardó rencor a Cagigal, y cuando éste comenzó a enfermar fue el Presidente Páez quien lo nombró en un cargo diplomático en Europa para que intentara recuperarse.

El hecho de que Páez se rodeara de hombres eminentes se ha indicado varias veces, pero cabe todavía reforzar la importancia de esta particularidad, señalando en primer término que es casi el único ejemplo que encontramos en el siglo pasado. Todos los otros caudillos ponen especial cuidado no sólo en anular a los hombres que frente a ellos pudieran disputarles algún día el poder, sino a sus propios colaboradores: es una especie de mezquindad invencible, de recelosa envidia, que los condena a sabotear su propio Gobierno, a cortarse toda posibilidad de hacer obra en grande.

Incluso fueron frecuentes los que parecían no tener otra norma "política" que ésta de deshonrar con las complicidades más escandalosas o mantener en mortal pasividad a cuantos hombres llamaban a su lado, al mismo tiempo que con implacables persecuciones anulaban a sus posibles adversarios. La nación se convertiría así en un yermo espiritual; la vida pública en una cautelosa clausura, donde —sin ser paradoja— lo único permitido era adular y robar.

Sólo así se explica que, con ser tan insignificantes y viles aquellos "jefes únicos", casi siempre lograban que fuera más despreciable aún el séquito que los acompañaba y que con ellos pasaría a la posteridad.

Muchas veces se ha dicho que en aquellos años iniciales de la República (1830-1846) surgieron estadistas de primera categoría que después no vuelven a aparecer; pero siempre se ha interpretado esto con sentido pesimista, atribuyendo al propio país una especie de extenuación —o de corrupción unánime— de la cual es sólo un síntoma aquella falta de grandes políticos. Más justo y verdadero nos parece considerar, que después del 46, la terrible presión de ese unipersonalismo medroso y cruel anuló —tanto en la oposi-

(1) Historia de la Universidad Central de Venezuela, por el doctor Juan de Dios Méndez y Mendoza, tomo II, pág. 306.

ción como en el gobierno— la emulación constructiva, y el esperanzado estudio de los problemas comunes, que forman el ambiente indispensable para que haya verdadera vida pública y surjan políticos de personalidad.

Durante aquella época del predominio paecista se discute apasionadamente sobre relaciones exteriores, patronato, federación o centralismo, religión del Estado, educación, bancos, caminos, créditos, arbitrios rentísticos, desarrollo de la agricultura, leyes como la del 10 de abril de 1834 de amplia transcendencia social y hasta filosófica, castigo o amnistía para los revolucionarios y consipradores, inmigración y colonización, el juicio por jurados, la esclavitud, los principios constitucionales, atribuciones de las diferentes autoridades, autonomía de las provincias, elaboración de las leyes, etc., etc. Bien se puede decir que no hubo cuestión de interés común que no estuviera diariamente puesta a deliberación en los Congresos y en la Prensa. Muchas veces se dio el caso de que estas discusiones dividieran en bandos opuestos a los propios colaboradores del Gobierno o establecieran radical separación entre el criterio del Congreso y el del Ejecutivo, y siempre se resolvieron estas crisis bajo normas institucionales equiparables a las más adelantadas entonces en cualquier país.

Este es un punto clave para comparar el espíritu público de Páez con el de sus sucesores: muy bien hubiera podido considerar él, como éstos, que tantas controversias perturbaban "su Gobierno", con el sentido de propiedad y de suspicacia que tenía este juicio para los otros caudillos. Como un mérito realmente excepcional debemos, pues, abonarle a Páez el haber aceptado la incomodidad y los riesgos de aquella situación. En eso consiste el respeto a las leyes y a la opinión pública que le hemos atribuido, aunque ocasionalmente se le pudieran enrostrar faltas contra las unas o contra la otra, como nosotros mismos se lo hemos reprochado.

E insisto una vez más en que no sólo esto representa un elemento subjetivo del caudillo llanero que merece admiración, sino que, con más importancia histórica, lo debemos ver como la causa de que en aquella época surgieran pensadores y estadistas que después no vuelven a aflorar en la vida política del país.

El ancho pecho con que Páez enfrentó las lanzas enemigas tuvo en su espíritu de hombre público un adecuado equivalente de bien entendido orgullo y de valor moral, que lo salvó de degradarse a ser el verdugo de sus propios compatriotas. Tal sería, pensamos, la característica psicológica más elogiosa y más justa que pudiera destacarse en una biografía de este héroe. Exteriormente, para su juicio como figura histórica, podemos decir que la supremacía con que se destaca en nuestro pasado y que en cierta manera agrupa a su alrededor a todas las figuras valiosas de su época —tanto las de sus colaboradores como las de sus adversarios— no tiene por qué rectificarse. Soublette, Vargas, Toro, Cagigal, Michelena, Juan Vicente González, Lander,

Rendón, Guzmán y tantos otros, tienen personalidad propia, pero también deben mucho al caudillo que aceptó el duro aprendizaje del respeto, y sin soberbia ni timidez, alternó dignamente con ellos en la reorganización de la República.

Y ahora, para colocar al personaje viviente al final de estas páginas que enjuician la personalidad moral de Páez, una opinión sobre su prestancia física. Es del escritor francés P. D. Martín-Maillefer, el cual llegó a Venezuela en 1825 y, como notas a su poema "Los novios de Caracas", nos dejó certeras observaciones acerca de los personajes que le tocó ver de cerca. Desde luego, no le complace mucho el cortejo que sigue a Páez cuando lo observa por primera vez: "...nube de salvajes llaneros —escribe— especie de centauros, nacidos del limo del Orinoco, para quienes una ciudad es cosa nueva, y que miran con desprecio ese pueblo bípedo de artesanos y mercachifles". Pero al día siguiente fija su atención en el caudillo, y apunta: "A la cabeza de su Estado Mayor, se dirigió Páez a la Catedral. Era otro hombre: las botas de montar, el uniforme soberbio, resplandeciente de condecoraciones, el penacho ondeante sobre su sombrero galoneado, le daban el aspecto de un Mariscal de Francia. Marchaba gallardamente diez pasos delante de su comitiva. Nunca he visto figura militar más hermosa".

Martín-Maillefer había visto de cerca a varios Mariscales de Napoleón, y también a jefes militares de excepcional gallardía, como La Fayette, a quien menciona con agradecimiento. Es, pues, realmente sorprendente esa supremacía que le concede a Páez.

Pero en otro sentido, podríamos magnificarla más aún. Porque pocos Mariscales de Napoleón hubieran podido lograr, como lo consiguió Páez, convertirse en magistrados de una República y conservar en la vida civil los rasgos de equilibrio, elevación espiritual y perspicacia política que alcanzó el llanero venezolano.

UN CHELIN DE ORO

ES UNA PECULIARIDAD muy reveladora que la palabra *ajusticiar* signifique solamente castigar; y nada menos que castigar con el último suplicio.

Cuántos, en la historia de la humanidad, fueron sacrificados contra toda justicia, y se dice sin embargo, que fueron ajusticiados.

En vano filósofos y jurisconsultos hicieron de la justicia una diosa armonizadora; el hombre común y corriente, quizás guíado por una cruel experiencia, no recordó de la justicia sino el terrible atributo de infamar y matar. Nadie dirá ajusticiar si a alguien se le hace justicia premiándolo según sus méritos o reconociéndole los bienes que legítimamente le corresponden. Dijérase que jueces y soberanos sólo se sintieron justicieros al pegar y hacer sufrir; y vasallos y ciudadanos llegaron a no esperar otra cosa de la justicia terrenal.

En muchos otros idiomas existen expresiones análogas con el mismo sentido, y en francés *Seigneur haut justicier* era —qué irrisión— sólo el que podía levantar horca.

Divagaba acerca de estas pecularidades humanas a propósito de un rasgo del General Soublette que recientemente he podido conocer por documento que me ha procurado el Dr. Isaac J. Pardo, bisnieto del Prócer.

Desde luego que al nombrar al General Soublette ya los venezolanos supondrán que sólo por contraste recordé la sangrienta imagen de codiciosos ojos con que los hombres han sustituido a la diosa vendada. Muy diferente: de la justicia que por la otra vertiente se derrama hacia la más depurada bondad, fue siempre la justicia del General Soublette.

Pero en el caso concreto que voy a comentar estuvieron en conflicto la justicia bondad que en él era hábito y convicción, y, de otra parte, la justicia de su orgullo herido, la justicia de su cólera. Y esa lucha, en la cual el Prócer tuvo que sumergirse durante toda una noche, es lo que le da al episodio un sabor especial de leyenda o de poema.

Soublette era ya octogenario —el documento es una carta suya fechada el 29 de julio de 1869— y era Ministro de Guerra, pues aunque el Gabinete

al cual pertenecía había renunciado, no fue sustituido sino el día 31. Por lo demás, todo lo sucedido está narrado en la propia carta, que dice así:

"Julio 29,1869. 7|12 a.m. Mi querido Compadre: Tuve anoche la fatalidad de impacientarme con un peón del Telégrafo, hasta el grado de echarlo a empellones de mi casa, y doy gracias a Dios de no haberlo hecho peor, pues impulsos tuve de echarlo a patadas. Hagame U. pues el favor de imponerse de quien sea ese peón a quien enviaron con un parte para el Ministro de Guerra anoche a las 9 h. y excúseme con él; dígale que siento la mortificación que le hubiese causado, dele un chelín de mi parte en reparación de esa mortificación, y que me perdone como yo le he perdonado a él. Dispense esta molestia más a su amigo y compadre que lo estima. Carlos Soublette. S. Isaac J. Pardo. Presente."

Apenas disimula el estilo que, a esa hora —siete y media de la mañana— el anciano General estaba tan irritado como en la noche anterior; que todavía parece considerar como lo más justo haber echado a patadas al peón que lo encolerizó; "que me perdone como yo lo he perdonado a él", advierte. Diríamos que al excusarse no lo hace por justicia, sino por otros sentimientos más sutiles: porque lo humilla haberse impacientado ante un inferior y lo avergüenza haber castigado a un indefenso.

Sentimos como si ese chelín que le manda a entregar hubiera estado entre sus manos toda la noche, a ratos estrujando por la cólera, a ratos acariciado por la paciencia y la reflexión que luchaban por imponerse. Y porque al fin estos sentimientos superiores fueron los que dejaron su simbólico brillo en aquella moneda, es por lo que la he llamado chelín de oro.

Recordemos que el General Soublette había vivido todos los horrores de la guerra de emancipación, desde los primeros combates a las órdenes de Miranda. Pero ni las crueldades y sufrimientos de tantos años habían encallecido su espíritu, ni lo habían amargado las injusticias y desengaños de su larga carrera durante la República.

Es extraordinario que un hombre de tan avanzada edad y que había atravesado tantas vicisitudes conservara la vivacidad de sentimientos, la elasticidad juvenil de carácter, que aquella carta indica.

Lógicamente sólo se podía esperar que un anciano de 80 años olvidara con enojo el incidente que lo había perturbado; cuando más, que perdonara por negligencia. O por desprecio, dada la inconmensurable distancia que lo separaba de su ofensor.

Se trataba, además, del impasible Soublette, del orgulloso Soublette, de Soublette el oligarca, podríamos decir siguiendo las leyendas que se han convertido en historia.

Sin embargo, aquel endurecido sobreviviente de la guerra a muerte,

Padre de la Patria que había sido dos veces Presidente de la República y en innumerables ocasiones Jefe de Ejércitos o Ministro de la Guerra, no desdeña sopesar y juzgar su propia conducta frente al "peón del Telégrafo"; ya amanece y no ha recuperado aún la ecuanimidad, pero cede al mejor impulso y, quizá sin desayunar aún, se sienta a su mesa de trabajo para redactar la carta en que propone el recíproco perdón de la bondad.

Merecía el General Soublette este episodio que tanto embellece su último año de vida. Desinteresado, patriota, cuidadoso, austero, cuando lo llamamos Padre de la Patria no fue por colocar de relleno un calificativo de costumbre; en él adquiere ese título un significado preciso y absolutamente adecuado: fue de los *fundadores*, no sólo por sus eminentes servicios, sino por la firmeza de sus convicciones republicanas. Su respeto a la ley y la abnegación con que se consagraba al servicio público, su laboriosidad y su valor moral, fueron ejemplares.

Y para mantener esa línea, que es el surco inflexible de su carácter, luchó contra todo: "Los periódicos —nos narra Gil Fortoul— derraman sobre su nombre dicterios y calumnias; él no rompe el silencio de su honradez, y juzga indigno responder al insulto. Los mismos periódicos llegan en un momento de delirio a acusarle, —a él, no menos insospechable que el Dr. Vargas—, de apropiarse las rentas públicas; cuando termina su período presidencial, vende su casa de habitación para pagar deudas que la insuficiencia del sueldo le obligó a contraer en el Gobierno, y como esto no bastase para satisfacer a los acreedores y se retardase la venta de unas cabezas de ganado que constituían lo mejor de su fortuna, un acreedor lo demanda en juicio; el abogado de Soublette, sin consultarle, pide espera; Soublette lo desautoriza, diciendo que su nombre no ha de asociarse a una Ley que cree inicua; vende su ganado a diez reales cabeza, y se queda pobre y muere pobre".

Podrían comentarse con pesimismo y amargura esas injusticias, pero con mejor razón deberíamos reflexionar que de aquellos insensatos que quisieron mancharle, nada queda hoy; en tanto que sus propios dicterios sirven para glorificar al intrépido republicano.

Durante su segunda Presidencia, un miserable libelista que sin duda consideraba buen negocio ganar notoriedad insultándole sin riesgos, llegó hasta lanzarle este amenazador equívoco: "Recordad, General, que habeis nacido para morir en alto puesto, pero no para vivir en él".

La posteridad podría fácilmente invertir, para honrar a Soublette, el juego de palabras de su atrabiliario detractor, y proclamar que cuando murió aquel General pasó a vivir en altísimo puesto dentro de la tradición republicana de Venezuela.

Y si a su severa figura histórica quiso negarle el antagonismo partidista

las dotes de la simpatía y de la espontaneidad —igualitarismo teatral, que llaman democracia— su confrontación con el anónimo peón que lo irrespetó es, ya próximo a su muerte, como una mano que el tiende hacia todo el pueblo venezolano. En realidad nunca había faltado en el inflexible luchador el gesto democrático y comprensivo; pero en aquel caso adquiere sabor de romancero: porque su mano, que se desnuda de la cólera como de un guantelete, vale tanto —por leal, generosa y valiente— como la del Cid.

LOS OIDORES DE MONTEVERDE

¿VERDAD QUE LA palabra *Oidor* es, a primera vista, muy desagradable? Parece sugerir al que oye con mal fin, al chismoso, al compañero de oficina desleal, acaso algo peor. Y, sin embargo, es un vocablo de nobilísimo sentido: *Oidores* se llamaban ciertos jueces, y, en concreto, los miembros de la Real Audiencia. Para indicar que oír es la primera y principal obligación del que manda y juzga. Por eso también se elogiaba al soberano que oía a sus súbditos, y los tiempos en que los pueblos se hacían oír, en todo lo cual iba implícita la candorosa esperanza de que no puede ser injusto el gobernante que reconoce su obligación de escuchar a los que reclaman. Y a la inversa —cruel experiencia de los pueblos— se daba por entendido que el que no quiere hacer justicia, siempre comienza por negarse a oír.

En el lenguaje culto es antiquísima esa aproximación de los dos conceptos —el de oír y el de hacer justicia— y de ello vienen las palabras Audiencia, Auditor, Oidor, en las cuales se confunden la prerrogativa de juzgar y la obligación de oír; pero entre el pueblo es donde adquiere unanimidad conmovedora esa interpretación. Ante Dios mismo aparece: "que Dios te oíga!", se le desea a alguien con absoluta confianza en que si El lo escucha no dejará de socorrerlo; y el grito más desconsolado del afligido será: "Dios no me oye!".

En la historia de Venezuela existe un hermoso episodio que es el que me ha sugerido aquellos comentarios. En 1812, y bajo el terror desatado por Monteverde, la madre de Mariano y de Tomás Montilla fue a reclamar ante el jefe canario para que se aplicara en beneficio de sus hijos perseguidos la capitulación acordada con Miranda. Pero Monteverde era precisamente de esos gobernantes que para no hacer justicia comienzan por impedir que se la reclamen, y tardó en recibir a la orgullosa matrona; entonces ésta se retiró indignada, pero no sin dejarle un billete de reproche que terminaba con este apóstrofe: "¿Y para qué quiere gobierno si no escucha?" (1).

(1) Archivo Nacional de Caracas. Sección "Capitanía General". Documentos sin catalogar para la época en que tomé esa ficha.

Qué estupenda espontaneidad tiene ese reproche en que se da por sabido que el gobierno no es solamente la prerrogativa de mandar, sino la obligación de escuchar y hacer justicia!

Parece un eco de la advertencia que los aragoneses hacían a Alfonso IV, "...pues como hombre no sois sobre nosotros y como Rey sois por nosotros y para nosotros".

Y no tiene por qué sorprendernos ese empalme con cinco siglos de distancia: en realidad los pueblos no abandonan nunca esa esperanza —que a menudo se convierte en reclamación —de que el gobierno no significa solamente lucro y placeres sino también obligación y justicia. Llego hasta pensar que quizás todas las teorías filosóficas, morales y jurídicas al respecto, no son sino una elaboración superficial de aquella profunda convicción colectiva.

Personalmente, la dama que increpaba de aquella manera a Monteverde —Doña Juana Padrón de Montilla— se había distinguido ya por su fervor revolucionario: "dotada de grandes talentos, de una imaginación viva, de una fuerza de espíritu capaz de dominar en toda eventualidad las más graves dificultades, figuraba honoríficamente al lado de los más eminentes ciudadanos", dice un biógrafo del General Mariano Montilla. Numerosos testimonios que llegan hasta mediados del siglo pasado indican que en cuantos la conocieron dejó el recuerdo de su seductora personalidad. "Consagró a la causa de la independencia cuanto le pertenecía, reservándose sólo aquella fina benevolencia con que trataba a los desgraciados", dice el mismo autor; y también se narraba que al salir sus hijos a campaña, en defensa de la patria, les advertía: "No os presenteis ante mí, si no volveis victoriosos".

Antítesis de todo lo que pudiera significar bondad o grandeza, Monteverde por su parte se hundía cada vez más en un régimen cobarde y cruel de espionaje, persecuciones y venalidades. En vano la Real Audiencia quiere imponerle que respete la palabra empeñada a Miranda y la validez jurídica de la capitulación. Esta no es la clase de *Oidores* que quiere Monteverde a su lado: él mismo se ha buscado dos, especialísimos, en completo acuerdo con su miedo y su rapacidad: uno es "*Palomo,* un valentón de Valencia, despreciable por sus costumbres, a quien Monteverde ha escogido para que siempre le acompañe", según palabras del Regente Heredia; el otro —un tal Antonio Gómez, médico según parece, y el cual se atreve a terciar en las deliberaciones entre el Regente de la Real Audiencia y Monteverde— es el encargado de convertir la crueldad en lucro: por su mediación, los que no han obtenido protección de las leyes logran sin embargo, con un poco de dinero, que estos celosos realistas —Monteverde y su asesor— olviden que aquellos patriotas han sido calificados de "traidores al Rey" y "monstruos de la Naturaleza".

Cuando la Real Audiencia ha fracasado en su propósito de hacer valer la justicia y la ley, intenta que a lo menos advierta Monteverde que sus persecuciones están arruinando el país y cómo, antes que pacificarlo, preparan

sangrientas venganzas. Es también inútil: en cierto momento el obtuso canario parece que comprende y cede, pero a los pocos días anuncia el descubrimiento de una "horrorosa conspiración", ordena nuevas prisiones y el terror se recrudece.

Ante el conocido sofisma de que todo aquello era imprescindible para salvar la tranquilidad pública, hasta el mesurado Heredia se exaspera y le responde con palabras que parecen un grito de cólera: "En ninguna parte hay mayor tranquilidad que en un desierto o en un cementerio".

Por cierto que, no sólo los juristas le dan frente a aquel insensato desbordamiento de codicia, miedo y crueldad: un militar de eminentes servicios, veterano de Bailén, el Coronel Emeterio Ureña, que era a la sazón Gobernador de la Provincia de Cumaná, se niega austeramente a seguir aquella suicida política de Monteverde y, casi con las mismas palabras que usan los hombres de leyes, denuncia la destrucción que se realiza en Venezuela y la rebelión que tales procedimientos preparaban.

Monteverde envió al conocido Zerbériz (o Cerveris) para sustituir a Ureña y seguirle juicio, pero el Coronel no se conforma con defenderse, acusa a su vez a los verdugos realistas y nos deja en las actas del proceso un espléndido testimonio de su honor militar y de los atropellos y exacciones autorizados por el Capitán canario. Comienza por reiterar que la Capitulación entre Miranda y Monteverde debía respetarse, tanto por ser de justicia como por el decoro de las armas españolas y "que el bando que publicó restituyendo todo al estado que tenía antes del 19 de abril fue en virtud de las dichas capitulaciones".

Pero, además, advierte: "que los vasallos fieles siempre fueron oídos cuando reclamaban justicia y no cuando proponían disparates, pues en esta parte había algunos tan exaltados que creían que por haber seguido el partido del Rey, se hallaban autorizados por sí, y sin seguir los trámites de justicia, a hacerse dueños de cuantas propiedades pertenecían a los del otro partido"; y agrega que al enviar Monteverde a Zerbériz para seguirle juicio "le dió una autoridad que ni podía ni debía conferirle, máxime con la nota que asistía a Zerbériz de estar sumariado por excesos que son públicos, y cuando de simple Teniente estaba hecho un gran señor, dueño de innumerables alhajas, esclavos y propiedades, y se le dispensa favor cuando sólo por este hecho deberían darle un castigo ejemplar, y es evidente que por estos actos, los de otros tales y por sus crueldades inauditas se sublevó la Provincia y no por el carácter bondadoso del exponente, como es público y notorio" (2).

(2) Las citas sobre la madre de los Montillas las he tomado de las Biografías de Don Ramón Azpurua, tomo I, pág. 269, y de González Guinán, tomo V, pág. 195; las que se refieren al ambiente en la época de Monteverde, de la obra de Briceño Iragorri "El Regente Heredia o la Piedad Heróica"; y las últimas, acerca del Coronel Ureña, del Archivo Nacional de Caracas, sección "Causas de Infidencia". Tomo XXXVIII, julio 1º.

Evidentemente, tampoco este Coronel Ureña podía ser *Oidor* al lado de Monteverde; éste corría desatentado hacia su perdición y la de Venezuela, agrupando a su alrededor las figuras siniestras que le acompañan en la historia: el Palomo, Antonio Gómez, Cerveris, Antoñanzas, José Domingo Díaz, Zuazola..., cómodos cómplices para no oír.

Pero el apóstrofe de doña Juana Padrón de Montilla quedó en la historia de Venezuela como un principio de los que deben sentar tradición: "¿Y para qué quiere gobierno si no escucha?".

LA PATRIA

EN EUROPA y en América la idea de Patria adquirió vitalidad extraordinaria a fines del siglo XVIII como signo de un cambio que debía tener consecuencias políticas y sociales fecundísimas. Los que hasta entonces habían sido súbditos de tal o cual soberano y sólo estaban ligados entre sí por ese lazo de sumisión común, comenzaron a considerar con más fuerza un gentilicio —franceses, españoles, americanos— que sugería inmediatamente una comunidad de tradiciones, de raza y de responsabilidades; y tanto, que aún los que no vivían bajo un mismo monarca —los italianos, los alemanes— sintieron más que nunca que había un lazo superior que los unía: la Patria. Los antiguos "fieles vasallos de Su Majestad" empezarían muy pronto a llamarse ciudadanos; pero, mejor aún, se sentían "compatriotas", lazo de solidaridad éste que le daba un sentido vital a su común historia y les llenaba de obligaciones el porvenir.

La idea de Patria fue así el concepto revolucionario más dinámico entre todos los que aparecieron entonces; y el amor a la Patria fue, con razón, la consigna que unificó las ilimitadas esperanzas, individuales y colectivas, con que se abría el siglo XIX.

Pero, desgraciadamente, las ideas —tanto como los hombres— se corrompen, y su corrupción es —más que la de los hombres— funesta y trascendental.

Eso sucedió con aquella idea tan feliz, cuando cada pueblo hizo de ella un cerrado recinto de odios y recelos, y cada quien sintió su propia Patria pero no la del vecino. Por la cual, las mismas carnicerías, llamadas guerras, que se habían hecho antes en nombre de los Reyes se hicieron ahora —y peores, con sacrílego entusiasmo— en nombre de la Patria.

Y después, como siempre, los hombres creyeron remediar el mal cambiando solamente las exterioridades. Puesto que el nombre de la Patria era el funesto tambor que se tocaba para enloquecer a los pueblos y lanzarlos unos contra otros, pensaron con pueril simplicidad que debían renegar del patriotismo. Aparecieron otras ideas: justicia social, democracia...

Sólo que, a su vez, también las ideas de justicia social y de democracia

se corrompieron, y crearon nuevas y cerradas murallas, y convirtieron a los hombres en coléricos perros de presa para defenderlas.

Nada ganaron con renegar de la Patria, y mucho perdieron. Las persecuciones recíprocas del hombre contra el hombre no reconocen ya ningún límite; y es por eso: porque un Hitler no podía considerar como compatriotas a los judíos; porque los marxistas no pueden serlo de los burgueses; porque los capitalistas quieren excluir de la Patria a los que invocan la justicia social; porque el imperialismo internacional rehusa reconocer el patriotismo de las colonias que se le sublevan, porque ricos y pobres ya no son en ningún país compatriotas, y porque en medio de tantas negaciones los jóvenes no encuentran ningún asidero espiriutal y han sido condenados a la desconfianza y al odio, o a la indiferencia y a la crápula.

En Venezuela fue muy hermoso el nacimiento de la Patria. Sin contar el espléndido ímpetu vital que procuró a tantos jóvenes que en otras circunstancias sólo hubieran tenido una existencia desvaída —un Muñoz Tebar, un Rivas Dávila, los hermanos Picón, los Ribas, los Palacio, los Bermúdez, familias enteras, dos genaraciones cuando menos redimidas del egoísmo y de la anonimia, es conmovedor observar cómo el amor a la Patria aporta insospechada frescura a los espíritus más endurecidos por los años o las penalidades. En 1799 don Manuel Gual, que milagrosamente había escapado de Venezuela después de la conspiración de 1797 y que muy pronto daría la vida por la misma causa, en medio de las miserias del destierro sigue pensando en rescatar a su patria, y escribe a Miranda desde Trinidad: "Miranda! Si por lo mal que le han pagado a Ud. los hombres; si por el amor a la lectura y a una vida privada, como enunciaba de Ud. un diario, no ha renunciado Ud. estos hermosos climas, y la gloria pura de ser el salvador de su patria, el pueblo americano no desea sino uno: venga Ud. a serlo... Miranda! Yo no tengo otra pasión que de ver realizada esta hermosa obra, ni tendré otro honor que de ser un subalterno de Ud.". Y Miranda le contesta: "...mi objeto siempre es y será el mismo... la felicidad e independencia de nuestra amada patria, por medios honrosos y para que todos gocen de una pura y sabia libertad... Trabajemos, pues, con perseverancia y rectas intenciones en esta noble empresa, dejando lo demás a la divina Providencia, árbitro supremo de las obras humanas; que cuando no nos resultase (a nosotros personalmente) más gloria que la de haber trazado el plan y echado los primeros fundamentos de tan magnífica empresa, harto pagados quedaremos". En 1805 Miranda tiene ya 55 años y está instalado en Londres, donde puede gozar refinadamente de sus queridos libros, de la música, que había cultivado desde joven, y de los cuadros, porcelanas, bronces, sedas y objetos de arte de que se había rodeado; pero todo lo deja para venir, con tres exiguas embarcaciones, a desafiar la muerte en las desoladas costas de su patria. Y cuando hace testamento, antes de embarcar, dispone con palabras que parecen de un

joven incontaminado: "Todos los papeles y manuscritos que llevo mencionados se enviarán a la ciudad de Caracas... para que colocados en los archivos de la ciudad testifiquen a mi patria el amor sincero de un fiel ciudadano, y los esfuerzos constantes que tengo practicados por el bien público de mis amados compatriotas... A la Universidad de Caracas se enviarán a mi nombre los libros clásicos griegos de mi biblioteca, en señal de agradecimiento y respeto por los sabios principios de Literatura y de moral cristiana con que administraron mi juventud...".

En Bolívar el amor a la patria adquiere con los años el carácter de un apremiante apetito corporal: necesidad física de volver a verla, de trabajar en ella y para ella, de remediar las necesidades de su pueblo, de retribuirle lo que ella ha hecho por él. En julio de 1825, en su célebre carta, desde Cuzco, para el tío Esteban Palacios, advierte que por la llegada de éste y la evocación de Venezuela que le sugiere "todo lo que tengo de humano se removió ayer en mí". En setiembre del mismo año escribe al Marqués del Toro: "...mi querida Venezuela que adoro sobre todas las cosas". En noviembre del 26 dice a Páez: "En el día no tengo más mira que servir a Venezuela; demasiado he servido a la América; ya es tiempo, de dedicar a Caracas todo mi conato, toda mi solicitud; por Caracas he servido al Perú; por Caracas he servido a Venezuela; por Caracas he servido a Colombia; por Caracas he servido a Bolivia; por Caracas he servido al Nuevo Mundo y a la libertad, pues debía destruir a todos sus enemigos para que pudiera ser dichosa: mi primer deber es hacia ese suelo que ha compuesto mi cuerpo y mi alma de sus propios elementos, y que en calidad de hijo debo dar mi vida y mi alma misma por mi madre". Se advierte que tiene siempre ante sí a Venezuela como realidad tangible y con voz de obligación precisa: "deseo con ansia —escribe en julio del 28— mejorar la suerte del pueblo de Venezuela... el pueblo está tan miserable, que es preciso aliviarlo a todo trance..."; y en noviembre del 29 repite: "Venezuela es el ídolo de mi corazón y Caracas es mi patria". Aquella amplitud de conceptos que entonces se sintetizaba en el amor a la Patria —conciencia de un largo pasado en común, solidaridad en el presente, responsabilidad para el porvenir— tienen tal intensidad en el Libertador que parecen absorberlo y despersonalizarlo dentro de la imagen total que lo domina: en la citada carta a su tío, agrega: "Los campos regados por el sudor de trescientos años: han sido agostados por una fatal combinación de los meteoros y de los crímenes. ¿Dónde está Caracas?, se preguntará usted. Caracas no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, han quedado resplandecientes de libertad; y están cubiertas de la gloria del martirio".

"Nuestra familia se ha mostrado digna de pertenecernos, y su sangre se ha vengado por uno de sus miembros. Yo he tenido esta fortuna. Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y ami-

gos. Yo los he representado a presencia de los hombres; y yo los representaré a presencia de la posteridad".

No trato de destacar el patriotismo de Miranda, de Bolívar o de sus contemporáneos; lo que quiero, sobre todo, es insistir en lo que aquel amor a la Patria les hace ganar a ellos, cómo les eleva y engrandece el ánimo; de tal manera que después de tantas luchas y de los inevitables desengaños conservan la vivacidad espiritual —y en cierta medida, la pureza— de una inextinguible juventud. Han sufrido mucho, pero con un dolor que no los doblega, porque después de tantos sufrimientos guardan intacto el sentimiento de triunfo y plenitud con que soñaron presentarse al juicio de la posteridad.

En el patriotismo de Vargas encontramos características análogas. Cuando salió de Venezuela sólo debía llevar el recuerdo de que su Patria, tras haber sido una de las más pobres colonias españolas, era ahora sólo ruinas, por el terremoto de 1812 y las crueldades de la guerra. Sin embargo, durante doce años todo lo que hace es con el sólo pensamiento de volver a ella; sus estudios de medicina no quiere especializarlos, como podía aconsejarle el provecho propio, sino ampliarlos y extenderlos a cuantos conocimientos fueran necesarios para reorganizar nuestra Universidad. Y con ser tan universitario, le preocupa más aún el pueblo: por ejemplo, aquellas cartillas de lectura para los soldados y para los niños pobres, que es lo primero que se le ocurre al subir a la Presidencia de la República.

En don Andrés Bello el amor a la Patria tiene también los mismos extremos de altas ambiciones y menudos cariños. Diez, veinte, cuarenta, cincuenta años de ausencia, de estudio y casi siempre de miseria, lo separan de Venezuela; pero sigue pensando en los problemas de su Universidad, en sus hombres más eminentes, en sus soleados campos, en el Anauco. De dos de sus cartas a un hermano, copio: "En mi vejez, Carlos mío, reposo con un placer indecible todas las memorias de mi Patria: recuerdo los ríos, las quebradas y hasta los árboles que solía ver en aquella época feliz de mi vida. Cuantas veces fijo la vista en el plano de Caracas que me remitiste creo pasearme otra vez por sus calles...". "La vista de Caracas estará colgada en frente de mi cama y será quizás el último objeto que contemplen mis ojos cuando diga adiós a la tierra".

Y el amor a la Patria es lo que en Cagigal se transforma en el entusiasmo y en los proyectos creadores que lo acompañan hasta el linde de la locura: planes de estudio para universitarios, militares y artesanos; agricultura técnica, museos, archivos, investigaciones arqueológicas, periodismo, educación popular... Tan pobre entonces la Patria y, sin embargo, tántas cosas que aquellos hombres veían en ella!

Y no es sino inspiración de ese amor a la Patria el fervor y la pureza con que Sucre la sirve, la vida fascinante de Urdaneta, la inflexible honradez de Soublette, la risueña abnegación de los Montilla, la rectitud y laboriosidad

de Blanco —aquel admirable Cura-Coronel, ejemplo de patriotismo— los sacrificios de los Carreño, padre, hermanos y esclavos que van juntos a la guerra, y lo que significan don Simón Rodríguez, Peñalver, Roscio, Revenga, Gual, Mendoza.

Exultante es seguir ese amor a Venezuela en la correspondencia y en los actos familiares de cada uno de estos hombres, y sentirlo caliente, vivo, rico, sin artificios retóricos, tal como aparece en la vida de Bolívar y en la de Bello.

A fines del siglo encontramos sin embargo, que ese sentimiento de patria se ha cargado de agrio pesimismo y a veces se convierte, por despecho, en blasfemias contra la patria. Pero todavía es amor: el blasfemo que provoca a Dios con sacrílegas imprecaciones, es porque todavía cree en él; en el fondo de su desesperación existe sin duda la vaga esperanza de que su rebeldía podrá ser escuchada como no lo fueron sus plegarias; y así mismo, el que parece renegar de la patria con airadas palabras es porque todavía espera moverla hacia mejores destinos. La rebeldía sin esperanza es la que viene después: cuando el amor se convierte en frialdad, en invencible desapego; el verdadero infierno sin posibilidad de redención no es el de los maldicientes, sino el de los indiferentes.

Ya esta última crisis, en que el amor cedió a la indiferencia y el patriotismo quedó simplemente relegado con desdén, no fue peculiar a Venezuela. Como hemos dicho, en escala mundial el escepticismo y el hastío sustituyeron al patriotismo, cuando se advirtió que éste iba convirtiéndose en pretexto de nuevas guerras, y que en nombre de la patria cada pueblo quería dejar sin patria al pueblo vecino. Síntoma significativo de esa decepción colectiva es que durante los últimos años no se invoca a la patria para pedir los sacrificios que los conflictos internacionales siguen exigiendo. Democracia, derechos humanos, justicia social, son las nuevas consignas.

Sin embargo, una experiencia corta pero cruel nos demuestra que estas nuevas palabras no son más veraces en boca de los políticos; que en realidad han hecho más inhumanas las contiendas civiles y las luchas de pueblo a pueblo; y que ni siquiera encierran, como el sentimiento de patria, un elemento de amor que parcialmente a lo menos haga fraternizar a los hombres.

Por eso encuentro conmovedor un dato que nos han traído en estos días las agencias de información. Viene a indicar una inesperada supervivencia de aquel amor a la patria, y justamente en donde menos podíamos esperarlo: bajo el régimen que doctrinariamente sostiene el predominio de lo internacional, en Rusia. Las noticias sobre el vuelo del astronauta Gagarin nos refieren que éste, cuando ya a punto de aterrizar sintió consumada su gloriosa hazaña, comenzó a cantar una vieja canción rusa que se titula: "La patria oye, la patria sabe". Que en lugar del áspero orgullo de su triunfo, o del obligado homenaje al sistema socialista, el héroe se entregara espontáneamente en esos instantes al fresco sentimiento de amor a su tierra, y precisamente a través de

un canto tradicional, es un hecho cargado de sugerencias. Me ha impresionado tanto, que no he vacilado en empalmarlo, un poco a la fuerza, con las consideraciones sobre Venezuela que llenan estas páginas. En gran parte, bajo la presión de las ideologías de carácter internacional comenzó el descrédito del patriotismo. ¿Nos llegará ahora de Rusia el permiso de volver a ser patriotas?

LAS REFLEXIONES DE SU CORAZON

COMO UN VERDADERO hallazgo debe considerarse el propósito que ha realizado don Antonio Reyes de reconstruir nuestra historia política buscando en las Presidentas de Venezuela ese resorte oculto que explica muchas veces los acontecimientos humanos como no podría hacerlo el más abundante razonamiento de la "grande historia".

En una serie de biografías de las Presidentas, reducidas a sus trazos esenciales, descubre Reyes una veta de nuestros anales que aquí y allí aflora en la superficie, y que en otras ocasiones el autor saca a luz con delicado acierto, para darle importancia no sospechada.

La primera grata sorpresa que hallamos es que, casi siempre, la Presidenta es superior al Presidente. Sobre todo en el orden moral y en los casos en que más lo necesitaba el país: cuando el caudillo de turno, unas veces por falta de escrúpulos o ignorancia, en otras por la dureza de su carácter, en otras por ser francamente corrompido y vil, requería una influencia saludable, que precisamente sobre tales hombres sólo la compañera íntima podía ejercer.

Ocurre así la esposa en auxilio del jefe omnipotente con la censura tácita que está en la mente de todos, pero que todos han de disimular; o con la iniciativa generosa que levantará más tarde una voz de agradecimiento entre el coro de imprecaciones. Y el don de humanidad que descendió de sus manos hará germinar algún grato recuerdo en el surco de atropellos que el victorioso abre sobre su propio pueblo.

Por lo menos en dos casos de los que narra Reyes, esa compasión de la mujer alcanza la excelsitud.

Uno es cuando vacilaciones de índole política suspenden el ánimo de José Tadeo Monagas ante el paso decisivo de conceder el indulto a Antonio Leocadio Guzmán. Refiere Reyes que entonces la esposa del condenado recurre a Doña Luisa Oriach de Monagas. Pero más perpleja aún que el Presidente debía de sentirse ésta, pensamos. ¿Es que podía ella —improvisado árbitro en tan tumultosos días— asumir la responsabilidad de hacer valer su propio criterio? Por el momento sólo se le ocurre, sin duda, prodigarle

consuelos y asistencia a la infortunada que parece vestir ya los crespones de la viudedad. Pero el tiempo apremia y el forcejeo cruel de las camarillas, de los intereses y de los rencores en pugna, puede llevarse por delante aquella vida humana. Es entonces cuando la Presidenta encuentra la admirable decisión: "Las reflexiones de mi corazón —ofrece— serán transmitidas de inmediato a José Tadeo".

Las reflexiones de su corazón! Qué admirable contrasentido éste, de negarse a reflexionar con la mente para llevar solamente al esposo las reflexiones de su corazón!

Sin duda no sabía doña Luisa que, dos siglos antes, uno de los más altos filósofos —que además fue psicólogo antes de existir la psicología— había descubierto que "el corazón tiene razones que la razón no conoce". Pero ella se eleva intuitivamente hasta aquella resplandeciente verdad, y como si quisiera dejar constancia ante aquel conflicto de lo que era su debilidad y su fuerza a un mismo tiempo, ofrece a la otra mujer atormentada la elocuencia de su conmiseración.

Cierto: para decidir sobre el indulto a Antonio Leocadio Guzmán, razones de mucho peso, en pro y en contra, podían batallar durante largo tiempo en la mente del Presidente Monagas. Ni el interés político, ni consideraciones razonables en un sentido o en otro, podían dar una solución totalmente satisfactoria. Era necesario romper el conflicto de tantas razones en equilibrio con la suprema razón de que él no podía inaugurar su Presidencia con un patíbulo. Argumento decisivo, argumento irrebatible, argumento que en el duro pero gallardo combatiente debía de remover profundas reacciones de decoro y orgullo. Pero argumento que, en definitiva, no podía salir de la razón: tenía que brotar de las reflexiones de su corazón!

Tampoco era la primera vez que la compañera del caudillo oriental hacía sentir su benéfica influencia en el ánimo de éste. González Guinán refiere: "La señora de Monagas fue muy bien acogida por la sociedad de Caracas. Era una mujer de 47 años, pues había nacido en Barcelona el 6 de noviembre de 1801, de clara inteligencia, de finos modales, muy adscrita a las glorias de su esposo, generosa por espontaneidad y magnánima por sentimiento religioso. Desde el año 1817 había unido su suerte a la del General Monagas, y fue el Libertador quien pidió su mano a la señora María Antonia Guevara de Oriach, para enlazarla en matrimonio con la del distinguido Jefe oriental. Desde que la señora de Monagas se instaló en la casa de la plaza de San Pablo, aquel hogar quedó abierto a los reclamos, a las solicitudes de los desgraciados, a quienes se complacía en amparar".

Y el mismo autor refiere así la escena final del drama que estuvo a punto de costar la vida a Antonio Leocadio Guzmán: "El día de la conmutación de la sentencia de muerte del señor Guzmán había sido tan agitado como los anteriores, no sólo en la casa de gobierno, sino también en toda la

capital. Los amigos del tribuno hicieron ruidosamente sus manifestaciones de alegría y aún se dispusieron a sacarlo en triunfo de la prisión; pero como el decreto de conmutación no era, ni podía ser, un perdón absoluto, la ovación no pudo tener efecto y el señor Guzmán continuó en la cárcel por unos días más, mientras disponía la autoridad el mejor modo de ejecutar el decreto. Terminada la labor administrativa del 2 de junio, el Presidente se dirigió a su casa en la plaza de San Pablo, saliendo a recibirlo su señora, con más interés que de costumbre porque estaba advertida de la excitación que reinaba en la ciudad. El General Monagas le refirió los graves incidentes del día relacionados con la conmutación y con la renuncia del último Ministro conservador. No hay más a quien apelar —continuó diciéndole— he levantado del cadalso al señor Guzmán, para colocarme yo. Prefiero eso —le respondió vivamente doña Luisa— antes que ver su conciencia inquieta y sus manos manchadas con sangre inocente".

El otro rasgo extraordinario que encontramos en el libro de las Presidentas de Antonio Reyes, corresponde a doña Belén de Alcántara. Escuetamente: que doña Belén besa en la frente a un desdichado leproso a quien no puede socorrer de otra manera.

Antonio Reyes, que con razón compara esta heroica limosna a la que la leyenda glorifica en el Cid, no puntualiza lo sucedido tal como lo hemos narrado; ni nos trasmite cuáles serían los extremos de desamparo en el enfermo y de conmiseración en la Presidenta que la llevaron al estupendo sacrificio.

Pero recuerda el testimonio que quedó de éste en las estrofas del poeta Francisco Guaicaipuro Pardo y se complace en narrar cómo a Doña Belén "desde su aparición en la capital de la República se le conoce o se la designa como la deidad tutelar de los menesterosos. Allí, en cualquier sitio o lugar donde haya penas, donde exista el dolor, allí se dirige —sin aspaiventos ni ostentaciones— como una hada buena y cristiana, la piedad inmarcesible de la esposa del Presidente Alcántara. Y por ello —en los días de su santo —elige para visitar, como goce íntimo a su magnánimo corazón un sitio perdido en una encrucijada de *Gamboa* por el cual el vecindario caraqueño siente especial animadversión. Se trata del lazareto metropolitano hasta ese momento abandonado por la apatía individual y colectiva de la ciudad. Doña Belén llega al antro del terrible flagelo. Va segura en su conducta y en la acción. Los lázaros la aclaman! Es la madre de todos y de ellos —de esos hijos desamparados por la fortuna— recoge todos los deseos. Y los deseos, las pequeñas aspiraciones quedan, pocas horas después, colmadas en toda su amplitud!".

Si aceptamos como fidedignos los cuentos y dichos atribuidos al Presidente Alcántara, lo juzgaríamos como uno de los personajes menos respetables de nuestra historia: desordenado, sin escrúpulos, populachero sólo por el interés que le iba en ello, ni siquiera valiente, tales serían sus características

según los chascarrillos con que él mismo se definió y el recuerdo del peculiar feudalismo que estableció en los valles de Aragua.

Existen, sin embargo, testimonios imparciales que lo presentan bajo aspectos muy diferentes. González Guinán, a pesar de que fue su adversario, le reconoce que "no había perseguido a ningún ciudadano, ni oprimido a gremio alguno". Y añade: "Más aún, el señor General Alcántara, maltratado e insultado de palabra y por la prensa durante el largo y angustioso proceso eleccionario de 1874 a 1876, al escalar en 1877 la cumbre presidencial, no sólo no tuvo un acto, ni una palabra de represalia para sus detractores, sino que los amnistió a todos, amparó y protegió a muchos de ellos, y arrojó en el abismo del olvido toda especie de agravios". Y según el mismo autor uno de los últimos actos de Alcántara como Presidente, poco antes de su muerte, fue ordenar la libertad de varios detenidos políticos, a pesar de que acababa de debelar una revolución y se temía otra.

Debe de haber mucho, pues, de exageración y de mentira en la copiosa y lamentable leyenda que rodea a Alcántara. Pero sí parece cierto que le complacía mostrarse vulgar y agresivo en sus expresiones, para que se lo celebrara la chusma que habitualmente lo rodeaba; y porque era la única manera —según el pervertido concepto que prevalecía— de justificar el sobrenombre de Gran Demócrata que le habían dado.

Doña Belén, la esposa, dejó por el contrario un estilizado recuerdo de señorío y de magnanimidad, de energía y de bondad.

La narración de Antonio Reyes ratifica con deliciosas anécdotas esa tradición: doña Belén llama a su hermano Monseñor Estévez Yanes para que interceda por los detenidos políticos; Doña Belén envía desde la propia casa Presidencial "viandas y ayudas en metálico para las familias de los adversarios del esposo Presidente"; doña Belén sueña "con una administración amplia, dilatada y responsable".

En algunos casos el ademán compasivo se hace más seductor con un toque de risueña malicia: cuando doña Belén se ingenia para recuperar, comprándolo a la propia amiga que se lo había hurtado, un florero que le era particularmente grato; cuando doña Belén obtiene del Ministro de Hacienda que pensione a las hijas de uno de los presos políticos, y Alcántara se decide entonces a libertarlo, porque "este preso —advierte— le está costando mucho al erario...".

Si continuáramos glosando las páginas de Antonio Reyes siguiendo nuestro propio deleite y sin resistirnos a las innumerables evocaciones que suscitan, llegaríamos a reproducir todo el volumen.

Hoy, cuando la historia es de todo, menos historia humana; y cuando los hombres que fueron de carne y hueso no aparecen ya en ninguna narración con pasiones e ideales propios, como héroes, santos, farsantes o criminales, sino como fenómenos telúricos o agentes providenciales o fantoches

de ocultas fuerzas económicas, sentimos verdadero agradecimiento cuando se nos facilita la ocasión de olvidar tantas pedanterías, cuando volvemos a contemplar en el pasado personajes vivientes, seres semejantes a nosotros, que merecen, como nuestros contemporáneos, amor, odio, admiración o menosprecio.

En Venezuela la historia ha sufrido además otra mutilación: la de considerar que sólo lo peor de la realidad universal es característico de la "realidad venezolana". Yo juzgo que en gran parte no somos culpables de esto, porque a esa visión envilecedora nos han llevado amarguras, frustraciones y sentimientos que se integraron en un verdadero complejo de auto-acusación. Pero ¿no nos obliga esa misma razón a analizar ese peligroso estado de la conciencia colectiva y a combatirlo buscando en nuestra historia la tradición de generosidad, elevación y desinterés que es también parte de la realidad venezolana?

REPUBLICA DE MEDIO SIGLO

ES CURIOSO OBSERVAR que a pesar de que la República de 1830 a 1848 fue tan desacreditada por la propaganda demagógica que la presentaba como una especie de feudo cerrado de los "oligarcas", y éstos a su vez como logreros, egoístas y enemigos del pueblo, cada vez que posteriormente se ha querido buscar a los más altos representativos del pensamiento nacional y, sobre todo, a los que podían al mismo tiempo significar ejemplaridad moral, siempre se ha ocurrido espontáneamente a aquella época. Bastaría para probarlo hacer una lista de las biografías que recientemente han aparecido en los sectores más variados y muy especialmente en los de espíritu juvenil, o catalogar las citas que en los diarios y en los estudios históricos aparecen con igual finalidad cívica y moral. Pero no es tampoco de hoy esa tendencia, y como ya tuve ocasión de advertir en otro artículo, el propio Guzmán Blanco, citado por otro liberal, el Dr. González Guinán, escribió en cierta ocasión que "aquella era la verdadera República".

Guardémonos, sin embargo, de seguir el criterio partidista, o el de cursi sentimentalismo, según los cuales Venezuela "se agotó" con aquellas generaciones y por eso ya no pudo dar hombres de igual talla.

La razón de que en aquellos días aparecieran hombres de tal altura intelectual y de bastante desinterés para no descender de ella, es que estaban sostenidos por la necesidad —y el entusiasmo— de discutir a diario y públicamente los problemas inherentes a la reconstrucción de la República, que entonces se realizaba.

Con solo hojear los cuatro primeros capítulos del tomo II de la Historia de Gil Fortoul observaríamos cómo en aquella Venezuela se estudiaron y discutieron —como podía hacerse en Francia o en Inglaterra— casi todos los problemas sociales, políticos o administrativos que entonces formaban doctrina en el mundo: religión del Estado, relaciones exteriores, federación o centralismo, el juicio por jurados, fuero militar y fuero eclesiástico, intervención o abstención del Estado en los problemas económicos, arbitrios rentísticos, patronato, inmigración y colonización, educación, etc., etc. Y para comprender cómo tal ambiente debía influir en la formación y adiestramiento de

nuestros pensadores bastaría recordar que don Fermín Toro produjo sus dos eminentes estudios doctrinarios bajo estímulos hasta cierto punto circunstanciales: me refiero a su trabajo "Europa y América", provocado por una intervención europea en México, y a sus "Reflexiones sobre la Ley del 10 de abril de 1834". Y ambos desbordaron abundantemente de los puntos concretos a que se referían, y hoy pueden representar la repercusión mejor razonada en Sur América del socialismo anterior a 1848.

Ese ambiente de pública deliberación, que no se había interrumpido desde 1810, es también la causa de que los hombres de Estado que entonces surgen abarquen sectores de pensamiento de una amplitud sorprendente. Tal es el caso, por ejemplo, de José Rafael Revenga, el cual, a pesar de ser antes que todo economista y diplomático, se interesa tanto por la educación y juzga en ella con tanto acierto. Ya hemos hablado en otras ocasiones de su proyecto de *escuelas normales gratuitas* y de como Revenga se convirtió, personalmente, en centro de relaciones y proyectos entre Bolívar, Bello, Vargas y Cagigal. Cuán diferente esa actuación suya, al lado del Libertador, de la que le tocará después, como Ministro, en la apagada época de los Monagas!

Y digo que aquella deliberación pública no se había interrumpido desde 1810, porque aún durante la guerra de emancipación y aún durante la dispersión de los libertadores en el exilio, cuando triunfaban los realistas, continuó en varias formas, por medio de correspondencia, libros, asambleas ocasionales, etc. Las "Obras" de Juan Germán Roscio, publicadas en Caracas por la X Conferencia Interamericana en 1953, nos indican abundante material en ese sentido. Y cuando los republicanos lograron reanudar la vida constitucional de la República, a partir de 1819, esa discusión fue tan libre y tan apasionada a veces, que ni aún las propias ideas del Libertador lograban imponerse. Lo cierto es que ninguno de los proyectos de éste triunfó en los Congresos de la Gran Colombia, característica muy significativa del ambiente que predominaba en las deliberaciones. Sería preciso destruir o invalidar totalmente este dato para sostener, como muchos historiadores han sugerido, que aquellas Asambleas sólo tenían por objeto presentar un aparato legal ante la opinión pública y las naciones extranjeras y que todo lo que debían decidir estaba ya decidido por la necesidad de la salvación común.

Generalizaciones precipitadas de este tipo han hecho mucho mal a través de una tendenciosa divulgación de nuestra historia.

Considero igualmente simplista —aparte la admiración que tributo a Gil Fortoul— la distinción, en una historia tan breve como la nuestra, de épocas que parecen separar radicalmente, como en estanques cerrados, el turbulento curso de los acontecimiento. Pero si acaso me dejara llevar de ese deseo de sistematizar mediante nombres, por interés didáctico, lo que en la realidad no puede separarse, me parecería preferible distinguir en la historia de Venezuela durante el siglo pasado dos períodos: el primero, que abarcaría

desde los primeros proyectos de autonomía hasta 1848, tendría como característica esa entusiasta y constante deliberación sobre los asuntos de interés público, que sólo excepcionalmente y por muy corto tiempo se interrumpe; en el segundo, por el contrario, desde el 48 hasta 1900, sólo a largos intervalos reaparece esa posibilidad de estudio y discusión en común. En el primero predomina la vida colectiva, espontánea y variada, en la cual salen a luz hombres y proyectos, iniciativas y estudios —intereses también— que aunque a veces chocan entre sí y no siempre triunfan, dan la impresión en conjunto de que la nación se gobierna por sí misma con la relativa continuidad que podría tener la propia vida institucional europea. Todo esto desaparece después: sólo muy de tarde en tarde alguien se aventura a proyectar algo y en todo caso la decisión siempre toca a la imposición unipersonal y a las azarosas alternativas de la guerra civil. En el primer período tuvimos una República deliberativa, en el segundo la República en crisis. ¿Podrían distinguirse efectivamente con esos dos nombres aquellas dos épocas?

Prefiero dejar el tema en esa forma interrogativa. Con la advertencia de que esas dos etapas las considero diferentes, pero no radicalmente antagónicas, y que no trataría ni de pintar en la primera todo de color rosa, ni de juzgar la segunda con el maldiciente pesimismo que cómodamente adoptan muchos.

Los jóvenes historiadores venezolanos encontrarían una apasionante labor en documentar y valorizar los hombres que —en ambas épocas, insisto— representan una misma tradición de patriotismo, desinterés, trabajo y ejemplaridad moral. No creo que en la segunda sean menos numerosos ni inferiores en cualquier aspecto: la diferencia está solamente en que durante la República deliberativa figuran casi siempre en primer plano, se mueven holgadamente, sus ideas salen fácilmente a la luz y su ejemplaridad quedó felizmente dibujada ante una opinión pública casi nunca interferida; durante la República en crisis, por el contrario, su trabajo queda incompleto o se pierde después por las causas ya señaladas, están aislados u oprimidos, muchos buscan voluntariamente la anonimia para salvarse; los más felices logran alguna obra pero será restringida y concreta, sin la amplitud de un pensamiento político global, que resultaría innecesario o perjudicial dentro del nuevo ambiente.

Precisamente en estos días hemos leído en "La Universidad del Zulia" que los próximos doctorados en Derecho de aquella ilustre casa han escogido para su promoción el nombre del Dr. Julián Viso.

Es un acierto que merece público aplauso. El Dr. Julián Viso fue, durante la República en crisis, y a pesar de su amistad personal con Guzmán Blanco, una de esas figuras sin mancha que en cuantas actividades logró servir —enseñanza, diplomacia, estudios jurídicos, trabajos administrativos— puede equipararse a las más admirables de la mejor tradición venezolana.

GUZMAN BLANCO, REY MIDAS

QUISIERA DEDICARLE algunos comentarios a la figura histórica de Guzmán Blanco, pero debo comenzar por advertir lealmente a mis lectores que no lograré una apreciación precisa de aquel complejo caudillo venezolano, porque todavía perduran en mis reflexiones sobre él muchas contradicciones de índole sentimental; de tal manera que a veces lo juzgo gravemente pernicioso como gobernante y hasta repulsivo en su calidad humana, y en otras ocasiones reviven con fuerza extraordinaria los motivos de admiración que me guiaron por primera vez a estudiarlo.

Pero quizás esa exposición contradictoria que haré sea la más provechosa. En primer lugar porque muy pocos hombres son "de una sola pieza", como decimos en Venezuela —muy pocos, digo, porque yo sí creo que los hay, íntegros como arquetipos, y a veces más puros que cuanto se atreve a crear la fantasía —pero si tan desigual es la naturaleza humana, la manera más acertada de pintar un personaje ha de ser reflejar fielmente sus cambiantes aspectos, sin empeñarse en lograr una síntesis artificiosa. Por otra parte, lo más apasionante en un estudio sobre Guzmán Blanco debe ser explicarse —o por lo menos, comentar— cómo se mezclaban en él admirables atisbos de estadista con groseras incontinencias de niño malcriado o de hombre primitivo; cómo podía aquel hombre, que tenía talento, carácter y ambiciones que merecen respeto, perseguir satisfacciones de codicia y vanidad literalmente grotescas. Tenía dotes personales y escenario para hacer un gran personaje, y se conformó con la parodia. ¿No es, realmente, un enigma psicológico fascinante?

Desesperadamente lo lloramos precisamente los que quisiéramos glorificarlo; fue un Rey Midas que, mil veces más infortunado que el de la mitología, tuvo el funesto don de convertir todo lo que tocaba, no en oro, sino en oropel; y por eso, después de tanto afanarse por dejar recuerdo deslumbrador, en oropel dejó convertida la vida pública de Venezuela y su propia obra.

Muy a menudo consideramos mera palabrería ciertos conceptos morales; pero es porque una repetición inoperante los ha hecho caer en el ridículo: la verdad es que, aparte haber sido proclamados por los más altos filósofos

y haber inspirado vidas humanas realmente heróicas, la experiencia universal ratifica su validez siglo tras siglo. Y cómo los recordamos al juzgar a Guzmán!

Por ejemplo: pensar que luchó tanto contra sus adversarios y nunca pensó luchar consigo mismo; tanto orgullo que puso en que no lo vencieran en la guerra y no advirtió, sin embargo, que lo rodeaban peores enemigos; los que fingiéndole amistad sólo cuidaban de su propio provecho, lo zarandeaban entre lisonjas estrambóticas y le escamoteaban, además del dinero público, la dignidad y la gloria de su gobierno. Tanto que vigiló para no demostrar nunca debilidad —y quizás por no parecer débil se privó muchas veces de ser compasivo o generoso— y, sin embargo, fue débil con sus menudas concupiscencias y débil para pagar bochornosamente elogios que nada valían; no era un necio y, sin embargo, confundía la ostentación con la gloria y creía que las lisonjas significaban fidelidad.

A su lado pasó nada menos que José Martí, uno de esos arquetipos a que me refería, superior a cuanto ha creado la imaginación del hombre; y Martí decía: "déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo", y glorificó a Venezuela y a todo venezolano que lo merecía con palabras que por la belleza, la sinceridad y el afecto, debían despertar desesperada envidia. Quién hubiera merecido una sola, una sola, de aquellas palabras consagratorias! Pero Martí tuvo que guardar silencio ante Guzmán, abochornado sin duda por aquella fanfarria que mantenían los aprovechadores; y después tuvo que esquivarse ante la misma alternativa que silenciaba a Cecilio Acosta y al Dr. Julián Viso, que obligaba a emigrar a Pérez Bonalde y que recluía en la inacción —ese "cementerio de los vivos", de que se jactaba el propio Guzmán— a todos los que pretendían conservar su decoro.

Cuán diferente sería hoy el juicio de la posteridad sobre Guzmán Blanco si Martí nos hubiera dicho de él: "era demasiado orgulloso para igualarse a esos tiranuelos hispanoamericanos que viven en el vicio y la mentira y mueren entre burlas y maldiciones; de su padre recibió el testimonio de una época en que la probidad de sus hombres públicos honró a Venezuela entre todas las naciones del Continente, y en la cual la libre discusión de los intereses colectivos formó una generación de pensadores y estadistas que será siempre justificación irrebatible de aquel sistema político; por eso, sin duda, se afanó tanto en fortificar la abatida conciencia nacional y en sustituirla a los intereses de partido y a los apetitos individuales que amenazaban anarquizar el país".

Pero todo esto se quedó en el mundo de lo que pudo ser y no fue; de lo que el destino ofrecía a Guzmán y él desdeñó. Martí se fue y Guzmán conservó alrededor de sí a los que a diario lo comparaban con Moisés y con Escipión, con Napoleón, con César y hasta... con el Papa.

Pudo reconstruir la República, pero prefirió montar un circo.

Y no fue por recurrir a una contraposición efectista por lo que sugerí que quizás a Guzmán Blanco pudo llegarle por el testimonio de su propio

padre la visión ejemplar de aquella República de 1830-1846 que en cuanto a honradez administrativa y libertad de deliberación hizo de Venezuela un modelo envidiable en América.

Es el propio Guzmán Blanco el que habla de aquellos días en estos términos: "Fue la época de la prensa libre, no estando esa libertad en las leyes. Los periódicos de Venezuela en esa época son dignos de la nación más libre y civilizada de la tierra. Y a fe que no dejaba de discutirse ni la personalidad del Jefe del Gobierno. Una vez se atentó contra esa libertad, pero fue un abuso de partido a que el Gobierno fue completamtne extraño. El atentado del 25 de enero y la represalia del 9 de febrero, fueron batallas civiles entre los dos partidos, en que la autoridad pública negó su cooperación, lo mismo al partido del Ministerio que al partido de la oposición. Fue la época de las elecciones libres. Había espíritu público y una conciencia nacional. Aquella era la verdadera república" (1).

Si no hubiéramos encontrado esta cita en el insospechable González Guinán y con la indicación precisa de su fuente primitiva, la hubiéramos reputado invención de algun "godo" mistificador.

No vamos a reclamar, sin embargo, apoyados en ella, por aquellos "conservadores" que Antonio Leocadio Guzmán hizo pasar a la posteridad como enemigos del pueblo y que su hijo se propuso destruir "hasta como núcleo social".

Ese es otro laberinto; por ahora quiero seguir el que se nos abre en la psicología de Guzmán Blanco al juzgar aquella evocación que él nos trasmite. ¿De modo que Guzmán Blanco sabía que "aquella era la verdadera República"? ¿Y sabía que una verdadera República tiene por bases "espíritu público y una conciencia nacional?".

¿Y si lo sabía... cómo...?

Oh, Rey Midas, que aceptaste, como si fuera un don espléndido, el artero privilegio de convertir en oropel cuanto tocaras!

(1) Citado por González Guinán, "Historia Contemporánea de Venezuela", tomo III, pág. 443.

LOS GUZMANIACOS

LA ADORACION PERPETUA fue el mote más usado para ridiculizar a los aduladores de Guzmán Blanco; pero hubo también otro no menos hiriente: los *guzmaniacos,* llamábanlos.

Pero lo sorprendente es que el primer *guzmaniaco* era el propio Guzmán; y como los otros *guzmaniacos* llega a extremos increíbles. Por ejemplo, cuando en 1877 el Regiminto de la Guardia acude a imponerle un estrella orlada de laurel. Con toda naturalidad Guzmán Blanco contesta a los oferentes: "Quien ha inspirado a los Jefes, Oficiales y Soldados de la Guardia en tan largo tiempo, tiempo tan lleno de oscuridades, vicisitudes y peligros, no sólo gratitud sino tanto cariño, es porque tiene un noble corazón". Por supuesto que al llegar aquí el lector supondrá —como lo pensé yo cuando por primera vez leí el episodio— que el del noble corazón a quien se refería Guzmán era el Jefe del Regimiento y que con aquella expresión quería el Ilustre retribuir en cierta medida el agasajo que se le hacía. Pues no: el del noble corazón era el propio Guzmán, el cual concluye así, al parecer sin ruborizarse siquiera: "Me hace feliz tenerlo y llevar en el pecho este símbolo que así me lo testifica".

Por supuesto que si el propio cura manejaba el incensario con tal desenfado, ya podemos imaginar como lo harían los monaguillos. Las evocaciones históricas con que se halaga a Guzmán, los sobrenombres que se le inventan y los personajes a quienes se le equipara, forman la mescolanza más grotesca que podamos imaginar: se le compara con Bolívar, Napoleón, César, Alejandro, Colón, Moisés y hasta con el Papa, ocurrencia esta última bastante imprevista en obsequio de un anticlerical. A un orador se le ocurre llamarlo el "Civilizador de Carabobo", con lo cual dejaba entendido que hasta entonces aquel Estado había permanecido salvaje; y era en la propia Valencia donde hablaba...

Desde luego es muy fácil suponer lo que ocurre en tales casos: cualquier aventurero que trate de conseguir algo, sólo considera el mamotreto adulatorio que tiene entre manos y el negocio que piensa pedir a cambio; pero viene después el historiador, coloca en fila todos aquellos apodos rimbom-

bantes, comparaciones extrafalarias y sobrenombres contradictorios y resulta un conjunto sin sentido que deshonra —que deshonra no; peor: que ridiculiza— al privilegiado y lamentable protagonista.

Lo inconcebible es que la víctima de esa descarada truhanería, de ese toma y dame en que el adulado es el que hace en definitiva el papel de tonto, no reaccionara algún día para salvar su dignidad personal y su memoria. Casi nos duele más que indignarnos ver a un hombre de las condiciones de Guzmán Blanco en la atribulada situación de aquel a quien vendan los ojos en el juego de la Gallina Ciega, y mientras unos lo llaman de un lado y otros por el opuesto y todos ríen y se hacen guiños cómplices, la batahola se convierte en un impúdico aprovechamiento. Si pudiéramos imaginar en Guzmán Blanco uno de aquellos caudillejos humillados y deprimidos que necesitaban de la lisonja continua para compensar su debilidad íntima o acallar la amargura de su inferioridad, el espectáculo nos resultaría simplemente divertido como una especie de abigarrada novela picaresca de muchos aventureros y un solo mentecato. Y digo simplemente divertido porque no es verdad que como venezolano tengamos que avergonzarnos de ello: esas situaciones no pueden inculparse a la nación que permanecía dolorida espectadora ante las circunstancias transitorias que mantenían aquella anormalidad; y lo prueba el hecho de que naciones europeas mucho más fuertes intrínsecamente que Venezuela han soportado en este siglo —y por análogas razones fortuitas aunque insuperables por el momento— iguales insensateces políticas.

Pero tratándose de Guzmán, confieso que de ninguna manera me provoca reír. Durante mucho tiempo creo que yo fuí, como historiador, un poco *guzmaniaco,* y todavía me esfuerzo en serlo porque, como maestro de escuela, sigo creyendo sinceros los propósitos de Guzmán en materia de educación.

Por eso aquellas inconsecuencias —un hombre que pudo ser verdaderamente grande convertido en hazmereir— me desasosiegan como un enigma psicológico y me duelen.

Hay un caso especialmente —con el Dr. Julián Viso— en que Guzmán, arrastrado por la soberbia se conduce de una manera tan mezquina, tan débil en realidad, que dan ganas de increparlo y pedirle explicaciones como si aún viviera.

El doctor Viso, aparte ser el notable jurisconsulto que tiene suficiente nombre en la historia de Venezuela y el autor del primer Código Civil venezolano, que hubiera sido el primero también de Hispanoamérica si el Congreso de esos días no hubiera desdeñado discutirlo, dejó entre sus contemporáneos una impresión de excepcional capacidad intelectual y de rectitud. Era, además, muy amigo, personalmente, de Guzmán Blanco, de tal manera que en una de las visitas de éste a Valencia el Dr. Viso lo obsequió con "una comida íntima", según cuenta González Guinán. Por cierto que el Dr. Viso era entonces, y simplemente, Rector del Colegio Nacional de la ciudad, lo

cual dada su alta categoría personal y la circunstancia de haber sido ya Plenipotenciario de Venezuela para tratar con el de Colombia la cuestión límites y otras pendientes, sugiere cuánta importancia se dio entonces a la educación; y el carácter austero, abnegado y recio del Dr. Viso.

Donde no encontramos nunca a Viso es entre los oradores *guzmaniacos*, y esto nos hace suponer que Guzmán debía de verlo —a pesar de la amistad que los unía— si no con el resentimiento que a otros les hubiera acarreado tal actitud, sí con el burlón menosprecio que paradójicamente sienten los explotados de la Gran Novela Picaresca por los que no saben aprovecharse de sus debilidades.

A pesar de todo Guzmán lo llama por fin a un Ministerio —el de Relaciones Exteriores— en diciembre de 1879; pero apenas siete meses después y por haberse divulgado un secreto de Gabinete, Guzmán ofendió en forma tan violenta a sus Ministros que tres de ellos —Viso, Sarría y González Guinán— se creyeron obligados a renunciar. Cuando Guzmán, que estaba en Macuto, recibió la renuncia y por otra parte pudo comprobar que la ofensa que había hecho a sus colaboradores era, además de indecorosa, injusta evidentemente, parece que quiso darles satisfacción y con ese objeto se dirigió personalmente a la oficina de telégrafo. Pero —cuenta González Guinán— "al llegar a la puerta de dicha oficina, dijo: *regresemos y dejemos las cosas así*".

Qué triste claudicación: estuvo a un paso de proceder con el decoro de un auténtico Jefe de Estado y se obstinó sin embargo, en seguir comportándose como un muchacho egoísta y terco. ¿Sabría Guzmán que Bolívar en circunstancias análogas, y en dos ocasiones, ofreció a Sucre —que se consideraba ofendido— las más cariñosas satisfacciones? ¿Sabría que el Libertador siempre que encontró virtudes o servicios dignos de respeto —en Sucre, en Urdaneta, en Salom, en Peñalver, en Revenga, en Palacio Fajardo, en Don Simón Rodríguez, en Mendoza, en Vargas, en Roscio— se complacía en tributarles entusiasta respeto? En marzo de 1828 Bolívar daba a Páez estos consejos de sagaz y alto gobierno: "...crea, querido general, que el modo de hacerse popular y de gobernar bien es el de emplear hombres honrados, aunque sean enemigos, y por un Armario hay muchos Mendoza, Ucroses, y otros que no plegan al crimen aunque no amen las personas. Mendoza se ha portado bien con Ud., y Ucros conmigo, porque son eminentemente honrados..."; y poco después le escribía sobre el General Ayala: "Yo conozco a Ayala y es incapaz de una traición o una intriga siquiera, cualquiera que sean sus sentimientos. Nunca ha sido adicto a mí, pero el estimar la honradez es un aliento para los otros de parte de quien juzga con imparcialidad de sus mismos enemigos". ¿Habría leído algo de esto Guzmán para darse cuenta de lo que era realmente el carácter bolivariano?

La situación de él en este caso era mucho más sencilla: al disculparse

sólo hubiera cumplido un deber elemental de cortesía y de justicia; pero quizás hoy los *guzmaniacos* diríamos que se había comportado en generosidad a la altura del propio Libertador

Qué mala partida nos jugó "El Civilizador" al mostrarse tan poco civilizado. Montado en la Presidencia de la República, apenas quedó en aquel caso a la altura de un Comisario de pueblo excesivamente celoso de su autoridad.

Lo menos que podemos decir es que si Guzmán se esmeró —y vaya en su elogio— en editar numerosa documentación acerca del Libertador, no tuvo tiempo de leerla...

A menos que, siempre dentro del criterio de un Comisario, creyera que aquel proceder de Bolívar significaba falta de carácter.

GRATUITA Y OBLIGATORIA

EL DECRETO DEL General Guzmán Blanco que estableció el 27 de junio de 1870 la instrucción primaria gratuita y obligatoria ocasionó, hasta hace algunos años, vehementes y contradictorios comentarios derivados de la pasión partidista en pro o en contra de aquel discutido Presidente; y todavía no se han desvanecido, a lo menos entre el público grueso, los errores históricos producidos por aquella controversia interesada.

Para los admiradores del Ilustre aquel decreto no tuvo precedentes, fue una improvisación genial y generosa que sólo podía ocurrírsele al gran caudillo de las reinvindicaciones liberales, etc., etc., etc., y puso término a los oscuros y largos años de dominación oligárquica, durante la cual jamás se pensó en la redención popular, etc., etc., etc.

Para los enemigos de Guzmán Blanco el decreto fue, por el contrario, una farsa; en apoyo de lo cual aducen que era imposible cumplirlo.

Ambas interpretaciones son, como he dicho, interesadas; y de una vez diré que me entusiasma aquel decreto y los beneficios efectivos que Guzmán hizo derivar de él.

Argumentar que fue una farsa porque al día siguiente de promulgado no podían estar funcionando en la República todas las escuelas que ésta requería, adiestrados los maestros, e inscritos los niños y comenzando a leer, es una tontería. Medidas gubernativas de esta índole tienen que ser siempre de desarrollo gradual y no hay duda de que Guzmán puso continuado empeño en cumplir con la obligación que aquel decreto imponía al Gobierno.

Que, por cierto, aceptar como un deber de la Administración Pública la educación popular, obligatoria y gratuita, era ya fijar un principio de gran alcance moral y político. En la reciente biografía de Víctor Hugo por Maurois, encontramos que el poeta anotó en 1871, entre los proyectos que no podría ejecutar por haberse separado de la Asamblea Nacional, éste: "Instrucción gratuita y obligatoria". Lo que en Francia y para Víctor Hugo era un ideal en 1871 lo teníamos ya en Venezuela, desde el año anterior, en el decreto de Guzmán Blanco. En Inglaterra la educación popular tampoco estaba tan desarrollada como pudiéramos creer: según un manual escolar in-

glés que tengo a la mano, también para 1870 hasta un 50% de los niños eran analfabetos en la Gran Bretaña.

El hecho mismo de Guzmán Blanco diera su célebre decreto justamente a los dos meses de haber tomado a Caracas y cuando la difícil guerra civil que sostenía lo llamaba a salir nuevamente en campaña, nos obliga a pensar que debió guiarlo un propósito largamente acariciado en su mente. Y aquí sí podemos complacer los manes de aquel caudillo y evocar como inspirador suyo al Libertador. Porque precisamente Bolívar, en circunstancias análogas, apenas a un mes de haber entrado en Bogotá después del triunfo de Boyacá, "considerando —decía— que la educación e instrucción pública son el principio más seguro de la felicidad general y la más sólida base de la libertad de los pueblos", se apresuró a fundar un colegio "para los huérfanos, expósitos o pobres a quienes la República debe sostener y educar" (1).

El decreto de Guzmán Blanco se apoyaba además en una medida complementaria que aseguraba su cumplimiento, y que es también garantía de la sinceridad y el cariño con que había meditado en él: me refiero a la creación de la renta especial que debía aplicarse en su totalidad al sostenimiento de las Escuelas Primarias. Y fundó también la Dirección General de Instrucción Primaria, con lo cual reiteraba la idea de darle importancia, y cierta independencia, a aquella rama de estudios.

Personas no muy ancianas recuerdan todavía las estampillas de aquella renta, en las cuales se leía la palabra "Escuelas" encima de la efigie del Libertador, y ¿qué duda cabe de que cuando el lector vio el título que encabeza estas páginas —gratuita y obligatoria— ya estas dos palabras despertaron por sí mismas en él la idea de una auténtica adquisición popular? Y, desde luego, sentimientos de solidaridad social y obligaciones del poder público, que quizás no existirían aún sin aquel decreto.

En cuanto a su realización concreta, comencemos por recordar que para 1870 la acción oficial en materia de educación primaria era realmente: cero. En efecto, una disposición de los legisladores de 1830 había confiado a las Provincias y a los Municipios varias ramas de la administración que el poder central se sentía incapaz de atender, y entre ellas el cuidado de la educación popular; es verdad que también había previsto la ley que el Erario Nacional supliría a las rentas locales las cantidades en que éstas se excedieran para la satisfacción de aquellas necesidades, pero como esto último resultó una esperanza imposible de realizar, decayeron hasta el extremo muchos sectores de la gestión pública, y, sobre todo, los planteles de enseñanza gratuita. En vano Cagigal en 1839 denunció este lamentable error y Vargas trataba desde la Dirección General de Estudios de remediarlo; a tal punto llegó después la impotencia del Gobierno —y más tarde su negligencia— que en 1864 ni

(1) O'Leary, tomo XVI, pág. 464.

siquiera se menciona la educación primaria en la Memoria de Fomento, que era el Ministerio al cual estaba adscrita.

Ya en 1873 la Memoria de Fomento dedica su primer capítulo a la educación popular y hace constar que se habían establecido 100 escuelas federales, a las cuales asistían 3.774 alumnos. En 1875 éstos habían ascendido a 31.389.

Para no fatigar al lector saltaré de una vez al final del predominio guzmancista: para 1887 las escuelas federales eran 1.304 y había además 645 estadales o municipales; el total de alumnos: 97.468.

Si se considera que en sus catorce años de gobierno, Guzmán Blanco no tuvo uno que fuera de verdadera tranquilidad, pues cuando no había una revolución o varias, se esperaban; y que ese estado de guerra dificultaba el desarrollo de la educación popular por la miseria que acarreaba y también por la imposibilidad de cualquier forma de vida regular, sobre todo en el interior del país, aquellos resultados del decreto de 27 de junio no pueden dejar de elogiarse.

Desgraciadamente también, el colapso que volvió a sufrir la educación primaria después de Guzmán Blanco frustró en gran parte la obra de éste, porque el elevadísimo índice de analfabetismo con que en este siglo se presentó Venezuela nos hizo creer que jamás se había hecho nada por remediarlo. La verdad es que en 1889 existían 1.979 escuelas y en 1932 sólo 2.000, ó sea en 43 años un aumento de 21 escuelas, a pesar de que en ese lapso están incluídos largos años de paz y de relativa bonanza económica. Naturalmente, frenado en esta forma brusca el propósito de Guzmán Blanco, llegó a ser considerado como una farsa; pero esto nos impone más aún la obligación de advertir que la culpa corresponde a la rastrera y corrompida política del período posterior a él, que hemos señalado (2).

Desde luego, también debe considerarse pura invención partidista la que considera aquel interés de Guzmán Blanco por la educación popular como algo excepcional en Venezuela. Ya hemos insistido bastante en la preciosa tradición que tiene entre nosotros ese propósito de redención popular y cómo hasta Vargas —que parece, medularmente, sólo un universitario— le dio decidida preferencia a la educación primaria.

En ese sentido asombra —contra todo lo que se ha creído— la perspicacia y el cuidado con que fue estudiado el problema desde nuestros primeros pensadores políticos: Don Simón Rodríguez, por ejemplo, no se conforma con que la educación del pueblo sea solamente la de "leer, escribir y contar", a la cual se reducía mundialmente, y pide las escuelas artesanales que eman-

(2) El último dato lo tomo de la valiosa obra de Angel Grisanti, "La instrucción pública en Venezuela", páginas 144 y 162; los anteriores de González Guinán, tomos VIII, IX y X y el relativo a las disposiciones de 1830, de los "Escritos literarios y científicos" de Cagigal.

cipen económicamente a los más desvalidos; José Rafael Revenga, que al lado del Libertador trabaja sobre todo como hacendista y diplomático, tiene sin embargo, en materia de educación aciertos que sólo la especialización parecería explicar, como fue el de querer comenzar el desarrollo de la educación primaria con la instalación de las escuelas normales *gratuitas;* Cagigal integra en su Academia de Matemáticas propósitos económicos, administrativos y políticos que abarcan desde la capacitación de los artesanos empíricos hasta los militares en servicio y los alumnos de letras universitarios.

SOBRE ESTRUCTURACION SOCIAL EN VENEZUELA

SEGUN TRADICION muy conocida en Caracas, vivía en esta ciudad a fines del siglo pasado una dama venezolana que sentía especial complacencia en la anacrónica tarea de revisar el linaje de todas las familias que, por un motivo u otro, pasaban al alcance de su memoria. Pero lo sabroso del caso consiste en que el conjuez que habitualmente elegía la dama para formar su tribunal de limpieza de sangre era... una criada negra de su confianza.

Y en cierta ocasión:

—Fulana, inquirió la señora, ¿Crees tú que los X.X. son realmente blancos?

—Bueno, doña, sí, sí son blancos..., contestó la negra con cierta reticencia.

—Pero, blancos, blancos, blancos?, puntualizó la ponente.

—Bueno, doña, mire: esos tres toques los soportan muy pocas familias en Venezuela!

Me parece esta anécdota deliciosamente significativa, y no por la malicia de su inesperada conclusión, pues ya en Venezuela se ha ponderado bastante esa mezcla de sangres que la negra consideraba con superior condescendencia, sino por la otra peculiaridad que he querido destacar: por el espontáneo sentimiento igualitario que —aún en el ejercicio de tan "reaccionaria" inquisición— hermanaba a la despreocupada matrona con su no menos desenfadada asesora.

Es indudable que en muchos aspectos de la vida nacional se reproduce el simbólico contenido de este cuento: en apariencia encontramos recelos, distinciones, trabas, quizás rencores, y de pronto un brote de bondadosa y risueña tolerancia cambia totalmente la escena. Quizás un puritano nos reprocharía que a veces esa tolerancia puede tocar en la complicidad o en la desvergüenza, y un nietzchano diría que nos quita temple tanto para el bien como para el mal; pero después que hemos visto en el mundo tantos horrores causados por exceso de convicciones y de energía, esa fraternidad un poco escéptica que usan entre sí los venezolanos nos permite, por lo menos, "ganar tiempo" como decía *Poil de Carotte.*

En todo caso, en el punto concreto de nuestra heterogeneidad social, ha eliminado en Venezuela problemas e injusticias que en otros países son —aún hoy— muy graves; y quizás nos ha dado para el porvenir un punto de partida tan ventajoso que todavía no logramos comprenderlo bien.

Muy dura fue siempre la suerte de los débiles y de los vencidos, y en los negros esta condición se agravaba por el sorprendente color de la piel que ingenuamente hacía dudar a los europeos hasta de la condición humana de aquellos infelices. Asombra recordar que un pensador como Montesquieu haya podido escribir para justificar la esclavitud de los negros: "El azúcar sería muy cara, si no hiciéramos trabajar por esclavos la planta que la produce... Son negros desde los pies hasta la cabeza, y tienen la nariz tan aplastada que es casi imposible compadecerlos. No podemos aceptar la idea de que Dios, que es un ser sabio, haya puesto un alma, sobre todo un alma buena, en un cuerpo todo negro... Es imposible suponer que sean hombres; porque si supusiésemos que son hombres, comenzaríamos a creer que nosotros no somos cristianos".

La primera vez que tropecé con estos párrafos —siendo yo casi un niño— pensé que su autor sólo quería imitar, caricaturizándolo, el razonamiento cruel y mezquino del europeo inculto de su época, y tuve que leer muchas páginas más antes de darme cuenta de que escribía seriamente. Otra de sus afirmaciones no deja lugar a dudas: "Pero como todos los hombres nacen iguales, es necesario decir que la esclavitud es contra la naturaleza, aunque en ciertos países esté fundada sobre una razón natural; y es necesario distinguir bien estos países de aquellos donde las mismas razones naturales la rechazan, como son los de Europa en los cuales ha sido felizmente abolida".

O sea, que para Montesquieu todos los hombres nacían iguales, pero... ya dejaba sentado que a los negros no se les podía reconocer como hombres si es que los europeos pretendían seguir considerándose cristianos.

Semejante retorsión de ideas indica, además, que si la desemejanza física inclinaba los blancos a tanta crueldad contra aquellos seres de diferente color y de nariz achatada, a su vez el trato inhumano que se daba a los negros influía —como sucede en tantas apreciaciones humanas— para que se olvidara cada día más que aquéllos eran hombres, criaturas de Dios, dignas a lo menos de compasión.

En cuanto a la América, aparte de los datos muy conocidos sobre el trato que, durante la Colonia, se daba a los esclavos negros, he encontrado en el Archivo Nacional de Caracas algunos otros casi increíblos.

En el momento de ser tasado para la venta, un negro esclavo no tenía siquiera la individualidad que se indica cuando se dice, por ejemplo, una cabeza de ganado: el negro sólo se consideraba 'una pieza" cuando medía por lo menos siete cuartas; los de menor estatura se agrupaban, se les medía,

se sumaban las medidas, y esa suma dividida por siete daba el número de 'piezas" (1).

En 1767 un Factor de la Real Compañía Guipuzcoana solicitaba permiso para desembarcar en Puerto Cabello unos negros que, a bordo de un buque recién llegado, se estaban muriendo: el motivo que hace valer es 'evitar a la Real Compañía el grave perjuicio que le ocasionaría su muerte", y no se le ocurre ni la más elemental consideración de piedad (2).

Por supuesto, cuando a finales del siglo comienza a disminuir, aunque sea en favor de los mulatos, esa feroz exclusión que tenía su origen en la esclavitud, hay personas que no pueden separarse de los hábitos seculares que les han pervertido la mente y el corazón, y llegan a sentir horror de cualquier cambio por leve que sea. Encontramos expresiones que parecen de odio y que en realidad no son sino de miedo y estupor: por ejemplo, cuando el Capitán General representa al Ministerio español acerca de los inconvenientes de dar un mismo uniforme a los milicianos blancos y a los negros, pues éstos, dice, por su carácter "petulante y orgulloso" pueden llegar a olvidar "la notabilísima diferencia que hay de un simple hombre blanco al más condecorado de ellos" (3).

Afortunadamente, esa manera de pensar y de sentir cambió en Venezuela con la Revolución de Independencia, de una manera absoluta y casi sin dejar rastros; y no en la fraseología política ocasional, para interesar a los pueblos en la emnacipación, sino en las costumbres cotidianas con el ímpetu de un sentimiento unánime irresistible.

Por esto no reproduciré las declaraciones doctrinarias tan conocidas y lo que en concreto se realizó para afirmar ese ideal democrático a través de toda la Revolución, desde Don Simón Rodríguez, Sanz, Roscio, Bolívar, José Félix Rivas hasta Vargas en la Universidad de Caracas. Prefiero irme a la menuda historia, a los hechos que, sin velos de adorno o interés, demuestran la feliz transformación que se cumplió en nuestra sociedad en sincera concordancia con las ideas políticas que habíamos proclamado.

Ya para 1825 el francés Martín-Maillefer, escribe: "Durante mi estada en Caracas pude observar a menudo que se trataba a los esclavos domésticos con más dulzura y afabilidad que a los criados en Inglaterra. En algunas casas se lleva la familiaridad demasiado lejos y los amos se comportan, por decirlo así, como compañeros de sus esclavos". Poco después agrega: "Esa mansedumbre del señor hacia el esclavo, que alabé en los criollos colombianos (4),

(1) Archivo Nacional de Caracas, sección *Capitanía General*, tomo III, folios 269 y siguientes.

(2) En la misma sección y en el mismo tomo ya citados, folio 266.

(3) En la misma sección ya citada, tomo VI, folio 233.

(4) Recuérdese que para la fecha en que escribe Martín-Maillefer subsistía la Gran Colombia, y es por esto que llama colombianos a los caraqueños.

se extiende a su conducta con los libertos y la gente de color. Esta clase de hombres útiles que ejercen la mayor parte de las profesiones mecánicas, no es aquí humillada como en las colonias francesas e inglesas, y aún en los Estados Unidos, por una distinción insultante en todas las relaciones sociales".

En 1853 las observaciones de Consejero Lisboa coinciden en forma sorprendente con las del francés; a pesar de que también se alarma un poco el brasileño por la familiaridad del venezolano con sus inferiores, no deja de reconocer que el señorío y la distinción de los privilegiados, antes que sufrir por aquella particularidad, adquirían en cierto sentido más realce.

"Los que disfrutan —escribe— de la ventaja de poseer un apellido como los de Toro, Tovar, Ponte, Herrera, Palacios, Bolívar, Ibarra, Solórzano, Mijares, Rivas, Blanco, etc., conservan en lo posible los hábitos de los antiguos tiempos... me parece una clase llena de dignidad y de muy finas maneras... Las instituciones políticas han modificado las costumbres de estos aristócratas y puede ser que mejorándolas. Como toda alusión a su antigua importancia sería de mal gusto e intempestiva, se observa en ellos, a la par de un porte reservado, un silencio y una modestia en relación con sus antecesores y blasones, que realza más su dignidad, y una afabilidad para con las otras clases de sociedad que contrasta mucho con el *orgullo* del hidalgo europeo". Y cuando narra otras demostraciones de esas costumbres afables, que hasta en las fiestas más elegantes encuentra, puntualiza: "No es para censurar que recuerde esta característica forma de las reuniones sud-americanas; es para presentar un ejemplo más del carácter bondadoso e indulgente de los habitantes del Nuevo Mundo... Analícese con imparcialidad la condición de los esclavos urbanos y se encontrará que ellos están, hablando en general, considerados en América como formando parte de la familia y tratados con mucha más indulgencia que los criados europeos" (5).

El leve matiz aristocratizante de las observaciones que copio quizás resulte chocante para el gusto actual, pero, por otra parte, nos permite apreciar que nuestra transformación social no se realizó —como malignamente se ha asomado a veces— por una desordenada mezcolanza, ajena a todo principio de continencia y decoro, sino por el gradual predominio de sentimientos igualitarios compartidos por todas las clases sociales.

Y muchos otros indicios concuerdan en el mismo sentido.

Pocos escritores encontraríamos tan apasionados y sinceros como Don Fermín Toro cuando aboga por la *igualdad necesaria* que él coloca como base de la *armonía social,* según las expresiones que emplea. En cuanto a la esclavitud: "Cuando un abuso —escribe— se ha arraigado en la sociedad, por la

(5) La obra de P. D. Martín-Maillefer que cito es "Los Novios de Caracas, págs. 132 y 134. La de Consejero Lisboa se titula "Relación de un Viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador" y las citas corresponden a las páginas 83 y 90. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas, 1954.

costumbre, la ley, o el transcurso del tiempo; y cuando ya es bastante general y familiar para no atraer particularmente la atención, entonces la fuerza del hábito lo hace ver como un hecho justo en sí, entra inocentemente, como si fuera un elemento social, en todas las transacciones de la vida; y lo que es aún peor, contribuye poco a poco a formar parte de la opinión general y del carácter de la Nación. Si queremos un ejemplo lo tenemos en la esclavitud. Nada hay en la historia de los desvaríos del entendimiento y de la depravación de los principios morales, comparable a esta catástrofe de las leyes eternas de la justicia y la verdad. El parricidio y el sacrilegio son crímenes execrables; pero su trascendencia es limitada, a tiempo que es infinita en la esclavitud...".

Que para mediados del siglo esta manera de juzgar era ya unánime en Venezuela y profundamente arraigada en los sentimientos desde muchos años atrás, lo prueba el hecho de que la abolición de la esclavitud no suscitó entre nosotros controversia alguna; o mejor dicho, solo una: que cada quien quiso atribuir a su grupo o al personaje de su devoción el mérito de la iniciativa.

Estos hechos tan llenos de significados y que para la apreciación de nuestro carácter y de nuestra historia podrían prolongarse en muy variadas direcciones, son numerosos, y yo espero que en el porvenir sean objeto del estudio que merecen. En un trabajo como el presente apenas he podido indicar algunos.

Pero todavía quisiera insistir, para enlazarlos a estos dos grandes temas de revisión histórica:

1º—Que nuestra democracia no se obtuvo por una brutal imposición de hechos (caudillismo, miseria, mezcolanza étnica, etc.), sino por obra de un elemento espiritual consciente que le dio unanimidad y continuidad características.

2º—Que ya para mediados del siglo se había cumplido aquel proceso de estructuración social. La guerra federal, posterior, no tiene en ese sentido la importancia que algunos le atribuyen; aunque como todas nuestras guerras civiles —o en mayor escala por haber sido prolongada— sus repercusiones en muchos aspectos de la vida nacional es innegable.

(6) Fermín Toro, "Reflexiones sobre la ley de 10 de abril de 1834", pág. 19. Edición del Ministerio de Educación Nacional. Caracas, 1941.

COSAS DE MAESTROS

PARA EL COMERCIANTE y el industrial el mundo no es sino un campo de posibilidades económicas, para el médico una lucha constante entre la vida y la muerte, para el artista una delicada fantasmagoría de formas, ritmos, símbolos y colores. Todas las actividades llegan así a imprimir en el que las ejerce una deformación profesional que le hace ver las cosas únicamente en relación con el objeto de esas actividades.

En los maestros es particularmente evidente esa consagración absorbente; y por contraste, a casi todos los padres de familia parece que la educación de sus propios hijos les produce un hastío invencible. "Esas son cosas de maestros", es su expresión más frecuente, para desechar cualquier problema en que ellos mismos deben intervenir. Con más razón, si alguno de estos desenfadados ciudadanos llega a adquirir preeminencia social, política o económica, juzga que está muy por debajo de él entrar en los pormenores de esas "cosas de maestros" que es la educación en su país.

Una excepción impresionante es lo que sucedió en Venezuela con los hombres de Estado fundadores de la República. Casi todos ellos pensaron en la educación popular con tanta pasión, con tanta confianza en su acción, sobre todo con tanto cuidado de los pormenores prácticos, que parece cosas de maestros.

Uno de los primeros es Bolívar, a quien se le ocurre decir: "moral y luces son nuestras primeras necesidades". Lo decía en 1819 cuando casi todo el territorio nacional permanecía en poder de los españoles, cuando las tropas republicanas estaban aún desnudas y hambrientas, en el momento en que no tenía dinero ni para comprar fusiles. Y nada de esto era para él lo primero, sino la moral y las luces. ¿Verdad, desenfadados compatriotas, que eso no parece propio del primer personaje de una naciente República, sino una de esas "cosas de maestros"?

En una situación totalmente diferente lo vemos actuar de la misma manera. Es en 1825: ya ha vencido definitivamente; Perú y Bolivia lo ensalzan y agasajan en un viaje triunfal; se le abre la posibilidad de proseguir por toda la América del Sur aquella expedición a lo Alejandro Magno, pues

la situación del Paraguay bajo la tiranía del doctor Francia y las diferencias entre el Brasil y la Argentina parecían llamarlo hasta el extremo del continente; trabaja al mismo tiempo en asegurar la estabilidad institucional del país que lleva su nombre y organiza el Congreso anfictiónico de Panamá; tiene muchas cosas en que pensar y muchas de que disfrutar. Pero lo preocupa un pedagogo inglés —Lancaster— que ha llegado a Caracas para ensayar un nuevo método de educación popular: le escribe, lo recomienda a la Municipalidad, lo defiende, y terminará por pagarle de su propio y comprometido patrimonio 22.000 duros.

Todavía una tercera situación diferente: cuando en 1827 llega a Caracas. Una vez más la rueda de la fortuna zarandea al "hombre de las dificultades". La anarquía amenaza desintegrar toda su obra, el crédito exterior de la República ha llegado a la más desesperada depresión, la miseria del país y los encontrados apetitos del caudillaje parece que reviven los horrores del año 14; hasta la buena fe y el inflexible legalismo de los mejores se convierten en instrumentos de destrucción. Bolívar, sin embargo, sigue pensando en las "primeras necesidades" de la República, deja de lado por un momento a militares y políticos, invita a comer a Vargas, delibera con él para modificar los estatutos de la Universidad y abrirla a todos sin distinción de clases y de religiones, estudia la manera de aumentar los fondos destinados a la educación popular y cómo procurarse edificios para las escuelas.

Creo necesario exponer todo esto pormenorizadamente porque si alguno de nuestros despreocupados compatriotas ha sentido alguna vez la tentación de ocuparse en estas "cosas de maestros", y se ha avergonzado luego de descender a tales trivialidades, piense que el propio Libertador puede servirle de disculpa.

José Rafael Revenga, eminente estadista de la época, que fue Ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores y Secretario General del Libertador, es otro ejemplo. En todo momento separa algún tiempo de sus funciones propias y lo consagra a la educación, con tal encarnizamiento —esta es la palabra— que también parece "cosa de maestros".

Desde el principio de la Revolución juzgó que a la educación popular estaba ligada la vida misma de la República. "Esta convicción hizo que desde entonces me aplicase con ahinco a buscar medios y modos de que se aumentase la instrucción pública, así como a elegir entre ellos los más eficaces en sí y los más adecuados a nuestro sistema de Gobierno" (1).

El párrafo anterior pertenece a una comunicación que dirige en 1822 al Secretario del Interior en defensa del sistema de Lancaster que desea im-

(1) Tomo esta cita y otros de los datos que utilizo, de la valiosa obra del doctor Armando Rojas "Ideas Educativas de Simón Bolívar", y de la biografía de José Rafael Revenga por Manuel Pérez Vila. Caracas, 1953.

plantar en Colombia; y casi con cólera —intransigencia propia también de un maestro— se queja de que sus esfuerzos "por conseguirlo en Angostura el año de 1820 hubiesen sido tan infructuosos como deplorable la causa de su esterilidad...". Sin duda él también pensaba que, aún durante la precaria situación de aquellos años, la educación debía considerarse la primera necesidad de la República.

En 1823 salió en misión del gobierno para Londres: iba a negociar el reconocimiento de la República y, sobre todo, el arreglo de su deuda exterior, que era una de las mayores preocupaciones del naciente Estado. Pero no era nada fácil entonces, sin tener fondos, apaciguar la codicia de los pocos especuladores que se aventuraban a conceder créditos a estas naciones. Uno de ellos se enfurece de tal modo contra Revenga, que lo hace meter en la cárcel. Porque en Inglaterra existía entonces la prisión por deudas, y aquel energúmeno pretendía que por haber sido Revenga Ministro de la República era personalmente responsable por sus compromisos. Sin embargo, al cabo de algunas vicisitudes, Revenga logra ser absuelto, demanda a su vez por daños y perjuicios al que lo ha encarcelado y logra una indemnización. El dinero que así obtiene es, desde luego, suyo; y con muy buenas razones, pues aparte las penalidades sufridas en la prisión, debió pagar en ella una guinea diaria por su sola manutención, aparte de muchas otras por algunas comodidades extras. Pero, ¿qué es lo que se le ocurre entonces comprar con aquellas buenas libras inglesas que tanto le hubieran servido en medio de la miseria que pasaban los patriotas? Compra: 1.000 pizarras, 40.000 lápices, una docena de campanillas, otra de pitos, 100 tinteros y 800 lapiceros. Su objeto: que el gobierno pueda establecer la primera de las Escuelas Normales con que sueña. Y también arrastra consigo un profesor francés especializado en aquella enseñanza —Commetant— aunque "ni yo estaba autorizado a hacerle ofrecimientos a nombre del gobierno, ni él los exigió", expone ingenuamente.

¿Verdad que no puede darse equipaje más desusado en un hombre de Estado? Probablemente los aduaneros se mostraron tan escandalizados de esta extravagancia, que a ningún otro político se le ha ocurrido repetirla.

Naturalmente, Revenga se muestra impertérrito: termina la comunicación que pasa al gobierno advirtiendo que no puede perjudicarse "la cualidad de *gratuitas* que debe caracterizar estas escuelas", y abandonando totalmente su carácter político, conmina en esta forma al Ministro: "Si todo esto fuese insuficiente, las rentas públicas deberían entonces satisfacer el déficit: porque las rentas públicas son para el servicio de la comunidad y porque todo Gobierno al menos debe al pueblo el grado de instrucción necesaria a la sociedad".

Sin embargo, a pesar de alejarse tanto Revenga del saludable comedimiento propio de un político, Bolívar acude en todo momento a él como consejero valiosísimo y como hombre de acción cuando es necesario.

En 1828 era, de nuevo, Ministro de Hacienda, y viene a Venezuela con

una comisión que él mismo había concebido y que entusiasmaba a Bolívar: se trataba nada menos que de sanear el crédito exterior de Colombia, decaído por entonces a tal extremo que hacía peligrar la existencia misma de la nación. Revenga había propuesto —y, probaría su posibilidad con la labor de solos pocos meses— que incrementando el cultivo del tabaco en Venezuela y saneando la renta respectiva se llegaría a pagar toda la deuda colombiana (2).

No puedo exponer aquí lo que Revenga hizo con portentosa actividad por el triunfo de esa misión. Lo que me interesa es observarlo, por el contrario, evadiéndose una vez más de ella para ocuparse en la educación popular: planes de estudio, proyectos de Escuelas Normales, edificios que pueden aprovecharse para institutos docentes, rentas que deben asignársele, negligencias y vicios que observa, funcionarios que podrían colaborar en la educación, exención de derechos que debe concederse al material de enseñanza, todo lo estudia minuciosamente y en cada ciudad de Venezuela por donde pasa. Y de todo informa al Gobierno, siempre con el apremio de un maestro de escuela.

Revenga fue también una especie de centro espiritual entre Bolívar, Vargas, Bello y Cagigal, y todos los proyectos de educación superior que entonces se elaboraron recibieron de él ardorosa colaboración.

Mucho, muchísimo más, tendría que decir de estos fundadores de la República y de su empeño de hacer una verdadera revolución sobre la base de la educación popular. Don Simón Rodríguez, Sanz, Bolívar, Revenga, Roscio, Bello, Vargas, Cagigal, Soublette, Toro, Codazzi, Juan Vicente González —amontonando a la ligera nombres que llenan esos años desde el momento auroral hasta mediados del siglo XIX— son pensadores políticos que siempre conservan unidas sus ideas de estadistas a la forma peculiar como conciben la educación.

Hasta llegaron a comprometerse en una especie de "discusión doctrinaria" de índole pedagógica: Bolívar, Revenga, Vargas y Cagigal eran partidarios del sistema Lancaster de enseñanza mutua; Don Simón Rodríguez lo aborrecía, Bello lo miraba con desconfianza.

¿Verdad que eso tampoco parece propio de tan elevados personajes sino cosas de maestros?

(2) Véase "La Hacienda pública en Venezuela en 1828-1830", documentos publicados por el Banco Central de Venezuela en 1953.

UNA GENERACION DE IMPROVISADOS

EN VENEZUELA se ha escrito bastante acerca de las generaciones literarias de 1918 y 1928; pero, sin excluir a los literatos, se podría ampliar el tema con gran optimismo y en todas las actividades de la vida nacional, no para oponer aquellas dos promociones del pasado, sino para unirlas de acuerdo con el trabajo que realizaron por el país. Fue una sola generación: la de los hombres que habiendo nacido al comenzar el siglo, se formaron bajo los más duras condiciones de opresión y de desamparo y emprendieron sin embargo, después, una improvisación de obras colectivas que merece historia.

Lo que ha hecho Pastor Oropeza por la infancia venezolana, José Ignacio Baldó para combatir la tuberculosis, Gabaldón en la lucha contra el paludismo, Luis Caballero Mejía por la Educación Técnica, el Maestro Sojo como animador de cuanto tenemos en música, es bien conocido, y con razón esas obras llevan en Venezuela nombre propio.

Pero hay muchas otras que necesitan ser señaladas, porque en ellas el buen éxito ha sido menos aparente, o porque el trabajo de conjunto se ha fragmentado a veces y distribuido entre muchos, lo cual le da a lo que se ha logrado una apariencia de realización fortuita y le hace perder, para el público de juicio ligero, el prestigio que adquieren las obras vinculadas a una fuerte individualidad.

La verdad es que toda la vida venezolana se transformó a partir de 1936, y desde la educación hasta el *basse ball,* desde los más graves problemas de la legislación petrolera y de la legislación del trabajo hasta el menudo perfeccionamiento de la vivienda particular; en la industria y en la administración pública, en la creación de una prensa nueva, en arquitectura y urbanismo, en las medidas de protección a la infancia abandonada o delincuente, en todas las actividades teóricas o prácticas que podían interesar al progreso nacional, se emprendió una labor de crítica y de reconstrucción que representa al trabajo de entusiastas equipos salidos de aquella generación. A veces bajo un solo rubro —sanidad, por ejemplo— se agrupan numerosos servicios de esos que en la práctica necesitaron muchos y muy diferentes trabajos: de organización de hospitales, puestos de socorro e instalaciones de materni-

dad, de Ingeniería Sanitaria, formación de personal especializado, estudios del medio social y geográfico, etc., etc. Nada de eso teníamos y lo hicieron aquellos hombres que solos con sus sueños durante su juventud y bajo la presión de un ambiente en que todo estaba prohibido, apenas se atrevían a cuchichear los proyectos que cada cual guardaba para el día de la liberación.

Y llegado ese día —o al menos, cuando se hubo levantado la terrible tapa de ataúd que asfixiaba al país— tampoco podían aquellos soñadores exigirle a los gobiernos improvisados desde tal ambiente que comprendieran y ayudaran sus proyectos. Fue preciso comenzar por darles calor entre un grupo de escogidos —fanáticos que cada mes aportaban un nuevo catecúmeno— y esperar a la puerta de los Ministerios o en los cargos subalternos de éstos que dieran sus frutos el insistente pedir para aquellos propósitos o la gacetilla o el artículo que se había conseguido colocar en algún diario. Y muy a menudo, cuando por fin se lograba comenzar, una pequeña crisis fiscal o un simple cambio de gabinete echaban por tierra los nacientes muros de la obra y era preciso volver al cenáculo de los cuchicheos idealistas en espera de una nueva oportunidad. Sin faltar tampoco el paréntesis de una hosca desconfianza: el del gobernante mezquino y rencoroso, con el lema de arrinconar y oprimir "al que se las echa de honrado" y "al que se las echa de que sabe"; el del sectario que con una plumada destruye el equipo de trabajadores laboriosamente agrupodo en varios años; el que tozudamente se niega a aceptar cualquier plan porque no quiere sino los suyos: "el hombre de cabeza propia", que tanto abunda entre los ignorantes y que ha sido quizás el más dañino en la historia de Venezuela. Y también, desde luego, hemos tenido los años en que todos aquellos esfuerzos han quedado, al parecer, perdidos.

Difícilmente los jóvenes podrían imaginarse hoy la vacilación de los primeros pasos, los minúsculos resultados que nos parecían frutos estupendos. Recuerdo, por ejemplo, que Enrique Planchart, con el objeto de valorizar entre el público la pintura nacional, inició la idea —que comenzaron por realizar él y unos pocos de sus amigos— de emplear como regalos de matrimonio cuadros que compraban a los pocos muchachos que entonces se aventuraban a pintar. Es que hasta eso había desaparecido casi por completo: el gusto artístico que a fines del siglo anterior, a pesar de la pobreza del país, adornaba a lo menos los salones de una minoría social; después, los nuevos ricos de la situación ostentaban en sus salas cromos y litografías —la inevitable batalla de Waterloo o "una cacería en Inglaterra" —que el comercio local les vendía con llamativos marcos y nada baratos. Por eso fue necesario comenzar por reeducar el gusto colectivo y a eso tendía, nada menos, la iniciativa de Planchart. Más tarde, en 1936, comenzó lo que ya se consideraba la obra en grande en beneficio de las artes plásticas: instalar y dotar la escuela correspondiente; proponer algunas becas para el exterior; entusiasmar a los mejores alumnos para la exposición de sus cuadros; crear talleres de artes

aplicadas; conseguir en cada año un poquito más de dinero en el Presupuesto Nacional para facilitar el aprendizaje de los discípulos, comprarles telas y colores, procurarles modelos o sacarlos de algún compromiso monetario ocasional. Y todo paso a paso, con los eternos cuchicheos del cenáculo entusiasta, llevando adelante con malicia y prudencia la conspiración que tenía por objeto mandar a estudiar a tal alumno que prometía mucho o evitar que desapareciera la asignación conque se proyectaba abrir una exposición o adquirir algunos materiales de trabajo. Por supuesto, el grupo de los que llevaban el peso de esa labor parecía ya numeroso: en vez de cuatro o cinco eran diez o doce, Planchart, Antonio Edmundo y Bernardo Monsanto, López Méndez, Cabré, Pedro Angel González, Lira, Monasterios, Fabbiani, Castillo...

En la Educación Primaria y en la Secundaria se realizaba una obra análoga. Ni uno sólo de los Institutos de Secundaria poseía laboratorios para la experimentación y la enseñanza objetiva y, naturalmente, además de adquirirlos —que no era poco— se necesitaba formar el profesorado que supiera utilizarlos. Pero la propia formación del prfesorado especializado estaba prohibida, prácticamente, por la Ley de Educación la cual disponía que no podían concederse más de dos cátedras (alrededor de Bs. 200,00 mensuales, en los mejores tiempos, en otros bajó a Bs. 100,00 por las dos cátedras) a un mismo profesor. Naturalmente, con semejante remuneración las cátedras se asignaban a titulares de otras profesiones que trabajosamente se conquistaban para que concedieran algunas horas a la enseñanza. La verdad es, además, que en todo el país sólo existían 188 Cátedras de Secundaria, o sea, menos de los que, a los pocos años, tenía ya el solo Liceo "Andrés Bello" de Caracas. En Primaria y Normal se llevaba el mismo ritmo de trabajo: y en el interior del Ministerio, desde la creación de una revista infantil que ha llegado a ser de las mejores del mundo, hasta la organización de un Instituto de Previsión y Asistencia Social para los trabajadores de la enseñanza; desde los primeros pasos en la diferenciación de la educación rural, hasta la publicación de colecciones científicas e históricas de largo aliento, un entusiasta movimiento renovador se manifestaba constantemente con nuevas iniciativas.

Ni aún los que fuimos testigos de esa estupenda creación podemos concebir claramente cómo pudo lograrse tal aumento cuantitativo sin sacrificar la calidad de la enseñanza, y cómo pudo conseguirse un progreso simultáneo que implicaba: la creación del nuevo profesorado y del personal administrativo que debía planificar y supervigilar su labor, instalaciones materiales, planes de enseñanza, problemas de disciplina y, sobre todo, el incesante proyectar y estudiar lo que el próximo año exigiría para no dejar decaer la labor.

Se amontonaban así todos los problemas: escasez de colaboradores experimentados, falta de recursos, errores técnicos prolongados, retrocesos repentinos por precipitación o por desaliento de los directivos; y en todo momento: la urgencia de improvisar para tantas necesidades a la vez.

Cuando nombraban a un Ministro amigo, se levantaba un gran entusiasmo en el grupo de los que soñaban y proyectaban: se volvía a pensar en adquirir material de trabajo para tal Instituto que había permanecido olvidado, se estudiaban nuevas secciones para otro, se sacaba a luz una vez más el programa de Educación Técnica o se buscaba una casa "mejorcita" para alguna escuela en ruinas.

Casi todo era trabajo de fundamentación que no se veía en la superficie, tejer cabillas y acarrear materiales para la obra futura; pero el grupo que lo realizaba creía ingenuamente que estaba levantando una obra indestructible, y no se cansaba de esperar y pedir.

De pronto se lograba algo en grande: el Instituto Pedagógico, que podría cambiar radicalmente el porvenir de la Educación Media y que para centenares de jóvenes inclinados a la enseñanza significaba preparación científica, dignidad profesional y redención económica; las Escuelas Técnicas, los cursos nocturnos para obreros y algún buen esbozo de Educación Rural, en lo cual veíamos el genial propósito de Don Simón Rodríguez de "colonizar el país con sus propios habitantes", viejo ya de más de un siglo y que ahora considerábamos en nuestras manos.

En las Universidades surgían ramas de estudios que hoy ni siquiera concebimos cómo no existían: la Escuela de Filosofía y Letras, la Escuela de Economía, las especializaciones en la anticuada carrera de Ingeniería; y comenzaba a reconstruirse la autonomía docente mediante la provisión de las cátedras por oposición. A veces —como en este último caso— lo que se lograba era algo que ya teníamos en la época colonial, pero que hacía muchísimo tiempo había desaparecido y se consideraba ahora como una innovación audaz.

Porque en casi todo es tropezaba también con ese fantasma: que cualquier proyecto parecía peligroso o "extremista", aún para las personas de buena fe. La legislación petrolera y la legislación del trabajo representaron en ese sentido verdaderas campañas.

Pero también es verdad que un cálido ambiente de pública deliberación y de recíproco estímulo reconfortaba a aquellos luchadores, en contraste con la época de silencio y depresión de donde habían salido.

Poco importan las fechas que han de dar nombre a esa generación —1918 ó 1928, o un poco antes o algo después— lo esencial es esto: que se trata de una sola generación que, por sus sufrimientos, su desinterés, su perseverancia y su valor moral, merece recuerdo; y no tampoco por vanagloria sino porque representa una exultante respuesta de Venezuela a cualquiera interpretación derrotista.

Fue una generación de autodidactos, que dejó a las otras lo que ella no tuvo; una generación de improvisados, que quizo evitarle a las que vendrían

después todo lo que ella había sufrido. Una generación de pedigüeños que siempre pidieron para sus ideas y nunca para sus apetitos.

Muchos hombres de esa generación eran ya maduros cuando hallaron alguna posibilidad de acción; habían sido niños suficientemente conscientes —o prematuramente desvelados— para sufrir con la miseria y la corrupción de nuestra vida pública en los primeros años del siglo; más tarde su juventud fue solamente —en un ambiente donde todo estaba prohibido— un angustioso empeño de sobrevivir para sus ideas, de ganar la que ya parecía interminable carrera en la cual el desaliento, la vejez y la muerte les cerraban el paso. Apretados contra el jadeante pecho llevaban aquellos propósitos de acción, y solamente en ellos ponían el comienzo de sus vidas en el porvenir.

EL CONTUBERNIO Y EL MANANTIAL

EL CONTUBERNIO es de don Salvador de Madariaga. Pero de propósito deliberado lo pongo por delante para que el lector comience por reprocharme que use en relación con aquel escritor un término que se ha hecho casi procaz; y entonces tendré el placer de descubrirle que es el propio Madariaga quien lo emplea y nada menos que para explicarnos la independencia de América.

En efecto, según don Salvador: "...por curiosa coincidencia de la historia la labor progresista de unos cuantos déspotas ilustrados españoles llevó a los jesuítas a cooperar en extraño contubernio con las otras dos cofradías internacionales, la de los masones y la de los judíos, en la destrucción del imperio español" (1).

La expresión es tan ridícula en la forma y tan brutal en el contenido, que sólo le he encontrado paralelo en el manantial.

El manantial es de Fernando VII, el cual en uno de sus decretos de 1823, en que declaraba abolido el régimen constitucional, afirmaba con el mayor desparpajo: "La más criminal traición, la más vergonzosa bajeza, las más horrosas ofensas contra mi real persona —éstas acompañadas con la violencia— fueron los medios empleados para cambiar esencialmente el gobierno paternal de mi reino en un código democrático, el fértil manantial de desastres y desgracias" (2).

Es impresionante esa similitud de juicios —y hasta de estilo— que une a través de un siglo al Rey de España más funesto con un escritor que desea pasar por liberal y como científico. Lo doloroso es que eso indica una tradición de tozudez, engreímiento y expeditiva simplicidad, que si contra la América ya no puede ser cruel sino en palabras, en la propia España ha significado más de cien años de sufrimientos y atraso. No es fortuita esa coincidencia del contubernio y del manantial ni es cómica, y casi me arrepiento de haberla desplazado un poco hacia ese lado; representa un concepto político

(1) "Cuadro Histórico de las Indias", pág. 773.
(2) Colección de Documentos Blanco y Azpúrua, tomo IX, pág. 206.

y una manera global de ver la vida: el hecho de que Madariaga piense hoy sobre la independencia de América como Fernando VII en su tiempo sobre la democracia, es algo profundo y trágico. Don Salvador no puede ver la emancipación de este Continente en su aspecto afirmativo, como el nacimiento de veinte Repúblicas de una misma raza, sino en forma negativa y rencorosa, como destrucción del imperio español; Fernando VII no tenía —o no toleraba— un consejero que a lo menos le corrigiera eso del "fértil manantial" y se creía sin embargo, capaz de gobernar ese imperio que Madariaga añora. Y tanto el Rey como el escritor ven —uno en la democracia y el otro en nuestra independencia— un contubernio de bajeza y traiciones.

Duele comparar tal estrechez de espíritu con el concepto que Pitt estableció cuando las colonias norteamericanas entraron en conflicto con Inglaterra: "Los americanos —advertía— son hijos legítimos de Inglaterra y no bastardos; yo me regocijo de que América oponga resistencia. Tres millones de hombres, cuyo sentimiento de libertad estuviese decaído, que voluntariamente consintiesen en hacerse esclavos, serían instrumentos apropiados para esclavizar a todo el resto".

Con más amplitud aún, Bolívar —vilipendiado con tanto encono por Madariaga— destacó el alcance universal que tenía la emancipación suramericana; y lo hizo en 1815, precisamente cuando la angustia de la lucha inmediata que lo absorbía formaba el ambiente menos propicio a una visión desinteresada y amplia: "Seguramente —escribió entonces en su "Carta de Jamaica"— la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente entre dos partidos: *conservadores* y *reformadores*".

Sí: la lucha emancipadora era una guerra civil porque formaba parte de la contienda universal entre conservadores y reformadores, entre demócratas y absolutistas, entre los liberales y los serviles según la terminología que se creó en España. Y porque esa contienda es de todos los tiempos y agrupa a los hombres en dos bandos eternos, aun contra su voluntad —vuelvo a decir, como una forma global de ver la vida— es por lo que repentinamente encontramos a Madariaga al lado de Fernando VII.

La independencia aquí y la democracia allá formaban parte de una misma revolución universal que transformó todas las instituciones y toda la vida social del hombre.

Ya sé que hoy está de moda afectar desdén por aquella revolución, que es elegante (porque aún entre los intelectuales privan también estas mentecatadas) insistir en la retórica que desató y aludir entre sonrisas a la farsa en que vinieron a parar muchos de sus ideales.

Pero la verdad es que gracias a lo logrado entonces se realizó una liberación del hombre que llega a todos los pormenores de su vida cotidiana:

el pobre diablo que hoy lee, medita, discute sobre política, blasfema o perora; el que pide seguridad en su trabajo; el que reclama contra el atropello del gendarme y encuentra defensa ante el juez; el que con ingenua petulancia quiere en la discusión del café modificar el dogma religioso, o bien con verdadero fervor se recoge a examinar sus creencias; el que defiende su dignidad personal y en muchas cosas puede decir "quiero" o "no quiero"; y hasta el más infeliz que desprovisto de todo sólo puede poner en sus hijos la esperanza de lo que él no ha logrado para sí, y con ese anhelo se traslada al futuro y se afana en educar a esos hijos, que ahora sí tienen posibilidades de ser seres humanos; toda esa multitud de vasallos convertidos en ciudadanos, le deben esa prerrogativa de sentirse vivir y pensar a la ráfaga reformadora que en aquella época pasó sobre el mundo. Y hasta los que la niegan y dicen que todo ha resultado mentira, le deben a ella la escuela en que aprendieron y la libertad con que hablan.

Sin contar —y no siempre carece de calidad moral— el caso del desvalido que triunfa, y lo que eso representa de orgullo, desquite, alegría y esperanzas para la masa anónima.

Cuando se solemnizaba su último examen profesional, Benito Juárez, que sin duda en ese momento más que nunca, comparaba mentalmente las perspectivas que se abrían ante él con el oscuro destino que su origen humilde le hubiera asignado durante el antiguo régimen, proclamó: "...mi educación política y civil la debo al Estado, fruto precioso de la Independencia y de la libertad".

Es un caso entre mil. Antes de aquella revolución mundial el ser humano no podía ejercer de su pensamiento sino lo que pedía la diaria rutina del trabajo; ni lecturas, ni deliberación política, ni examen religioso, nada venía a sacudir la pasividad bestial de su entendimiento. El simple vasallo no tenía honor, que era sólo privilegio de los nobles; pero en cada uno de éstos, el honor tenía que supeditarse a su vez a los favores y al capricho del que ocupaba el inmediato escalón en la jerarquía de miedo y de atropellos que subía hasta el Rey. El vasallo no tenía hijos, porque no podían llamarse tales las bestezuelas que crecían a su lado sin que los padres pudieran satisfacer en ellos aspiración alguna de perfeccionamiento espiritual o de redención económica; y no tenía bienes ni vida en propiedad, porque siempre había un poderoso que podía disponer de los unos y de la otra sin que el infeliz supiera por qué. Si alguien era acusado de un crimen se le sometía a tortura para que declarara, si se le juzgaba culpable casi siempre iba a la horca, si se le asignaba otra forma de expiación también equivalía a la muerte; y el crimen podía ser el simple robo de una gallina u opiniones que se consideraran heréticas. En la guerra se entregaban al saqueo las ciudades, se violaban las mujeres y se destruían vidas y bienes por apetitos y rencillas de los señores; el plebeyo era solo "pechero", y con este nombre dijérase que se le

calificaba como una especie de bestia con la sola misión de sufrir el tributo y la exacción.

Para los que puedan pensar hoy que exagero, traslado la evocación que hace Taine, apoyado en las Memorias de Saint Simon, de las distancias que separaban a los hombres en la trágica escala social de la época; dijérase que la vemos ascender desde el fondo de un infierno: "Educados en la igualdad —dice— jamás comprenderemos nosotros aquellas aterradoras distancias, el temblor del corazón, la veneración, la humildad profunda que oprimían a un hombre ante su superior, la furia obstinada con la cual se aferraba a la intriga, al favor, a la mentira, a la adulación y hasta la infamia para alcanzar un solo peldaño por encima de su estado".

Todo eso cambió, y también gracias a la revolución el hombre comenzó a tener fe en las leyes y en la ley; en las leyes que podían modificar la sociedad y en la ley que diariamente lo protegía; aprendió que el magistrado existía para ampararlo y no para perseguirlo; los pueblos levantaron libertadores y líderes para hacer oír sus reclamaciones; a través de la prensa participaron en la deliberación de los asuntos comunes y volvieron a tener un ágora que les daba nueva dignidad; se buscó afanosamente en la educación de las masas y en la educación de los niños la esperanza de una nueva humanidad, ideal que no tenemos porque considerar cancelado; el desarrollo de la Ciencia —así, con mayúscula— debía garantizar ese progreso indefinido del hombre, y la verdad es que si esta esperanza no se ha realizado, la ciencia abierta al pueblo y más animosa que nunca, ha aportado comodidades, consuelos y posibilidades de vida nunca sospechados.

Todo esto era lo que nuestros libertadores veían en esa guerra civil mundial entre reformadores y reaccionarios, que Bolívar destaca.

Y cuando el triunfo de la "legitimidad" restableció el "paternal gobierno" de Fernando VII y de los otros monarcas, y los pueblos todos de Europa se doblegaron hasta límites increíbles, fue en la América donde se conservaron aquellas adquisiciones de la democracia.

Cuando a mediados del siglo XIX pasan de allá a acá esas masas de inmigrantes, que literalmente parecen un catastrófico desplazamiento de pueblos, la mayoría de ellos entran en el Nuevo Mundo catalogados como "analfabetos, jornaleros y sin profesión", a otros se les ha marcado como anarquistas o comunistas, casi todos venían amargados o embrutecidos por el despotismo político, la intolerancia religiosa y la explotación inmisericorde del feudalismo industrial. Es en América donde se hacen ciudadanos y encuentran escuelas y trabajo; para sus hijos se abren todas las posibilidades; y todavía otro siglo después —Madariaga lo sabe— estas Repúblicas siguen siendo un refugio para la Europa atormentada.

Y —¿por qué no decirlo?— en el orden espiritual también son un

verdadero Mundo Nuevo, que en su ambiente reeduca para la democracia y la tolerancia al europeo que allá no logra nunca sacudir completamente los hábitos que tantos siglos de violencia, y los regímenes de opresión y de favoritismo, le han impuesto.

Sin exageración podemos decir, pues, que de aquella pugna mundial, la conquista más beneficiosa —incluso para la propia Europa— fue la independencia de América.

Millones de seres humanos le deben vida, familia y dignidad al "contubernio" y al "manantial".

EL LIBERALISMO COMO MITO POPULAR VENEZOLANO

CON ARGUMENTOS irrefutables Gil Fortoul dejó demostrado que nuestros viejos partidos políticos —el liberal y el conservador— casi nunca se manifestaron de acuerdo con la denominación que ostentaban. A los argumentos de nuestro perspicaz historiador queremos añadir uno que comienza por una frase de picante sabor anecdótico: me refiero a que cuando Antonio Leocadio Guzmán elogia a Don Santos Michelena como "un liberal de la más honrada secta", no sólo dice verdad en cuanto a lo de honradez sino también en lo de liberalismo, pues precisamente algunas divergencias entre Michelena y Don Fermín Toro se originaron en que aquél defendía una tesis estrictamente liberal. Pero Toro, a su vez, tampoco puede llamarse conservador, pues proclama nada menos que el principio más revolucionario y audaz: la intervención del Estado en favor de los oprimidos. Sin embargo, a pesar de todo esto y de aquel pomposo bautizo en que oficia Antonio Leocadio, tanto Michelena como Toro siguieron catalogados como conservadores.

Aparte esa confusión de doctrinas y denominaciones, lo cierto es que ambos partidos desaparecen muy pronto convertidos en camarillas personalistas. Es sencillamente ridículo considerar como un partido liberal a los políticos incondicionales que fabrican para los Monagas el nepotismo y la autoridad discrecional durante diez años; ni existe tal partido liberal bajo la autocracia de Guzmán Blanco, sino como un pretexto odioso que le permite anular a sus rivales políticos tildándolos de godos y reaccionarios. En cuanto al partido conservador, si acaso existió alguna vez como imprecisa agrupación de unos cuantos estadistas que se asemejaban por ciertas actitudes políticas, tampoco puede llamarse ya un partido cuando el grupo hace su última y fugaz aparición en 1858, como lo indica la facilidad con que Páez lo supedita muy pronto a su Dictadura.

Pero más interesante que como partido, el liberalismo sobrevivió en Venezuela como mito de invocación popular y presenta variadísimas versiones y transformaciones que indican su vitalidad.

Desde luego, se le toma como símbolo de democracia, de igualitarismo social, y también de bondadosa camaradería personal y de carácter llano y

afable. "Es muy liberal", decíase como elogio de un caudillo o de un político; y en medio del temor y de la cerrazón de atropellos con que a veces la irresponsabilidad del despotismo borraba todos los caminos, aparecía la humilde esperanza: "con él si puedes hablar, él te va a recibir bien, ese es un hombre muy liberal".

Otras veces se proclamaba el liberalismo como sinónimo de liberalidad, de largueza y generosidad. También en este punto corregía a menudo los vicios de la política: ésta parecía autorizar a los gobernantes a disponer alegremente de los fondos públicos; y en primer término, en provecho propio. Pero el credo liberal exigía que a lo menos parte de ese dinero se compartiera con todos: "ese hombre *coje,* pero también da" era una síntesis absolutoria muy frecuente en boca del pueblo. Y no era tampoco rara esta otra, que se lanzaba con admiración y orgullo: "sí, él *cojió* pero no tiene ni un centavo, todo lo ha dado". *Cojer* significaba apropiarse fondos públicos, y el hecho de redistribuirlos luego, en todo o en parte, era una demostración de liberalismo que casi tenía la obligatoriedad de un principio político.

Desgraciadamente otra de las versiones del liberalismo —la que lo presentaba como doctrina de la tolerancia política— tuvo menos arraigo y pocas veces predominó en el espíritu de los caudillos, y menos en el de sus subalternos. Sin embargo, quizás debamos a esa interpretación del liberalismo algunos de los ejemplares más respetables —o más simpáticos— de esos caudillos: un Falcón o un Crespo, por ejemplos.

En otra ocasión hemos tratado con cierta amplitud de la tolerancia y del buen sentido político —magnanimidad, los llamamos— con que Falcón dulcificó las consecuencias de la guerra federal, y de cómo Crespo demostró las mismas virtudes en su actitud con respecto a la prensa y aún frente a desacatos personales relativamente graves.

Es difícil pensar que Crespo se creyera obligado por las leyes a respetar la libertad de expresión, ni que ofendido en las algaradas callejeras ,sintiera como un deber de humanidad tolerar aquella turbulencia juvenil; probablemente su sentir era mucho más simple: la obligación le venía de que él era un caudillo liberal y desde niño había oído decir que el liberalismo significaba respeto de la voluntad popular y que un liberal no podía ser intransigente ni cruel.

Es evidente que la mayoría de las veces esas virtudes que —verdaderas o supuestas— debían ser las de un auténtico liberal, se invocaban con agresivo sentido de negación contra los conservadores. Cuando a algún político o militar se le exigía que hiciera o no hiciera tal cosa, o él mismo se lo imponía, parece que escuchamos la halagüeña conminación: "Eso estaría bien para un godo, pero para usted que tanto ha luchado por la causa liberal...". Esto no le quita, sin embargo, interés al fenómeno psicológico y sociológico

que quiero destacar; me atrevería a decir que lo hace más sugerente. Presenciamos así la transformación de una simple consigna combativa en sincera norma de moral política; y cuántas consecuencias bienhechoras tuvo quizás esa ingenua o inconsciente metamorfosis! El liberal estaba obligado a ser tolerante, generoso y accesible a todos, incluso a los que iban a "pedirle un preso" o un poco de dinero; el liberal no podía atesorar, ni mostrarse rencoroso durante mucho tiempo, ni despreciar a los humildes, ni convertir su posición política en barrera infranqueable, ni ensañarse contra el vencido inerme.

Paralelamente: la lealtad política era una verdadera virtud y no artículo de mercado; no se le hacían protestas de "incondicionalidad" a un hombre para alargar enseguida la mano pedigüeña. El ejemplo lo daban el guerrillero anónimo y el pobre peón, que cuando tomaban su cobija y su machete para alzarse o para defender al Gobierno, no podían pensar en recompensas de ningún género; y ese ambiente de hacer las cosas por alarde de desinterés, para demostrar personalidad o convicciones, por levantar un penacho, contagiaba toda la vida pública. Hasta los "políticos profesionales" tenían, a lo menos, cierto pudor.

Una última observación: a pesar de que la guerra civil estaba en efervescencia todos los días y que cuando llegaba a los campos de batalla ya había sido alimentada con copiosa literatura incendiaria, al cesar con el vencimiento de uno de los bandos cesaba también en el ánimo de los adversarios de la víspera; el "manto del olvido" era la primera promesa que debía hacer el vencedor.

Claro! Es que un liberal tenía que recordar en toda ocasión —síntesis de una doctrina profundamente sentida y ostentada con orgullo— que "todos somos venezolanos" y que "todos somos iguales".

EL MITO DE LOS CONSERVADORES VENEZOLANOS

"EN TIEMPOS DE los conservadores hasta los liberales eran honrados"; así por lo menos afirmaban los propios conservadores, aunque a la postre el recuerdo de éstos fue mancillado hasta tal punto por los periodistas liberales que nunca más un partido político o un personaje público consintieron en llamarse conservadores.

Refiriéndose a la virulencia de esa prensa en tiempos de Soublette, Cagigal escribía a éste que era preciso combatirla por medio de un periódico imparcial, porque a falta de éste decía, "se va formando lentamente una opinión errada de los hombres y de las cosas que después se hace difícil distraer, porque las masas rara vez vuelven sobre sus prevenciones".

Resultaron proféticas las palabras del sabio: aquella demagogia sin escrúpulos que induce a Zamora a escribir en sus banderas "Horror a la Oligarquía", arraigaría hasta tal punto que ninguna investigación histórica posterior llega a neutralizarla. Bajo el gobierno de los conservadores no hubo cuestión de interés público que no fuera examinada y discutida en la prensa y en los Congresos, desde las relaciones exteriores y los principios básicos de la Constitución hasta la simple apertura de un camino o una erogación de cien pesos para los trabajos geográficos de Codazzi, y sin embargo, el recuerdo mistificado que quedó en el pueblo es de que había sido una época de opresión y de soberbia oligárquicas; Páez y Soublette y los otros gobernantes "godos" sacrificaron su tranquilidad y arriesgaron su honor para mantener aquella libertad de prensa que se volvía contra ellos, y sin embargo, nadie parece recordarlo después; Fermín Toro es un socialista revolucionario que clama insistentemente contra la explotación de los desvalidos, y a pesar de ello pasa más de un siglo antes de que comiencen a revalorizarse sus ideas y se busque "perdón" para su "conservadurismo"; Vargas es el primero que colabora con Bolívar en abrir la Universidad a todos, sin distinción de razas ni de religiones, y eso casi se olvida; el mismo Vargas, y Cagigal, se afanan por la educación popular y artesanal bajo la explícita consigna de que es la única manera de incorporar al pueblo a la vida pública activa, y no obstante Vargas y Cagigal pasan a la posteridad sólo como figuras universitarias, sin

conexión con el pueblo, y sus generosas convicciones de estadistas quedaron desconocidas para todos. Aquel ambiente de leal deliberación sobre los asuntos de interés común, de activo patriotismo, de estudio y de previsión, es sin duda el que estimula en esos momentos el desarrollo de tantas personalidades políticas perdurables, por lo cual podemos decir que hasta los liberales que entonces brillaron, mucho le debieron a ese ambiente de libertad y de consagración al servicio público que los conservadores mantenían.

Y tenemos que repetir: sin embargo...

Sin embargo, el mito que trascendió a la conciencia nacional fue que esos hombres eran "conservadores", y que ser conservador significaba egoísmo, vanidad, menosprceio del pueblo, explotación de los débiles, inaccesible conciliábulo de aprovechadores.

Pero sí se salvó el recuerdo de la virtud fundamental de aquellos fundadores de la República: la honradez. Y convertido también en mito colectivo, ese recuerdo se magnifica y se expresa en multitud de manifestaciones populares. Más aún: sigue siendo un ideal que, aunque soterrado, mueve siempre el alma venezolana; y en medio de los fracasos y del pesimismo unánime, hace que a menudo se vuelva hacia el pasado en busca de aquellas sombras tutelares de la República.

Es por eso que al lado de Bolívar viene siempre a colocarse en la memoria de los venezolanos —como he dicho en otra ocasión— no la figura señera de Miranda, ni la resplandeciente del Mariscal de Ayacucho, ni la de Bello que es el otro genio que Venezuela dio a la América, sino la imagen de Vargas, símbolo de esa austeridad republicana que todos sentimos, aunque confusamente, como el complemento necesario de nuestra emancipación política.

El mito es precisamente eso: sobre una realidad auténtica una frondosa multiplicación de significados, símbolos, aspiraciones y ritos, que son como una invocación apasionada que el alma nacional dirige hacia el pasado y al mismo tiempo hacia el porvenir.

Y en Venezuela, por doquiera apareció esa como necesidad angustiosa de destacar la honradez y convertirla en la primera de las virtudes públicas. Así, cuando Gil Fortoul quiere glorificar a Soublette, dice que por su integridad es "no menos insospechable que Vargas"; si al azar de una nota periodística, por ejemplo, se busca un calificativo para Don Santos Michelena no se rememora su laboriosidad, su talento o sus conocimientos, sino se dice "el probo Don Santos Michelena", como si su honradez fuera lo más necesario para el país y también la cualidad indiscutible que espontáneamente salta a la punta de la pluma; y de Urdaneta no hemos convertido en leyenda ejemplar sus campañas y su constancia y abnegación, sino los dos rasgos finales de su vida, cuando declara que no tiene nada que testar y que sólo recomienda se devuelvan al erario público, después de su muerte, los sueldos que se le

habían adelantado para el desempeño de la misión diplomática que realizaba. Así mismo, los calificativos que indican rectitud son también los que se repiten cuando se escribe sobre Toro, Salom, Carreño, Codazzi, Gual, Manuel Felipe de Tovar, por encima de cualquiera otra cualidad, moral o intelectual. A Juan Vicente González, tan apasionado y desigual, tanto en literatura como en política, lo aureola para la posteridad su desafiante desinterés.

Insisto en que lo más interesante en esas citas no es la verdad a que corresponden, sino la persistencia y el ardor con que glorifican la honradez y el desprendimiento como las virtudes más preciosas. Nada hay de mentira en la realidad que expresan, pero más interesante aún que ella es el mito en que prolifera esa verdad; y cómo salva y embellece ese mito una condición moral, que considera óptima, en los hombres a quienes se habían negado todas las otras.

Por eso, también, a pesar de que en Venezuela, habitualmente, cuando se llama a un individuo "conservador" o "godo" es con intención agresiva, para tildarlo de egoísta, vanidoso o avaro, también se usan los mismos epitetos como elogio, pero en un solo caso: cuando se quiere indicar que el personaje es inflexiblemente recto.

Y no es raro que alguien, en ese sentido, diga de sí mismo: "Porque yo soy muy godo...", para advertir que no lo doblegarán fácilmente, que es un hombre serio y honesto.

Con más frecuencia se aplican expresiones análogas a la vida familiar: "Porque ese hombre es muy godo en su casa...", "en mi hogar yo soy muy godo...", con lo cual se establece una separación radical entre la despreocupada vida callejera y el recato y la susceptibilidad con que se cuida de la familia.

Más sorprendente es comprobar esto: que casi siempre los venezolanos manifiestan desdén u ojeriza contra todo lo que signifique continuidad familiar, herencia de ventajas o predominio; y es tan intenso ese sentimiento individualista que hasta nuestros compatriotas más humildes hubieran podido exhibir algún recuerdo glorioso o conmovedor de sus aguerridos antepasados —una lanza, un fragmento de uniforme, un despacho militar— pero aún en las familias que gozaron de mayor estabilidad esos recuerdos desaparecieron, lo mismo que libros, muebles y documentos. Sin embargo, si hay algo en que el sentir de la mayoría admite la herencia: en la honradez. No es raro oír decir que una persona es muy correcta porque lo hereda de sus padres o porque es tradición en su familia. En gran parte esto puede ser verdad, puesto que un ambiente familiar persistente equivale a una recia imposición moral y a una herencia. Pero estas sutilezas no son propias de esas opiniones volanderas como las que hemos citado; evidente nos parece en ellas la presencia del mito, en una de sus formas más frecuentes: como explicación popular de fenómenos individuales o colectivos.

Que de los conservadores haya sobrevivido, casi exclusivamente, un símbolo de honradez, puede parecer muy poco si se toma este concepto en su significado más estrecho. Pero la honradez no consiste solamente en abstenerse de tomar los bienes ajenos o de cometer peculado; esa honradez sólo puede ser motivo de vanidad para los que han sentido la tentación de faltar a ella. Existen otras exigencias de la honradez mucho más amplias y son precisamente las que deben considerarse características de aquellos fundadores de 1830: el respeto a la ley, el cuidadoso y público estudio de los asuntos de interés común, negarse valerosamente a las cuentas alegres de los favoritos y a la ostentación de los demagogos, ofrecerle al pueblo una República y no un jolgorio. Todo esto es honradez.

Y con esta extensión que convierte la probidad en núcleo de todas las virtudes que deben exigirse para el servicio público, volvemos a encontrar al mito colectivo de la honradez en otro fenómeno que al final del siglo se produce en nuestra historia: "el mochismo".

ULISES Y GRILLUS

REFIERE HUMBOLDT que cuando por primera vez venía a Caracas, desde la costa, encontró otros viajeros en lo alto del Avila, en una fonda que llamaban del Guayabo. "Eran caraqueños —agrega— y disputaban entre sí acerca del movimiento por la independencia que había tenido efecto poco tiempo antes. José España había sucumbido en el cadalso; su mujer gemía en una casa de reclusión por haber dado asilo a su marido fugitivo y no delatarlo al gobierno. Sorprendióme la agitación que reinaba en los ánimos, la acritud con que discutían cuestiones sobre las que hombres de aquel país no debieran diferir en opinión... Cuando entramos en la hostería, un hombre de edad, que con mayor calma había hablado, recordó a los demás cuán imprudente era, en el cerro como en la ciudad, en esos tiempos de delación, entregarse a discusiones políticas. Tales palabras, pronunciadas en un lugar de tan salvaje aspecto, me causaron una viva impresión, que a menudo se ha renovado en el transcurso de nuestras recorridas por los Andes de Nueva Granada y del Perú. En Europa, donde los pueblos desahogan sus querellas en las llanuras, se asciende a las montañas para buscar aislamiento y libertad. En el Nuevo Mundo las cordilleras están habitadas hasta doce mil pies de altura. Los hombres llevan allí consigo tanto sus disensiones civiles como sus mezquinas y rencorosas pasiones. Se han establecido casas de juego en las faldas de los Andes, allá donde el descubrimiento de minas de oro ha hecho fecundar ciudades; y en esas vastas soledades, casi por encima de la región de las nubes, en medio de objetos que deberían enaltecer las ideas, la noticia de una condecoración o de un título rehusados por la corte, trastorna a menudo la dicha de las familias".

En realidad la discusión que desató inicialmente las reflexiones de Humboldt era tan interesante para Venezuela —y para el mundo— que bien merecía proseguirla aún en aquellas alturas y renunciar por ella al encanto y solemnidad del ambiente.

Pero siempre me pregunto, al recordar la colérica sorpresa del sabio, lo que pensaría hoy de nosotros si presenciara la indiferencia —y a menudo la vulgaridad— con que vemos esas mismas bellezas.

Vemos? No: parece que hemos llegado a no mirarlas, precisamente. Cuando vamos, por ejemplo, a los Caracas, apenas hemos salido de la capital comienza un paisaje, de montañas primero, y de mar, flores y montañas después, realmente insuperable. Pero nadie parece mirarlo. De millares de carros que pasan entre ese derroche "de objetos que deberían enaltecer las ideas", no hay uno solo que se detenga porque sus ocupantes sientan deseos de contemplarlos. Hasta diríamos que con rencor los eluden, pues si acaso alguien quiere disminuir la carrera del auto para mirar hacia afuera, provocará tempestades de protestas o de burlas. Todo el mundo quiere ir "a 120". A qué? Pues, con toda seguridad, a beberse unas copas en el otro extremo del camino; y de allí regresarán, también "a 120", a beberse otras en Caracas. En eso se resume todo el paseo: muchas copas entre dos carreras desenfrenadas. Pero también dije mal: no van a beberse unas copas, sino "a echarse unos tragos". Y es que por la misma prisa e inconsciencia con que atraviesan el paisaje, las copas —así sean del más exquisito cognac de nuevos ricos— se convierten en "unos tragos" y no se los beben ni menos tienen tiempo de saborearlos: se los echan.

Todo esto no es sino un símbolo o resumen de lo que sucede por doquiera. Con esta característica: que la forma de gastar hoy el dinero en Venezuela es tan precipitada —no pongamos otros calificativos— como la manera de adquirirlo. Dijérase que todas nuestras actividades son como esas casas de juego que sorprendieron a Humboldt en medio de la majestad de los montañas. Y faltaría evocar todavía la repulsiva variedad de ignominias que tales casas vomitan sobre la comunidad: borracheras, prostitución, opulencia en unos, miseria en la mayoría, amargura en muchos, jactancias cínicas en los otros, azar, desorden, desvergüenza.

Pero no quiero referirme al aspecto moral del asunto; me interesa algo más sencillo: recordar cómo esas costumbres insensatas reducen a formas casi bestiales muchos placeres, que podrían ser exquisitos y muy legítimos. Es la diferencia que ya he insinuado entre saborear una copa y "echarse un trago".

A comienzos del siglo XVIII un ensayista inglés —Addison— hizo en la Gran Bretaña una campaña de prensa trascendental, y hasta adquirió renombre europeo, con un programa que un crítico francés resume así: "trató de moralizar el refinamiento y de refinar la moral". ¿Sería posible intentar algo análogo en Venezuela?

De propósito deliberado, y contra mi costumbre, he acumulado tan de seguidas dos citas porque tenemos que comenzar por evitar que tales empeños susciten burlas; por convencer a la gente de que interesarse por unas flores o por un paisaje, saborear una copa antes de apurarla y cortejar una mujer antes de estrujarla cinematográficamente, no es cosa de tontos o de afeminados.

Yo no sé si los venezolanos que viven pendientes de echarse un viaje

por Europa —también el viaje se lo echan, según la expresión corriente— demostrarán allá la misma indiferencia que muestran aquí ante las bellezas que le salen al paso. Se les puede hacer observar que si en la Costa Azul, por ejemplo, varias terrazas dominan el mar para poder gozarlo desde muchos puntos de vista, y en todas partes hasta los hoteleros se ingenian por descubrir perspectivas placenteras, no es porque los europeos sean menos "machos" o menos "vivos" que nosotros, sino porque refinar los placeres es aumentarlos y se les busca variedad para eludir esa afanosa carrera entre la avidez y el hastío que es el castigo de la vulgaridad.

Y puesto que me he propuesto disculpar con citas este empeño que insinúo, de atraer a nuestros compatriotas a lo que en todas partes forma los deleites de la vida civilizada, en oposición a la de las bestias, les transcribiré el diálogo entre Ulises y Grillus que es precisamente un símbolo de esa oposición. Se refiere a las razones que da Grillus, convertido en cerdo por Circe, para negarse al requerimiento que le hace Ulises a fin de que consienta en volver a su condición primitiva:

"Ulises.—Por poco corazón que tengas, serás dichoso al volver a ser un hombre.

"Grillus.—No lo he de intentar. El oficio de cerdo es mucho más lindo.

"Ulises.—¿Tal vileza no te espanta? ¡Si no vives más que de basura!

"Grillus.—No importa. Todo es cuestión de gustos.

"Ulises.—¿Puede ser posible que tan pronto hayas olvidado cuanto de noble y ventajoso tiene la humanidad?

"Grillus.—No me hables de la humanidad; su nobleza es completamente imaginaria.

"Ulises.—Pero, ¿no tienes en cuenta la elocuencia, la poesía, la música, la ciencia...?

"Grillus.—Es tan dichoso mi temperamento de puerco, que me eleva por sobre todas las cosas bellas. Prefiero gruñir a ser elocuente como lo eres tú.

"Ulises.—Confieso que no puedo admirarme lo suficiente de tu estupidez.

"Grillus.—Natural es que un cerdo sea estúpido. Cada uno ha de conservar su carácter".

En este apólogo sólo la forma es excesivamente candorosa; el fondo corresponde a verdades que se renuevan en cada recodo de la historia y a cada traspiés del espíritu humano: la pasión frustrada es una Circe, pero la violencia también es Circe, y la riqueza puede serlo, y, así mismo, la miseria y la desesperación. De todas ellas puede llegarle al hombre el maleficio ignominioso que lo hace igual a las bestias.

ANTE LA POSIBILIDAD DE UN NUEVO HUMANISMO

PARECE QUE A Nietzsche le entusiasmaba este requerimiento que Jarmo dirigía a Wihlem Meister: "Es usted descontento y amargo, y eso ya basta; pero si alguna vez pudiera volverse completamente furioso, sería mucho mejor aún".

Sin embargo, también el descontento en lugar de derivar hacia la amargura y la furia, puede dirigirse, sin dejar de ser igualmente activo, hacia la otra vertiente de la conducta humana. Precisamente la que han buscado los mejores espíritus en todas las épocas de desasosiego y sufrimiento colectivos, la que trata de encontrar en lo profundo y esencial de la humanidad un nuevo punto de partida después de cada crisis; o a lo menos, la seguridad de que no se ha interrumpido para siempre el movimiento pendular que desde el límite de absurdos y crueldades en que el hombre ya no es hombre nos hará regresar hacia la comprensión y el respeto recíprocos.

Sí: muy a menudo el hombre se olvida de ser hombre, para convertirse en colérico guardián de un recinto geográfico o ideológico, ficha de partido, o infatuado legionario del que sabe azuzarlo mañosamente contra sus semejantes; pero también hay otros hombres que no olvidan la posibilidad de levantar contra las contingencias crueles o angustiosas del presente la imagen de una vida más segura, más digna y más bella. Y saben que ese modo de ser y de vivir es accesible a muchos, no por la conquista de tales o cuales exterioridades accidentales, sino por aquella reconstrucción íntima que el humanismo pidió al mundo y que puede llamarse libre examen, espiritualidad, razón y medida contra improvisación y tumulto, fe, moral, universalidad, o simplemente refinamiento y tolerancia; o ser todo eso a la vez.

En la época post-romántica —pero todavía tan romántica— de Nietzsche, es muy comprensible aquella apasionada invocación a la violencia; pero hoy, cuando hemos presenciado con pavor que la acción de unos cuantos amargados y furiosos produjo tormentos inenarrables para millones de seres humanos, y sin sentido alguno ni conquista visible al final, me parece que la humanidad no debe sentirse muy inclinada a montar de nuevo aquella escenografía colocada "más allá del bien y del mal".

En aquella época tan feliz —o tan ciega?— podía creerse que luchar contra el "filisteísmo" de la masa rebañega era un problema capital para la civilización europea; y no sólo Nietzsche, sino hombres tan equilibrados como Renán, pensaban, como escribió éste, que "la finalidad de la humanidad es producir grandes hombres". Pero hoy sabemos por una lacerante experiencia que tanto las masas como los grandes hombres —y entre éstos, hasta los científicos y los filósofos— son algo muy complejo y peligroso.

Las propias masas y los mismos grandes hombres quizás comprenden, aunque sea vagamente, que nada han obtenido de lo que vinculaban exclusivamente a esa conciencia de masa o de excepcionalidad.

En la masa educada y deliberante puso su fe la democracia; en la masa revolucionaria y más tarde dueña exclusiva del poder, creyeron encontrar el motor irresistible de la historia los que soñaban con la justicia social; contra unos y otros se levantaron agresivos superhombres decididos a imponer como único criterio social, moral y político, el de su fuerza convertida para el predominio en técnica y filosofía. Pero en el balance final la conciencia universal no ha encontrado sino grotescos contrasentidos, nuevos y numerosos sufrimientos, y en ninguna parte realidades sinceras.

Con lo cual no quiero renegar de aquellos ideales, sino advertir que por haberle sustraído el contenido espiritual que inicialmente tuvieron, llegaron a convertirse en apariencias fantasmales, apenas fuertes para luchar entre sí arrastradas por su común debilidad.

La democracia, que el liberalismo combativo de fines de siglo XVIII y principios del XIX había concebido como un sistema coherente desde la política y la moral pública hasta la educación y la organización de la vida cotidiana, y que, conforme a ese concepto global debía progresar cada día más a medida que se ampliaran sus bases populares, se convirtió a fines del siglo XIX en un simple ritual de voto para el pueblo y bien controladas deliberaciones en los Parlamentos. Pero nada destruye tan a fondo una institución humana como esos ritos que con el sólo cumplimiento externo de algunas formalidades dejan a salvo la tranquilidad de nuestras conciencias. Y lo peor es que esa destrucción no es reconocida hasta el día en que aún los fieles más fervorosos advierten que estaban orando ante un altar vacío y con palabras rutinarias y falaces.

Una decepción no menos cruel esperaba a los que para apresurar el triunfo de la justicia social, y porque ya no lo creían posible por vía de aquel liberalismo mediatizado, se acogieron fanáticamente a una consigna de exclusivismo y de odio. Uno de los errores doctrinarios de mayor trascendencia en la historia de las instituciones humanas fue, sin duda, apartar las reivindicaciones económicas y sociales del pueblo del ancho cauce que para ellas se había abierto en aquella época del liberalismo combativo de que hemos hablado, y confiar exclusivamente su triunfo a la lucha de clases

y a la dictadura del proletariado. Este exclusivismo no solamente dividió y enfrentó a los mejores hombres llamados a colaborar juntos en el triunfo de la libertad y de la justicia; no solamente fue la causa principal de que se explotaran aprensiones y fantasías sin cuento (y a veces, por desgracia, crímenes muy ciertos) para hacer temible u odiosa la causa popular, sino que, cuando al fin pudo triunfar aquella consigna de justicia social, quedaron apartados de su organización práctica todos los principios o personas que pudieran pedir libre deliberación, las rectificaciones que fueran necesarias en el curso de la obra y la valorización exacta de lo logrado en cada etapa de su desarrollo. Y lo que al fin prevaleció no fue la dictadura del proletariado —prometida por el dogma de la lucha de clases— sino un despotismo personal y fortuito, tan plagado de errores como cualquier régimen burgués, y con muchos crímenes más. Así, en pocos días hemos visto que se derrumbaba el rigor doctrinario del sistema —que para tantos espíritus sinceros había sido como una especie de religión indiscutible y consoladora— y cambiaban de sentido la mayor parte de las conquistas materiales que se creían logradas para la redención de las masas.

En cuanto a la tercera de las posiciones políticas que critico —la de los "superhombres" que insurgieron desdeñosamente contra todos los idealismos— bastaría decir que esgrimieron la fuerza como razón suprema y al fin demostraron que ni siquiera eran realmente fuertes; que se mofaron del sentir colectivo y de la participación del pueblo en el gobierno, y después se acogieron, sin embargo, para subsistir, a una demagogia cobarde e indigna; que alardeaban de haber establecido un régimen afianzado en los verdaderos intereses del pueblo y exento de contradicción y debilidades y —en abierto y cotidiano mentís a ese programa— sólo podían sostenerse en el mando a costa de persecuciones, crímenes y favoritismos renovados incesantemente. No obtuvieron ni el orden ni el poder que habían ofrecido a cambio de la libertad y del decoro ciudadano; penosamente sobrevivieron convirtiendo cada acto de su gobierno en un azar de vida o muerte para ellos mismos y para el país, y todos los conflictos y disensiones sociales que les habían servido de pretexto para sobreponerse a las leyes, se agravaron por su intervención, y si se han corregido después es gracias al sistema deliberativo y a la consulta que ellos habían escarnecido.

Frente a ese triple derrumbe que ha dejado estupefacto al mundo, si nos fuera lícito mezclar a estos problemas la consideración del "momento psicológico" —que tan desacreditado quedó por la fraseología de los últimos superhombres— diríamos que ha llegado ese momento psicológico para aquel sentido normativo que hemos señalado al humanismo cuando lo definíamos por su contenido de libertad, universalidad, comprensión y refinamiento.

Ni Dionisio ni Fausto, sino Orfeo y Erasmo es lo que necesita el mundo de hoy: de nuevo la música y la palabra que sosieguen y persuadan a los

furiosos y a los amargados; y, sobre todo, a los que enloquecidos por éstos han traído a la vida civilizada el ambiente de concupiscencia y de miedo, de crueldad y desenfreno que les dejó la lucha. Bajo apariencias normales viven en las ciudades, pero en nada difieren de los seres bestiales que Orfeo agrupó trabajosamente para enseñarles a amar la sociedad y la paz.

Sin embargo, quizás no he debido decir Orfeo y Erasmo, porque en éste el repliegue hacia la intimidad espiritual es demasiado egoísta para servir de base al humanismo que podría proponerse a las nuevas generaciones; el *sustine et abstine* de los estoicos se hace en él demasiado epicúreo y no puede representar, hoy, ni una respuesta a problemas universales imposibles de esquivar, ni siquiera una posición individualista satisfactoria.

Pero si no nos atrevemos a proponer a Orfeo y Erasmo para el nuevo humanismo, entonces: Orfeo y... quién?

Precisamente el no poder llenar ese vacío es el problema de hoy para el mundo y por eso es por lo que debemos repetir fervorosamente aquella interrogación —¿Orfeo y... quién?— hasta que ella haga aparecer al que ha de respondernos con la nueva doctrina.

¿Quién será el que ha de darle vida a un nuevo humanismo que separado de los exclusivismos políticos que han esclavizado al hombre, le sirva a éste de asidero para su próxima etapa de libertad e integración?

¿Será ese humanismo la prolongación de una de esas tres posiciones fundamentales que hemos examinado, pero con renovado espíritu de universalidad para absorber y armonizar las otras dos?

Quizás tampoco sea un solo hombre ese continuador de Orfeo que invocamos, sino un buen equipo de esos hombres que, en todas las épocas y aunque dispersos bajo las más variadas apariencias, se unen para conservar al hombre dentro de la humanidad.

Volvamos de nuevo atrás: epicúreos, estoicos o erasmianos, ¿qué importa? En cualquiera de esas doctrinas, o en todas ellas, aquí y allá, podríamos seleccionar enseñanzas que los jóvenes hace tiempo no escuchan.

Por ejemplo, qué grato y provechoso es recordar que, según Epicuro, "no se puede vivir contento, si no se vive prudentemente, honestamente y justamente, ni vivir prudente, honesta y justamente si no se vive contento, porque las virtudes nacen con la alegría de la vida y el vivir alegre es inseparable de ellas".

Hace 23 siglos se pronunciaron esas palabras, muchas veces se las ha olvidado durante centenares de años, a menudo el que las tropieza al azar en algún texto sonríe de ellas como si fueran una arcaica simplicidad, y sin embargo, si acaso no son verdaderas totalmente en su forma afirmativa, cuán certeras son como crítica de esas épocas —como la presente— en que los violentos y los amargados se llevan del mundo la prudencia, la honestidad y la justicia y, con ellas, la alegría de la vida!

Y de los estoicos recordaríamos que cuando la filosofía griega comenzaba a extenderse por el mundo, fueron ellos los primeros en poner al frente de aquellas doctrinas que parecían destinadas a la universalidad el precepto más severo de respeto a la personalidad humana: el *homo homini res sacra*, consagración mediante la cual el ser racional no podría sufrir muerte o esclavitud por parte de sus semejantes. Ni ser humillado, ni engañado, ni envilecido por el soborno de bienes irrisorios, añadiríamos.

Ya sé, desde luego, que existe una especie de soberbio escepticismo que se burlará de estas ideas, considerándolas inoperantes sobre las masas, o bien, según otros, ante el curso dialéctico de la historia.

Pero es muy instructivo observar que los marxistas, por ejemplo, que según sus doctrinas debían desdeñar toda clase de preparación ideológica, puesto que de acuerdo con el materialismo histórico toda forma de vida colectiva se origina en los hechos, y la ideología correspondiente nace de esa forma de vida pero no la prepara, los marxistas, digo, en contradicción con esa filosofía, son los que más se han preocupado como políticos en montar formidables organizaciones de penetración espiritual. Algo análogo podría decirse del pseudo doctrinarismo nazi y fascista, el cual se propuso realizar parecido proceso de catequización mediante recursos psicológicos cuidadosamente estudiados; y, contra todo lo que podía esperarse, logró fanatizar densas colectividades y gran parte de la juventud sometida a su influencia. De tal manera que a pesar de los crímenes a los cuales recurría abundantemente, y de los reiterados fracasos que todos podían tocar, mantuvo su fascinación sobre las masas hasta el derrumbe total del régimen.

Y si aquellas doctrinas que —repito— debían negar eficacia a cualquiera ideología, no siguieron en la práctica el escepticismo que proclamaban despreciativamente, y obtuvieron resultados de captación moral realmente sorprendentes, ¿por qué hoy los que piden una revisión de las doctrinas vigentes, habrían de atascarse desde el principio frente a la objeción de impotencia que les llega del campo contrario?

Nos dilata el corazón encontrar que un hombre como Albert Schweizer, en quien se unen tan eficazmente un magno idealismo y aptitudes de realización indiscutibles, escribe:

"Tiene que advenir un renacimiento mucho más poderoso que el renacimiento por el cual salimos de la Edad Media: el gran renacimiento en que la humanidad descubra que lo ético es la verdad más alta y lo más eficaz para que el hombre experimente la sensación de haberse liberado del mezquino realismo en que se arrastraba".

Confieso que para comenzar a pedir ese advenimiento de un nuevo humanismo, temo más a cierto derrotismo de índole afectiva, casi gozoso, amargamente gozoso, que, aunque clara consecuencia de la desmoralización causada por la guerra, se ha extendido hoy a los países que no la sufrieron.

En las novelas lo encontramos ampliamente expuesto, y en general la literatura contemporánea que tiene mejor éxito parece haber agotado todos sus matices. Pero largas páginas necesitaríamos para valorizar las variantes de complacencia morbosa, masoquismo, despecho, cólera, rebeldía blasfematoria, histerismo, o simple relajación, con que se manifiesta aquel estado de ánimo colectivo que deliberadamente quiere negarse a sí mismo toda esperanza de redención.

En lo esencial, nos recuerda las razones con que responde Grillus a Ulises, cuando éste trata de que aquél, convertido por Circe en marrano, vuelva a su condición humana. Cerdos o jabalíes: tantas bestias groseras o crueles lanzaron entre nosotros los furiosos y amargados que se disputaban el mundo, que ahora hasta la propia elocuencia de Ulises encontrará difícil convencer a los hombres de que vuelvan a ser hombres.

¿GAZMOÑERIAS?

HABITUALMENTE LOS hombres poco cultos suponen que cuando se les habla de moral se trata de arrebatarles todos sus placeres o de imponerles un cúmulo de minuciosas obligaciones que convertirían la vida en una rutina insoportable. Sorprendente resultará para ellos saber que la verdadera moral no significa ascetismo o gazmoñería; que un alto concepto de la dignidad humana es compatible con casi todos los placeres o esparcimientos que deseamos, sólo con que pongamos por encima de éstos un poco de ideal que eleve y tonifique nuestro vivir; que no se trata de conquistar todas las virtudes, pues con una o dos y de índole absolutamente humana —laboriosidad, patriotismo, solidaridad social, ambición bien entendida, curiosidad intelectual o depuración estética— puede obtenerse un asidero moral de extraordinario valor íntimo; y, sobre todo, que precisamente esto es lo que nos salvará de la rutina —rutina de la codicia y de la crápula— que embrutece al hombre desprovisto de verdadera moral.

Pero también el individuo semi culto juzga pedantemente que hablar de moral es una simpleza anticuada porque en todo problema moral están implícitos problemas sociales, económicos, psicológicos, etc., que deban resolverse antes so pena de convertir la prédica moral en una ñoñería inoperante. Esta posición, aunque mucho más juiciosa que la primera, ha conducido sin embargo, a una exageración evidente; entre otras cosas porque olvida que toda sociedad posee y cultiva cierto ambiente moral —afirmativo o negativo— y que ese ambiente ejerce sobre el individuo una coacción psicológica, para el bien o para el mal, que es tan importante, cuando menos, como los otros factores sociales a que hemos aludido.

El hombre de mentalidad o de carácter superiores sabe muy bien que ni aquel terror ante la moral ni el desdén pedante contra ella son justificables, pero pocas veces los pensadores que podían contribuir con el peso de su prestigio a combatir ese estado de ánimo, se preocupan de hacerlo.

Por eso me han producido verdadero entusiasmo las observaciones sobre moral pública que un escritor de tan fina calidad como Andre Maurois ha

venido publicando, y en especial su trabajo más reciente sobre "El espíritu cívico".

Refresca el ánimo encontrar que un pensador de categoría vuelve a hablarnos de moral en forma directa y llana, que no se avergüenza de predicarla para su patria con el tono conmovido y conmovedor de un viejo maestro, y que incluso se aventura a una comparación de la moral pública francesa con la inglesa y la norteamericana para darle a éstas trascendencia ejemplar. Cita a Alain para probar, a través de la moraleja de un símil, que "el secreto de la prosperidad no es, pues, sino el respeto por el interés general" y concluye categóricamente que 'la primera de las virtudes necesarias es el espíritu cívico. Una enseñanza impartida por maestros que crean y practiquen el civismo y la libertad, es una de las mayores necesidades de Francia".

Y ya que esta última alusión me da pie para ello, permítaseme un paréntesis interesado (interesado, en el sentido de nuestro amor a Francia y nuestra indestructible admiración por el espíritu francés) pero también de alcance universal porque se refiere a otra necedad que en el mundo entero corre como verdadera y que ha hecho mucho daño: es bastante frecuente pensar que Francia es un país corrompido, o que actualmente está corrompido, y hasta es muy posible que los necios que gustan tanto de esta opinión, la estimulen por el secreto deseo de que la pobreza espiritual de ellos, sus vicios y su falta de tonicidad vital, se parangonen con lo que en Francia es buen gusto, voluntario eclectismo intelectual y risueña pero muy precisa tolerancia moral. Equilibrio frente a todos los excesos —en la conducta o en el pensamiento— que se dirige a corregirlos y no a autorizarlos, como los tontos quieren creer. Además de eso el francés posee ambición, tenacidad, inagotable curiosidad intelectual, amor a la libertad, disciplina científica, devoción estética: ¿acaso toda esa riqueza espiritual no constituye una moral superior, quizás la moral más alta y equilibrada que podría ponerse como ejemplo al mundo actual?

En relación con Venezuela el tema de la moral individual y colectiva es de urgente deliberación, porque después de largos años de miseria y de inercia nuestro desarrollo material es arrollador y reclama que cuidemos con el mismo empeño de nuestra reconstrucción espiritual, si queremos evitar a tiempo un desequilibrio vergonzoso.

Consideremos también que una abundante inmigración llega constantemente a nuestro país, y que, más aún que por su número, puede dislocar durante largo tiempo los fundamentos de nuestra nacionalidad porque viene de países dotados de recia coherencia, con tradiciones muy arraigadas y formas de pensamiento y de vida —tanto en el bien como en el mal— más poderosas que las de nuestro impreciso despertar. En beneficio de esos mismos inmigrantes —cuyos hijos han de ser los venezolanos del futuro— tenemos, pues, que trabajar para fortificar un espíritu colectivo que los arrope

y ampare; por una mística nacionalista capaz de neutralizar su heterogeneidad racial.

En cuanto al tema del espíritu y a la relación entre nuestra conducta individual y el interés general, de que trata Maurois, no resisto a la satisfacción de comparar sus apreciaciones, con algunas escritas en mi juventud en un ensayo sobre "El fracaso del Libertador como político". Al referirme entonces a la crisis que sufría nuestro espíritu público y cómo se nos impondría su reconstrucción como un dilema de vida o muerte, advertí: "La reconstrucción se verifica cuando reducidos de nuevo a la comunidad ciudadana la vida aprieta con rudeza el lazo de solidaridad que nos liga, haciéndonos sentir que el mal que un individuo lanza sobre la sociedad se refleja necesariamente sobre él o sobre su descendencia. Es entonces cuando las ideas de Patria y de bien social comienzan a mezclarse con nuestros intereses más queridos y con los deberes que a diario nos mueven; todos llegan a comprender porque "la injuria hecha a un particular debe considerarse como hecha a todos", y cada ciudadano al pensar en sus hijos se preocupa por la herencia social que recibirán, con el mismo interés con que piensa en la herencia pecuniaria que les prepara".

"La Patria no es ídolo que se conforma con un culto, sino una realidad que es preciso trabajar en común. Nuestro amor de nada le vale mientras no hemos reconocido que es imposible desligar completamente nuestro provecho del bien colectivo y que el pecado del padre lo paga el hijo, no según una ley moral problemática, sino con la seguridad con que se ligan los acontecimientos dentro del determinismo social. "Cada individuo, dice Gayau, por la serie de actos que constituyen la trama de su existencia y que acaban por coordenarse para sus descendientes en hábitos hereditarios, deprava o moraliza a su posteridad, al modo como ha sido moralizado o depravado por sus antepasados". Digamos hábitos sociales en vez de hábitos hereditarios y habremos trasladado de la vida privada a la vida pública una hermosa y terrible ley de responsabilidades recíprocas".

No deja de producirme cierta vanidad esta coincidencia de mi ingenua credulidad juvenil con las ideas que hoy expone Maurois. Pero, sobre todo, si me atrevo a citarme a mí mismo es porque aquellas consideraciones publicadas en 1930 no han perdido actualidad. Quizás entre sus límites se agita el problema más angustioso de todos los que hoy vive Venezuela.

UN TRAUMA PSICOLOGICO EN LA INFANCIA DEL LIBERTADOR

LA PSICOLOGIA contemporánea nos ha acostumbrado a la idea de que cualquier trauma psicológico sufrido durante la niñez puede repercutir con funestas consecuencias sobre la vida del adulto. Sin duda es esto muy cierto, y nunca será excesivo el cuidado que pongan los padres y maestros a fin de evitar que impresiones malsanas, violentas o humillantes, ocasionen daños irreparables en la personalidad de los niños.

Pero este razonable temor no debe generalizarse hasta convertirlo en una ley aterradora. También el espíritu humano posee, como nuestro cuerpo, fuerzas vitales capaces de anular o transformar aquellos choques perniciosos que la vida inevitablemente nos ha de producir, desde la infancia.

En la niñez de Bolívar encontramos precisamente el ejemplo de un trauma psicológico, que lejos de tener consecuencias adversas, dio los más felices frutos cuando aquel niño llegó a ser el Libertador.

Entre los padres de Bolívar existía una gran diferencia de edad. Cuando casaron, en 1773, don Juan Vicente tenía 47 años, y sólo 15 doña Concepción. Además de Simón, tuvieron dos hijas que fueron las primogénitas, María Antonia y Juana, y un hijo varón que recibió el nombre del padre, Juan Vicente, y que era dos años mayor que el futuro Libertador. Otra hija, póstuma, murió el mismo día de su nacimiento.

Muy pronto quedaron huérfanos aquellos niños. Don Juan Vicente, el padre, murió en enero de 1786, y doña Concepción sólo le sobrevivió seis años más. Antes de cumplir los nueve años, Simón había perdido, pues, padre y madre.

Hasta entonces había sido feliz. En una carta de 1825 para su tío don Esteban Palacios, evoca así su lejana niñez: "Cuántos recuerdos se han aglomerado en un instante sobre mi mente! Mi madre, mi buena madre tan parecida a Ud. resucitó de la tumba, se ofreció a mi imagen. Mi más tierna niñez, la confirmación y mi padrino, se reunieron en un punto para decirme que Ud. era mi segundo padre. Todos mis tíos, todos mis hermanos, mi abuela,

mis juegos infantiles, los regalos que Ud. me daba cuando era inocente... todo vino en tropel a excitar mis primeras emociones".

Pero además de estas figuras familiares que rodearon de alegría la infancia del Libertador, en los recuerdos de éste aparece con frecuencia otra imagen extrañamente nimbada de afecto y poesía: la negra Hipólita que fue su nodriza. En carta desde el Perú para María Antonia, fechada el 10 de julio de 1825, Bolívar le decía: "Te mando una carta de mi madre Hipólita, para que le des todo lo que ella quiere; para que hagas por ella como si fuera tu madre, su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otro padre que ella". Aparte la frescura de sentimientos que demuestra esta carta, escrita a tanta distancia de la negra nodriza en el tiempo y en el espacio, es impresionante que en ella Bolívar llame a Hipólita padre y madre, a la vez. Habitualmente el amor hacia el padre, unido a sentimientos de respeto y obligación, no se asemeja en ningún muchacho al cariño hacia la madre, que representa sobre todo ternura y halagos; y menos debían confundirse en aquella época de severas costumbres. Bolívar, sin embargo, une en Hipólita ambos afectos, y a la vez que recuerda la razón primera de su agradecimiento hacia ella, nos sugiere que debió de existir entre ambos una constante intimidad. En 1823 Bolívar le había fijado una pensión mensual de treinta pesos, y en julio de 1827 ordenó darle 40 pesos más; pero como María Antonia parece que había descuidado el pago de la mensualidad, Bolívar se la encomienda en setiembre a don José Angel Alamo y lo autoriza a girar contra él por el montante de un año. En una postdata, agrega: "Antonia recibió el dinero en letras para este fin. Sea Ud. mejor amigo que mi hermana". Lo cual indica cuánta ansiedad y cólera le producía el pensamiento de que Hipólita careciera de algo. No se conforma sin embargo, el Libertador con aquella asistencia material: en medio de los innumerables problemas que lo asediaban a fines de 1827, aparta tiempo para escribirle directamente a Hipólita: "He recibido una carta de mi amo Simón...", le participa la negra a don José Angel Alamo en noviembre.

Además, a principios de aquel año ya Hipólita había recibido de Bolívar la consagarción pública más envidiable. Fue durante la entrada triunfal del Libertador en Caracas: la gente se apretujaba al hilo de las casas para aclamarlo, y ya llegaba Bolívar a la casa que debía ocupar cuando, en la esquina de Sociedad, vio a Hipólita entre la multitud. Al punto descendió del carruaje, y en presencia de todo el pueblo la abrazó con el mismo cariño que en sus cartas le demostraba.

Otra mujer, situada en el extremo opuesto de la jerarquía social, había amamantado también al Libertador: ante el inesperado conflicto de que la madre no podía alimentarlo, y mientras se hacía venir a Hipólita, el niño recién nacido de doña Concepción recibió la primera leche de los pechos de una íntima amiga de ésta, doña Inés Mancebo de Miyares, esposa de don

Fernando Miyares, quien fue después Gobernador por el Rey de la Provincia de Maracaibo. Tampoco la olvidó Bolívar jamás. En 1813 la recomienda al coronel Pulido, Gobernador de Barinas: "fue ella —le dice— la que en mis primeros meses me arrulló en su seno". Y catorce años después, en 1827, le escribe al coronel Blanco, Intendente del Departamento del Orinoco: "Con el mayor interés me empeño con Ud. para que se tome la pena de oír en justicia a mi antigua y digna amiga la señora Mancebo de Miyares que, en mis primeros días, me dio de mamar. ¿Qué más recomendación para quien sabe amar y agradecer?" (1).

Como vemos, las referencias que dejó Bolívar a través de toda su vida coinciden en hacernos suponer que su infancia fue dichosa y estuvo rodeada de sólidos afectos. Su padre murió cuando Simón tenía solamente dos años y medio; pero de su madre recuerda la bondad; de Hipólita, que le sirvió de padre y madre; del tío Esteban, el afecto y los regalos; a su tía Josefa la recomienda a Morillo, a pesar de la enemistad que separó a Bolívar de Ribas, su esposo; y así mismo las imágenes de los hermanos, del abuelo, del padrino, se unen espontáneamente a aquel tropel de sonrientes evocaciones. Análogo afecto guardó a sus maestros, Bello, Rodríguez, Pelgrón. Pero aún las personas que sólo por un momento se mezclaron entonces a su vida, las asocia con fruición a esos sentimientos placenteros. Y como vasto fondo del cuadro, la ciudad de Caracas se le hace inolvidable.

Esa niñez feliz y segura nos explica la facilidad con que Bolívar concede después su afecto, respeto o admiración. Nadie más distante que el Libertador del escepticismo, el desdén y los recelos que suelen nacer en los políticos de larga experiencia. Y en contraste con el carácter adusto de otros héroes, Bolívar, ni por las contrariedades que momentáneamente lo atormentaran, ni por los desengaños que hubiera podido rememorar, dejará de ser con los que trata efusivo y entusiasta. Siempre dispuesto a ensalzar las buenas cualidades que descubría en los otros, no pocas veces los pone sobre sí mismo. Así, cuando en una ocasión quiere ponderar a O'Leary las excepcionales dotes de Sucre, dijérase que aprovecha la circunstancia para elogiar con igual calor a otros cuatro de sus colaboradores: "Es —díjole— uno de los mejores oficiales del ejército, reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca no se le conoce, ni se sospechan sus aptitudes. Estoy

(1) Por las citas que hago, ver Lecuna, *Cartas del Libertador*, tomo III, pág. 197; tomo V, pág. 19; tomo VI, pág. 326, y tomo VII, págs. 37 y 38. Según una leyenda muy difundida, otra negra llamada Matea fue también nodriza del Libertador. Pero en contraste con la copiosa documentación acerca de Hipólita, de Matea no aparece rastro alguno en la correspondencia de Bolívar. Por otra parte, Matea vivía aún cuando se celebró el centenario del nacimiento del Libertador, en 1883, y Guzmán Blanco la llevó del brazo al Panteón en aquella ocasión. Si Matea hubiera sido efectivamente nodriza de Bolívar, tendría en 1883 no menos de 115 años; y todavía vivió algunos más. Todo nos induce a pensar, pues, que el auge dado a Matea sólo tuvo por objeto procurarle a Guzmán aquella aparatosa escena.

resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día me rivalizará". Sorprendente razón esta última, si se considera con cuanto celo casi todos los hombres que llegan al primer rango en los gobiernos vigilan para que nadie se les equipare. Hasta en la industria, la ciencia y el arte, esa es la actitud habitual de los que llegan a predominar. No así Bolívar. Con la misma elevación de ánimo que demuestra cuando elogia a Sucre, Santander, Salom, Briceño y Soublette, acata los consejos de Peñalver, le reconoce que ellos lo movieron a convocar el Congreso de 1819, y lo lisonjea llamándole Mentor y padre. A Palacio Fajardo le confía sin reservas la corrección de su discurso de Angostura y acata sus observaciones. Son bien conocidos los inauditos encomios con que atribuye a don Simón Rodríguez todos los méritos de su formación espiritual; y las muestras de afecto y respeto con que lo agasajaba. Lo entusiasma la virtud de don Cristóbal Mendoza y sufre por su enfermedad y muerte como si se tratara del más entrañable amigo. Preocupado por la suerte del General Urdaneta, le ofrece en dos ocasiones la mitad de su fortuna; y con igual confianza en otro amigo, cuando se ve arruinado y perseguido no vacila en decir a don Angel Alamo: "Yo moriré como nací, desnudo. Ud. tiene dinero y me dará de comer cuando no tenga". A Salom le pide con cariñosa insistencia que continúe en el servicio público; y le agradece después que lo haya hecho, como si se tratara de un favor personal. Al doctor Vargas, a quien sólo conocía de fama, le tributa cuando comienza a tratarlo la mayor deferencia, lo invita a su mesa, delibera con él sobre los problemas de la educación popular en Venezuela, le abre paso al Rectorado de la Universidad de Caracas, y poco después lo nombra entre sus albaceas testamentarios. Hasta los más humildes llega aquella efusión de sus sentimientos: "¿Recuerda Ud., Salom —decíale en unas confidencias a este Jefe— la alegría del ejército cuando en Betoyes se le racionó de plátanos? Puede decirse que hacía dos días que no comía. Ese ejército, sin embargo, no se quejaba. Seguía proporcionando la constancia a los trabajos...". A Juan José Rondón le atribuye la victoria de Pantano de Vargas, y en la víspera de cumplirse el primer aniversario de aquel triunfo, escribe festivamente a Santander: "Mañana es San Rondón...". Ya en otra carta le había dicho: "Sin Rondón... yo no sé lo que hubiera sido en Vargas". Ni a sus enemigos les regateó el Libertador las alabanzas, sobre todo cuando estaba de por medio el interés de la patria. A Santander y a Córdova los enaltece o disculpa hasta la víspera misma del rompimiento inevitable. Cuando ya no podía contar con la lealtad de Páez, sacrifica sin embargo, su resentimiento y preocupado de conservar la unidad de Venezuela, llega a escribir a uno de sus deudos: "Mis deseos con respecto a mis parientes y amigos de Venezuela han sido y son marchar muy en armonía y enteramente de acuerdo en todo con el General Páez..."; y arriesga esta generosa y suicida afirmación: "Más vale estar con él que conmigo, porque yo tengo

enemigos y Páez goza de opinión popular". También había recomendado para servir en Venezuela al General Ayala, que era su adversario y después fue su fanático detractor: "El General Ayala —insistía sin embargo Bolívar— nunca ha sido adicto a mí, pero el estimar la honradez es un aliento para los otros, de parte de quien juzga con imparcialidad a sus mismos enemigos".

Ya volveremos sobre estas particularidades del carácter bolivariano. Por ahora sólo hemos querido esbozarlas en relación con el ambiente que rodeó su infancia, pues aunque no compartimos el dogmatismo de los que quieren explicar el carácter de los adultos en relación inflexible con los acontecimientos de su vida infantil, es muy posible que la risueña niñez del Libertador fuera la causa principal de su vigorosa y exuberante vida sentimental. Sobre todo, de la espontaneidad de sus afectos, que expresa con igual calor a mujeres y amigos, a los jóvenes que surgen a su lado y a los ancianos que se le acercan con consejos o amonestaciones, a la humilde esclava que ennoblece con el nombre de madre, y hasta a las cosas inanimadas y a los simples recuerdos, como es el caso de su ciudad natal y de las personas y cosas que de ella evoca.

Algunas anécdotas que se popularizaron mucho en Venezuela presentaban a Bolívar como un niño turbulento en constante antagonismo con su tutor, el Licenciado Sanz. Se escribió así mismo que se le había llevado a vivir con éste porque doña Concepción, enferma, no podía tenerlo a su lado. Hoy poseemos pruebas documentales de que nunca Sanz fue tutor de Bolívar, ni lo tuvo en su casa; pero, además, los recuerdos tan precisos del Libertador sobre su vida en el hogar, demuestran que durante sus primeros años no se separó de las personas que nombra —doña Concepción, Hipólita, los hermanos, el abuelo, los tíos— y sugieren el feliz equilibrio sentimental que el niño disfrutó hasta los nueve años, que fue cuando perdió a su madre.

Casi todos aquellos cuentos sobre la infancia de Bolívar fueron inventados para presentarlo como un niño excepcional, y los introdujo en nuestra historia don Arístides Rojas, excelente narrador que en cierto modo descubrió para los venezolanos el encanto de la "pequeña historia", pero que a menudo usó sin reservas de su fantasía a falta de documentos. Y antes y después de él, los escritores románticos consideraron indispensable atribuirle a Bolívar una niñez indómita, para hacer del Libertador un personaje byroniano o lograr contrastes victorhuguescos. Se juzgaba, según esa moda, que de un niño normal no podía salir un genio. Finalmente, no han faltado tampoco —ya en estos días de publicidad a toda costa— escritores tipo Madariaga, que buscaran en esas supuestas turbulencias infantiles del Libertador indicios fatales. Para desengaños de unos y de otros, Bolívar, según la documentación que actualmente poseemos, fue un niño común y corriente

—normal hasta en sus ocasionales rebeldías, como pronto veremos— aunque ya desde sus primeros años, ardiente y tenaz.

La holgura económica de la familia Bolívar y la espaciosa casa que habitaba debían de favorecer también alrededor de Simón niño aquel ambiente de despreocupación y alegría que adivinamos en las añoranzas del Libertador. Todas las casas de Caracas eran entonces de una sola planta y en sus corrales o patios posteriores crecían árboles frutales que atraían a los pájaros. Incluso los más salvajes llegaban desde la vecina montaña, seducidos por los naranjos y guayabos que desbordaban por encima de los muros exhibiendo su dorada y olorosa carga. Aquello era para los hermanos Bolívar un motivo de fascinación inagotable; y podemos imaginar sus exclamaciones de júbilo cuando unos a otros se mostraban las aves que cada cual admiraba más: los *azulejos,* de tan rápido vuelo que parecen un relámpago azul entre las frondas; los *gonzalitos,* amarillos y negros; los *turpiales,* que a estos dos colores unen finos matices rojos, y tienen los ojos ribeteados de azul; los *arrendajos,* que imitan los toques de clarín; el *capanegra,* de tímido canto, parecido al de un canario que no hubiera terminado su aprendizaje; el desafiante *cristo-fue,* de abombado pecho amarillo; los *cardenales,* de suntuoso traje rojo y negro. Pero más admirados que todos, los colibríes, que en Venezuela llaman *tucusitos.* Ninguno se asemeja a otro en forma, tamaño o plumaje, y en cada uno se encuentran tantos colores y dispuestos de tan variada manera, que cuando los niños lograban atrapar alguno no se cansaban de señalar en él las novedades que descubrían. A veces vuelan con tal velocidad, que apenas se oye el zumbido que hacen al rasgar el aire y al instante se les ve desaparecer como brillantes y minúsculas saetas; pero también suelen, en pleno vuelo detenerse en un punto y mecerse en el aire, suspendidos milagrosamente por la sola vibración de las alas. Así liban también su alimento, sin posarse en la planta, en vuelo inmóvil frente a las flores, mientras introducen en ellas el fino pico y la golosa lengua.

Flores, frutas y pájaros formaban de esa manera, bajo el exigente sol de los trópicos, un torbellino de colores, aromas y cantos. Pero más aún que este mágico espectáculo, ocupaba a los niños de la familia Bolívar el ejercicio de su propia fantasía, en exploración incansable a través de los pasadizos y senderos que comunicaban la casa paterna con la de los Palacios. Alguna larga y vacía habitación de misteriosos ecos los hacía extremecer con el recuerdo de duendes y aparecidos; ante una puerta largo tiempo cerrada y cargada de telarañas se preguntaban si tras ella se abriría un jardín de bellezas nunca vistas; si se guardaría allí un olvidado botín de oro y piedras preciosas, o si sería la entrada de un calabozo donde vivía en perpetuo encierro un loco o un criminal. Bajo la fronda de un jazminero se fabricaban minúsculas chozas, que les daban la ilusión de encontrarse en plena selva; o bien, dentro de alguna abandonada silla de mano, se convertían en

grandes personajes que iban a visitar al señor Obispo o a la señora Marquesa.

Los regalos del tío Esteban —que recordaba después el Libertador— serían con frecuencia animales poco familiares a los niños: una ardilla, una tortuga o un venadito. Quizás un burro, y hasta un caballo, cuidadosamente escogidos para los primeros paseos del primogénito o de Simón. Según las costumbres de la época, se guardaban en el pesebre, que en lo más remoto del corral, reunía los finos caballos de silla de los señores y la vaca con su ternerillo, que procuraba leche fresca a la familia. Y también podía ser regalo del tío el loro que desde un aro presenciaba el corretear de los chicos, y que de vez en cuando, excitado por el bullicio de éstos, los alertaba con agudos gritos o en voz baja y rezongona: Juan, Juana, María, Simón!

Desgraciadamente, aquel ambiente cambió por completo con la muerte de doña Concepción, que ocurrió el 6 de julio de 1792, ó sea, pocos días antes de cumplir Simón los nueve años. La tutela que ella ejercía pasó a su padre don Feliciano Palacios y Sojo, y los chicos siguieron viviendo en la casa solariega, aunque dormían en la de aquel abuelo. Sin embargo, don Feliciano estaba ya tan enfermo que en agosto del mismo 92 se ocupaba en su testamento, y dispuso que fueran designados tutores por separado a Juan Vicente y a Simón: para el primogénito señaló a don Juan Félix Palacios y Blanco, y para Simón al tío Esteban. Pero como éste se hallaba ausente en España, su hermano don Carlos Palacios y Blanco quedó encargado de la tutela a la muerte de don Feliciano, en diciembre de 1793.

Fue lo peor que podía ocurrir, porque don Carlos era un hombre de estrecha mentalidad y carácter duro. De tal manera, que a pesar de ser el mayor de los Palacios Blanco, no pensó en él su propio padre para designarlo tutor de uno de los menores, y sólo recibió la tutela de Simón por la serie de incidentes que hemos mencionado. Además, no se había casado, y la atención que debía prestar a sus propiedades rurales lo alejaban frecuentemente de Caracas.

Fácil es, pues, imaginar cuál sería la situación de Simón a los once años. Sus dos hermanas mayores habían casado en el mismo año de la muerte de Doña Concepción, y probablemente la negra Hipólita se había ido con María Antonia; el tío Esteban seguía en Madrid, y el abuelo, último refugio de cariño para los niños, murió como hemos dicho a fines de 1793. A consecuencia de este último acontecimiento, Juan Vicente y Simón debieron de separarse también, para seguir cada cual a su tutor. Simón quedó, pues, solitario con la servidumbre y el tosco don Carlos; oprimido por éste, o desdeñado, cuando estaban juntos, y abandonado totalmente a sí mismo durante las frecuentes temporadas en que el tío solterón se iba al campo.

Nada tiene de extraño, por consiguiente, un suceso que ocurrió entonces y que comentado fuera de esa concatenación de fechas y de acontecimientos, algunos escritores han sobrevalorizado: el 23 de julio de 1795, jus-

tamente el día anterior al de cumplir doce años, Simón se fugó de la casa de don Carlos y buscó refugio en la de su hermana María Antonia. Así lo participan ésta y su esposo, don Pablo de Clemente y Francia, a la Real Audiencia el día 24; y tan abandonado estaba el niño, que cuando aquel Tribunal comenzó las diligencias no encontró a quien dirigirse: asienta que don Esteban, el tutor en propiedad, estaba en España; y don Carlos, el interino, no estaba en Caracas. Necesariamente ordena, pues, que Simón permanezca por ahora con su hermana "haciéndose saber a don Juan Nepomuceno Ribas y don Francisco Palacios, o el que de ellos estuviere encargado de su asistencia, le contribuya los alimentos correspondientes" (2).

Don Carlos trató sin embargo, de recuperar la custodia de Simón y comenzó entonces un ruidoso pleito entre las dos ramas de familia. Don Carlos acusaba a María Antonia de haber estimulado la fuga del niño, lo cual no sería en realidad ni sorprendente ni reprobable, conocidas las condiciones en que aquél vivía; pero suponían además los hermanos Palacios Blanco que don Pablo de Clemente y Francia codiciaba los bienes del menor, aunque don Pablo y María Antonia no pretendían la tutela propiamente dicha, sino tan sólo el cuido del chico. Tan violentos se mostraron los Palacios, que Esteban llegó a escribir a su hermano Carlos: "Destruye primero las rentas del pupilo en sacar a luz tus derechos que el que se rían esos pícaros de tí". Este exceso, que a primera vista resulta tan repulsivo, creemos sin embargo, que no tiene tanto alcance como sugiere, pues Esteban, aunque hombre superficial, mereció siempre el cariño del Libertador. Por otra parte, cuando éste en 1830 se encontró arruinado, y tan perseguido por sus enemigos políticos que con razón temía carecer de lo más elemental si se iba al extranjero, Esteban le ofreció 10.000 pesos, que era todo cuanto podía reunir. Si consideramos que durante toda su vida Esteban sufrió por falta de recursos, que por esta razón le temía mucho a la miseria, que ya el año 30 estaba anciano y también se sentía perseguido, debemos considerar como un rasgo muy noble aquella oferta a su sobrino. Probablemente el escandaloso consejo que daba a su hermano Carlos, sólo expresaba su preocupación de que los gastos del proceso pesaran excesivamente sobre las rentas del pupilo.

Pero don Carlos sí se muestra, durante todo el incidente, torpe y violento. En una de sus exposiciones ante el Tribunal manifiesta: "al mismo tiempo que el pupilo me venera y se sujeta ciegamente a mi voluntad, estoy cierto de que me profesa mucho amor y la mejor ley"; lo cual no le impide acusarlo de "absolutamente desaplicado a todo género de instrucción" y atribuir su fuga al deseo de "escaparse del decente recogimiento" en que él lo tenía. Así mismo, a pesar del manifiesto abandono del niño, alega hipó-

(2) Expediente ante la Real Audiencia de Caracas sobre domicilio tutelar del menor don Simón de Bolívar. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, nº 149. Caracas.

critamente para reclamarlo que "los pupilos deben vivir junto con sus tutores, porque éstos son dados para la custodia, educación e instrucción de la persona de aquéllos, como fines principales, y como menos principales para la conservación, aumento y administración de sus bienes"; y de seguidas desmiente esta aparente finalidad de su reclamación declarando que es su intención "transferirlo a casa de don Simón Rodríguez, maestro de la Escuela Pública de Primeras Letras, que siendo un sujeto de probidad y habilidad notorias y estando destinado por su oficio a la enseñanza de los niños, podía más cómodamente proveer a la educación de éste, teniéndole siempre a su vista y en su propia casa que es bastante cómoda y capaz". Esto a su vez resultó mentira, porque habiendo accedido el Tribunal a aquel traslado, en una inspección posterior que hizo a la casa de Rodríguez se comprobó que con él vivían "su legítima mujer doña María de los Santos Ronco, con tres criados o domésticos a su servicio, su hermano don Cayetano Carreño, la mujer de éste doña María de Jesús Muñoz, con un niño recién nacido, don Pedro Piñero y un sobrino de éste, cinco niños pupilos entregados por sus padres y (sic.) encargado de su educación y asistencia, e igualmente la suegra de dicho Rodríguez, la de su hermano y dos cuñados de ocho y trece años". Como vemos, tan heterogéneo amontonamiento humano era algo bastante diferente a la casa que Simón había disfrutado y a la que tenía derecho por su fortuna; y era tal la escasez de recursos, origen de tal promiscuidad, que "el menor expresó estar regularmente servido, pero su maestro don Simón Rodríguez insinuó que le sería más útil y mejor a su tranquilidad y ocupaciones el que de su propia casa se le suministrasen los alimentos, porque su pobreza quizá no le permitiría muchas veces complacer el paladar del niño".

La "extracción" del menor del hogar de su hermana, para llevarlo a aquel internado, se hizo en la forma más odiosa. Primero se trató de que regresara con don Carlos, pero Simón se negó, "expresando que los magistrados no podían obligarle a que viviese en la (casa) de su tutor... que los tribunales bien podrían disponer de sus bienes, y hacer de ellos lo que quisiesen, mas no de su persona; y que si los esclavos tenían libertad para elegir amo a su satisfacción, por lo menos no debía negársele a él la de vivir en la casa que fuese de su agrado". Esta actitud del menor la consideraba su hermana como loable demostración de "constancia y firmeza", así como había advertido, contra la apreciación de don Carlos, que Simón era de "comprensión y talento no ordinarios, vivo y perspicaz para advertir las cosas". Según O'Leary, que probablemente lo sabía por confidencias de Bolívar, a éste, cuando era niño, le gustaba participar en la conversación de las personas mayores; lo cual también pudo considerar María Antonia como una demostración de feliz madurez; mientras que para don Carlos sería, por el contrario, prueba

de un carácter irrespetuoso, según las ideas de la época y, sobre todo, las de aquel áspero solterón.

Pero en definitiva, aquel litigio tenía que decidirse en favor del tutor. Por disposición de la Real Audiencia, un Escribano de ésta se presentó a las ocho de la noche en la casa de María Antonia, y aunque debía de ser bastante impresionante el espectáculo —Escribano, alguaciles, parientes del uno y del otro bando, solemnes requerimientos del Tribunal, curiosos deteniéndose en plena calle; y la noche cerrada, en hora que era entonces la de estar rezando para acostarse— el niño volvió a resistirse y fue sacado a viva fuerza.

Don Pablo de Clemente y María Antonia narran ante la Audiencia lo sucedido, así: "Para su cumplimiento pasó el mismo don Carlos a mi casa, acompañado del predicho receptor a la hora señalada en él, de las ocho de la noche. Y habiendo hecho nosotros la misma manifestación de dicho menor, halló en él la misma resistencia que antes para salir de nuestra casa, asiéndose a mí, don Pablo, con gritos y lágrimas para que no permitiese que lo sacasen, en cuya vista, don Carlos le echó mano y le llevó hasta la calle arrastrando".

"Con la bulla que ocasionaron los gritos y lágrimas del menor, se juntó en la calle no poca gente, y entre ella don Feliciano Palacios hermano de don Carlos y éste viendo la resistencia de aquél, y que permanecía asido a mí, don Pablo, le dio un golpe en los pechos y le hizo desprender".

A pesar de eso —o por eso mismo— a los nueve días Simón se fugó de la nueva residencia que se le imponía. Afortunadamente por cortas horas y sin consecuencias, pues lo restituyó a ella amistosamente "el confesor del Ilustrísimo Señor Obispo, de cuya parte se me dejó recado para que no reprendiese al niño por el sólo motivo de su fuga", según manifiesta a los magistrados don Simón Rodríguez.

A su vez incurrieron María Antonia y su esposo en un singular desacierto, y fue que, perdida la esperanza de recobrar a Simón, porque la Audiencia no consideraba conveniente "que el referido pupilo se eduque en la compañía de dichos don Pablo y doña María Antonia Bolívar, su hermana, así por el mucho amor de ésta, como porque uno y otra son demasiadamente mozos, y no de la mayor experiencia para precaver los inconvenientes que nacen de una educación voluntaria", los esposos Clemente Bolívar pidieron que al niño se le internara en el Colegio Seminario de Caracas. Ya esto lo había propuesto el Fiscal de aquel tribunal, mientras la propia Audiencia indicaba el atroz arbitrio de que "algún sujeto de edad, madurez y de toda probidad... acompañe continuamente a dicho don Simón a casa del maestro y fuera de ella". Felizmente, don Carlos, secundado por don Simón Rodríguez, se opuso al empleo de aquel carcelero de vista que pretendía la Audiencia y a que se internara a Simón en el Seminario; haciendo valer contra esta última pretensión que los internos de dicho Instituto "deben ser y son siempre adultos,

para resistir a la dureza y fatiga de los actos de comunidad"; que debían vestir "la opa y beca que les están señaladas por preciso distintivo, y cuyo vestuario es incompatible con el de militar que debe traer continuamente don Simón de Bolívar como destinado a la carrera de la milicia"; y, lo más obvio, que el menor no mostraba "vocación al estado eclesiástico... mirándola como incompatible con la posesión y goce de su mayorazgo que perdería por el mismo hecho de hacerse eclesiástico".

Inesperadamente todo terminó, porque el propio niño manifestó su deseo de volver a la casa de don Carlos, y así lo acordó el Tribunal. Aunque muy doloroso, el incidente había durado menos de tres meses.

No vacilamos, sin embargo, en considerar que aquel sacudimiento infantil fue la causa primera del minucioso cuidado que Bolívar siempre demostró después por la educación. Claro está que este interés puede explicarse como un aspecto de su actividad política, dirigida invariablemente a planes de largo alcance y a formar ciudadanos para estas nuevas Repúblicas. La influencia de don Simón Rodríguez en el mismo sentido es también innegable. Pero la insistencia del Libertador en muchos pormenores de sus proyectos sobre educación —que trata como un pedagogo profesional, más que como hombre de estado— indica evidentemente que la formación de la niñez, y los problemas espirituales conexos, le llegaban a lo más profundo. Así, cuando en el cenit de su carrera, treinta años después de aquel suceso, redacta el borrador de un proyecto sobre la Instrucción Pública, el calor con que se expresa indica un interés muy personal, una raigambre emotiva que viene desde muy lejos. "Los premios y castigos morales —escribe— deben ser el estímulo de racionales tiernos; el rigor y el azote, el de las bestias". Y añade que aquél es el unico sistema que "produce la elevación del espíritu, nobleza y dignidad en los sentimientos, decencia en las acciones. Contribuye en gran manera a formar la moral del hombre, creando en su interior ese tesoro inestimable por el cual es justo, generoso, humano, dócil, moderado, en una palabra, hombre de bien" (3).

Señala también el Libertador la diferencia entre el maestro brutal y pedante, que entonces debían soportar todos los niños, y el hombre generoso y de sencillos modales, el "filósofo benigno", que el Estado debía elegir para formar ciudadanos. "El Director de una escuela —leemos— es decir, el hombre generoso y amante de la Patria, que sacrificando su reposo y su libertad se consagra al penoso ejercicio de crearle ciudadanos al Estado, que le defiendan, le ilustren, le santifiquen, le embellezcan, y le engendren otros tan dignos como él, es sin duda benemérito de la patria... Claro está que no hablo de los que llaman maestros de escuela: es decir, de aquellos hombres comu-

(4) "Papeles de Bolívar", publicados por don Vicente Lecuna. Caracas, 1917. Pág. 301. Citado también en la valiosísima obra del doctor Armando Rojas "Ideas educativas de Simón Bolívar", 1951.

nes, que armados del azote, de un ceño tétrico, y de una declamación perpetua, ofrecen, más bien la imagen de Plutón que la de un filósofo benigno... es la escuela de los espíritus serviles, donde se aprende con otros vicios el disimulo y la hipocresía, y donde el miedo no permite al corazón el goce de otra sensación... El gobierno debe proceder como hasta aquí: elegir entre la multitud, no un sabio, pero sí un hombre distinguido por su educación, por la pureza de sus costumbres, por la naturalidad de sus modales, jovial, accesible, dócil, franco, en fin en quien se encuentre mucho que imitar y poco que corregir... Decirle a un niño vamos a la escuela o a ver al maestro, era lo mismo que decirle: vamos al presidio o al enemigo: llevarle, y hacerle vil esclavo del miedo y del tedio, era todo uno".

Es sorprendente la vivacidad y el acierto de esa descripción, en un borrador inconcluso, escrito a vuela pluma por Bolívar y que dejó inédito entre sus papeles.

No podía pedir un sabio para el mal remunerado cargo de maestro. Sin duda ya pedía demasiado. Y sin embargo, insiste: "Un hombre de genio, que conozca el corazón humano, y que lo corrija con arte; un sistema sencillo, y un método claro y natural, son los medios eficaces por donde la sociedad puede hacer en pocos días extraordinarios y brillantes progresos. Sin estos requisitos en vano se amontonarán preceptos y trabajos: todo será embarazo y confusión". Insiste, porque angustiado ante aquel reinado del tedio y del temor que era la escuela de entonces, volvía a la contemplación directa de su infancia. Sus exigencias no eran, en suma, sino la evocación del educador "jovial, accesible, dócil, franco" que, bajo la figura de don Simón Rodríguez, lo había salvado cuando niño.

No es, sin embargo, esta resonancia de aquel incidente infantil el caso que verdaderamente deseo señalar.

Existe otro en que se ve más estrecha aún la relación entre su actitud como hombre adulto —y ya Jefe de Estado— y el lejano impacto que experimentó cuando niño. Y hasta las palabras con que se expresa en una y otra ocasión son tan parecidas, que casi nos dejan una impresión de misterio.

Ya hemos narrado cómo, en una de las ocasiones en que se le quiso restituir a la casa de su tutor, el chico Bolívar respondió: "que los tribunales bien podían disponer de sus bienes, y hacer de ellos lo que quisieran, mas no de su persona; y que si los esclavos tenían libertad para elegir amo a su satisfacción, por lo menos no debía negársele a él la de vivir en la casa que fuese de su agrado". Pues bien, en 1824 encontramos que por circular de su Secretaría General, y por expresas órdenes suyas, se ampara a los esclavos que quieran cambiar de dueño, con un lenguaje tan desusado en las órdenes oficiales, que forzosamente nos hace recordar el ímpetu con que el pequeño Simón se expresó en 1795. Es grato trascribir todo el documento. Está fechado en Trujillo del Perú el 24 de marzo de 1824, y dice así: "Todos los esclavos

que quieran cambiar de señor, tengan o no tengan razón, y aun cuando sea por capricho, deben ser protegidos y debe obligarse a los amos a que les permitan cambiar de señor concediéndoles el tiempo necesario para que lo soliciten. S. E. previene a V. S. dispense a los pobres esclavos toda la protección imaginable del gobierno, pues es el colmo de la tiranía privar a estos miserables del triste consuelo de cambiar de dominador. Por esta razón S. E. suspende todas las leyes que los perjudiquen sobre la libertad de escoger amo a su arbitrio y por su sola voluntad. Comunique V. S. esta orden al Síndico Procurador General para que esté entendido de ella y dispense toda protección a los esclavos" (4).

Dijérase que el Libertador siente, vivo aún, el dolor de aquella violencia que se le hizo cuando lo extrajeron de la casa de su hermana, y resuelto ahora a prevenir las minucias curialescas con que se podían burlar sus disposiciones, no vacila en ordenar que se ampare a los esclavos "tengan o no tengan razón". A él lo habían devuelto a la casa del odioso don Carlos en virtud de unas leyes más cuidadosas de respetar las formas jurídicas, que de averiguar lo que estuviera ocurriendo en la mente y el corazón del atribulado niño; por eso, ahora, "suspende todas las leyes" que perjudiquen a los infelices negros y ordena que se les dispense "toda la protección imaginable del gobierno".

Encontramos comprobado así, una vez más, que los traumas psicológicos infantiles tienen repercusiones bienhechoras y nobles o perniciosas y desmoralizadoras según otros factores del desarrollo espiritual que siguen en el misterio. En numerosas ocasiones insistirá el Libertador en abolir la esclavitud, o al menos dulcificarla. Cuántas veces lo movería a ello el recuerdo de aquel momento de congoja, en que el niño que parecía rodeado de todos los privilegios se sintió tan desamparado como un esclavo!

(4) "Decretos del Libertador". Publicaciones de la Sociedad Bolivariana de Venezuela. Imprenta Nacional. Caracas, 1961. Tomo I, pág. 289.

"UNA CONSTITUCION DEMOCRATICA"

A MENUDO LAS naciones, sobre todo en las épocas de revolución, se agitan como desordenadas muchedumbres, sin distinción entre dirigentes y dirigidos, porque unos y otros son desbordados por los sucesos, que se encadenan fatalmente. Pero a veces, por el contrario, surgen entre la aparente confusión anchos caminos que abren rumbo. Las palabras que precisan entonces la orientación colectiva son como definiciones de muchos acontecimientos, y nos indican que la marcha de éstos permanece vigilada por algunos hombres con clarividencia extraordinaria.

Tal es el caso del argumento con el cual, cuando se discutía la declaración de nuestra Independencia en 1811, don Martín Tovar daba por terminado el debate. Según este fogoso patriota, la Independencia había sido ya decidida por el Congreso, "y es la prueba —decía— que ha comisionado a algunos de sus miembros para el proyecto de una Constitución democrática".

Aparte del razonamiento jurídico —que redactar una Constitución era ya un acto de soberanía— las palabras de Tovar nos indican que aquella Constitución —que sería la primera de Venezuela y la primera de la América Latina— era razón y finalidad de cuanto ocurría. En cierto sentido quedaba proclamada como anterior y superior a la propia Independencia.

Estaba decidido, además, que sería una Constitución democrática, como lo advierte don Martín, y bien podemos, pues, decir con orgullo, que Venezuela antes de ser Estado soberano era ya nación democrática.

Pero más aún debe enorgullecernos que llegó a serlo, no por un azar del acontecer histórico, sino por expresa voluntad de los que fueron, a la vez, sus padres y sus primeros hijos. Ni libertad ni democracia nacieron en Venezuela de la guerra o por improvisación, sino porque republicana y democrática quisieron que fuera su patria los hombres que la extrajeron de la matriz de la revolución y en ese mismo momento le dieron nombre y destino.

Por eso también aquella finalidad de nuestra primera Constitución, indicada por don Martín Tovar, destruye la acusación de que nuestros libertadores, como clase dirigente, sólo tuvieron el propósito de sustituir su predominio al de los peninsulares.

No vacilan en deducir, los que siguen esa interesada versión, que si es innegable el igualitarismo que hermanó a todas las clases sociales durante la emancipación, ese ascenso del pueblo fue consecuencia de la propia guerra y no de un ideal consciente. La desgraciada frase de Juan Vicente González, según la cual Boves fue el primer caudillo de la democracia venezolana, ha servido con frecuencia de apoyo a aquella interpretación; y dentro de ella adquiere consecuencias que llegan hasta nuestros días. Significaría que también hoy la justicia social no ha de esperarse de las *ideas* sino de los *hechos;* y que adelanta más la democracia el que subleva las masas, aunque sólo sea para el exterminio, que los que proyectan, dentro de la ley, igualdad de derechos, recíproca tolerancia y libertad para todos.

Pero el propio Juan Vicente González fue un mentís viviente a tales teorías. Bien sabido es, en efecto, pues nos lo ha contado él mismo con exaltados acentos, que muy joven aún, como alumno de la Universidad de Caracas, vio por la primera vez a Bolívar. Ahora bien, Juan Vicente González estaba allí porque aquella democracia iniciada en 1811 había abierto la Universidad para todos y ya no se pedía a sus puertas el expediente de limpieza de sangre que exigía el régimen español. Pocos años después González comenzaría a escalar en el periodismo uno de los primeros puestos en la dirección espiritual del país, y esto también fue posible porque desde la primera Constitución de la República quedó reconocido el régimen deliberativo como base de nuestras instituciones políticas, y porque la libre expresión del pensamiento y el respeto a la opinión ajena fueron principios que los libertadores convirtieron en tradición de gobierno desde los albores de la Revolución. Si Boves hubiera triunfado —o cualquiera otro que se le pareciese— todo ese sistema que protegió la vida y la dignidad de Juan Vicente González, y le dio preeminencia y gloria, habría desaparecido. Más aún: hasta en los momentos en que aquellas garantías democráticas fueron atropelladas en días posteriores, siguieron amparando a González. El 24 de enero de 1848, cuando la intemperancia de las facciones en lucha abrió las puertas de la Cámara de Representantes a la turba homicida, un hombre rompía la muchedumbre pidiendo a gritos que se respetara a "Traga-libros". Se dice que era el Prócer Sotillo, no por cierto copartidario de González ni su amigo. Y si esa leyenda no fuera verdad como hecho histórico, posee de todos modos la profunda veracidad psicológica con que muchas leyendas parecen expresar el sentido más recóndito de la historia. Otras muchas semejantes, e indiscutibles, aureolan el recuerdo de Sotillo. ¿Y por qué —podemos preguntarnos— la vida del periodista preocupaba a aquel curtido combatiente que había visto morir a tantos de sus semejantes durante la guerra? La respuesta es obvia: porque Sotillo sí había sido uno de los caudillos de la democracia, y aunque quizás no supiera expresarlo, estaba ligado por todos sus afectos a aquella tradición que

desde 1811 venía reclamando respeto al pensamiento, a la vida y a la libertad de todos.

Años después encontramos a González doblegado una vez más por la violencia. Ahora ésta lo ha llevado hasta la prisión, y es más doloroso el atropello porque proviene del que había sido ídolo de su entusiasmo juvenil. Hoy podemos decir que no lo encarceló Páez, ya senil, sino la Dictadura. Pero González no podía sentirlo así, y ataca con tal mordacidad al viejo héroe, que en pocos meses igualó con una fábula adversa, la que antes él había creado, más cerca de la verdad, para glorificarlo. Sin embargo, aún en medio de su cólera, González debió sentir que gobernaba Páez y no Boves: a los tres meses escasos de reclusión se le liberta, y aunque vuelve a prisión porque no ceja en sus dicterios, su voz se oirá en toda la nación.

Y faltaba todavía una prueba más a Juan Vicente González, prototipo en esto, como en muchas otras cosas, del asendereado escritor venezolano. Triunfan los federales y de poco le podían servir al encarnizado polemista las persecuciones de la Dictadura, pues a los nuevos vencedores los había insultado durante largos años. En realidad, desde sus primeras empresas periodísticas, cuando fundó el *Diario de la Tarde* con el propósito, según declaró, de combatir "todo bicho guzmancista". Pero, además, durante la guerra, nada les había ahorrado: desde escarnecer las banderas federales, "color de miedo", como les dice, hasta llamarlos cobardes y denunciarlos como asesinos y mofarse de ellos. Agreguemos que muchos de aquellos vencedores eran montaraces guerrilleros, extraños al parecer a cualquier comedimiento de la vida civil, y sin duda todos ellos —aún los más cultos— eran hombres acostumbrados a rechazar cualquier ofensa a su honor, sin pesar la propia vida ni la ajena. Difícilmente podemos imaginar, pues, lo que sentirían cuando en las estrechas calles de la aldeana ciudad tenían que cruzarse a diario con el hombre que los había injuriado tanto. Lo respetaron, sin embargo, y en el propio año en que se consagraba aquella Federación, tan aborrecida por él, Juan Vicente González volvía al periodismo sin ser molestado.

¿Me he alejado, acaso, con este largo recuento del tema conque comencé? De ninguna manera: narrar estos hechos es sentir, viviente y activa, a través de toda la historia venezolana, aquella Constitución con que comienza la República. Lo que decimos de Juan Vicente González puede decirse de todos los venezolanos: nos sentimos deprimidos o coléricos al recordar cuántas veces ha sido violado el orden jurídico por los tiranos o los demagogos durante nuestra corta vida republicana, pero no advertimos cuántas veces también esos principios nos han protegido, convertidos en médula de nuestras costumbres políticas. A semejanza de Juan Vicente González, todos los venezolanos han blasfemado en alguna ocasión contra la Ley y contra la misma Patria, y quizás han pensado que preferirían la tiranía o la barbarie declaradas antes que esa hipócrita violación de las instituciones hacia la cual parecen

derivar, tarde o temprano, todas las crisis de nuestra vida pública. Pero guardémonos de convertir esos trasportes de la desesperación en sistemática teoría política. La verdad es que esas instituciones reiteradamente burladas persisten sin embargo, como sentimiento colectivo de respeto a la vida humana y de comprensiva amnistía para nuestros comunes extravíos. Es muy doloroso que ese sentimiento no haya llegado hasta organizar definitivamente la equilibrada libertad a que aspiramos; pero debemos valorizarlo como un elemento de salud inapreciable, si consideramos, por contraste, los atroces sufrimientos que ha producido en el mundo contemporáneo el radicalismo político, cuando sus delirios han pervertido también la conciencia pública.

Esa supervivencia de los principios institucionales convertidos en normas morales comienza, además, durante la propia guerra emancipadora, y en la psicología del Libertador es particularmente interesante. Bien conocida es la angustia que siempre sintió Bolívar ante la posibilidad de que se impusieran después del año 13 las excesivas ilusiones que destruyeron la República del año 12. Pero, a su vez, comprende que el poder discrecional que la guerra ponía en sus manos no podía sustituir al orden constitucional, ni debía prolongarse. Se dedica entonces a meditar ardorosamente en una Constitución para la República que pudiera armonizar la dignidad ciudadana con la estabilidad necesaria para educarnos políticamente. Apoyado en el prestigio que había adquirido, para él hubiera sido mucho más fácil estimular la demagogia legal y aprovechar después la inseguridad que ésta producía para presentar como indispensable su predominio personal. ¿No ha sido esa, acaso, la artera estratagema de muchos políticos? Pero Bolívar, que deseaba sinceramente consolidar la República, no se detendría a pensar en esas menudas maniobras. En el ambiente estaba el deseo de fundar —fundar en su acepción más ambiciosa, ponerle cimientos al porvenir— y Bolívar comparte fervorosamente esa aspiración, aunque en la expresión literal de la ley tenía que contrariar el criterio de casi todos sus contemporáneos.

Buscaba ante todo el Libertador obtener una Ley fundamental que pudieran obedecer gobernantes y gobernados sin el recíproco temor que con frecuencia arrastraría estas Repúblicas a la anarquía o al despotismo. Pero cuando se presenta en 1819 ante el Congreso con el fruto de sus cavilaciones, su patético alegato apenas es escuchado. Nada menos que Peñalver —a quien Bolívar llama Mentor y padre— es el que combate tenazmente la idea del Senado hereditario. Y del Poder Moral llegan a decir algunos Representantes que sería "una inquisición moral, no menos funesta ni menos horrible que la religiosa", palabras éstas que quedan asentadas por el propio Congreso y que eran tan violentas como inadecuadas, pues la idea del Poder Moral provenía, como lo había indicado el mismo Bolívar, de las instituciones griegas y romanas.

El criterio simplista que atribuye rutinariamente a Bolívar un autorita-

rismo inflexible ha silenciado este respeto del Libertador a unos principios políticos que en muchas ocasiones se esgrimieron contra él con suicida despreocupación. Pero los hechos están allí: no solamente se desoyó su voz cuando pedía instituciones nuevas para estas nuevas Repúblicas, sino que la estricta legalidad que se le impuso recuerda, en el caso narrado, las desgraciadas exageraciones con que inmovilizaron a Miranda sus adversarios. En lucha contra tantas circunstancias adversas y con los impulsos de su combativo carácter, Bolívar se conserva sin embargo, como un modelo de actividad reflexiva, paciencia y perseverancia.

A partir de 1826 las circunstancias cambian bruscamente. Ya no tiene a su disposición el prestigio del triunfo para arrastrar a los indiferentes y acallar a los intrigantes; la tornadiza opinión pública, fatigada por los sacrificios, comienza a oír la pérfida consigna de que es preciso libertarse de los libertadores; una nueva generación, que no conoce los peligros de las disensiones civiles, aparece en la escena pública y emplea la fantasía en lugar de la experiencia de que carece; no faltan tampoco los viejos Próceres que, como don Martín Tovar, tienen a orgullo ser inmutables y siguen pensando como en el año 12; otros, como Santader y Miguel Peña, se desentienden de los grandes proyectos en que habían colaborado, y emplean ahora en la política personalista el talento y la energía que le habían dedicado. Y entretanto, el caudillismo había convertido ya una gran parte de la América en menudos o grandes feudos, y en la propia Colombia llegaba hasta hacer pactos con los realistas y aún con simples malhechores. Hasta con los asesinos de Sucre llegaría a aliarse!

No es extraño que en medio de ese desquiciamiento general, sólo los que trabajaban por ellos mismos se mostrasen serenos. Los mejores, por el contrario, perdían la cabeza. Sucre en Bolivia proyectaba, según le escribe al Libertador, una Gran Confederación del Sur, con Chile y Buenos Aires, y a vuelta de pocos meses se muestra sin embargo, inflexible en el propósito de recluirse en la vida privada. Peñalver le pide a Bolívar que regrese a Venezuela, y casi reconviniéndole le recuerda que su patria nativa debe ser preferida a todo; pero apenas lo ve llegar a Caracas parece aterrado y le aconseja con igual vehemencia que se aleje. El infatigable Salom se niega a aceptar mando alguno y Bolívar tiene que rogarle —"de rodillas", como le escribe— para que se encargue de la Intendencia de Maturín. O"Leary, enviado a Venezuela para observar y apaciguar, concibe el temerario proyecto de "amarrar" a Páez y llevárselo a Bogotá. José Félix Blanco parece sugerirle algo peor, según cuenta el mismo O'Leary. Bolívar encarece las virtudes del General Ayala y lo recomienda a Páez, y Ayala será sin embargo, uno de sus más enconados detractores. Es fácil imaginar los encontrados pareceres que asediarían al Libertador: unos pueblos se pronunciaban por la Dictadura y otros atizaban la anarquía; algunos de ellos parecen obrar espontáneamente,

mientras otros claman contra la violencia con que se les arrancan aquellos "pronunciamientos"; si los caudillos locales extreman su actividad disolvente, los "civilistas" no son más escrupulosos dentro de los cuerpos deliberantes; en Bogotá piden se castigue a Páez, pero... le ceden a Bolívar ponerse a la cabeza del ejército que vendría a encender la guerra civil en Venezuela.

Es necio discutir si las medidas del Libertador en tal o cual caso fueron acertadas o no. ¿Es que había alguna que pudiera serlo? Pero lo que tiene un valor extraordinario es la lucha que entonces se verifica en el espíritu mismo del incansable combatiente, y como al fin aquellos principios políticos, que ya no tenían validez, se le imponen sin embargo, como fuerzas morales y lo detienen al borde del vértigo: "...debo irme —escribe— o romper el mal. Lo último sería tiranía y lo primero no se puede llamar debilidad, pues no la tengo. Estoy convencido de que si combato triunfo y salvo al país, y usted sabe que yo no aborrezco los combates. ¿Mas por qué he de combatir contra la voluntad de los buenos que se llaman libres y moderados? Me responderán a esto que no consulté a estos mismos buenos y libres para destruir a los españoles y que desprecié para esto la opinión de los pueblos; pero los españoles se llamaban tiranos, serviles, esclavos, y los que ahora tengo al frente se titulan con los pomposos nombres de republicanos, liberales, ciudadanos. He aquí lo que me detiene y me hace dudar".

Pese a la amargura de la expresión, no podía darse análisis más lúcido, tanto de la realidad objetiva como de su propio conflicto interior. Las leyes ya no eran sino instrumentos de la pasión sectaria; pero él siente que por encima de ellas persiste un principio de moral pública que sus adversarios le han arrebatado y sin el cual no puede seguir adelante.

Se le reprocha ambición y él acepta no estar exento de ella. Sin embargo, sí puede afirmar al mismo tiempo con absoluta veracidad: "Jamás he querido influir en nuestros Congresos: todo el mundo sabe que me he alejado de ellos a grandes distancias, y ahora lo haré con mayor razón, para que no se piense que pretendo influir". Así decía en mayo del 27, y en julio del 29 reitera: "yo no he tomado la menor parte en estas elecciones, como tampoco la tuve en las anteriores". Sus adversarios no se creían obligados a igual abstención, y a ello se debe en gran parte que las ideas más queridas por Bolívar jamás triunfaran en las Asambleas de la Gran Colombia, como hemos visto desde el Congreso de Angostura. Este es otro hecho que se ha silenciado, y que tiene sin embargo, importancia decisiva para juzgar la actitud política del Libertador.

Es que él buscaba, más que el buen éxito momentáneo, un orden perdurable. Y sabía muy bien que la estabilidad de la nación no podía fiarse a unas instituciones de sospechoso origen, y que unas leyes obtenidas por maniobras políticas no llegarían jamás a ser instrumentos eficaces de buen gobierno. Por eso escribe a propósito de la Convención de Ocaña: "Serán muy fuertes

las reacciones que causen las leyes convencionales, pues desde el momento que le falta la legitimidad a una institución nueva, todos sus enemigos se consideran con derecho y con potestad para arruinarla y los hombres honrados muestran poco interés por ella y aún califican de justo el proyecto de destruirla".

Lo atormentaba la idea de "lo que debía hacer" en defensa de la Patria y de su obra, y a la vez tenía que pensar en "lo que no debía hacer" para que la Patria y su obra subsistieran en lo que tenían de esencial. Sus amigos lo herían con el reproche que más debía dolerle —que renunciar era *desertar*— y él respondía con evidente razón: "si deserto, salgo mal; si me quedo, salgo peor". Dijérase que el sufrimiento a veces lo paraliza: "Yo no puedo vivir —escribe— bajo el peso de la ignominia que me agobia, ni Colombia puede ser bien servida por un desesperado, a quien le han roto todos los estímulos del espíritu y arrebatado para siempre todas las esperanzas". Y cinco meses después, agrega: "Nunca he sufrido tanto como ahora, deseando casi con ansia un momento de desesperación para terminar una vida que es mi oprobio".

Nos espanta pensar que pudiera sentir ignominia y oprobio aquél que había consagrado a la patria cuanto tenía y que ahora sufría por ella con tanta sinceridad.

Pero la propia suceptibilidad de conciencia que lo atormentaba lo rescata al fin. Resuelto en definitiva a apartarse del mando, le escribe a Urdaneta: "Estoy persuadido que nuestra autoridad y nuestras vidas no se pueden conservar sino a costa de la sangre de nuestros contrarios, sin que por este sacrificio se logren la paz ni la felicidad, menos el honor".

Ahora sí ha encontrado la última palabra, siempre dentro de aquella disyuntiva moral, que antes lo hacía dudar y ahora lo afirma en su resolución. Su honor: extraño argumento en boca de un político y que es, sin embargo, el que aparece con más frecuencia en sus cartas de esa época.

Ansiedad, dolor, perplejidad, lucha contra todos y contra sí mismo, y nada para consolarlo, es su realidad cotidiana. Pero como si de pronto un soplo del fresco idealismo de los años aurorales llegara hasta su cabeza febricitante, encuentra la magnífica sentencia: "El título de Libertador es superior a todos los que ha inventado el orgullo humano... Libertador es más que todo; y por lo mismo yo no me degradaré hasta un trono'.

Y apoyado ahora en esta convicción indestructible, lo acepta todo, incluso imponerse a sí mismo el exilio: "La República —escribe a Sucre— se va a dividir en partidos; en cualquier parte que me halle me buscarán por caudillo del que se levante allí; y ni mi dignidad ni mi puesto me permiten hacerme jefe de facciones".

Volvemos a encontrar así la transformación que he señalado de los principios políticos en principios morales; pero ahora, no para proteger

al ciudadano como en el caso simbólico de Juan Vicente González, sino para proteger al propio gobernante. Para detenerlo en la pendiente de las resoluciones desesperadas y salvarlo de destruir su propia obra.

Cuando separada Venezuela de la Gran Colombia, Páez asegura su hegemonía, con muy escasa preparación para tan alto destino, se hace más patente aún esa feliz intervención de los viejos ideales republicanos. Todavía pocos años antes, durante los sucesos del año 26, Páez representa para sus compatriotas, más que un posible Jefe de Estado, un Boves en potencia. Tal es la opinión de hombres como Peñalver y muchos otros de sus más eminentes contemporáneos. El propio año 30 encontramos en las cartas de Vargas para Revenga que el ponderado sabio venezolano se escandaliza por la desmoralización que imponen en Valencia "el Bajá y su Visir", que es como llama a Páez y a Miguel Peña. Y sin embargo, como si la investidura presidencial doblegara la agresividad del llanero y, paralelamente, hiciera surgir las mejores cualidades de su admirable fondo humano, muy pronto comienza a aparecer en Páez el magistrado paciente y sagaz, que se adapta a la disciplina de escuchar y ceder, deliberar y rectificar. Como recompensa a esta actitud obtuvo la colaboración de los más eminentes hombres de su época, y todo lo que sacrificó de arbitrario predominio lo ganó incorporando a su nombre la obra de equilibrio político y de pulcritud administrativa que se realizó en esos años.

La dignidad con que se conservó ese acoplamiento de las mejores fuerzas del país puede sintetizarse en esta observación: con frecuencia se dice que el General Soublette estuvo supeditado a Páez; pero objetivamente también podría sostenerse que Páez estuvo supeditado a Soublette. ¿Cuál de los dos es el que imprime su carácter a aquellos gobiernos del 30 al 46? La verdad es superior a esas distinciones interesadas: la verdad es que perduraba todavía ese deseo de fundar de que ya he hablado, y asimilados aquellos hombres a ese ímpetu esperanzado, la obra que realizaban los absorbía y dominaba. A Páez, el primero.

Asimismo, cuando se presenta a Páez en esa época como protector del Poder Civil, sería preciso agregar que a su vez el Poder Civil lo protegía a él. Lo protegió del asalto anárquico de los caudillos rivales, y esto tiene gran alcance político: con dolor o por cinismo se ha repetido mucho en Venezuela que "la Constitución sirve para todo"; sería preciso agregar que sirve para todo, pero en primer término para resguardar a los gobernantes que lealmente la acaten. Siempre, por supuesto, que no se la use como mera fachada de una situación de fraudes, sino como base sincera de aquella "legitimidad" a que aspiraba Bolívar y que es inseparable del respeto que el gobierno inspire a los ciudadanos. Esa "legitimidad", funcional y no sólo formal, es la que se realiza en 1830 a 1846, y nos dio en esos años los

únicos gobiernos de carácter verdaderamente nacional que tuvo Venezuela durante el siglo pasado.

Páez fue protegido tanto como protector del Poder Civil cuya fundación se le atribuye. Pero algo más hizo por él aquel ideal de gobierno: convertido en voz de la conciencia pública le dio advertencia y consejo; le impidió extraviarse entre las toscas satisfacciones de la soberbia o de la concupiscencia, y, en definitiva, transformó al equívoco jefe de "La Cosiata" —al "Bajá" de 1830— en un verdadero hombre de Estado.

Si quisiéramos seguir buscando en nuestra historia posterior esas fuerzas espirituales impalpables que me complace invocar, nos veríamos obligados a admitir que su intervención se hace cada vez más espaciada y menos eficaz. Sin embargo, no desaparece. Ya hemos visto cómo sigue protegiendo a Juan Vicente González entre la insensata agresividad de las facciones que, por desgracia, él mismo atizaba. Y en la misma línea de interpretación, cuánto podría decirse de Falcón, el Magnánimo; de Guzmán Blanco, que heredero forzoso de la farsa paternal, se salva sin embargo, por sus propósitos de educación popular; de Joaquín Crespo, tardía y frustrada reencarnación de Páez. Y de tantos otros, civiles o militares, figuras secundarias muchos, y otros que apenas salieron de la anonimia, pero que cada cual en su puesto, ofrecieron tenaz contribución de trabajos y cuidados al país que otros saqueaban. Y nuestra historia intelectual, ¿acaso no es la historia de numerosos pensadores que estrechados entre el despotismo y la demagogia, perseguidos por la fácil injuria de los aprovechadores, han cumplido sin embargo, la misión de trasmitirse de unos a otros, a través de las generaciones, el fuego en que vive el espíritu de una Patria mejor? Zarza ardiente guardada sobre sus propios corazones, brasas de congoja y esperanzas, que, por desgracia, queman al que las lleva y no alumbran.

Literalmente: hemos sido nación civilizada en la medida en que los principios proclamados por los libertadores se convirtieron en moral colectiva, y siguieron gobernándonos aún en las épocas en que habían desaparecido como normas jurídicas.

En 1819 observaba Bolívar: "Los venezolanos aman la Patria, pero no aman sus leyes, porque éstas han sido nocivas y eran la fuente del mal; tampoco han podido amar a sus magistrados, porque eran inícuos...", y concluía que sin esos afectos fundamentales "la sociedad es una confusión, un abismo: es un conflicto singular de hombre a hombre, de cuerpo a cuerpo".

Nada favorable podríamos agregar hoy a ese cuadro de sombría desolación. Cada crisis de la República nos ha sorprendido en el mismo desamparo; y ya es un deber preguntarnos si aquel amor a la Patria, que ha vivido en el vacío, al fin no morirá también.

Por eso al glorificar la Constitución de 1811, me esfuerzo en descu-

brir lo que de ella ha sobrevivido como fuerza moral, como adquisición para el espíritu colectivo. No nos desanime si a primera vista sólo distinguimos anhelos insatisfechos, deberes apenas cumplidos, propósitos realizados a medias, derechos reiteradamente reclamados y reiteradamente desconocidos. También es muy posible que la confrontación de aquel pasado con la realidad brutal nos inspire más remordimiento que esperanzas. Pero todavía puede haber mucha vitalidad en todo eso. Hemos perdido muchas virtudes políticas, pero conservamos muchas virtudes humanas. Y quizás a base de éstas podamos reconstruir las otras, si comenzamos por lo más elemental, que es adquirir conciencia de ellas y valorizarlas para que nos sirvan de punto de partida. Es otra historia de Venezuela que está por escribirse. ¿Por qué no intentarlo? Yo me atrevo a decir: no sigamos escribiendo la historia de lo que murió; para guardar el recuerdo de un pasado sin vida basta con el cronista, no es necesario el historiador. Hasta en los anales de los pueblos más remotos el verdadero crítico busca lo que es todavía para el presente herencia y posibilidad de acción. La única historia que debe escribirse es la historia de lo que vive todavía.

COORDENADAS PARA NUESTRA HISTORIA

UN TRABAJO QUE podría absorber durante largo tiempo los esfuerzos de un equipo de jóvenes historiadores, pero que permitiría establecer en forma fundamental líneas de interpretación para nuestra evolución histórica, sería el de estudiar la emancipación americana como un cuerpo de doctrina que tiene estas tres características: 1º una larga preparación ideológica, que es nuestra emancipación de fondo, muy anterior a la separación material de la Metrópoli; 2º una amplia raigambre colectiva, que es un mentís al concepto simplista de que la Independencia hispanoamericana fue una improvisación personalista, una hazaña caudillesca, una mera aventura afortunada; 3º que dentro de aquel cuerpo de doctrina existe una estrecha correlación entre la finalidad que se perseguía (que era la organización de una nueva sociedad, y no la simple secesión de España) y los medios mediante los cuales se lograría esa transformación. Este estudio sistemático nos daría el verdadero sentido de la vida colonial y de la empresa emancipadora; y si le agregáramos, como interpretación de la República, una investigación sincera sobre lo que sobrevivió de aquellos ideales —en doctrina democrática, en apego a las formas institucionales, en educación, etc.—, y lo que de ellos se transformó provechosamente, se desnaturalizó o se perdió, habríamos dado un paso decisivo para alejar nuestra historia de lo anecdótico y fijar las coordenadas dentro de las cuales deben valorizarse debidamente sus personajes y acontecimientos.

Pero para exponer en pocas páginas un tema tan vasto, tendré que referirme exclusivamente a los elementos con que contamos en Venezuela para desarrollarlo, y, aún dentro de esa limitación, mis planteamientos han de ser tan sucintos que, para comprenderlos debidamente, el lector tendrá que desmenuzarlos según sus conocimientos, a medida que los señalo, puesto que si yo mismo quisiera exponerlos debidamente necesitaría los muchos volúmenes que pido a ese equipo de trabajadores.

Desde mediados del siglo XVIII aparece en Venezuela, claramente expresado el propósito de la Independencia. Durante la sublevación comenzada en 1749 y que se llamó de Juan Francisco de León o de Panaquire,

aunque en realidad fue de toda la Provincia y con participación de todas las clases sociales, el hijo de aquel caudillo escribía a uno de sus partidarios: "Pues ya ve Vuestra Merced que nos toca de obligación el defender nuestra patria, porque si no la defendemos seremos esclavos de todos ellos". En sus declaraciones durante el proceso posterior, uno de los reos descubre "que ni León ni él tenían la culpa de este levantamiento, que quien era la causa son las muchas cartas que los más de los días rezebia el dicho Leon de Caracas, y que estas selas dava a leer a el paraque las oyeran todos los demas a fin de enterarlos enel estado que estaba su dependencia". Y esta misma amplitud del movimiento la señala uno de los jueces al afirmar que aquellos acontecimientos habían dejado a toda la Provincia "alborotada y libertosa", sabrosa frase que dentro de la sequedad curialesca parece un fragmento de proclama. Por su parte, una de las más altas autoridades de la Provincia, el Intendente Abalos, informaba sin ambages a la Metrópoli: "El nombre del Rey, el de sus Ministros y todos los españoles se oye por estos Patricios con el mayor tedio, aversión y desafecto... El encono y tono doloroso con que se lamentan se hace mayor cada día, y si S.M. no les concede o dilata el libre comercio sobre que suspiran no puede contar con la fidelidad de estos vasallos, pues a cualquiera insinuación y auxilio que les amaguen los enemigos de la Corona prestarán pronto sus oídos y corazones y será imposible o muy difícil el remedio... No es este un vaticinio vano, sino pronóstico de un conocimiento inmediato de la tierra...".

¿Se necesitan más pruebas para dejar establecido que aquel movimiento, a mediados del siglo XVIII era ya, en lo espiritual, el primer episodio de la declaración de independencia que vendría sesenta años más tarde?

Algunos de nuestros críticos de la historia han restado importancia política a aquellas manifestaciones de la nacionalidad ocurridas durante la sublevación de De León, haciendo resaltar el hecho de que fueron causas económicas las que desataron el descontento de la Provincia, y hasta han tratado de hacer valer, con cierto menosprecio, que el apego de los criollos al contrabando movía en gran parte sus ánimos. Esa concordancia de muchos motivos de diferente índole es inevitable en cualquier acción humana, y más en las colectivas; pero en el punto concreto de la emancipación, recuérdese que también entre los severos anglosajones del Norte —que tan a menudo una pseudo sociología simplista opone, con sentido pesimista, a lo nuestro— también entre ellos, digo, se presentaría análoga intervención de las causas económicas; que Inglaterra había impuesto trabas a su comercio no menos opresoras que las arbitradas por España para nosotros y que también ellos ocurrieron al contrabando para superarlas, y consideraron "detestable" la posibilidad de suprimirlo. "Los coloniales —escribe Maurois— no tenían el menor escrúpulo en dedicarse al contrabando, pues consideraban las Actas como injustas; los funcionarios ingleses encargados del control, o se dejaban

sobornar, o permanecían en Inglaterra, cobrando sus sueldos sin ocupar jamás sus cargos".

Pero no me privaré tampoco de la satisfacción de comentar todo lo que tiene de novedoso y limpio la exhortación del hijo de De León, que he citado: "Pues ya ve Vuestra Merced que tenemos de obligación el defender nuestra patria...". Sin exageración podemos decir que, a mediados del siglo XVIII, quizás en ningún otro episodio de la historia universal encontramos una invocación a la Patria tan categórica. Recordemos que para entonces los sentimientos de nacionalidad estaban todavía en formación: los que después se llamarían "ciudadanos" y "compatriotas", se llamaban entonces simplemente "súbditos" de tal o cual soberano; para mover a los pueblos se invocaba su condición de "leales vasallos", y ni siquiera los viejos gentilicios —ingleses, españoles, franceses— tenían fuerza de aglutinamiento moral, menos aún el concepto abstracto de Patria. Y es un joven campesino venezolano, casi iletrado, pero movido por quién sabe cuales imponderables influencias de ambiente, el que por primera vez hace sonar la virgen campana que pide para la Patria —sin personificación de soberano alguno— lo más hermoso que puede dar el hombre: la obligación.

Después de la insurrección de Juan Francisco De León —detrás de la cual hay, además, cincuenta años de lucha cívica de nuestros Cabildos— encontramos como primer brote vigoroso de nuestra nacionalidad en formación el caso de Miranda.

No intentaré, desde luego, tratar aquí los múltiples aspectos que tiene el apostolado del Precursor, primer americano que logra hacer oír la voz de estos pueblos en Europa y que, plantando por otra parte sus discípulos en todo el continente, asegura para siempre la conciencia de su solidaridad. Pero sí me referiré a una peculiaridad de aquel apostolado que no ha sido bastante valorizada, y que se une estrechamente al orden de ideas que vengo persiguiendo. Es que, cuando Miranda comienza a pensar en la emancipación del continente, lo primero que tiene en mientes es la subsiguiente organización del mundo que desea ver libre. Y por eso sus prolongados viajes por toda Europa, no son sólo en busca de recursos para venir a combatir en el Nuevo Mundo —en su Colombia— sino de afanoso estudio sobre cuantos problemas han de presentársenos, políticos, morales, administrativos o legales. En su Archivo consta cómo se ocupa en cada país en estudiar la historia, el sistema de gobierno, las leyes, las costumbres, el arte, los progresos de la educación popular, Universidades y bibliotecas, la organización penitenciaria, puertos, minas, ejércitos, fortificaciones, sistemas de regadío, etc.

Quiero con estas observaciones destacar cómo encontramos siempre alrededor de la idea de independencia, un própósito de progreso social, de perfeccionamiento ulterior de nuestra América, que es lo que he llamado la doctrina de la emancipación.

Bien puedo, pues, fiel a esa línea de exposición, saltar de lo más grande y aparente, a inquirir también en lo colectivo y cotidiano cómo se formaba dentro de la propia Provincia la conciencia nacional. Y no me parece pedante darle ese alcance a algunos hechos culturales, al parecer de exiguo ambiente, pero que tienen como característica común indicarnos la emancipación de lo hispanoamericano, que quiero destacar.

Uno de esos hechos es que la Escuela de Música de Caracas —que daría después tantas obras valiosas, algunas de categoría mundial— fue fundada, no por iniciativa de la Metrópoli, ni siquiera con su ayuda, sino por esfuerzos de los propios criollos: el Padre Don Pedro Sojo, nos cuenta Gil Fortoul, "trajo de Roma un Archivo de Música clásica, textos de enseñanza y los primeros instrumentos de viento, aumentados después con otros que le envió el Emperador de Austria en agradecimiento a la buena acogida que dispensara Sojo a unos naturalistas austríacos". Socialmente, la Escuela tuvo además dos resultados tan felices como imprevistos: ampliar la vida exterior de nuestro murado *mantuanismo*, y a la vez, como lo observó Humboldt, aproximarlo al pueblo, con el cual convivió sin reparos en aquel común afán de deleite artístico y de superación.

La misma característica de esfuerzo autónomo que tiene la fundación de la Escuela de Música, lo encontramos en la renovación que entonces se intentaba en la Universidad de Caracas. Debióse casi exclusivamente al Padre Baltasar Marrero, como lo reconoció en 1827 el Claustro universitario presidido por Vargas, al calificarlo "ilustre fundador de la clase de filosofía moderna en Venezuela". Ahora bien, el Padre Marrero adquirió todos sus conocimientos en la propia Provincia, y con más precisión, como lo señala el Dr. Caracciolo Parra León, "formó todo su saber y desarrolló todas sus inclinaciones dentro de la ciudad de Caracas, de donde jamás salió sino accidentalmente y para el interior de la Provincia...".

Dato simétrico, en lo social, a esa renovación de nuestra alta cultura, lo encontramos en la petición que un grupo de pardos introdujo ante el Ayuntamiento de Caracas, para que se les permitiera fundar, con sus recursos, una Escuela de Primeras Letras destinada a las clases más humildes. En la tramitación a que dio lugar esta iniciativa se tocaron puntos tan avanzados como el de la obligatoriedad escolar, el carácter que debía tener la enseñanza, la necesidad de formar maestros, y, en este último punto, se propone que también pudiera ecogerse entre los egresados de la Escuela a su futuro personal docente (1).

Por doquier se manifestaba una sociedad pujante, que tanto en lo cultural como en lo político tenía ambiciones nuevas y arbitraba numerosos recursos para realizarlas.

(1) Es un dato que tomo de una tesis inédita de la doctora Leonor Botifoll.

En el solo año de 1794 llegaron a Caracas 80 cajas de libros: 71 de España y 9 del extranjero, según dato de Arístides Rojas. Parece que esas cifras pudieran hacernos sonreír, acostumbrados como estamos hoy a devorar montañas de papel impreso; pero advirtamos que algunos años antes, en Norte América, se consideró algo excepcional la biblioteca fundada por Franklin en Filadelfia, y uno de sus biógrafos advierte que "de 45 obras que los Directores recomendaron en 1731, nueve fueron científicas, ocho históricas, ocho morales y políticas, seis de derecho y filosofía, tres de lengua inglesa, dos de geografía, cinco de artes útiles y oficios diversos, dos diccionarios y dos clásicos: Homero y Virgilio, traducidos al inglés. No había novelas, ni dramas, ni libros de poesía, ni teología contemporánea".

En Venezuela algunos conocimientos literarios ligados a la política estaban tan difundidos que habiendo traducido Bello —a la sazón bastante joven— la tragedia *Zulima* de Voltaire, cuando le reprochó Bolívar haber escogido obra de tan escaso mérito, a su juicio, Bello le contestó que las otras tragedias de Voltaire habían sido ya vertidas al castellano; lo cual prueba que en Caracas se conocía toda la obra del apasionante —y prohibido— escritor francés.

Que no exagero al agrupar estos hechos como indicios de la formación que en los más variados aspectos iba adquiriendo el carácter nacional, lo prueba la observación de conjunto que para la misma época hizo Humboldt al visitarnos: "Las comunicaciones múltiples —escribió— con la Europa comerciante, y ese mar de las Antillas que he descrito antes como un Mediterráneo con muchas bocas, han influido poderosamente sobre el progreso de la sociedad en la isla de Cuba y en las bellas Provincias de Venezuela. En ninguna parte de América la sociedad ha tomado una fisonomía más europea".

Parece que el sabio alemán se lamentaba después de no haber adivinado los indicios de nuestra independencia en ese ambiente: "Durante mi permanencia en América —confesaba a O'Leary— jamás encontré descontento; pero sí observé que si no existía grande amor hacia España, había por lo menos conformidad con el régimen establecido. Más tarde, al comenzar la lucha, fue cuando comprendí que me habían ocultado la verdad y que en lugar de amor existían odios profundos e inveterados que estallaron en medio de un torbellino de represalias y de venganzas". A esto podría observársele que no se trataba de odios, ni siquiera de verdadero descontento. Los odios vinieron después, como sucede en todas las guerras, y por infortunadas circunstancias fortuitas. En la Venezuela pre revolucionaria no había sino esa plenitud, ese deseo de superación que Humboldt llama *europeismo;* y debía conducir a la independencia porque ésta era su natural culminación, no para satisfacer rencores, que repito, nacieron en el curso de la lucha por causas relativamente superficiales.

Por eso es más completa y halagüeña que la de Humboldt, la observa-

ción que en 1808 hizo otro extranjero, el Capitán inglés Beaver, Comandante del buque de guerra "Acasta", a quien habían encargado de explorar el estado de la opinión pública en Venezuela: "Creo poder aventurarme a decir —informó— que son (los criollos) leales en extremo y apasionadamente adictos a la rama española de la casa de Borbón; y que mientras haya alguna probabilidad de la vuelta de Fernando VII a Madrid, permanecerán unidos a su Madre Patria. Pero si aquello no sucediese pronto, creo poder afirmar, con igual certidumbre, que se declararán independientes por sí mismos... Estos habitantes no son de ningún modo aquella raza indolente y degenerada que encontramos en la misma latitud de Oriente: antes parecen tener todo el vigor intelectual y energía de carácter que se han considerado generalmente como distintivos de los habitantes de regiones más septentrionales".

Por otra parte, pruebas evidentes de que aquel desarrollo nacional se dirigía decididamente a la acción política no faltaban. Pocos años antes de la llegada de Humboldt habían aflorado varias sediciones, y en la más importante de ellas —la de Gual y España— se fijaban en las "Ordenanzas", que debían regirla, principios tan audaces como éstos: "restituir al *Pueblo Americano* su libertad" ..."queda, desde luego, abolida la esclavitud como contraria a la humanidad" ... "se declara la igualdad natural entre todos los habitantes de las Provincias y Distritos, y se encarga que entre Blancos, Indios, Pardos y Morenos, reine la mayor armonía, mirándose como hermanos en Jesucristo, iguales por Dios"; y la propia enseña nacional que se proponía —blanca, azul, amarilla y encarnada— sería el símbolo de esa igualdad racial y de clases, así como de los cuatro derechos fundamentales del hombre: igualdad, libertad, propiedad y seguridad.

Valiosas investigaciones de Doña Dolores Bonet de Sotillo y de Don Pedro Grases, y el admirable estudio de Don Casto Fulgencio López sobre "Juan Picornell y la Conspiración de Gual y España", prueban la influencia de los liberales españoles en aquella conjuración, a través de los presos que mandó a la América el Gobierno metropolitano a consecuencia de la llamada "Conspiración de San Blas". Pero la preparación revolucionaria anterior a esa influencia se puede advertir por este solo dato: Picornell fue desembarcado en La Guaira, preso, en diciembre de 1796, y siete meses más tarde la conspiración, completa en todos sus pormenores y doctrina, salía a la luz pública. ¿Cómo hubiera podido un preso político, "abovedado" en las prisiones subterráneas de La Guaira, mover a la rebelión a los criollos —y entre ellos a individuos de primera categoría, como eran Gual y España— si no hubiera existido un denso ambiente de preparación política en la Provincia? Don Casto Fulgencio López indica además que, por lo menos desde 1794, los conspiradores de La Guaira hablaban ya de la revolución.

En cuanto a la audacia de los objetivos que se proponían los conspira-

dores, recuérdese como punto de comparación que en las Colonias anglosajonas del norte no se pensó ni por un momento, durante la lucha de Independencia, en esa igualdad que proclamaban nuestros separatistas. Maurois, en la obra citada, insiste en el conocido hecho de que los líderes de la revolución norteamericana "no pensaban en absoluto en ampliar el sufragio ni en libertar a los esclavos". Y el hecho de que en la Metrópoli no existía el problema racial, nos indica lo mucho de hispanoamericano que tuvo aquella conspiración; así como se desliga también de las influencias de la Revolución Francesa por la invocación religiosa bajo la cual se pone la igualdad de blancos, indios, pardos y morenos.

Debo insistir tanto en la originalidad y el radicalismo de nuestra doctrina emancipadora porque al final de este estudio me refiero a un juicio de Juan Vicente González que casi anula la intervención de esa doctrina en la evolución democrática de Venezuela.

Volviendo a los datos documentales que prueban la raíz profunda y la amplia difusión de aquellas ideas revolucionarias, encontramos otro muy valioso en la vida de Juan Germán Roscio. Este jurisconsulto criollo sería, después, con Francisco Isnardy, el redactor de nuestra Acta de Independencia, y, durante la guerra, un vehemente y abnegado doctrinario del movimiento libertador. A fines del siglo XVIII era sólo, aparentemente, uno de tantos abogados que ejercían en Caracas, pero aún en estrados dejó constancia de sus ideas de libertad e igualdad: "los hombres —alegaba en 1798— nacieron todos libres, y todos son igualmente nobles, como formados de una misma masa, y creados a imagen y semejanza de Dios".

Estas y otras "alarmantes proposiciones" —según el calificativo que les dio un celoso abogado contemporáneo— salieron a luz cuando algunos colegas de Roscio se opusieron a que fuera recibido en el Colegio de Abogados de Caracas. Roscio había nacido en el interior del país, hijo de un italiano y una mestiza, y según el historiador E. A. Yanes recibió educación gracias a los cuidados y generosidad de Doña María de la Luz Pacheco, hija del Conde de San Javier. "Tenía esta señora —dice Yanes— la filantrópica costumbre de traer, de todos los puntos del territorio, niños que, confiados a ella por sus familias, recibían luego de su liberalidad, los inapreciables dones de la enseñanza. De este número fue Juan Germán Roscio...". Este dato tiene también un grato sabor de sensibilidad social que muchos no esperarían encontrar en nuestro siglo XVIII.

Observe el lector que he ido exponiendo, en aspiral ascedente, el cuerpo de doctrina que bajo los más variados aspectos fue ambiente y matriz de nuestra revolución emancipadora. Quiero probar que la Independencia no se hizo para separarnos de España solamente, ni fue tampoco una improvisación a la cual se diera *a posteriori* una apresurada justificación doctrinaria. Nació de una concordancia de objetivos, cuya firmeza y continuidad honran

al pensamiento venezolano y le da a nuestra emancipación alcance perdurable.

Es lo que deseaba puntualizar Don Simón Rodríguez cuando advertía: "Bolívar no vio en la dependencia de la España oprobio ni vergüenza, como veía el vulgo; sino un obstáculo a los progresos de la sociedad de su país". Y en estrecha relación con lo anterior, establece: "Alborotar a un pueblo por sorpresa, o seducirlo con promesas, es fácil; constituirlo, es muy difícil: por un motivo cualquiera se puede emprender lo primero; en las medidas que se toman para lo segundo se descubre si en el *alboroto* o en la *seducción* hubo proyecto; y el proyecto es el que honra o deshonra los procedimientos; donde no hay proyecto no hay mérito".

Esos "progesos de la sociedad", que debían obtenerse como finalidad y justificación de la Independencia; ese "proyecto" constructivo, indispensable para que la revolución emancipadora no quedara reducida a una simple rebelión rencorosa, fue sentimiento casi unánime en los otros libertadores. Se prolonga además —y esto es también muy importante subrayarlo como eje de nuestra evolución republicana— hasta los políticos y pensadores de la generación subsiguiente, hasta mediado el siglo XIX, a pesar de que nuestras reiteradas desdichas políticas acaban por alejar a la conciencia nacional de aquel elevado objetivo, la dispersan y extravían entre las mezquindades de la lucha fratricida, y de la propia Independencia no dejan más recuerdo que el de una pintoresca y empenachada aventura.

Funesta consecuencia de eso fue que la glorificación de los libertadores se convirtió, a su vez, en un fetichismo estéril y en un culto puramente formal. Se alardeaba de venerar exaltadamente su memoria, pero en realidad sus ideas fundamentales se olvidaban cada día más; y hasta la misma fanfarria que se tocaba diariamente en su honor era una mistificación de los propósitos que ellos tuvieron de olvidar la guerra para levantar sobre sus escombros una Patria digna y segura.

Claro está que seguir exponiendo esa doctrina revolucionaria de la emancipación, con los pormenores y la crítica que serían indispensables, y llevar esa exposición —como desearía— hasta lo que hicieron o intentaron hombres como Bello, Rodríguez, Revenga, Vargas, Cagigal, Toro, Soublette, etc., durante la reorganización republicana subsiguiente, desbordaría en mucho de la extensión que puede tener este trabajo. En otros estudios he intentado desarrollar el tema, especialmente en mi conferencia en la Universidad Central sobre "Ideología de la Revolución emancipadora"; pero debo advertir —con paradójica satisfacción— que en ninguno de esos intentos he logrado acercarme siquiera a la enunciación cabal de todos los puntos que deberían tocarse.

Prefiero, pues, insistir en cómo olvidó América —y Venezuela en particular— esa fecunda realidad de que, en lo esencial, su emancipación fue

doctrina y no guerra; que, por consiguiente, tiene vigencia permanente y no debe relegarse al pasado; que no debe ser recuerdo y culto, sino consigna de acción y programa de trabajo para pensadores y estadistas.

En estos días ha vuelto a recordarse con frecuencia la sibilina frase de Juan Vicente González, según la cual Boves fue "el primer jefe de la democracia venezolana".

Es natural que los que siguen la interpretación materialista de la historia recojan con entusiasmo aquel juicio. Dentro de esa interpretación significaría un atisbo genial, a saber: que la democracia no es cuestión de ideologías y de sentimientos, sino de hechos; que no se conquista por la prédica y las teorías, sino moviendo directamente las masas a la nivelación social y a la conquista del poder.

Pero lo curioso es que muchos otros escritores venezolanos —incluso algunos francamente reaccionarios— han dado igual acogida calurosa a aquella aparente glorificación del devastador guerrillero; por lo cual presumo que, en estos últimos, ha predominado ese concepto pintoresco y superficial de la historia a que me he referido. Sin duda les parece "muy bonito" evocar al irresistible lancero al frente de sus huestes semi bárbaras, y eso basta para despertar su entusiasmo.

Por mi parte, me limitaré a observar que la vida del propio autor de aquella frase fue un mentís a su afirmación. Porque Juan Vicente González era "expósito", hijo de padres desconocidos, y como tal no hubiera podido presentar el expediente de "limpieza de sangre" que era indispensable durante la Colonia para ingresar en la Universidad. Si él disfrutó, pues, de la enseñanza universitaria y más tarde de todas las prerrogativas anexas a ésta, y de la libertad de prensa que tanta notoriedad le permitió adquirir, no fue por obra de Boves y sus huestes, sino de los "ideólogos" que abrieron la Universidad a todos, sin distinción de clases ni creencias, que consagraron en las leyes las garantías ciudadanas, y que —como gobernantes— sacrificaron su tranquilidad, y a veces su buen nombre frente a las calumnias, para afirmar esas bases indispensables a la República. Si Boves hubiera triunfado, nada de eso habría prosperado.

Otro hecho, de muy diferente índole, me ha hecho pensar también en ese olvido o tergiversación de nuestra historia que comento. Me refiero a que, comentando algunos diarios recientes el Decreto de Guzmán Blanco sobre Instrucción Primaria obligatoria y gratuita, sacaron a luz los documentos de la época según los cuales el propio Guzmán y su Ministro Sanabria enlazaban la paternidad de su iniciativa a la gloriosa campaña por la educación que el argentino Sarmiento realizaba en aquellos días. Pero lo más impresionante es que los propios periodistas de hoy consideraron que efectivamente debemos a la influencia de Sarmiento aquel Decreto de 1870.

Ahora bien, en Venezuela existía en materia de educación popular una

insistente tradición que Guzmán Blanco y sus colaboradores no debían ignorar, y menos puede desconocerse hoy. Desde la época colonial se habían realizado iniciativas audaces, como esa de la Escuela de Pardos de que he hablado. Don Simón Rodríguez, Miguel José Sanz y otros habían pedido escuelas para el pueblo. Más tarde Bolívar toma incansablemente sobre sí el mismo empeño, recibe con alborozo a su antiguo maestro y proyectan juntos las escuelas artesanales que tendrían como objetivo "colonizar el país con sus propios habitantes"; la Municipalidad de Caracas trae a nuestra capital a Lancaster, ya con fama mundial, y el Libertador se entusiasma tanto por su método de "enseñanza mutua" que de sus comprometidos bienes desembolsa 22.000 duros para financiarlo. José Rafael Revenga, el Secretario y Ministro de Bolívar, político y financiero por sus atribuciones específicas, deja de lado estas actividades en cuantas ocasiones puede, para ocuparse en la educación popular; con la perspicacia de un profesional advierte que la educación primaria no puede prosperar sin la formación previa de personal docente y concibe las Escuelas Normales *gratuitas,* para las cuales aporta también material de enseñanza comprado por él mismo con una corta cantidad que casi por casualidad gana en un proceso. Cagigal establece en su Escuela de Matemáticas la capacitación técnica de nuestros artesanos, llama a los militares a los conocimientos y tareas de la ingeniería civil, y reitera el principio de que la educación nacional ha de tener como finalidad la reconstrucción cívica y moral de la República. Vargas asesora a Bolívar en las medidas que abren la Universidad para todos; pero es al mismo tiempo el apóstol infatigable de la educación popular, se ocupa desde la Presidencia de la República en la elaboración de "cartillas" para enseñar a los soldados y a los niños pobres; desde el exilio da orden de pagar, de sus recursos, esos textos que habían quedado en la imprenta.

¿Se había olvidado todo eso en tiempos de Guzmán Blanco? ¿O no había interés en reconocerlo porque no encajaba entre "las glorias del Gran Partido Liberal"?

Don Simón Rodríguez había escrito: "...herencias, privilegios y usurpaciones es la divisa de las monarquías, la de las Repúblicas debe ser Educación Popular, destinación a ejercicios útiles, aspiración fundada a la propiedad".

Vargas había advertido: "¿De qué servirán las medras intelectuales de un corto número en medio de una inmensa masa ineducada?".

Y Cagigal reclamó colérico: "Si en otras materias hemos tenido a honra seguir las huellas de los Estados Unidos del Norte, parece que ha habido empeño en no imitarlos en la largueza con que han dotado la instrucción primaria".

¿Se había olvidado todo eso en tiempos de Guzmán Blanco, cuando aún no había desaparecido la generación que presenció tantos esfuerzos?

Otra pregunta más importante acudirá a la mente del lector: ¿es que tiene alguna importancia ese olvido, aparte las injusticias individuales que entraña y el mezquino resquemor nacionalista que puede producirnos?

No vacilo en contestar: sí tiene importancia mucho mayor. Porque en una República como la nuestra, donde lo que ha sido más debilitado por nuestros fracasos es la conciencia misma de nuestra capacidad política, esa tradición, esa doctrina, mantenidas como fuerzas activas en el pensamiento y en el sentir de todos pueden darnos una visión más completa y más sana de nuestra personalidad colectiva. Que será también devolvernos a la confianza y a la sinceridad indispensables para que nuestros esfuerzos de reconstrucción no se pierdan en el *alboroto* y la *seducción* de que nos habló Don Simón Rodríguez.

DON VICENTE LECUNA

LA CLANDESTINIDAD de la eficacia y del bien; los rebeldes que no usan penacho, pero que desde un ambiente de frivolidad y arribismo saltan resueltamente en busca de otras empresas y se hacen paladines de lo que no interesa a nadie, de lo que está olvidado y no debe ser olvidado; las obras que se hacen día a día, empecinadamente, aprovechando cada momento para acarrear algo de material, adelantar el trabajo del día siguiente o perfeccionar el del anterior; y sólo al final es cuando el hermoso e imponente conjunto se hace visible para el público y se adivina que aquella empresa, además de su maravillosa tangibilidad, es signo de un gran espíritu que en ella se fue expresando. O que con ella vivió y creció en cerrada simbiosis espiritual, que contra la hostilidad del medio ambiente salva al creador y a su obra.

En esto pienso, cuando pienso en Don Vicente Lecuna. Tenemos en primer lugar su obra, lo que objetivamente puede mostrarse con facilidad y ser apreciado por todos; pero luego, como intención y sentido de ella, el alcance espiritual que él quiso darle, la reconstrucción moral de Venezuela que debía surgir de una valorización de su historia sin el pesimismo maldiciente y blasfematorio que se había puesto de moda tanto entre los pensadores como en el vulgo; y como resultado imprevisto, lo que hemos señalado al comienzo: la subyugante personalidad que el propio Lecuna exhibe, cuando ya visible la alta construcción, parece que apoyada en ella dijérase que la sobrepasa, y él mismo —como lección de fe, paciencia y tenacidad— parece un héroe más al lado de los que glorificó.

En esto último no hay retórica: los grandes hombres resultan inimitables según el criterio vulgar, porque éste no advierte sino las semejanzas exteriores y cree que si no podemos copiar hoy tales o cuales hechos extraordinarios, debemos considerarnos en un mundo totalmente diferente de aquél en que aquéllos se realizaron. Se olvida así que lo esencial en la grandeza humana no son aquellos hechos en los cuales se manifestó ocasionalmente, sino las virtudes íntimas —la laboriosidad, el desinterés, el valor y la perseverancia— de los héroes que los realizaron. Por lo cual y en todo momento, cualquiera que sea nuestra labor, la persistencia de esas virtudes es lo que

asegura la tradición espiritual en la cual reside la verdadera historia de un país.

Tal es el significado que debe tener la historia si la apartamos de la simplificación intelectualista que se empeña en considerarla sólo como material de autopsia. Mirándola, por el contrario, no como narración de lo que fue, sino como proceso vivo en el cual se une el presente al pasado y en el todo podemos inquirir lo que es nuestra nación, su carácter y sus posibilidades; cuando tenemos el propósito de que esa historia nos permita en las horas de crisis replegarnos sobre nosotros mismos y buscar en aquella vida no extinta un nuevo punto de partida para la vida actual, quizás entonces la historia deje de ser ciencia, pero se convierte en acontecer ininterrumpido, estímulo vital, realidad permanente, y también porvenir.

Cuando nació —con la euforia que acompaña todo lo naciente— la esperanza de reducir la historia a leyes, fue muy natural que se condenasen esas otras derivaciones de la investigación histórica, pero hoy no tenemos por qué acusarlas de que aquella esperanza no se haya realizado. Y mientras se decide la interminable discusión de si la historia puede llegar, o no, a ser ciencia, nada impide que sea ocasionalmente filosofía normativa, poesía si se quiere, material para la investigación del carácter nacional, apoyo de las promesas y rectificaciones que busca la vida colectiva; incluso terapéutica revulsiva.

Estas son cosas que muy a menudo un país necesita y busca; y frente a esas apetencias vitales no puede tener sino un valor muy relativo el exclusivismo intelectual que trata de reducir el pasado a normas científicas, sin admitir que en otros aspectos no puede separarse del presente y que ambos, unidos, son bullente océano improvisador, inquieta iniciación de nuevas formas de existencia.

Así, cuando Don Vicente Lecuna al frente de su obra empuja —esta es la palabra— su apasionado culto a Bolívar, sólo los tontos podrían entregarse a reparos mezquinos; lo que en ello debemos ver es cómo aquel fervoroso patriota que fue Lecuna satisface de esa manera un anhelo colectivo que pugna por levantar sobre la chatura y la desvergüenza de "la realidad", una imagen —no menos real— de Patria, desinterés y grandeza.

El "bichaje", solía decir con sana cólera Don Vicente para caracterizar ese pulular de vividores que como bichos frenéticos buscan engordar entre la podredumbre social. El "bichaje"!, bien dicho! Y el culto heroico que el quiso imponer era como un grito estentóreo que debía detener, amedrentar o castigar al "bichaje"!

En otro sentido ha observado con mucho acierto Don Pedro Grases que si la obra que Lecuna consagró al Libertador es a veces un canto, no por eso deja de ser también una de las más formidables empresas de documentación histórica emprendidas en el Continente.

Documentación depurada y cotejada, además, con absoluta objetividad; hasta el punto de que culminó arrogantemente con el "Catálogo de errores y calumnias en la Historia de Bolívar", lo cual no sólo demuestra la confianza con que Lecuna podía esperar el juicio definitivo de la crítica sobre el Libertador, gracias a esa documentación que él había aportado y analizado, sino que es una prueba de la absoluta probidad intelectual que orientó siempre aquella investigación.

En cierta oportunidad escribió el Libertador: "No sé jamás degradarme a fingir, y mucho menos a negar. Estoy todo entero donde quiera que está una de mis partes"; y también había observado, con el mismo criterio de grandeza y veracidad: "Las cosas falsas son muy débiles". Pues bien, si Lecuna para mantener su culto comenzó por presentar todos los elementos de juicio existentes acerca del héroe, incluso las calumnias de sus enemigos, podemos decir sin exageración que muy pocas veces un personaje histórico y su biógrafo se han identificado bajo una norma moral tan orgullosa y audaz.

Existe un error al cual son muy propensas las personas que han vivido demasiado (quiero decir eso, "que han vivido demasiado", y no que son adultos o ancianos, porque son cosas muy diferentes) y es el de considerar que sobre ciertos temas ya se ha escrito en exceso. Con mayor razón sienten esta especie de hastío los intelectuales; y si se trata de un tema de interés no egoísta, o de un llamamiento a deberes superiores y a veces molestos, lo que es hastío en el intelectual, se vuelve en el hombre rastrero irritación, despecho y cólera. Sólo una combinación de tan variados sentimientos es lo que puede explicarnos porque en Venezuela algunos afirman que hemos permanecido demasiado apegados a nuestra historia, y que el culto a Bolívar es una cómoda idolatría que nos dispensa de ser realmente patriotas. Aunque en esta última observación asoma una hiriente punta de verdad que valdría la pena descubrir y examinar, en conjunto creo que sería más funesto lanzarnos al extremo opuesto: a vivir sólo de las realidades inmediatas o en la contemplación de un quimérico porvenir.

Si de nuestra historia no sacamos ninguna lección dinámica, no hay porque suponer que la encontraremos en otra parte. Para evitar el ser demasiado líricos o entusiastas en relación con el pasado, podemos caer en ser demasiado conformistas o cínicos a pretexto de "vivir en la realidad".

Y debemos pensar sobre todo en las generaciones juveniles que sucesivamente afloran a la vida del país. Los temas de meditación que ya para nosotros pueden ser viejos, son a menudo desconocidos para los jóvenes. La prensa diaria martillea sobre los adolescentes con noticias frívolas o escandalosas y con los nombres de los arribistas nacionales o internacionales que todos los días deben aparecer en grandes letras. No tendría nada de sorprendente que para un joven llegue a ser tal o cual mentecato o aventurero un motivo de admiración y hasta de ejemplaridad moral casi exclusivo.

Para evitar eso es que debemos reeditar —a lo menos con la misma tenacidad— otras ideas y sentimientos, los que verdaderamente hacen del hombre un hombre, con las aspiraciones, inquietudes, deberes y responsabilidades que corresponden a todo ser humano.

Y al fin y al cabo: la historia es eso: la vida de los hombres que rehusaron vivir entregados solamente a los impulsos elementales de la crueldad, la lascivia y el miedo. Y la vida espiritual que esos hombres dieron a los pueblos.

JUAN MANUEL CAGIGAL

UNA DE LAS CARACTERISTICAS que embellecen los años de fundación de las Repúblicas americanas es la pasión y la sinceridad con que se creyó en el poder de las ideas.

Confiar en que la educación, por una parte, y en otra esfera la libre discusión por la imprenta y en los Congresos, barrerían la ignorancia y al mismo tiempo la inmoralidad; que la ilustración de las masas bastaría por sí misma para acabar con el despotismo y refrenar la anarquía, que la palabra, la prensa y el libro abrían por doquiera nuevas posibilidades individuales y sociales, tal era el esperanzado ambiente del liberalismo revolucionario que había sacudido al mundo.

En Europa esos ideales pronto perecieron, en parte de muerte violenta, por obra de la propia Revolución Francesa, de Napoleón y de la reacción post-napoleónica; en parte, por la lenta mistificación y el escamoteo de políticos insinceros y reaccionarios.

A mediados del siglo XIX la absorbente discusión en la prensa del Viejo Continente, de si debía concederse, o no, el voto a los analfabetos, nos demuestra que de todo aquel ambicioso plan de educación popular sólo quedaba el fútil objetivo de enseñar a los electores a poner su nombre al pie de una papeleta. Para que por su ignorancia no fueran engañados, se decía... Como si realmente creyeran aquellos políticos que la ignorancia del pueblo —y la posibilidad de engañarlo— terminaba al saber firmar.

Esa nauseabunda hipocresía —fruto de una vieja civilización demasiado ducha en conservarse vieja— no prosperó en América.

Aquí se creyó de buena fe en el igualitarismo que se proclamaba, y esa sinceridad salvó las conquistas realmente democráticas, aún en los países donde la libertad política se convirtió en una farsa. Pero, sobre todo, esa fidelidad a la sustancia de la revolución liberal empapó las otras instituciones que debían servirle de instrumento, y, sobre todo, la educación.

En el Nuevo Mundo se siguió creyendo en la educación integral del pueblo, con triple finalidad: individual, para capacitar y dignificar a los desamparados; social, de igualitarismo selectivo y de "aspiración fundada a

la propiedad", como decía Don Simón Rodríguez; y político, de participación efectiva en la deliberación constante y pública sobre los intereses comunes. La educación debía incorporar el pueblo a la vida pública con acción propia y múltiple; no se limitaba a hacerlo apto para el ritual exterior del voto.

Este concepto moral que —como toda cosa realmente viva— diversificó su acción en innumerables direcciones, contribuyó en gran parte a darle fisonomía especial a los Estados Unidos del Norte y a su vertiginoso desarrollo geográfico y económico. En la América del Sur su vitalidad fue más restringida, a causa en gran parte de nuestra inseguridad política y de otras causas accidentales derivadas de la guerra de emancipación; pero, como he dicho, salvó la base democrática de nuestras instituciones; y quizás con esto nos ha dotado, para la transformación del mundo, que hoy se verifica, de elementos de salud que no poseen los propios pueblos europeos.

Respecto a Venezuela en particular, la educación es sin duda la rama de la Administración pública que ha tenido una tradición más loable, tanto por la calidad de los hombres que se han ocupado en ella, como por la orientación democrática que ha inspirado aquella corriente histórica.

Que los resultados no hayan correspondido siempre al empeño se explica por la miseria en que quedó la República después de la emancipación, por las guerras civiles que anularon en gran parte lo que Guzmán Blanco intentó, y por el largo paréntesis de estancamiento que impuso el despotismo desde fines del siglo hasta 1936.

Consideremos también que en la propia Europa la educación, durante el siglo pasado, no marchó tan bien como se ha creído. En la reciente biografía de Víctor Hugo por André Maurois leemos que cuando en 1871 el poeta se retiró de la Asamblea Nacional, anotó entre los proyectos que le quedaban sin realizar, éste: "Instrucción gratuita y obligatoria". Venezuela la había decretado desde el 27 de junio del año anterior.

En un manual escolar británico encontramos también este dato: "Alrededor de 1870 no menos de la mitad de los niños de Inglaterra, que serían electores al Parlamento cuando hubieran crecido, carecían de toda clase de educación". Lo cual sería una buena respuesta a los que consideran una farsa el decreto de Guzmán del 27 de junio de 1870 por el hecho de que fue lenta su aplicación.

Pero en los primeros años de la República es cuando esa lucha por la educación popular aparece más digna de interés: la audacia y la generosidad del intento contrasta dramáticamente con lo exiguo de los recursos —en hombres y en dinero— de que se disponía; pero desde Don Simón Rodríguez, el Maestro del Libertador, hasta mediados del siglo XIX, con Bolívar, Vargas, Revenga, Cagigal, Soublette, Codazzi, González, Toro, etc., el afán por desarrollar la educación como base de la República forma una tradición

tan constante que ningún problema se queda sin explorar, y se establece definitivamente que la redención económica y política del pueblo ha de ser el objeto primordial de aquel propósito.

En este último punto —lo que hemos llamado la orientación democrática de nuestra educación— hasta el propio Vargas, tan universitario, se pronuncia calurosamente por darle preponderancia a la educación popular: "¿De qué servirán —pregunta— las medras intelectuales de un corto número en medio de una inmensa masa ineducada?".

A este ambiente corresponden también los ideales de Cagigal, y su obra lo coloca entre los primeros de aquel selecto equipo de educadores y hombres de Estado.

Según Don Luis Correa fue Don Lino de Pombo el primero que se interesó en que Cagigal regresara de Europa y se utilizaran sus servicios (1).

Pero fueron Revenga y Vargas los que en último término lograron que Cagigal se radicara en Caracas y que sus proyectos los acogiera el Gobierno de la Gran Colombia, primero, el de Venezuela, después.

José Rafael Revenga era en 1828 Ministro de Hacienda en el Gabinete de Bogotá y vino a Venezuela enviado especialmente por el Libertador a realizar una empresa que el propio Revenga había concebido y que, sin exageración, podría considerarse le de mayor importancia para la República en aquellos momentos: se trataba de intensificar en Venezuela el cultivo del tabaco y sanear y aumentar su renta, lo cual bastaría, según se esperaba, a pagar toda la deuda pública de la Gran Colombia, a la sazón en la más angustiosa depresión.

Pero Revenga, a pesar del trabajo agobiador que realiza en su misión económica, no se limita a ella: de acuerdo con esa tradición que hemos señalado al comenzar, no puede dejar de afanarse por la educación pública, como lo venía haciendo desde 1819. En sus informes y proyectos encontramos su forma peculiar de trabajo, tan honesta y eficaz. Quiero decir que no hace aspavientos sobre las cosas que faltan, sino prefiere estudiar cómo pueden realizarse; a lo menos en la medida del corto tiempo de que dispone, y a pesar de que carece de atribuciones específicas en la materia. De todos modos, indica: planes de enseñanza, cómo pueden obtenerse locales y edificios, los fondos y rentas que es preciso sanear e invertir en educación, las negligencias y vicios que observa, los funcionarios más adecuados para colaborar, la exención de derechos de importación para libros, mapas, "instrumentos de cirugía,

(1) Don Luis Correa. Estudio sobre Cagigal publicado en el Boletín de la Academia Nacional de la Historia, nº 46, y como prólogo a los "Escritos literarios y Científicos" de Cagigal editados en 1930 por el Gobierno de Venezuela. En este trabajo hago uso, tanto del ensayo de Correa, como de las cartas de Cagigal a Soublette que lo acompañan en el mencionado Boletín de la Academia.

matemáticas y ciencias naturales", la necesidad de Escuelas Normales para formar el magisterio, etc., etc. (2).

Y sobre Cagigal escribe al Presidente del Consejo de Ministros, desde Caracas el 7 de julio de 1829: "Se halla en esta ciudad el joven Juan Manuel Cagigal, que después de haber pasado algunos años en España en el estudio de las matemáticas, pasó a Francia en donde adelantó mucho sus conocimientos, y ha vuelto a Colombia su patria, condecorado, más que con su distinguido aprovechamiento, con la estimación y recomendaciones de los sabios que fueron sus maestros. Su presencia en esta ciudad ha excitado en todos el deseo de conservarle, y de que comunicando a todos sus conocimientos, los haga tan útiles como pueden serlo. Su modestia y la permanencia de su madre en la provincia de Cumaná, donde tiene también sus libros e instrumentos, le impele de preferencia a trasladarse allí; más por fin ha cedido a las instancias de los amantes de la juventud, y prometido quedarse aquí donde sus lecciones serían mucho más fructuosas".

"Está actualmente dándolas al Catedrático de Matemáticas de la Universidad, y en compañía de éste ha reunido ya considerable número de artesanos que han conocido la importancia del estudio y de las reglas para mejorar lo que les enseñó la práctica".

Ya en esta comunicación de Revenga, encontramos: la preparación que Cagigal traía, el entusiasmo colectivo con que fue recibido y lo complejo y arduo del trabajo que le esperaba: tendría que enseñar al propio Catedrático de Matemáticas de la Universidad y su enseñanza debía descender al mismo tiempo hasta los artesanos empíricos.

Revenga piensa también en los militares. "Todos aspiran —agrega— al establecimiento de una Academia que sea de más general utilidad: todos desean hacerse capaces de más sublimes conocimientos, y el Rector de la Universidad (Vargas) que ha tratado de cerca a Cagigal y descubierto la adquisición que haría el Cuerpo y la enseñanza pública, si le contase entre sus Catedráticos, me escribió la carta que tengo la honra de acompañar en copia con la marca A, y con ella un proyecto formado por Cagigal a petición del mismo Rector, y contraído a la extensión que conviene dar en la Universidad al estudio de las Ciencias exactas, y la adición de una tercer clase en que sólo se enseñen estudios puramente militares".

"La adición de esta tercer clase ha sido hecha a solicitud mía. Me movió a ello el carecer tanto nosotros de oficiales facultativos, el estarse tratando de un proyecto de ordenanzas militares y mi convicción de que cualquiera cosa que se disponga sobre Academias Militares, ni se encontrará para la que haya de establecerse en estos departamentos mejor maestro que el señor Cagigal...".

(2) "La Hacienda Pública en Venezuela en 1828-1830". Misión de José Rafael Revenga como Ministro de Hacienda. Papeles publicados por el Banco Central de Venezuela, bajo el cuidado de Pedro Grases y Manuel Pérez Vila. Introducción de Augusto Mijares. Caracas, 1953.

Tal fue el plan que en definitiva sirvió para la Academia de Matemáticas creada por el Gobierno de Venezuela en 1831. A los alumnos cuyo ingreso se procuraba según lo ya dicho, se agregaron "los alumnos de carrera literaria que después del curso que por estatuto siguen en la Universidad quisieran perfeccionarse en estas ciencias" (las Matemáticas).

En relación con los militares tenía un gran alcance el pensamiento de Revenga y de Cagigal: no sólo las Matemáticas les darían base para el desarrollo científico de sus conocimientos profesionales, sino que los capacitaría para colaborar en los trabajos de puentes, caminos, levantamiento de planos y mapas, observaciones meteorológicas, etc.

Pensaba además Cagigal que un ejército selecto e instruido sería el mejor apoyo de las instituciones civiles: "Si bien se reflexiona —informa al Poder Ejecutivo en 1838, como Director de la Academia— importa más de lo que parece a primera vista el que se haga una debida discriminación entre el joven pundonoroso, que asiste con puntualidad a sus clases, y pone todo ahinco en sacar copioso fruto de las lecciones que recibe, y entre el que no lleva otra mira que la de percibir el sueldo de aspirante, sin curarse de cumplir con su obligación. Aquel será siempre un defensor ardiente de nuestras instituciones y éste tal vez peligroso; puesto que la experiencia ha probado ya, en más de una nación, que los militares instruidos se niegan a servir de instrumento a la ambición. Ni puede ser de otra manera: los cuerpos facultativos necesitan de una instrucción literaria preliminar, y si bien ésta se limita a las ciencias matemáticas y físicas, los que saben cuán estrecha conexión tienen entre sí todos los ramos del saber, cuán irresistible es el hábito del estudio en los que lo han contraído desde su juventud, y cuán contagioso es el trato de los hombres instruidos, aunque sea en ramos diferentes, no dejarán de conocer, que en un Gobierno como el nuestro, en que todos los ciudadanos están llamados a ejercer los destinos públicos es imposible que el joven que concluya en la Academia sus estudios con lucimiento, deje de estar iniciado en los sanos principios de la política y de sostenerlos con firmeza".

Se ve que todavía preocupaba a Cagigal el atropello de los Reformistas, contra los cuales había combatido tres años antes. Por cierto que con gran eficacia y denuedo, como Comandante de la columna "Carabobo" y al frente de sus propios discípulos de la Academia.

Pero, a pesar de ser tan importante la finalidad de la Academia, y múltiple y afanoso el trabajo que Cagigal le consagró, esa actividad que lo ha inmortalizado en Venezuela no fue sino parte de lo mucho que él ambicionaba como educador y como político para la reconstrucción de la Patria naciente.

Juzga indispensable la prensa para ilustrar y moralizar la opinión política y por eso funda el "Correo de Caracas", donde colaboran Fermín Toro, Rafael María Baralt que era también discípulo de la Academia, José Herme-

negildo García, Juan Vicente González, Luis D. Correa. Muy ligado al General Soublette, tanto por afinidad política que lo honra, como por el empeño civilizador que era común a ambos, Cagigal le explica así sus propósitos de periodista: "La prensa no debe despreciarse; si en algún tiempo en Venezuela no producía efecto, hoy influye más de lo que generalmente se crée, y no hay otro modo de combatirla que oponiéndole sus mismas armas. No hay casi medida gubernativa que no pueda verse bajo varios aspectos; la oposición sistemática, (y yo creo de esta naturaleza la que existe en Caracas) las presenta siempre por el lado desfavorable, y si no hay un periódico imparcial que las justifique se va formando lentamente una opinión errada de los hombres y de las cosas que después se hace difícil distraer, porque las masas rara vez vuelven sobre sus prevenciones".

Perspicaz y doloroso vaticinio este último: aquel espléndido equipo de hombres que con tanto cuidado, patriotismo y probidad se consagraron a fundar la República y a resguardar su libertad, debían ser arrollados y sumergidos por una campaña de prensa desleal que los hizo odiosos para la conciencia nacional como 'oligarcas", "conservadores", enemigos del pueblo.

Y sigue Cagigal atento a todo: quiere que se emprendan estudios arqueológicos y que se funde un museo de historia natural; se interesa por los trabajos geográficos de Codazzi y colabora con datos estadísticos y meteorológicos; es miembro de la "Sociedad Económica de Amigos del País", de tan amplia acción y que el propio Vargas presidía; quiere traer de París a Berthelot como Director del Museo y para que inicie el desarrollo científico de nuestra agricultura; preside la comisión de crédito público del Senado y se apasiona por los problemas económicos, funda la clase de dibujo, se propone organizar los archivos de Colombia.

Pero, sobre todo, le preocupa la educación popular: ese era el ambiente del grupo, según hemos dicho al comenzar. A Cagigal se debe la redacción del proyecto para la creación de la Dirección General de Estudios, que Vargas presidiría y que corresponde a nuestro actual Ministerio de Educación. Pero sale además a defender por la prensa la necesidad de fundar en la educación nuestras instituciones políticas: "Si en otras materias —observa— hemos tenido a honra seguir las huellas de los Estados Unidos del Norte, parece que ha habido empeño en no imitarlos en la largueza con que han dotado la instrucción primaria; y cierto que un país en que el poder municipal está, por decirlo así, diseminado en toda la masa del pueblo, necesita imperiosamente una copia de hombres que posean una regular educación. Sabido es que allí para fundar una aldea, se empieza por fabricar iglesia, *poner escuela,* y establecer imprenta; de forma, que así como en Venezuela contados son los que saben leer y escribir, muy pocos son los que en aquella República ignoran estos principios; resultando de aquí que el gobierno municipal pasa de unos

a otros, al paso que entre nosotros, a pesar de ser carga concejil, se vincula en unas mismas manos, con notable perjuicio de éstos y del público".

No resisto el deseo de subrayar: a cada paso encontramos a estos "oligarcas" pidiendo la participación de todos en el gobierno efectivo de la nación, preocupados porque la falta de educación popular vinculaba el poder en unas mismas manos.

Cagigal no disimula su impaciencia ante las inconsecuencias que obstaculizan la educación primaria: "Es menester convenir —escribe casi con cólera— mal que nos pese, que la enseñanza primaria ha corrido en esta tierra con desgracia. Suprímense los conventos, y en vez de aplicar sus escasas rentas a la educación primaria, erígense colegios, que ni tienen profesores, porque no hay con qué dotarlos competentemente, ni aun cuando los tuvieran, se encontrarían alumnos en aptitud de oír con fruto lecciones de filosofía por carecer de las más elementales nociones; sanciona la Legislatura de 1836 un decreto destinando al fomento de las escuelas de primeras letras la mitad de los resguardos de los indígenas, y antes de ejecutarse, derógalo la de 1838; con la cual no sólo las privó de este recurso, sino que habiéndolos mandado distribuir entre los indígenas, *como propietarios absolutos de ellos,* ha sembrado la discordia en toda la República; y por último, preséntase un proyecto de ley creando una dirección de estudios, y la misma Legislatura, por razones que no son de este lugar, difiere su consideración".

Pero la verdad es que la penuria producida por la prolongada guerra de Independencia, durante la cual Venezuela bajó hasta las fronteras de Chile en defensa de América, tenía que frustrar durante mucho tiempo nuestra reorganización republicana. Pese a la clarividencia y a la abnegación con que estos hombres la planificaban.

El propio Cagigal tiene que renunciar después de las Reformas a los 500 pesos con que el Gobierno sostenía la Academia; y en toda ocasión vemos a aquellos alucinados patriotas —Revenga, Vargas, Codazzi, Soublette, Toro— ayudándose o estrechándose recíprocamente, según los casos, para que los precarios recursos de que disponían alcanzaran para todo.

Así observamos que, en 1831, nada menos que una Comisión especial del Congreso, presidida por Vargas, se ocupa en recomendar que se pongan a disposición de Codazzi *cien pesos* para su empresa de levantar el mapa de las Provincias de Venezuela; en otra ocasión Cagigal obtiene *mil pesos* para los libros con que se ha de fundar la Academia de Matemáticas, pero como la compra excede de aquella cantidad en 138 pesos, Cagigal se cree obligado a dar reiteradas explicaciones escritas al Presidente Soublette.

En los informes que la Academia pasa al Ejecutivo tiene que insistir, un año y otro, en que con muy escasos Profesores deben cubrirse todas las materias —las de preparación general, las especiales de matemáticas, y las de aplicación de éstas a usos civiles y militares —pero sólo en 1838 se obtiene

un arbitrio que, con ser bastante discutible, entusiasma extraordinariamente a Cagigal. "Por fin el Gobierno —escribe— penetrado de que no era posible que el primer maestro tuviese a su cargo la enseñanza de tantas y tan variadas materias, sin que ésta se resintiese con perjuicio del aprovechamiento de los alumnos, expidió su decreto de 6 de setiembre del año próximo pasado, creando una compañía de aspirantes y llamando a sus oficiales, todos facultativos, a desempeñar las funciones de profesor, y a reemplazar las faltas involuntarias de los dos maestros nombrados por el Constituyente. Desde entonces todo marcha con regularidad; los alumnos cuentan con mayor número de personas que les allanen el camino largo y espinoso que tienen que recorrer; la enseñanza de táctica y ordenanza se ha mejorado extraordinariamente por el celo del joven a quien el Gobierno ha puesto al frente de la Compañía; y por último el Director, aliviado del gran peso que gravitaba sobre sus hombros, ha podido consagrarse a dar algunas lecciones sobre materias que si bien no son de su instituto, contribuirán sin embargo, a la mejora del establecimiento. Además de las lecciones de física experimental que da los jueves y domingos, días que por el reglamento están destinados al descanso, ha abierto para los tenientes de ingenieros una clase de puentes colgantes, en atención a ser los de esta especie los que más convienen a la República, y donde adquirirán nociones que les serán sumamente útiles, cuando traten de aplicar las ciencias exactas a los trabajos civiles".

Como vemos, Cagigal comprobó en este caso que era un auténtico maestro, hasta en una conmovedora inconsecuencia, que es frecuente en los maestros: quiero decir que había pasado siete años pidiendo que se le aliviara de las múltiples tareas que lo abrumaban, y cuando lo logra... abre nuevas clases y se consagra "a dar algunas lecciones sobre materias que si bien no son de su instituto, contribuirán, sin embargo, a la mejora del establecimiento".

Pero fue el último alarde del heroico combatiente: ya continuas dolencias lo afligían, a pesar de que sólo tenía 35 años, y sus discípulos Olegario Meneses y Manuel María Urbaneja tienen a veces que reemplazarlo en la Academia.

En 1841 se le confía la Secretaría de la Legación en Londres con la esperanza de que el viaje le diera ocasión de restablecer su salud. Cagigal lo aprovecha también para proseguir sus proyectos: de paso por Estados Unidos, visita a West Point, desde París envía nuevos proyectos.

Pero la enfermedad lo doblega una vez más. "El 22 de noviembre de 1843 —nos narra Correa— regresó a Caracas, que le hizo un entusiasta recibimiento. El Presidente, los Ministros, el Doctor Vargas, profesores y alumnos de la Universidad, sus discípulos y una densa multitud, salieron al camino a saludarlo y lo acompañaron hasta su casa. Esta apoteosis, hija del reconocimiento y la justicia, pareció sacarlo de su abatimiento, y habló con frases encendidas de la necesidad de inyectarle savia primaveral a la hija de su en-

tendimiento y su corazón. Vano propósito. Al día siguiente escribe al General Soublette excusándose de no poder encargarse de la Dirección de la Academia a que lo instaban sus amigos, y se encierra en su casa, dejándose ver apenas por sus íntimos. Familiares y discípulos se ofrecen a porfía para cuidarlo; el insomnio lo consume y la manía de persecución lo asalta de contínuo".

Todavía sobrevivió 13 años más, sólo con breves intervalos de alivio. Murió en Yaguaraparo el 10 de febrero de 1856.

LAS IDEAS POLITICAS DE BARALT

CUALQUIER REVISION sincera que se intente en nuestra historia tendría que comenzar por insistir en señalar la arbitrariedad con que se han clasificado como oligarcas y reaccionarios a muchos pensadores y políticos de la más avanzada doctrina. Porque esta deformación de nuestra tradición intelectual nos demuestra, o bien que apenas comenzamos a estudiarla debidamente, en los documentos y no a base de leyendas, o que las pasiones políticas han destruido la patria, en lo espiritual, en forma mucho más grave de lo que suponemos.

El caso de Baralt es, en ese sentido, particularmente interesante. Refiriéndose a él, dice Gil Fortoul: "Más español que los mismos españoles, más reaccionario que ninguno, creeríase que Baralt puso empeño en anticuarse, así de entendimiento como de estilo, al cambiar de patria". Y por ser también Gil Fortoul un pensador eminente, ese juicio nos deja perplejos, porque la verdad es que está diametralmente alejado de lo que encontramos en los escritos políticos de Baralt y en su vida pública.

Desde luego, es innegable la continuidad de sus ideas liberales, desde la Historia de Venezuela hasta los últimos trabajos doctrinarios que publicó en España. Así como la combatividad y la fe que acompañaron siempre esa fidelidad suya a la libertad, a pesar de los desengaños y peligros que enfrentó, tanto en nuestra patria como en la península. Aquí como allá pronunciamientos militares, y violencia y desorientación en los núcleos civiles, pusieron a prueba sus convicciones; y enemistades peligrosas desafió en muchas ocasiones sin que su ímpetu vacilara. Ni es menos admirable que al resistir en resguardo de sus ideas, tanto a los halagos de valiosas relaciones —desde los de Páez hasta los de la propia Corte de España— como al riesgo de convertir en persecuciones esos halagos, ni declinó su ánimo hacia la relajación, ni permitió que se lo exacerbaran el exhibicionismo y la petulancia que es lo que a menudo sucede a los que deben hacer continuados sacrificios en defensa de una conducta inflexible.

Serenidad de maestro y de juez tiene, cuando joven, al condenar en su Historia de Venezuela situaciones tan apasionantes como la del año 1826,

por ejemplo; y con iguales ponderación y valor enjuicia ante la Real Academia Española, ya en la cumbre de los honores, el neo-catolicismo de su predecesor Donoso Cortés. Refiriéndose a aquellos acontecimientos de la historia venezolana no vacila en escribir —frente a los Próceres civiles y militares responsables de ellos— que, frustrado el intento de comprometer al vecindario de Valencia en un pronunciamiento ilegal, "se ocurrió del fraude a la violencia, de la amenaza al crimen"; y con no menos valor moral, entre las movedizas arenas de la política española, declara categórico en la otra ocasión, que "el absolutismo y la teocracia ni son españoles ni cristianos" y, contra el dogmatismo del Marqués de Valdegamas, afirma "que sin el público debate que avigora, depura y dirige a buen término el razonamiento, carecerían de sanción la verdad, de correctivo el error, de luz y vida el mundo".

Meditemos sin embargo —meditemos— que tanto aquí como allá Baralt fue respetado debidamente. Aunque se ha llegado a sospechar que su alejamiento de Venezuela se debió a los rencores suscitados por su Historia, es justo decir que Páez, con el indiscutible señorío que adquirió cuando le tocó ser la primera figura de su patria, elogia la obra de Baralt en su *Autobiografía* y se muestra orgulloso de haber estimulado su publicación. Y si en España el venezolano fue destituido en 1857 del cargo de *Director de la Gaceta,* se debió a una baja intriga ajena a sus ideas políticas.

Esto no quita mérito sin embargo, a la actitud que comentamos: más difícil que afrontar la inquina concreta de un poderoso es exponerse al impreciso cerco de malevolencia que el hombre ponderado y justo debe desafiar aislado en tiempos de intemperancia y partidismo; para sostener la fidelidad a sus ideas Baralt no quiso acogerse a las complicidades que siempre encuentra el sectario, y, como hemos insinuado, tampoco sostenían su constancia enemistades previas con los del campo antagónico, sino que, por lo contrario, esa actitud lo ponía en trance de romper con personajes que deseaban halagarlo y protegerlo.

Pero aunque presentan tan atractivo campo de desarrollo estas peculiaridades de aquella vida ejemplar, me desvía de insistir en ellas —a lo menos por hoy— un hallazgo que me ha impresionado extraordinariamente al estudiar algunos de los escritos políticos publicados en España por nuestro eminente compatriota. Me refiero al hecho —desconocido, creo, hasta para los más especializados críticos venezolanos— de que Baralt, no sólo fue vehemente defensor del liberalismo político en toda ocasión, sino que se aventuró a seguirlo en sus conexiones con las doctrinas más radicales de la época, y hasta tocar en el marxismo.

Ante la sorpresa que adivino en el lector, debo comenzar inmediatamente a citar. Pero el primer fragmento que copiaré no se refiere todavía al marxismo, sino a su base dialéctica en la teoría de Hegel, y aunque en ésta introduce Baralt elementos que me parecen extraños a ella, y no cita al

filósofo alemán, es evidente que lo sigue en los conceptos de *tesis, antítesis y síntesis,* y porque considera que la sociedad, *"del mismo modo que la razón",* procede conforme a aquel "sistema de oposiciones", puntos ambos ávidamente absorbidos por Marx.

"La sociedad, —escribe Baralt— del mismo modo que la razón, se halla establecida y procede conforme a un sistema de oposiciones, que en el lenguaje de la escuela se llama *antinomias;* y estas antinomias son tan esenciales al movimiento y a la vida de la humanidad como que, sin exageración, puede decirse que los constituyen".

"Por consiguiente, todo principio social supone una idea antisocial que lo niega, y toda institución correspondiente a tal o cual principio lleva consigo una tendencia opuesta que, realizada, lo destruiría sin remedio. A medida que la razón humana reconoce y admite un principio social, también descubre y prueba por medio del análisis el principio antisocial opuesto; hecho lo cual se aplica a resolver con el auxilio del procedimiento sintético aquel antagonismo, llegando a una idea compleja que concilie los dos principios, a la manera que el movimiento elíptico de los planetas concilia las dos fuerzas centrífugas y centrípeta que lo producen con su acción contraria y simultánea".

"Esta marcha de la inteligencia es idéntica y paralela a la de la sociedad; y así, cuando una institución social da nacimiento e imprime desarrollo a la tendencia antisocial que se le opone, semejante discordia en los hechos produce una institución más compleja, en la cual encuentran sitio propio y completa satisfacción las dos tendencias contrarias; si bien sólo en aquel grado y medida que permite el estado de ilustración que alcanza la humanidad por el tiempo en que la conciliación se verifica".

"Los hechos sociales son, pues, otras tantas tesis y antítesis que buscan la armonía de una síntesis; y ésta consiste, no en un término medio, en un eclecticismo arbitrario, impalpable, imposible; sino en un tercer principio, en una ley superior que, sin excluir los contrarios, los ponga de acuerdo absorbiéndolos, por decirlo así a uno y otro en una fórmula compleja y absoluta" (1).

Para que el lector no familiarizado con estas cuestiones pueda hacer la comparación del fragmento anterior con el marxismo, copio lo que acerca de este punto expone Bertrand Russell en su obra "Liberatd y Organización": "La Dialéctica en la Historia.—La dialéctica hegeliana era una cuestión de rango amplio. Si usted comienza con un concepto parcial y medita sobre él, inmediatamente se tornará en su opuesto; él y su opuesto se combinarán en una síntesis que, a su vez, volverá a ser el punto de partida de un movimiento

(1) "Programas Políticos —Primera Parte — Cuestiones preliminares al examen histórico y científico de los Prospectos o Programas Políticos que han visto la luz en España desde enero de 1848 hasta principios de 1849. Por Rafael María Baralt y D. Nemesio Fernández Cuesta. Madrid, 1949". Pág. 33. Tanto esta publicación, como las otras de Baralt que he podido estudiar, las agradezco al eminente bibliógrafo Dr. Pedro Grases, a quien debe tanto nuestra patria por su infatigable consagración a la historia del pensamiento venezolano.

semejante, y así continuará hasta llegar a la idea absoluta, en la cual usted podría reflejarse el tiempo que usted quisiese sin descubrir una nueva contradicción. El desarrollo histórico del mundo en el tiempo no es más que la objetivación de este proceso del pensamiento. Este concepto era claro para Hegel, porque para él el pensamiento era la verdadera realidad; para Marx, al contrario, la materia es la única realidad. Sin embargo, él sigue pensando que el mundo se desarrolla según una fórmula lógica".

Claro está que se puede ser hegeliano sin ser marxista. Pero el caso es que Baralt no se detiene, y en la página 35 de la misma obra puntualiza: "Ya hemos dado suficientemente a entender que el socialismo es la *protesta* que hace la libertad política y la igualdad social contra las instituciones y las leyes que ponen obstáculos al ejercicio de la una y al establecimiento de la otra. Y no se diga que protestar es amotinarse, porque ¿cuándo es que no ha protestado la sociedad contra sí misma? ¿Cuándo ha dejado de destruir sus propias creaciones? ¿Cuándo lo que fue para ella un día realidad dejó de convertirse, andando el tiempo, en utopía? ¿Puede darse una cadena de protestas y destrucciones más firmemente eslabonada que la que forma la cronología de sus anales, de cuatro mil años a esta parte? ¿No ha abolido la sociedad, por lo menos en derecho y sucesivamente, la utopía de las castas, la utopía de la esclavitud, la utopía teocrática, la utopía feudal? ¿No se da buena maña a abolir también la utopía constitucional, la utopía diplomática, la utopía del despotismo? . . .". "Efectivamente, el progreso no es más que una serie de destrucciones, y la sociedad para proceder de hecho a esas destrucciones empieza en la región del derecho por una serie de negaciones correspondientes y sucesivas. ¿De qué manera? Oponiendo con infatigable constancia a las utopías oficiales, momentáneamente realizadas, otras utopías, irrealizables por cierto en su mayor parte, o que sólo se realizan ajustándose a escala muy pequeña. . .". "Pues bien: el resultado de tamaña oposición entre lo tradicional y lo quimérico o hipotético, es llevar de la mano a la sociedad a una fusión, composición, síntesis, eclecticismo o término medio, el cual subsiste hasta que la libertad progresiva lo juzga de nuevo embarazoso, y lo expulsa a su vez con el auxilio de otra utopía, vencedora hoy para ser vencida mañana".

Aparece aquí otro concepto fundamental de Hegel, el de la libertad progresiva, o libertad operante, que destruye y construye en infatigable eslabonamiento: "El sistema jurídico para Hegel —dice Giuseppe Garle— *es el reino de la libertad operante,* esto es, de la libertad que va desenvolviendo un sistema de medios y de condiciones, por las cuales pueda convertirse en *libertad efectiva y real*". Pero lo más impresionante en aquella apasionada síntesis del espíritu agónico de la historia, que Baralt nos da, es que adopta la idea de que el progreso resulta de una serie de destrucciones, y no retrocede ante las "de hecho", que considera como la finalidad natural de las negaciones en la región del derecho. Ya la aproximación a Marx es evidente: "Para

entender a Marx —nos dice el mismo Russell ya citado— es necesario tener en cuenta las influencias extremadamente complejas que lo moldearon. La primera influencia fue la de Hegel, con quien Marx se encontró en su carrera universitaria. Nunca ya se vio libre de esta influencia y sus elementos permanecen aún en el comunismo de hoy. De Hegel arranca su amor por un sistema que lo abarcase todo y la creencia de que la Historia es el funcionamiento ordenado de un plan intelectual en donde hay la misma inevitabilidad y la misma precisión que en la dialéctica hegeliana. La próxima experiencia la tuvo Marx siendo periodista alemán radical, sujeto a todas las dificultades de la censura, como entonces existía. Después de esto, su ansia de conocimientos lo puso en contacto con el socialismo francés, y de los franceses aprendió a *considerar la revolución como el método normal del avance político*".

El último subrayado es mío, para destacar la aproximación entre esta cita y la que antes hice de Baralt; y volviendo a la impavidez de éste ante las destrucciones "de hecho" a que se podía llegar, encontramos otro párrafo nada tímido: "No basta —dice— que a los sacudimientos revolucionarios sucedan calamidades y ruinas para decidir que las ideas representadas por una revolución deben deshacerse. Si valiera el argumento de la difícil y por lo común sangrienta aplicación de las ideas útiles al estado social de las naciones, no ya las conmociones puramente políticas y religiosas, sino la propagación de las luces, los grandes descubrimientos, las conquistas del comercio, los adelantos de la industria: en suma: cuantos elementos constituyen la civilización y la cultura de las sociedades modernas, habrían incurrido en el anatema de la razón y en la excomunión del buen sentido".

Debo hacer constar que en algunos puntos Baralt parece que elude la paternidad de la argumentación que expone y da a entender que sólo transcribe opiniones ajenas. Así cuando dice: "Para todo lo que sigue relativo al socialismo hemos tenido a la vista una manifestación reciente de Proudhon inserta en el periódico *Le Peuple* de París correspondiente al lunes 14 de mayo, y también su famoso libro titulado *"Sisteme de contradictions economiques, ou philosophie de la misere..."*; pero cuando habla, sin duda alguna, por cuenta propia, no es menos vehemente: "Por lo demás, nos dice, si Proudhon es, como afirma Mr. Guizot, el que entre todos los socialistas *sabe mejor lo que piensa y lo que quiere*, estamos autorizados para recurrir a su recomendada autoridad en solicitud de una definición del socialismo, mejor y más exacta que las hasta ahora maliciosamente propaladas por los diversos adversarios de esta escuela. Por manera que, al paso que apaguemos los fuegos de una de tantas baterías Moderadas, haremos a los lectores de buena fe el servicio de despojar al fantasma de los guiñapos con que lo han vestido los discípulos de Mr. Guizot para hacer de él alternativamente y a su antojo,

ora un monstruo formidable, ora un grosero moharracho, ocasión de susto o risa".

Y asumiendo plenamente su responsabilidad, agrega: "Pero antes de pasar adelante quede sentado, por ser la verdad: lo primero, que el socialismo se ha robustecido sin estrépito en Francia a la sombra del orden, y que hoy es un partido organizado, disciplinado, y poseedor de un sistema teórico y práctico de doctrinas: lo segundo que conforme al estado peculiar y a la civilización de cada país, toma ese partido formas y carácter diferentes, sin dejar por eso de ser homogéneo y consecuente: lo tercero, que tiende a constituirse bajo una sola bandera y con sujeción a un mismo credo en toda Europa: lo cuarto. que camina a absorber el interés puramente político en el interés social de las cuestiones: lo quinto, que, por consecuencia de su índole y disposición, menos política que económica, y más reformadora que controversista, modificará muy en breve la naturaleza de la democracia, completando su sistema y abriendo a su espectativa nuevos horizontes".

Esta última idea de que la democracia y el socialismo se unirían era precisamente el espantajo que se levantaba entonces contra todo sistema liberal. "Así como bajo la bandera de la república democrática encuentro la guerra social, así también en su constitución hallo el despotismo revolucionario...", escribía Guizot. Al admitir, pues, Baralt, sin escandalizarse ni condenarlo, que el socialismo modificaría y completaría el sistema democrático, creo que llega, bajo su aparente comedimiento, hasta el punto más radical que era permitido expresar.

Recordemos que aquel año de 1849 fue de reacción unánime en toda Europa, a consecuencia del carácter socialista que tomó en Francia la revolución del año anterior. En 1848 Marx, que acababa de publicar con Engels el *Manifiesto Comunista,* fue llamado a París por el Gobierno provisional, pero tantas esperanzas tenía de que la revolución no retrocedería, que dejó la capital de Francia para ir a trabajar en la propia Alemania. Lo cierto, sin embargo, es que para 1849 ya estaba perseguido por toda la policía del continente y sólo encontró refugio en Inglaterra.

En cuanto al género de reacción que imperaba en España, oigamos al propio Baralt: "Entrando en materia sin más preámbulo, diremos que para los Doctrinarios españoles (2) todas las revoluciones son insurrecciones merecedoras de exterminio a fuego y sangre. Lo uno: lo otro que la democracia es lo mismo que la demagogia. Y lo tercero, que toda idea liberal es una idea *socialista*".

"Citemos textualmente las autorizadas palabras de los Ministros de la

(2) El Partido Moderado o Doctrinario español era para entonces, pura y simplemente, el de la reacción, y Baralt dice que ninguno fue más lejos que él "en difamar lo que no es dado vencer, y en calificar con desprecio lo que no se quiere o no se puede combatir con razones".

Reina en las Cortes, y las de sus órganos más legítimos en la prensa periódica".

"Nosotros, ha dicho *El Heraldo*, no adoptamos por lema la voz progreso, porque esta voz sola y sin correctivo no pone límites al adelanto. Marchamos *en sentido contrario* hasta el muro en que está escrita la palabra CONSTITUCION".

"Nosotros, ha dicho *El Popular*, no hacemos distinción ninguna entre las revoluciones y las insurrecciones: igualmente ilegítimas, igualmente desastrosas, igualmente infames son las unas y las otras".

"Nosotros, ha dicho el Gobierno de las Cortes, no admitimos en principio ni adoptamos de hecho el sistema pernicioso de las *concesiones*. Conceder es abdicar; conceder es despojarse de lo propio; y antes que abdicar y despojarnos pondremos el depósito de la autoridad en otras manos".

"Y ahora preguntamos: ¿es distinto este lenguaje del que empleaban los partidarios del derecho divino de los reyes...?".

Ya era bastante audacia de Baralt hacer esta pregunta cuando tenía a la vista las respuestas que él mismo transcribe.

Las citas anteriores proceden todas de la crítica a los "Programas Políticos", ya citada. He estudiado también, del mismo año 1849, "Lo Pasado y lo Presente", escrito igualmente en colaboración con D. Nemesio Fernández Cuesta, y un folleto que lleva por título: "De la Democracia en Francia, por Mr. Guizot, obra traducida y refutada por un publicista liberal". Este publicista es el propio Baralt, según una afortunada investigación del doctor Pedro Grases, quien me ha autorizado a utilizarla aquí. Además, he encontrado numerosos fragmentos de los "Programas Políticos" reproducidos en la "Refutación" a Guizot. Entre otros, éste que me sirve también para indicar hasta dónde había avanzado Baralt en aquel peligroso terreno donde podían confundirlo con los sediciosos y enemigos del orden social: "La esclavitud —rememora— pasa a ser servidumbre: la servidumbre se transforma, queda convertida en gremios industriales, y nace el estado llano: los gremios industriales desaparecen, el estado llano comienza el laborioso trabajo de su emancipación, y el proletariado toma su triste puesto en el mundo: el estado llano combate la nobleza de raza, triunfa de ella, y es libre: el proletariado siente remachar sus cadenas. ¿Pretenderá acaso Mr. Guizot que, llegada a este punto, se detenga la humanidad condenando para siempre a la clase más numerosa de la sociedad al ilotismo en que actualmente se encuentra?".

He copiado esta última cita de los "Programas Políticos", pero casi igual aparece en la refutación a Guizot; y en ambas ocasiones la termina Baralt con este apóstrofe: "Santa es la libertad y la adoramos; pero la queremos para todos, no para algunos".

Este último arranque romántico parece colocar a Baralt dentro del socialismo burgués, cuando más; pero obsérvese cómo afirma, a la vez, que la revolución hecha por el estado llano "remachó" las cadenas del proletariado,

apreciación que separa agresivamente las dos clases, y que aunque no tuviera esa intención, no es menos reveladora de la radical interpretación histórica hacia la cual se inclinaba su autor.

Más evidente está la misma tendencia en algunos pasajes de "Lo Pasado y lo Presente". Cuando habla de la emancipación de las clases sociales, llama al proletariado "cuarta y última forma de la servidumbre"; ataca al estado llano por que "hábil en sacar provecho de todas las disenciones, y en fomentarlas cuando parecen apagadas, el estado llano, o a decir más bien, el feudalismo mesocrático ha inventado el eclecticismo, que sin decidir la cuestión a favor de ninguno de los contendientes, atiza sin cesar el fuego de sus discordias y rencores"; y denuncia que "las clases medias se mantienen a pie firme sobre el terreno del sistema representativo, que en su sólo provecho han inventado". "¿Por ventura —se pregunta— no ha sido el estado llano el más firme y valeroso campeón de la libertad y, por muchos años, fiel aliado, amigo, amparador del pueblo. . .?" "¿Por qué, pues, se detiene ahora en su camino, vuelve las armas contra sus naturales aliados, y da la mano a sus antiguos y perpétuos adversarios?".

Y concluye con esta violenta síntesis:

"Visto de cerca el mundo actual, bajo la forma que le ha dado el gobierno representativo, semeja un vasto campo donde un mismo pueblo se halla dividido en dos pueblos diferentes: uno que posee todos los instrumentos del trabajo, tierras, casas, capitales, derechos, facultades, inteligencia, fuerza, voluntad; otro que nada posee, porque de nada puede hacer uso a su albedrío, y cuyas son, como necesidades inseparables de su existencia, la sujeción, la fatiga, la servidumbre, el hambre, en paz, en guerra. Este segundo pueblo mantiene al primero; para él trabaja, y por él sufre: pero, en descuento, por él vive gobernado de padres a hijos con el equitativo imperio que le dan la propiedad y la herencia de las condiciones y los títulos sociales". . . "Los dos pueblos de que acabamos de hablar pueden ser por consiguiente clasificados de otro modo: pueblo que hereda la ociosidad; y pueblo de quien es patrimonio el trabajo: pueblo señor y pueblo siervo".

En la refutación a Guizot —escrita exclusivamente por Baralt— encontramos también: "Del caos salió el mundo, según la Escritura; de la democracia saldrá el futuro estado social"; se pregunta "¿qué debe hacerse para conservar la propiedad e impedir la injusta repartición de los bienes que ella produce?", y entre los medios que propone para alcanzar este fin, no vacila en señalar: "la asociación del capital y del trabajo, del empresario y del obrero".

Fuera de los revolucionarios que estaban legalmente perseguidos, sería difícil encontrar en 1849 quien se expresara en la Europa continental con más audacia. No es, pues, extraño que Baralt tuviera que agregar: "no negamos nosotros que el comunismo y el socialismo tengan pretensiones exageradas,

ni que sean absurdos en sus nociones prácticas de gobierno...". Pero por algo debía advertirlo.

Desde luego que yo no pretendo tampoco probar que Baralt llegara hasta el marxismo. En lo fundamental de su pensamiento, y en su vida, fue siempre un liberal. Pero me ha parecido muy interesante para la historia del pensamiento venezolano, y aún para el de España durante aquella época, esa presencia de Hegel y de Marx en el linde combativo de las ideas de Baralt. Nos da de él, además, una idea muy diferente a la que es tradicional entre muchos de sus compatriotas. ¿Acaso no han llegado a sugerir escritores venezolanos muy valiosos que Baralt se quedó en España porque le resultaba más cómoda que nuestra turbulenta vida democrática la posesión —honores y sueldos— que allá le ofrecieron? Como si la preeminencia se pudiera conquistar tan fácilmente en tierra extraña. También Fermín Toro —por cierto, amigo consecuente de Baralt— quedó catalogado en Venezuela como conservador, y, sin embargo, por sus "Reflexiones sobre la Ley del 10 de abril de 1834" debe considerarse un exponente del socialismo utópico, único por lo demás al cual podía llegar para el año 1845, fecha de aquel trabajo (3).

Y aquí una coincidencia muy curiosa: en la biografía que la Enciclopedia Espasa consagra al colaborador de Baralt, Don Nemesio Fernández Cuesta, leo que a éste lo declaró "reaccionario" uno de los grupos "progresistas" de España. Bien se ve que la majadería de los que se dedican a expedir CERTIFICADOS DE BUENA CONDUCTA CIVICA y CREDENCIALES DE IDEAS AVANZADAS es igual en todos los lugares y épocas!

Liberal, y sólo liberal, fue nuestro gran compatriota; pero liberal de amplia receptividad y valerosa fe. Orgulloso del racionalismo al cual permanecían fieles las doctrinas liberales que se mantenían revolucionarias, apunta en refutación al dogmatismo de Donoso Cortés: "Porque si en este proceso es presuntuosa la razón que se califica de infalible, la que se tiene por incompetente para conocer y fallar, es absurda y cae en contradicción cuando conoce y falla". Y como reafirmación de sus convicciones democráticas establece que "Dondequiera que la historia registra un hecho memorable, una gran reforma, una mejora útil, una institución generosa, vemos, o la acción libre del pueblo, o la mano paternal de un Rey que sabe y quiere acomodarse al carácter de los súbditos".

Esta última cita la recoge también Arturo Uslar Pietri en un trabajo sobre Baralt, en el cual hace esta estupenda interpretación del acto en que nuestro compatriota se recibió como miembro de la Real Academia Española: "Es fácil imaginar al venezolano, con su acento criollo, vestido con su traje

(3) Para las pruebas de esta apreciación, véase mi discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia publicado en 1947 bajo el título "Libertad y Justicia Social en el pensamiento de Don Fermín Toro", trabajo reproducido con ligeras adiciones en "La luz y el espejo", ensayos, Caracas, 1955.

de gala, alzarse en mitad del salón, lleno de los más grandes nombres de la literatura española de la época, a leer su discurso. Lo ha escrito en la prosa más irreprochable de que era capaz su sabiduría de la lengua y su sentido de la poesía. Con el tono más sosegado y cortés, con el mayor esfuerzo de objetividad, Baralt va señalando todos los errores que halla en el pensamiento de Donoso"... "Más que como un académico que se recibe, debió sentirse en su fuero interno como un delegado, como un diputado, como uno de aquellos viejos Procuradores de la antigua monarquía, que iban a llevar ante los príncipes y las cortes la representación del derecho de los pueblos. Frente a la gran sombra de Donoso, que invocaba a una Europa catastrófica y desesperanzada, se alzaba, en la voz del criollo, la fe de América en el hombre y en la razón. Lo que dijo allí en nobles y hermosas palabras, era la expresión elevada de lo que había sentido, oído y aprendido en el largo contacto con su gente americana. Bogas del Zulia, soldados de los llanos, pastores de los páramos, universitarios de Caracas y de Bogotá, eran, en el fondo, los que le respondían a Donoso por la boca de Baralt".

Profunda verdad. Al llegar aquí quise buscar, para ilustrarla, algún fragmento de la Historia de Venezuela, escrita por Baralt en su joventud y en condiciones bien diferentes a las de aquel acto de triunfo y consagración en la metrópoli. Al hojear apenas el primer volumen, he aquí esa "voz del criollo", que enjuicia al gobierno de España en su país, casi con las mismas palabras que después hará oír ante la Corte y la intelectualidad de los colonizadores: "...porque el despotismo mató a un tiempo la libertad y el espíritu. Esta conducta fue la misma que se observó en la mísera España con iguales o peores resultados, y hubiera sido desacuerdo exigir para la colonia bienes que la madre patria no gozaba, e instituciones liberales a reyes Austríacos y Borbones. Pero es bien sabido que el mal esencial del gobierno absoluto consiste en hacer depender el bien de la República de una sola voluntad; por lo que raras veces se consigue, no habiendo luz y verdad sino en el concurso de muchas emanadas del pueblo, sujetas por la responsabilidad, purificadas por la discusión. Una que otra institución generosa, hija de la sabiduría de un monarca o de alguno de sus ministros, no altera esta regla general y eterna. Así es el despotismo, y cuando impera, no hay vida intelectual ni moral para el pueblo, sino entorpecimiento y abandono".

EL ZULIANO DOMINGO DEL MONTE

SERIA MUY NATURAL creer que la fama literaria de Maracaibo comenzó con Baralt, y hasta podríamos pensar que la gloria de este zuliano eminente estimuló hasta cierto punto el propio genio de su ciudad nativa hacia el cultivo de las letras. Porque parece además una particularidad difícilmente explicable que las dotes más sobresalientes de Baralt como escritor —el cuidado del lenguaje, la riqueza de expresión, la vivacidad en las descripciones y el ágil señorío de su erudición— sean las que se reproducen con más frecuencia en la tradición literaria del Zulia, como si por una especie de fascinación colectiva todas las generaciones de esta privilegiada región de Venezuela se desarrollaran al amparo espiritual de su primer maestro.

No es así, sin embargo, sino al contrario: el genio literario de Maracaibo es anterior a Baralt y no es éste su iniciador, sino producto de una inclinación que ya había dado fama a la ciudad del lago desde los tiempos coloniales y cuando apenas era poco más que una aldea, como todas las futuras ciudades de Venezuela.

Dos viajeros franceses —ambos inmediatamente anteriores a la independencia— nos han dejado sendos testimonios sobre ese punto y extraordinariamente coincidentes: "Los nativos de la villa de Maracaibo —escribió J. J. Dauxion Lavaysse— tienen entre las colonias españolas la reputación de ser muy espirituales. Los jesuítas tenían allí un colegio donde formaron sujetos distinguidos. Maracaibo vino a ser la ciudad literaria de América". Y Francisco Depons puntualiza más aún: "Lo que más honra —dice— a los habitantes de Maracaibo es su espíritu singularmente vivo; su aplicación a la literatura y a los progresos que en ella se alcanzan. Mientras los jesuítas estuvieron encargados allí de la instrucción de la juventud, de sus escuelas salieron sujetos que hablaban el latín con elegancia y facilidad raras; que poseían perfectamente el arte oratorio y las reglas de la poesía; que escribían su lengua con una pureza tan notable por el atrevimiento de las ideas, como por el orden y la claridad con que las presentaban; individuos dotados en una

palabra, de todas las cualidades que constituían el hombre de letras" (1).

Es muy grato encontrar señalada así una inclinación colectiva de tan alto valor espiritual, como característica que después se perpetúa en Maracaibo durante más de siglo y medio. Cuando en Venezuela hemos tenido la desgracia de que hasta nuestros criminales sean considerados como "fenómenos telúricos", sin que la conciencia nacional se alarme, no podemos perder la ocasión de destacar que otros valores —de muy diferente calidad moral e intelectual— sí merecerían ser considerados como frutos propios del carácter venezolano y representantes de sus más arraigadas aspiraciones.

Y empalma muy bien esto con el recuerdo de un maracaibero eximio —Domingo Del Monte— que aunque desarraigado muy niño de Venezuela hasta el punto de que se le considera cubano porque fue en Cuba donde dejó lo mejor de su obra civilizadora, representa, a pesar de eso, una curiosa reproducción de aquella tradición literaria peculiar al Zulia: "Del Monte —dice Menéndez y Pelayo— era de Maracaibo, aunque apenas hubo entre los nacidos en la gran Antilla quien tanto se afanase por su progreso y cultura, así económica como intelectual. Era Del Monte hombre muy juicioso, de vasta lección y gusto acendrado, gran celador de la pureza de la lengua castellana y de la conservación de sus antiguos tesoros, e hizo en Cuba tan buen servicio como el Conde de la Cortina en Méjico, oponiéndose a la irrupción de los barbarismos locales y recomendando el estudio de los clásicos castellanos de cuya obra llegó a reunir copiosa biblioteca. Por los años de 1830 a 1840, su casa de Matanzas, era una especie de tertulia literaria, o más bien de Academia, por donde pasaron todos los hombres eminentes de Cuba y en donde puede decirse que se educaron".

Luis Alberto Sánchez en su "Breve Historia de la Literatura Americana" presenta a Del Monte como "oriundo de Cuba", engañado por la gran labor que el zuliano realiza en las Antillas y a la cual dedica reiterados comentarios. Le asigna papel preponderante en la *tendencia nativista* de la poesía cubana "no tanto por sus versos, que generalmente fueron mediocres, sino por el grupo literario que encabezó y por los innumerables e ilustres discípulos que se amamantaron a sus pechos. El sólo hecho de haber fundado la *Revista Bimestre Cubana*" es ya un timbre de honor para él. Pero, lo más importante de su tarea es que, hacia 1830, empezó a desenvolver una fructífera acción como Mecenas".

Y agrega: "Los discípulos de Del Monte no se encuentran tan sólo en Cuba. También en Santo Domingo hallamos a otros: a Francisco Muñoz Delmonte (1800-1868), primo de don Domingo, quien contribuyó grandemente

(1) Ambas citas, y una que haré más adelante de Menéndez y Pelayo, las tomo de la documentada obra de Angel Grisanti "La Instrucción Pública en Venezuela", Barcelona, España, 1933.

al movimiento iniciado en 1830; a Félix María Delmonte (1819-1899) autor del *Himno Nacional* dominicano, contra la invasión haitiana, eximio propulsor del movimiento literario desarrollado en 1844, y patriota que sufrió proscripciones y carcelería por su dominicanismo insobornable; y en Puerto Rico vemos que el propio Domingo Delmonte fomenta y auspicia el "*Aguinaldo Puertorriqueño,* (1843) en que se coleccionan composiciones de varios poetas de la isla, y el "*Cancionero de Borinquen*" (1846), florilegio de canciones nativas, etc.".

En tres ocasiones más lo cita Sánchez, como animador de diferentes tendencias renovadoras: "Entre los discípulos de Del Monte, en Cuba, también se cultivó la tendencia romántica..."; al hablar de Rafael María Mendive y de la fundación de "La Revista de la Habana", añade: "desde entonces, como Del Monte, se dedica a alentar a los jóvenes, y a la tarea de librar a Cuba de la tutela literaria española..."; y le da el primer puesto al hablar de "el papel de promotor de cultura, que tan cumplidamente realizaron en Cuba, Del Monte, José de la Cruz Caballero, Mendive y Palma".

Por cortesía de nuestro perspicaz bibliógrafo Don Pedro Grases hemos podido hojear el "Centón epistolario de Domingo Del Monte", y leer los "Escritos" del mismo; el primero —en cinco grandes tomos— fue editado por la Academia de la Historia de Cuba, y los "Escritos" —dos volúmenes— forman parte de la *Colección de Libros Cubanos* que dirige Don Fernando Ortiz. El prologuista del Centón —Don Domingo Figarola Caneda— considera cubano a Del Monte: "nuestro" lo llama, y así mismo en la primera carta del epistolario el cubano José Antonio de Cintra lo llama "paisano". Pero en la Introducción a los "Escritos", Don José A. Fernández de Castro indica la doble nacionalidad de Del Monte: al comenzar lo proclama "uno de los cubanos más influyentes en su época y uno de los más generosos y amplios espíritus que a esta patria dedicaran sus afanes en diversas y útiles esferas de acción", pero termina recordando su patria de nacimiento: Venezuela.

Del mismo Fernández de Castro es esta sugerente síntesis: "de todo sabe y de todo enseña. Diserta en sus tertulias en el seno de sus íntimos y nunca es pedante. Los libros que compra son los mejores y más nuevos y ellos son de sus amigos. Ejerce desde su casa su suave magisterio. Flexible, amable, ilustradísimo, es el "componedor de todas las discordias" (Sanguily). Es amigo de Tiknor y le cuenta del más desgraciado de sus amigos, el negro esclavo Manzano. Los escritos de Del Monte de este período tienen un corte completamente moderno. En Cuba, hasta Piñeyro y exceptuando a Echeverría, no hay quien escriba como él. En América, Alberdi y Baralt resisten su examen comparado. En España, sólo la prosa nerviosa, ágil y elegante de *Fígaro* puede igualarse a la prosa elegante, ágil y nerviosa de Del Monte".

Desde luego, no podía faltar en Del Monte la actividad política. En sus días juveniles parece haber sido radical en ese punto: "Las ideas de Del

Monte en esta época —leemos en la Introducción ya citada— están empapadas de un "americanismo" incipiente, inspirado en Bolívar, "cuyo nombre, según la gráfica frase de Betancourt Cisneros, embriagaba como el alcohol". No hay más que recordar sus cartas a Heredia de estos años y lo que él mismo cuenta, posteriormente, en otras cartas íntimas".

"Por los días de la conspiración de los *Soles de Bolívar* (1823) Domingo Del Monte efectuó un viaje a Guanes, localidad cercana a la costa sur de la isla, por donde se esperaba una invasión de colombianos".

"Fracasado el movimiento, perseguidos sus amigos, que aparecían más comprometidos que él, regresa Del Monte a La Habana, ingresando en el bufete del célebre abogado Nicolás María de Escovedo, que había sido su maestro en San Carlos, y a cuyo lado transcurren, trabajando como su auxiliar, los años 1826-27".

Pero, desgraciadamente, en Cuba era mucho más difícil que en el Continente la lucha emancipadora. Por una parte su condición de isla limitaba el campo de la guerra en forma muy favorable para los españoles, porque privaba a los patriotas del inmenso campo que en Venezuela, por ejemplo, les permitió en muchas ocasiones replegarse y aún dispersarse aparentemente, reorganizarse luego en guerrillas y aparecer como ejércitos regulares sólo cuando podían aspirar a cierta igualdad con los realistas en equipo y número de tropas. Pero, además, la riqueza que se había desarrollado en Cuba y que en gran parte se sostenía por el trabajo de los esclavos, dio lugar a una clase social agresivamente conservadora y esclavista, que se aliaba a los españoles por interés; incluso llegaría a amedrentar a muchos blancos menos egoístas, presentándoles la perspectiva de que se desatara una guerra de razas y se reprodujera en Cuba lo sucedido en Haití. Hasta en la época de Martí y de Maceo encontraremos en Cuba frecuentes alusiones a ese problema social y psicológico, que en boca de muchos era espantajo de mala fe, pero no dejaría de ser para otros motivo de dudas y temores.

Lo cierto es que los documentos no nos señalan a Del Monte en aquella posición extrema de conspirador, que acaso lo tentó en su juventud; pero sí como ardiente y valeroso liberal que reclama continuamente de la Metrópoli contra el despotismo de los gobernantes y en pro de una amplia reforma política y administrativa: "Pensando siempre en la reforma que creía obtener a las buenas del Gobierno español, propone Del Monte a Martínez de la Rosa en 1845 el nombramiento de Saco y de Montalvo, últimos Representantes de Cuba en España, para los recién creados cargos de Senadores por la isla, que naturalmente son concedidos a plutócratas incondicionales del Gobierno. Revocadas contra él las órdenes de prisión que existían, se establece en Madrid (1846) y se convierte en el agente mejor y más capaz que puede tener la colonia oprimida y desconocida en la Metrópoli ignorante e interesada.

Trabaja incesantemente por mover la opinión en pro de las suspiradas reformas y a esa tarea mezcla la continuación de sus estudios predilectos".

"Le sorprende, como a Saco, la propaganda anexionista que habían iniciado los cubanos (1848). Se traslada inmediatamente a París y en contacto con aquél inician una campaña verdaderamente asombrosa. Podemos resumirla diciendo que si Saco fue el paladín de la anti-anexión, Del Monte era su más apasionado consejero, el que de su peculio disponía la publicación de los folletos de aquél, el que los repartía y el que en Madrid no vacilaba en arrisegarse a sufrir persecuciones por el desempeño de esas tareas (1849-50), porque entre los oficiales del gobierno se sabía que Del Monte era cubano por encima de todas las cosas".

En 1836, cuando la isla sufría la desvergonzada y cruel arbitrariedad del célebre Capitán General Miguel Tacón, rechaza Del Monte el cargo de Asesor jurídico en Matanzas y categóricamente comunica estas razones al Diputado a Cortes Don Andrés de Arango: "Además que, hablando en plata, mi querido paisano, cualquier juez, magistrado, oídor, fiscal, en fin cualquier hombre *de ley,* empleado para hacer cumplir *la ley,* que ha observado *la ley,* que trata de practicarla y que la considera como una divinidad, hace muy triste y comprometido papel, ejerciendo su oficio en una sociedad que está declarada en estado de sitio, y en donde no hay ley que observar, porque la única ley es la voluntad absoluta y arbitraria de un hombre. Así, pues, yo, agradeciéndole a Ud. con toda mi alma sus buenos deseos y oficios por colocarme, le suplico que mientras este sistema *sin ley,* o que prescinde de ella, dure en esta Isla, suspenda sus amistosos pasos y empeños en mi favor; que no nací para ser instrumento pasivo de la opresión de mi patria, ni para vender mi entereza a ningún género de servidumbre".

Y en otras de sus cartas, del mismo año, insiste: "quieren recetar a esta Isla menos proporción de libertad... ninguna libertad... hasta que exasperada con la injusticia, como se exasperaron Méjico y Colombia, rompa, aunque sea suicidándose, la coyunda con que la quiere sujetar la Metrópoli. Lo que importa, dicen allí zegríes y abencerrajes, es que venga dinero de Cuba para los apuros de Fernando y los apuros de Isabel, con tal que venga dinero, aunque se alcance a la usanza del salvaje que corta el árbol para coger la fruta".

A la propia Reina, en un memorial que debía presentar el Ayuntamiento de la Habana, advierte Del Monte: "aquí se sabe también que nada corrompe tanto los pueblos como el despotismo, porque les quita la idea de la dignidad personal, los priva del uso de su entendimiento y voluntad, y por lo mismo los absuelve de toda responsabilidad moral en sus acciones, reduciéndolos a la condición vergonzosa de brutos irracionales; y como en Cuba se ven todavía miles de hombres sumidos por aquella causa en el cieno de la corrupción y de la crápula más hedionda, aspiran sus buenos patricios al establecimiento

de otro régimen, que vaya paulatinamente curando este gran mal: aquí se sabe igualmente que la instrucción primaria y secundaria es tan precisa como el alimento material, para el sustento de la vida del alma, que es la verdadera vida, y que la sociedad donde no se provea a la educación general de sus individuos, por más *rica* que sea, será cuando más un gran taller compuesto de máquinas productoras, pero no merecerá el título de pueblo *civilizado;* y como en Cuba se quedan sin educar en escuelas las nueve décimas partes de su población blanca y libre, sin que nadie hoy se compadezca de esta horrorosa miseria moral, los cubanos-españoles que habían leído y se sabían de memoria los conceptos de Luis Vives, del Brocense y del Conde de Campomanes antes de estudiar los de Franklin, Brougham y Cousin, sienten el noble y castizo deseo de encontrar en otro nuevo régimen el alivio de tan funesto daño".

Del Monte se había establecido en Madrid y con amargura comenta que sólo en la propia España podía lucharse en favor de Cuba, pues en ésta el despotismo local era tan receloso y duro, que ya los cubanos habían desistido de reunirse para deliberar sobre asuntos políticos; que nadie se aventuraría a redactar, desde la isla, una simple petición de reformas a la metrópoli y que en todo caso el Capitán General amontonaría innumerables acusaciones contra los que lo intentaran. Cuadro, por desgracia, muy real, de esa jerarquía del miedo y del atropello que parte de un gobierno ciego y termina en subalternos demasiado avisores.

Pero también las esperanzas de que en Madrid comprendieran algún día el problema de esta España americana, resultaron fallidas. Es sorprendente la violencia que este desengaño desata al fin en un hombre como Del Monte: "Ha llegado el momento —escribe en 1849 al Conde Montalvo— en que los últimos diputados elegidos legalmente por la isla de Cuba y los únicos órganos legítimos que tiene hoy aquel país, deben levantar su voz y dirigirla al Congreso español, reclamando los derechos políticos de que fue tan injustamente despojada la isla de Cuba en 1837. Autorizan a ustedes para ello las circunstancias críticas en que se encuentra aquella isla, la amenaza de una invasión extranjera, apoyada y favorecida por los habitantes de la misma tierra: la idea de la anexión a los Estados Unidos se propaga hasta entre los peninsulares avecinados allí: estos temores son tan fundados que P... y E... lo manifiestan categóricamente a sus amigos y corresponsales de Madrid. Y esto que sucede allí es muy natural. De la Metrópoli no recibe la colonia, desde que murió Fernando VII, más que agravios: de los Estados Unidos, riqueza y civilización. La oportunidad de la representación de ustedes es muy consecuente y muy favorable. Los diputados que protestaron en 1837, están en la precisa obligación de reclamar en 1849 la suspensión de una medida que el tiempo ha venido a desacreditar como perniciosa al par de injusta. La isla de Cuba hace once años que fue declarada sierva, de hija

de España que era: desde entonces quedó excomulgada de la comunión política española: desde entonces ya no tuvo que ver nada con España: poco a poco se han ido aflojando los lazos de parentesco político que la unían con la península, y el sentimiento de la injusticia creó en la población agraviada el rencor contra sus opresores, y el deseo vehementísimo de separarse de ellos para siempre. Siendo impotente para realizar la independencia, habrían soportado, rabiando, el odioso yugo por mucho tiempo, y España habría podido prolongar indefinidamente *por la fuerza* su dominación, si los Estados Unidos no hubiesen venido a despertar las muertas esperanzas de los cubanos, con sus recientes triunfos en Tejas, en Oregón y en Méjico. Perderá, agregándose a la confederación de Washington, costumbres, religión, historia y literatura. Gran pérdida, dicen ellos, hacemos perdiendo todo eso que suena mucho, pero que no es nada, porque todo eso no es más que la nacionalidad aborrecida de España".

"¿Quién es responsable ante Dios de este lastimoso descarrío, de este odio del hijo desnaturalizado que reniega de su padre y de su familia y prefiere ir a echarse en brazos de extraños? El padre...".

Y no es difícil advertir que ya Del Monte también ha llegado a participar de ese odio.

Cinco años más vivió, siempre en Madrid. Murió en 1853 sin que de sus afanes políticos obtuviera Cuba el menor alivio para sus males.

Pero su obra cultural se multiplica con extraordinarias resonancias durante todo el siglo: "cuando la noticia de su muerte es conocida en los círculos cubanos, hasta los anexionistas de *La Verdad* hacen un alto en su campaña y saludan al desaparecido con gesto noble y prócer, y desde ese momento todas las plumas son para elogiarlo y ya no aparecerá en Cuba un libro en el que no se le mencione. Saco dedica a su memoria el primer tomo de sus *Papeles;* en todas las antologías que publiquen los jóvenes se recogerá su obra lírica con reverentes manos filiales. Sus juicios y sus opiniones serán aquilatados. Luaces, Zenea, Mendive, reconocerán la deuda que con él tienen contraída. Suárez Romero, Federico Milanés, Calcagno, López Prieto, estudiarán su influencia en los sectores literarios de nuestro medio. Y, más tarde, hablan con encomio de su obra Bachiller y Morales, los Guiteras, López Prieto, y así en larga teoría hasta llegar a Mitjans y a Manuel de la Cruz, a Chacón y Calvo y Max Henríquez Ureña, pasando por Manuel Sanguily, ¿cuál no habrá sido la utilidad preciosa de la labor de este venezolano que a Cuba dedicó todo los afanes de su inteligencia, que llegó a merecer de José Martí la frase única que lo consagra: "El más real y útil de los cubanos de su tiempo?".

Y hasta en esta cita observamos cómo, casi simultáneamente, se le llama venezolano y cubano.

IDEOLOGIA DE UN OLIGARCA (1)

PARECE INDISCUTIBLE que con la edad toda persona se hace rutinaria, testaruda, y que ya en la madurez cuesta trabajo cambiar nuestros puntos de vista; se ha llegado a decir con una frase tan cruel como absoluta, que "los viejos no tienen convicciones sino manías".

No parecen ser sino excepciones afortunadas los hombres de Estado, los escritores, y aún los militares y jefes de industria que hasta edad muy avanzada dan abundante y eficaz rendimiento.

Pero la afirmación simétricamente contraria a aquélla —o sea, que la juventud debe considerarse sinónima de agilidad mental y de independencia— no es, por desgracia, completamente cierta.

Y hoy en día lo es menos, porque la política —en el mundo entero, y tanto la de izquierda como la de derecha— de tal manera embebe todas las actividades, que ni aún los juicios sobre la historia, el arte o la ciencia dejan de estar mediatizados por su influencia; apenas el adolescente comienza a inquietarse por los grandes problemas humanos cae forzosamente en un grupo —familiar, escolar, literario o artístico— que ya tiene hechas sus ideas sobre aquellos problemas. Ahora bien, esas presuntas ideas son solamente estribillos o consignas políticas, aunque a veces ni el mismo grupo se da cuenta de ello, y menos aún el entusiasta catecúmeno que sufre su influencia y se cree sin embargo hombre libre y audaz.

Dijérase que el mundo moderno no es sino un conjunto de esferas de propaganda, que milagrosamente —diabólicamente, mejor dicho— no se destrozan unas a otras. En una de ellas cae el joven y es casi seguro que ya no saldrá jamás.

El anciano es esclavo de sus propios prejuicios, y el joven de los prejuicios del grupo; el viejo, al perder en curiosidad y agilidad ha perdido en la misma proporción la posibilidad de ser realmente libre, pero en el joven

(1) Aunque las observaciones con que comienzo este trabajo las he publicado ya en otro sobre el mismo don Fermín Toro ("La luz y el espejo", Caracas, 1955) las reproduzco aquí porque me parece imprescindible empalmarlas con el nuevo estudio que le dedico.

tiene el mismo efecto funesto la prontitud con que el grupo le resuelve, con la mayor simplicidad, todas sus interrogaciones; y del joven se podrá decir, a semejanza de lo que se dice del anciano, que no tiene convicciones, sino... consignas.

Muy mal anda en todas partes la libertad de criterio, y no sólo por obra de los gobiernos; los viejos la pierden fatalmente cuando el desgaste biológico les endurece el pensamiento; los jóvenes no pueden ejercitarse en ella porque el grupo les exige que "se definan" y les hace creer que es cobardía la duda intelectual y virtud la intolerancia; los viejos no pueden conservar la libertad de espíritu y los jóvenes no llegan a adquirirla. Infortunadamente, aquí también podría decirse: "si la vejez pudiera, si la juventud supiera...".

Pensaba en esto queriendo explicarme cómo es posible que Fermín Toro siga catalogado para los venezolanos entre los *conservadores;* y sobre todo, dentro del peculiar criterio que considera a nuestros conservadores como seres retrógados, egoístas y empecinados.

Leed cómo escribía este peculiarísimo oligarca: "Si es una verdad que el género humano no ha de dividirse en raza de víctimas y raza de sacrificadores, apreciarse debe la condición social de una nación no por el número de los poseedores sino por el de los que carecen. Examínese dónde las fortunas están más repartidas; fórmese la escala descendente; dígase dónde hay menos seres racionales que carezcan de lo que hace la vida llevadera, dónde hay menos que carezcan de lo absolutamente necesario, dónde hay menos de esos seres que viven en perpetua agonía y para quienes la vida es una maldición y la creación entera una iniquidad; y entonces diremos a punto fijo cuál es la nación más dichosa, cual la sociedad más humana".

Cuánta juventud —en el mejor sentido de la palabra— hay en sus pensamientos, cuánto equilibrio de mesura y audacia, de reflexión y de valor moral. Y cuántos de sus juicios podrían —hoy, más de cien años después de escritos— parecer peligrosos a los timoratos.

"Nada en la sociedad —observa— es anterior ni superior a la ley. La propiedad, la libertad, todo es protegido por ella, pero el que la invoca tiene que admitirla en todas sus condiciones. La primera de todas es no sancionar nada injusto, nada opresivo, nada inicuo; si tuviera otro carácter, dejaría de ser la ley de la sociedad y de la armonía, y sería la ley de un poder o de una fuerza especial. La ley que permitiese al rico hacer el uso que quisiese de su riqueza y poder, sin restricción alguna en favor del pobre o del necesitado, sería la ley del rico; la ley que permitiese al fuerte el empleo libre e ilimitado de su fuerza, sería la ley del fuerte; la que autorizase al astuto para engañar al que pudiera, sería la del astuto".

Este oligarca era, pues, como vemos, un doctrinario del socialismo utópico, que representaba en su época lo más avanzado del pensamiento político mundial.

Pero ese socialismo liberal —empalme de doctrinas que hoy son irreconciliables —requiere algunas consideraciones previas.

Podríamos decir a la ligera que a comienzos del siglo pasado el socialismo no se había desprendido todavía del amplio movimiento liberal revolucionario que parecía destinado a dirigir el mundo hacia una democracia efectivamente igualitaria tanto en lo económico como en lo político.

Más correcto sería decir —con una ligera variante que tiene sin embargo, gran importancia —que el liberalismo político conservaba toda su pujanza revolucionaria, y por eso no podía dejar que se le escapasen las nuevas exigencias de justicia social que debían ser su culminación lógica en el campo económico.

Digo que este último planteamiento es más correcto porque el socialismo no se separó del liberalismo político —hasta llegar a enfrentársele como antagónico— sino cuando este último, manejado por sofistas arteros y reaccionarios, perdió el dinamismo creador que lo mantenía a la vanguardia de las reivindicaciones populares, y aceptó que lo confundieran con el liberalismo económico que se negaba a toda iniciativa innovadora.

Lo esencial en el liberalismo político era el principio de la libre discusión como base de los gobiernos, y sin abandonar este principio hubiera podido ampliarse y enriquecerse, a compás de la opinión pública, hasta abarcar y dirigir todos los aspectos —incluso el económico— de la transformación social que había sido su objetivo primordial.

No sucedió así porque lo peor de la reacción que se desató en Europa hasta 1848, no fue la represión violenta con que quiso ahogar todo residuo de *jacobismo,* sino el escamoteo y la mistificación que introdujo en la doctrina del liberalismo político, para subordinarlo al liberalismo económico y convertirlo así en un odioso instrumento contrarevolucionario.

La ideología de Don Fermín Toro corresponde precisamente a aquel momento de feliz y sincero equilibrio en que el liberalismo político se abría valientemente hacia el socialismo. Parafraseando algunas de sus expresiones diríamos: al momento en que la doctrina de la *armonía social* parecía dispuesta a identificarse con la doctrina de la *igualdad necesaria,* que en realidad había nacido de su seno.

Firme en esta posición, Don Fermín Toro rechaza "la influencia desmoralizadora del comunismo", pero tampoco admite que hipócritamente se invoque la libertad para detener la acción armonizadora del Estado:

"Los partidarios —escribe— de la escuela de Say, de Bentham, y de algunos otros escritores modernos, principalmente economistas, miran la libertad como objeto, como principio el más sagrado; y aplicándola a la industria, le subordinan o más bien le sacrifican la igualdad que sí puede llamarse fin y objeto de la sociedad. Monstruosa me parece esta doctrina y causa de inmensos males en el seno de la sociedad. Yo sostengo la tesis contraria como

la más racional, la más conforme a los principios de la humanidad, y la más propia para conservar las relaciones de justicia, equidad y benevolencia entre los miembros de la sociedad. Yo sostengo que la libertad no es el *fin* de la sociedad, y que como medio o facultad, debe estar subordinada a la *igualdad* necesaria, que es el objeto principal de la sociación, pues por ella, y en la categoría de derecho, todo individuo *debe* poseer los medios de conservar su dignidad moral y su existencia física. Falta desarrollo en un elemento social; prepondera uno a expensas de los otros; la acción política, religiosa o industrial causa violencias, o deprime los otros círculos; hay una parte del pueblo que carece de educación moral, de enseñanza intelectual, de medios de subsistencia: en cualquiera de estos casos puede asegurarse que la *igualdad* necesaria padece, que el principio moral está violado, que el estado de la sociedad es anormal, violento e injusto, y que la *libertad* que entonces se ejerce por algunos con daño de los otros, es tiranía, es iniquidad, porque rompe la armonía y viola la igualdad".

Del mismo modo, aunque reiteradamente proclama su respeto a la ley y la considera como origen y base de toda creación social, no la admite como un dogma intangible, ni la considera sagrada cuando se emplea para encubrir la extorsión que se ejerce contra los desvalidos.

Por eso denuncia que para los hombres interesados en que la sociedad tenga por base la justicia y la moral "no es indiferente ver pocos hombres aumentar su fortuna más rápidamente de lo que permiten las fuerzas de la naturaleza y el trabajo del hombre aplicado al comercio, a la agricultura y a las artes... No es para la sociedad, espectadora de escenas diarias, un objeto de execración, ni un motivo para hacer ovaciones a la libertad, el propietario que despojado de sus bienes, vendidos en subasta por la tercera o cuarta parte de su valor, anuncia su desgracia a su familia consternada, calcula rodeado de ella sus pérdidas, recuerda el contrato que las causa, deplora su ignorancia o la necesidad que lo expuso a condiciones tan duras, pinta con los colores del resentimiento la crueldad de su acreedor, e infunde con el lenguaje de la desesperación en sus hijos, y en sus deudos, en su criados y en sus amigos, el odio a la ley, a los jueces y a la sociedad".

Esta última consecuencia de la injusticia, no es por un recurso patético que aparece señalada por Toro. Corresponde, muy deliberadamente, al concepto del problema social, tal como él lo adivina en Europa y en América.

Con respecto al Viejo Continente vaticina en forma tajante que el *pauperismo* es la "potencia oculta que va a volcar sus instituciones"; y, en otra ocasión, nos pinta así la crisis que se avecina para nuestras Repúblicas: "La América ofrece una combinación de intereses sociales más complicada que todas las que recuerda la historia. Los principios más latos y atrevidos de la democracia, como un soplo constante que se difunde en todo un hemisferio, comunican calor, actividad y aún fiebre, a masas antes inertes, divididas,

clasificadas y como pasadas por un harnero que separaba sangre de sangre, y espíritu de espíritu. La convocación está hecha a esta multitud de facciones en el campo de la política. Nada las distrae ni las detiene, porque no tienen leyendas tradicionales, ni abstracciones de filosofía, ni escuelas de artes, ni campo a la emulación científica, ni el engolfamiento de la creciente industria, ni las precauciones consiguientes a la acumulación de las riquezas. Las masas vienen al terreno de la política puede decirse desnudas, rompiendo con lo pasado, y buscando en el porvenir la solución de dos cuestiones: mando y propiedad. Este es el gran problema de la armonía social que la América está llamada a resolver...".

Pero lo que me parece más interesante, aunque al parecer se trate de un simple argumento polémico, es la insistencia con que Toro busca ejemplos en los países de más arraigada tradición liberal —Inglaterra, Francia y Estados Unidos— para demostrar que sin abandonar esa tradición el Estado había intervenido en la vida económica a fin de remediar notorias injusticias sociales.

Esa era la clave del problema: allí es donde vemos hoy la bifurcación, que no ha debido producirse, entre el liberalismo y el intervencionismo. El Estado liberal —el liberalismo político— no tenía porque esclavizarse a los reparos inflexibles del liberalismo económico. Si éste se empeñaba en mantener una rigidez principista cuyo objeto era solamente paralizar la acción del Estado y mantener situaciones de privilegio económico odiosas, el liberalismo político podía separarse valientemente de ese esquema insidioso y conservando su principio esencial —la libre discusión como base del Gobierno —aliarse al socialismo en el campo económico, fortaleciéndose de paso con la opinión de los pensadores liberales más avanzados, que rehusaban aceptar la libertad como un tabú contra las exigencias de la justicia social.

Tal era la doctrina de Don Fermín Toro; el socialismo liberal, que debía ser la prolongación lógica del liberalismo revolucionario. En su época parecía destinado a imponerse; después se abrió un paréntesis de equívocos interesados, y socialismo y liberalismo llegaron a colocarse en posiciones irreconciliables. Hoy —a lo menos de hecho— se trata de nuevo de integrar las exigencias primordiales de ambas doctrinas, libertad y justicia social —pero un siglo perdido en artimañas sofísticas acumularon tantas injusticias y resentimientos que la crisis actual del mundo bien puede decirse que, en lo más profundo, no consiste sino en la dificultad de liquidar las consecuencias materiales y espirituales de ese siglo de hipocresía política.

UN CORAZON TODO VENEZOLANO

FUE EN 1865, AÑO de la muerte de Don Fermín Toro, cuando Juan Vicente González lo llamó "el último venezolano". Apenas 29 años antes, en ocasión igualmente solemne y luctuosa, se había dicho algo análogo, pero con ánimo totalmente diferente. Me refiero al título que el Congreso de Venezuela encontró como máximo elogio para Vargas, en el momento de aceptar su renuncia a la Presidencia de la República: "un corazón todo venezolano", lo llamó la representación nacional.

También ese día pudo parecer de muerte, y que muchos ideales de paz entre hermanos, de civismo y desinterés, se iban como en un ataúd; pero la conmovedora expresión con que el Congreso despide a Vargas no es de llanto ni de vergüenza: tiende por el contrario a proclamar que aquellos propósitos —y el patriotismo, la laboriosidad y el valor moral de Vargas— debían quedar como símbolo de "lo venezolano". Casi es también una deliberada negación de que aquella despedida fuera definitiva. Gracias a ella —querían pensar— Vargas permanecerá en Venezuela: en presencia efectiva, realizando una nueva labor al frente de la educación nacional y, sobre todo, como presencia espiritual de aquellas virtudes que de Venezuela le venían y eran las que le habían formado el corazón.

No eran propensos entonces los venezolanos al lamento y a la claudicación. El Capitán inglés Beaver, que en 1808 estuvo en Venezuela como Comandante del buque de guerra "Acasta", para observar los sucesos políticos, trasmitió a su gobierno un juicio sobre el carácter nacional que merece confrontarse con el que habitualmente los propios venezolanos se han inventado: "Creo poder aventurarme a decir que son leales en extremo y apasionadamente adictos a la rama española de la Casa de Borbón; y que mientras haya alguna probabilidad de la vuelta de Fernando VII a Madrid, permanecerán unidos a su Madre Patria. Pero si aquello no sucediese pronto, creo poder afirmar, con igual certidumbre, que se declararán independientes por sí mismos... Estos habitantes no son de ningún modo aquella raza indolente y degenerada que encontramos en la misma latitud de Oriente: antes parecen tener todo el vigor intelectual y energía de carácter que se ha con-

siderado generalmente como distintivos de los habitantes de regiones más septentrionales" (1).

Que un europeo considerara entonces a los nativos de otro continente con el vigor intelectual y la energía de carácter que sólo ellos mismos se atribuían, debe considerarse un elogio excepcional.

Y sin embargo, es el que se repite con relativa frecuencia por los viajeros que estuvieron en Venezuela.

Ya Humboldt había escrito: "Las comunicaciones múltiples con la Europa comerciante, y ese mar de las Antillas que he descrito antes como un Mediterráneo con muchas bocas, han influido poderosamente sobre el progreso de la sociedad en la Isla de Cuba y en las bellas provincias de Venezuela. En ninguna parte de América la sociedad ha tomado una fisonomía más europea... A pesar del aumento de la población negra, uno se cree, en La Habana y en Caracas más cerca de Cádiz y de los Estados Unidos que en ninguna otra parte del Nuevo Mundo".

El francés Depons avanza más aún: aunque no deja de anotar muchas deficiencias y defectos, observa que los criollos lejos de intimidarse ante el europeo lo vigilan con altivez. Llega hasta escribir: "Si la competencia se mantuviera en el terreno de los conocimientos adquiridos, indudablemente los criollos llevarían la ventaja, pues, en general, los venidos de España encuentran en el país gente que los supera en cultura".

Me interesa advertir esto: un desgraciado *rastacuerismo* de fin de siglo ocurrió muchas veces a la comparación de estas ciudades americanas con las europeas, y les parecía a nuestros *snobs* el colmo de la felicidad afirmar que Caracas, por ejemplo, era "otro París".

Lo que vengo diciendo tiene un sentido absolutamente opuesto: porque la comparación material de estas ciudades con las europeas hubiera sido absurda, es por lo que resulta sorprendente que salvando esas barreras de la realidad tangible, los europeos les encontraron una fisonomía, un carácter, que aquí no era inferior al de allá.

Así debe apreciarse también esta imagen que el Conde de Segur se llevó de nuestra capital: "La ciudad de Caracas se ofreció a nuestros ojos con bastante majestad... nos pareció grande, limpia, elegante y bien construida".

No; si el Conde de Segur se hubiera limitado a recordar lo que tuvo ante sus ojos, hubiera dicho solamente que Caracas era apenas una aldea tropical que no alcanzaba a los 40.000 habitantes, y de las más pobres del continente. Lo que para él transformó aquella realidad inmediata fue la so-

(1) Citado de los Archivos del Gobierno inglés, por Gil Fortoul y, con ligeras variantes, por O'Leary.

ciedad que encontró, europea por el vigor intelectual y la firmeza del carácter, según diría el inglés.

Cuántas meditaciones pueden sugerir estos datos que apunto sobre el carácter venezolano! ¿No romperán la rutina con que nos atribuímos, como si se derivaran de taras irremediables, cuantos infortunios o contratiempos nos salen al paso?

Porque lo curioso es que aquella interpretación deprimente del espíritu nacional se extiende a los más fútiles pormenores de la vida cotidiana: si un coche que pasa en días de lluvia nos salpica, o si alguien que va de prisa nos tropieza, o si un vecino nos da un pisotón, todos los venezolanos tienen la culpa y "este es un país donde no se puede vivir".

Creo muy saludable perseguir hasta estos extremos grotescos aquella manía de auto-acusación. Y denunciar también las exageraciones contradictorias que en nuestro egoísmo engendra: porque si debemos esperar durante mucho tiempo un autobús proclamamos que "eso no sucede sino en Venezuela", pero si el autobús para hacer puntualmente su recorrido no nos espera cuando llegamos con retardo, también nos enfurecemos y afirmamos que el carácter nacional no tiene remedio.

Y siempre en Venezuela "el último venezolano" es... uno que acaba de morir. Aunque a diario sigamos viendo a tantos venezolanos, médicos, escritores, filántropos, funcionarios, profesores, que por su abnegación o su honradez, por su laboriosidad o por su patriotismo, podrían merecer —aunque no fuera en la máxima categoría que Vargas— el espléndido elogio tan reconfortante: "un corazón todo venezolano".

EL PROYECTO DE AMERICA (*)

"Alborotar a un pueblo por sorpresa, o seducirlo con promesas, es fácil; constituirlo es muy difícil; por un motivo cualquiera se puede emprender lo primero, en las medidas que se tomen para lo segundo se descubre si en el *alboroto* o en la *seducción* hubo *proyecto;* y el proyecto es el que honra o deshonra los procedimientos; donde no hay proyecto no hay mérito. Hombres arrastrados a una acción por la fuerza de un genio superior, o por las circunstancias, no pueden probar que en su cooperación hubo cálculo. Se ha hecho la revolución... en hora buena; ha aparecido el valor, la constancia, el heroismo... falta todavía mucho para adquirir LA VERDADERA GLORIA CON QUE SE CORONAN LAS EMPRESAS POLITICAS". Simón Rodríguez.

I

LA CONFRONTACION de Europa con la América del Sur durante el siglo pasado parece que debiera concluir con un balance muy desfavorable para nuestro Nuevo Mundo. La Europa representa durante el siglo XIX la culminación de muchos ideales humanos —entre otros algunos preciosísimos, como la tolerancia política, la prensa convertida en instrumento de discusión pública, la obligatoriedad moral del Derecho de Gentes a lo menos entre las propias naciones europeas, el sistema deliberativo como principio de gobierno, avances notables en pedagogía, derecho penal, higiene, industrias, servicios públicos; y, sobre todo, un variado y riquísimo florecimiento de interrogantes en la novela, el teatro, la ciencia y la filosofía— mientras que nuestra América sólo exhibe, al parecer, su desorden político, un vaivén desesperante entre la tiranía y el despotismo, pobreza, rutina administrativa; la frustración, en suma, de casi todos los propósitos que animaron su emancipación y que debían ser la justificación moral de nuestras Repúblicas.

Gran parte de esta síntesis precipitada es, sin duda, verdadera. Pero algunos conceptos podrían también rectificarse en favor nuestro, buscando lo que en realidad sucedía bajo aquella apariencia, brillante allá y sombría aquí.

Desgraciadamente tendremos que comenzar por la tarea, nada grata, de

(*) Trabajo de incorporación del autor a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Venezuela.

afear esa Europa estilizada que paramentó y retocó el escritor europeo del siglo pasado y que los nuestros aceptaron con tanto entusiasmo. Creo, sin embargo, poder demostrar en el curso de este trabajo que no emprendo aquella odiosa labor con ánimo de desquite en nombre de Suramérica, ni para buscar en mal de muchos consuelo de tontos. Me propongo: 1º, recordar algunas fallas de aquella espléndida civilización que, de haber sido mejor estudiada, habrían evitado quizás la crisis espiritual y el desaliento que la propia Europa ha sentido al verse retroceder en el presente siglo hacia formas de violencia y desorden que parecían definitivamente superadas; 2º, que, por consiguiente, queda en evidencia el común origen humano de algunos males que aquí y allá fueron idénticos en el fondo, aunque bajo aspectos muy diferentes; 3º, demostrar que los propósitos de libertad y de redención popular que forman la doctrina de nuestra revolución emancipadora, ni fueron exaltación verbalista circunstancial, ni tampoco imitación intrascendente; que constituyen, por lo contrario, un "proyecto" —una doctrina— que, tanto antes como después de la emancipación, fue proclamado por nuestros pensadores y políticos con lúcida conciencia de sus alcances y de sus dificultades; 4º, que saber todo uno de aquellos propósitos —el concepto americano de la democracia— se afirmó y robusteció pese a todos los errores e infortunios de nuestra reorganización republicana, y que hoy nos ofrece caminos de renovación política que debemos estudiar sin esclavizar nuestro criterio a doctrinas de origen europeo, que corresponden a otra realidad de fondo.

Este último punto es, desde luego, el que considero más importante, porque implica utilizar la originalidad que ha tenido nuestra evolución social para eludir los atolladeros de violencia o derrotismo que a los pueblos de Europa se les abren en cada encrucijada, como consecuencia de su pasado histórico. En ese sentido "el proyecto de América" se refiere, no sólo a lo que logramos en el pasado, sino a lo que podemos pretender en el porvenir.

Desde luego comenzaremos por observar que Europa durante el siglo XIX estuvo obsesionada por dos fantasmas que estrecharon su vida política entre límites increíbles. Esos dos fantasmas fueron: el del *jacobinismo,* que a cada momento veían surgir del pasado; y el de las reivindicaciones proletarias, el *socialismo,* que parecía cerrarles el porvenir. Cualquiera idea de *libertad* debía mediatizarse concienzudamente porque podía despertar la Revolución del pasado; todo intento de *justicia social* debía analizarse con mucho recelo, porque podía arrastrarlos a la Revolución del futuro. En la propia Francia, que es la nación europea más abierta, más inquieta, esos dos terrores llegan a empatar a mediados del siglo, después de la revolución de 1848 y a la caída del imperio en 1870, y lo que sucedió es demasiado conocido para que necesite comentarlo.

En suma: el temor a la violencia, que veían acercarse de un lado y de otro, los paralizaba; y la legalidad que endiosaban en oposición al desenfreno

de los pueblos no europeos, casi nunca fue equilibrio y sana reflexión, sino un duro freno a la actividad popular y sinuoso arbitrio para disimular responsabilidades que temían afrontar.

Ahora bien, esa imposibilidad de superar sus condiciones de vida y de responsabilizarse sin caer en la violencia, fue también la verdadera y profunda realidad de nuestra América. Lo mismo que allá: problema humano común, como he sugerido. Nosotros —inexpertos y crédulos— decidimos correr el riesgo revolucionario y sacrificamos mucho para obtener poco; Europa —pendiente de que no se le hundiera el brillante escenario que levantaba sobre sus antiguos dolores— prefirió aplazar su problema y dejó intacto el fondo social donde rebullía.

Muy a menudo olvidamos lo que fue en Europa la reacción contra el *jacobinismo* y hasta qué extremos de crueldad e insensatez condujo.

Algunos documentos de la época le dan todo su sabor. Fernando VII, en uno de los decretos en que asumía el poder absoluto —octubre de 1823— decía con la mayor naturalidad refiriéndose al régimen constitucional que declaraba abolido: "La más criminal traición, la más vergonzosa bajeza, las más horrorosas ofensas contra mi real persona —éstas, acompañadas de la violencia— fueron los medios empleados para cambiar esencialmente el gobierno paternal de mi reino en un código democrático, el fértil manantial de desastres y desgracias".

Y no se crea que este juicio fuera peculiaridad de aquel vil y torvo "hijo de María Luisa", como lo llamaba Roscio. En la conciencia general, *democracia* había llegado a ser sinónimo de desorden, abusos, crueldades, imprevisiones: *jacobinismo.*

Víctor Hugo nos pinta en *Los Miserables* un "convencional", superviviente de la Revolución, que ha de vivir en absoluto aislamiento, rechazado por todos en un pueblo del Sur de Francia. Aunque se trate de una ficción romántica, indica el ambiente de la época. A fines del siglo, Menéndez y Pelayo, refiriéndose a la conspiración de 1795 en España, se expresa con este desenfadado y duro menosprecio: "parece imposible que (Villalta, uno de los conjurados) pudiera entrar en un proyecto tan descabellado, y sólo se explica tal *complicidad* por la especie de sugestión que la Revolución Francesa ejercía *entonces* en el ánimo de muchos de nuestros hombres de letras". El subrayado es nuestro para destacar dos conceptos muy significativos.

Volviendo a las impresionantes ideas políticas del Rey de España, recordemos que Francia respaldaba con su ejército aquella peregrina declaración de principios contra el "fértil manantial"; y detrás de ella casi toda la Europa, calladamente agrupada alrededor de la Santa Alianza. El mismo Fernando nos narra en otro de sus decretos: "Las Revoluciones de Nápoles, Turín y Lisboa fraguadas sucesivamente por los mismos medios y sobre los mismos prin-

cipios, convencieron plenamente a los soberanos de que ningún Trono estaba seguro a menos que se destruyeran de un golpe todas las cabezas de la hidra que amenazaba devorar el universo... así habría sucedido en verdad y a no ser por las resoluciones que para la salvación de la raza humana prevalecieron en los Congresos de Leybach y de Verona... Un esfuerzo solo del poderoso Emperador de Austria bastó para sofocar en pocos días la insurrección de Nápoles y del Piamonte..." (1).

Esa expresión de destruir todas *las cabezas de la hidra,* no es de lenguaje figurado: evoca muy bien los innumerables suplicios que los Borbones y el poderoso Emperador de Austria mantuvieron en vigencia para sostener su "paternal gobierno" e impedir que brotase de nuevo "el fértil manantial de desastres y desgracias", la democracia.

Acerca de Italia, observaba Stendhal en 1822: "el oficio de los gobiernos se limita a arrancar el impuesto y a castigar todo lo que se distingue"; y Taine añade a mediados del siglo: "Bajo los Borbones no se hacía ni se podía hacer más que tres cosas: beber, comer y a veces divertirse; respecto a lo demás, prohibición completa. Ni estudios, ni periódicos, ni viajes, ni conversaciones de religión o de política; las denuncias eran perpetuas y las prisiones horrorosas".

Esta consigna de amedrentar, embrutecer y envilecer al pueblo daba en todas partes sus frutos, como lo prueba el estado de conciencia colectivo que hemos señalado y que podría rastrearse en numerosas costumbres de la época. Y llegaba a esterilizar auténticos y sinceros hombres de pensamiento, así como a los órganos superiores de la cultura: "No quiero penetrar —dice Federico de Onís— en los años sombríos del primer tercio del siglo XIX, en los que la Universidad española llegó a un grado de abyección no igualado en épocas anteriores".

No varió mucho tampoco en los años posteriores la vida pública peninsular. El venezolano Rafael María Baralt, que la veía de cerca, comentaba en 1849: "...para los Doctrinarios españoles todas las revoluciones son insurrecciones merecedoras de exterminio a fuego y sangre. Lo uno: lo otro que la democracia es lo mismo que la demagogia. Y lo tercero que toda idea liberal es una idea *socialista".* En apoyo de lo cual, cita: "Nosotros, ha dicho *El Popular,* no hacemos distinción ninguna entre las revoluciones y las insurrecciones: igualmente ilegítimas, igualmente desastrosas, igualmente infames son las unas y las otras"; "Nosotros, ha dicho el Gobierno en las Cortes, no admitimos en principio ni adoptamos de hecho el sistema pernicioso de las *concesiones.* Conceder es abdicar; conceder es despojarse de lo propio; y antes que abdicar y despojarnos pondremos el depósito de la autoridad en otras manos". Ante lo cual se preguntaba Baralt: "¿es distinto este

(1) Para ambas citas de Fernando, ver Blanco y Azpúrua, tomo IV, págs. 206 y 208.

lenguaje del que .empleaban los partidarios del derecho divino de los reyes?" (2).

Si de los principios políticos pasamos a los hombres que ocupaban los primeros puestos en la escena pública, encontramos extremos no menos sorprendentes.

Bertrand Russell nos pinta de mano maestra los soberanos que dominaron en casi todos los países europeos cuando éstos se "reorganizaron" a la caída de Bonaparte (3).

Del Emperador de Austria, que tanto entusiasmo inspiraba a Fernando VII, nos dice: "Relevado (por su Ministro Metternich) de la responsabilidad exterior, Francisco quedó libre para dedicarse a la tarea, tan de su gusto, de regir la administración interna de su imperio. El sistema judicial estaba tan centralizado que conocía los detalles de las persecuciones más triviales y hasta se interesaba personalmente en la marcha de las ejecuciones. Muy raramente revisaba una sentencia y jamás usó la prerrogativa de la misericordia".

"Federico Guillermo (de Prusia) aun cuando su ejército se distinguió en ocasiones, gozó aún de menos respeto personal que el Emperador de Austria... Cuando, en 1807, Alejandro y Napoleón se hicieron amigos en Tilsit, envió a su hermosa reina para que intercediese por él con los dos Emperadores. Napoleón no se conmovió, pero el galante Alejandro quiso ser el campeón de la belleza en desgracia... la gratitud de Federico Guillermo para Alejandro fue cordial y duradera; pero hasta el último instante, debido, sin duda, a su temperamento irresoluto, fue un hombre desleal que se ganó el desprecio hasta de sus más cercanos aliados".

Inglaterra no era más afortunada: "A Jorge III, después de perder las colonias americanas y de prohibir que Pitt declarase la emancipación católica, se le juzgó al fin como loco; pero loco y todo fue todavía Rey de Inglaterra. Sus funciones las cumplía el Príncipe Regente, un niñote, avergonzado de su corpulencia, pero irrefrenablemente glotón para corregirla. Políticamente, el Príncipe Regente estaba del lado de lo más reaccionario; privadamente, junto a lo más despreciable".

En Francia, "Luis XVIII, a quien Europa unida restauró en el trono de sus antepasados, y en cuyo nombre, en cierto sentido, se había sostenido la guerra durante veintidós años, tenía pocos vicios, pero menos virtudes aún".

Alejandro de Rusia, que en medio de estas ignominias aparecía como la esperanza de Europa y del liberalismo político, fue al fin víctima de su contradictoria formación espiritual y llegó a ser el vesánico inspirador de la Santa

(2) "Programas políticos". Primera Parte. Por Rafael María Baralt y Don Nemesio Fernández Cuesta. Madrid, 1849.

(3) Bertrand Russell, "Libertad y Organización". Espasa Calpe S. A., Madrid, 1936.

Alianza. "Su tutor fue un virtuoso suizo que se llamaba La Harpe, el cual daba a su espíritu benevolencia racional, mientras su padre y su abuela empozoñaban su inconsciente"; y para ascender al trono hubo de aceptar el asesinato de su padre, nos recuerda Russell. "En los negocios interiores, durante sus últimos años, Alejandro no se condujo mejor que en los negocios de Europa. Hizo más rigurosa la censura, limitó la educación, restringió severamente la libertad académica y dedicó la mayor parte de su atención a las *colonias militares* que tenían por objeto someter a los aldeanos a la disciplina militar sin sacarlos de su trabajo de siervos... Con su tiranía pensaba que agradaba a Dios, a quien de seguro imaginaba con el rostro de su padre". Por la reacción a que se entregó llenó de suplicios a la propia Rusia y a Polonia, entregó la sublevada Grecia a Turquía para que fuera reducida en la misma forma, mantuvo la servidumbre de los campesinos, y su "paternal gobierno" usaba procedimientos tan simplistas, que a unos militares sublevados, "...S. M. el Emperador, considerando la larga detención preventiva de las personas mencionadas y el expediente de su conducta en la prisión, se digna aliviarles de la pena degradante del flagelo y mandar que les den seiscientos azotes a cada uno y los envíen después a los trabajos forzados en las minas".

Si comparamos esa galería de los representantes del absolutismo en Europa con los peores caudillos que a consecuencia de nuestras guerras acapararon el poder en Hispano América, ciertamente no tenemos por qué avergonzarnos; y advertimos que sólo el abuso del "color local", y de otros recursos literarios elementales, pudo engendrar una antítesis que no existía en lo fundamental.

Antes tendríamos que señalar en favor nuestro la relativa frecuencia con que aquellos incultos jefes de nuestras democracias alcanzaron alta calidad humana, y hasta aciertos y mesura de estadistas, guíados únicamente por espontáneo deseo de superación, o por la perspicacia y el orgullo que se les aguzaban en su alta posición, no pocas veces por bondad natural, y en muchas ocasiones por sincero patriotismo.

Y hay otra diferencia más trascendente: que aquellos soberanos, debido al mismo brillo que los rodeaba y protegía, corrompían o desorientaban en mayor grado la opinión pública; y ese halo que los nimbaba estimuló en la vida europea el carácter de superficialidad e hipocresía, cuyos peligros sólo ahora pueden apreciarse retrospectivamente. Por el contrario, nuestros caudillos no pasaron de ser los jefes accidentales de pueblos profundamente desorganizados por la guerra; en cierto modo, quedaban fuera de la conciencia colectiva como anormalidades que debían eliminarse, que tarde o temprano desaparecerían; a nadie se le hubiera ocurrido proclamar que ellos representaban "la legitimidad", como se decía de los gobernantes europeos.

Don Simón Rodríguez, el Maestro del Libertador, observaba con su

característica audacia intelectual: "La Europa es *ignorante,* no en literatura, no en ciencias, no en artes, no en industrias; pero sí en política. Un velo brillante cubre en el viejo mundo el cuadro más horroroso de miseria y de vicios. La grande obra de Europa se ha hecho sin plan —se ha fabricado a retazos— y las mejoras se han ido *amontonando, no disponiendo;* el arte brilla más en los *amaños* que en la *combinación;* las cosas más sublimes confundidas con las más despreciables hacen un contraste, bello por la perfección de las partes, pero desagradable por la impropiedad del todo... las ciudades modernas son modelos de gusto y de comodidad —muchas de las viejas van cediendo el puesto a las nuevas— pero los habitantes son siempre los mismos, saben más que antes pero no obran mejor, merecen elogios por lo primero, sin ser culpables por lo segundo".

Si consideramos que durante el siglo pasado el mundo entero vivió como arrodillado frente a la perfección que en todo sentido se atribuía a Europa, nos sorprende la sagacidad y el valor moral de ese análisis hecho desde un paupérrimo rincón de nuestra América.

Pero es que Don Simón representa precisamente la antítesis americana de la superficialidad, y a veces de la mala fe, que anularon en Europa los mejores ideales del liberalismo.

Comparemos, por ejemplo, los conceptos que predominaban allá y aquí sobre la educación popular.

Ya podemos suponer lo que sería esa educación popular en Rusia, en España y en Italia, según las citas que hemos hecho.

En Francia, Víctor Hugo consideraba en 1871 como un ideal la instrucción gratuita y obligatoria para el pueblo, y lo dejó anotado como uno de los proyectos que no podría lanzar a discusión por haberse separado de la Asamblea Nacional. Es dato que tomo de la reciente biografía del poeta por André Maurois, y, en contraste, podemos recordar que el 27 de junio del año anterior, 1870, en Venezuela se había decretado la instrucción pública gratuita y obligatoria, y el Gobierno estableció una renta especial destinada exclusivamente a aquel objeto.

Con respecto a Inglaterra, encontramos este dato en un manual escolar británico: "hacia 1870 no menos de la mitad de los niños de Inglaterra, que al crecer serían electores al Parlamento, carecían de toda educación" (4).

Y aquí tocamos en lo más impresionante de aquella situación europea con respecto a la educación popular —que no es esa cifra del 50% de desamparo infantil, ya bastante escandalosa— sino el concepto, al parecer tan ingenuo, de que tal deficiencia era solamente lamentable porque esos ignorantes serían electores al Parlamento al llegar a su mayor edad.

A eso se había reducido todo el problema de la educación pública: a

(4) "The World of to day", por E. N. Faucett y M. S. Kitcelin.

capacitar al pueblo para llenar una papeleta electoral. El problema de fondo —levantar sinceramente el nivel intelectual de los desamparados, redimirlos económicamente, hacerlos verdadera fuerza activa dentro de la política y la opinión del país— había sido escamoteado definitivamente. La verdad es que casi todas las pomposas discusiones de la época giran alrededor de esta interesada tontería: saber si se le concedería el sufragio a los que "supieran leer y escribir", o cómo primero se les enseñaría a leer y escribir a los futuros electores. Para que no se les engañase al ejercer tan importante función, se añadía frecuentemente. Como si aquellos políticos creyeran sinceramente que la ignorancia del pueblo, y la posibilidad de ser engañado, cesaran al aprender el votante las primeras letras.

Don Simón Rodríguez tenía que despreciar coléricamente esa adulteración. Muchos años antes —cuando estas naciones suramericanas emergían como Estados independientes— el Maestro del Libertador había señalado la revolución de fondo que debía acompañar, en lo social, a la revolución política que se efectuaba. Para ello pedía que la educación popular no se detuviera en la simple alfabetización de las masas y señalaba a las escuelas artesanales, que proyectó para hombres y mujeres, la integridad de objetivos —económicos, sociales y políticos— que permitirían al pueblo incorporarse, con acción propia y múltiple, a la vida total de la nación.

Así comentaba las disposiciones que con ese fin dictó Bolívar, algunas bajo su influencia: "Expidió un Decreto para que se recogiesen los niños pobres de ambos sexos... no en *Casas de Misericordia* a hilar por cuenta del Estado, no en *Conventos* a rogar a Dios por sus bienhechores, no en *Cárceles* a purgar la miseria o los vicios de sus padres, no en *Hospicios* a pasar sus primeros años aprendiendo a servir, para merecer la preferencia de ser vendidos a los que buscan criados fieles o esposas inocentes... los niños se habían de recoger en casas cómodas y aseadas con piezas destinadas a talleres... se daba ocupación a los padres de los niños recogidos, si tenían fuerzas para trabajar... tanto los alumnos como sus padres gozaban de libertad, ni los niños eran frailes, ni los viejos presidiarios".

"La intención no era (como se pensó) llenar el país de artesanos rivales o miserables, sino instruir y acostumbrar al trabajo, para hacer hombres útiles, asignarles tierras y auxiliarlos en su establecimiento... era ***colonizar el país con sus propios habitantes.*** Se daba instrucción y oficio a las mujeres para que no se prostituyesen por necesidad, ni hiciesen del matrimonio una especulación para asegurar su subsistencia".

Si juzgáramos con nuestro criterio actual, diríamos que tales proyectos no tienen por qué señalarse como excepcionales; pero la verdad es que en Europa no existían entonces sino esas *Casas de Misericordia,* esos *Conventos,* esas *Cárceles* y esos *Hospicios,* que convertían en una hipocresía social más la pretendida protección a los niños desamparados. Y, hasta comienzos del si-

glo actual, las mujeres, desprovistas de independencia económica y aherrojadas por los prejuicios, a menudo no tenían otra alternativa que prostituirse o venderse como esposas inocentes, según el sarcasmo que usa Don Simón.

De amplísimo alcance es la finalidad económica que señala Rodríguez —oficios y tierras para el pueblo— y cuando precisa el objetivo de *colonizar el país con sus propios habitantes* llega a una intuición genial. Consideremos que muchos años después dos grandes pensadores argentinos, Sarmiento y Alberdi, interesaron a toda la América, el uno con la bandera de la educación y el otro con la de colonización. En don Simón Rodríguez encontramos armonizados ambos conceptos: *colonizar el país con sus propios habitantes* significaba educar a los criollos para que ellos mismos iniciaran la transformación económica y cultural de la patria.

Desde lejos venía en Venezuela esta idea de la transformación social que debía acompañar a nuestra emancipación política, y la reiteración de sus principios demuestra que "el proyecto" pedido por Don Simón —el proyecto de América— existía como una doctrina coherente de amplia raigambre colectiva. Por otra parte, hasta mediados del siglo pasado, a lo menos, se prolonga sin interrupción.

En febrero de 1811, por consiguiente cuando aún no se había declarado la independencia, ya el Licenciado Miguel José Sanz pedía una Ley agraria que modificara las condiciones de la propiedad en el campo: "¿Por qué algunos propietarios de ganado —escribía— han de ocupar terrenos cuya sola extensión parecerá increíble a quien no la conozca? ¿Por qué no se han de entregar en venta, o en largo arrendamiento, aquellas partes de estos territorios que están inútiles para la cría y conservación del ganado, puestas en manos de uno solo, y que multiplicarían la especie si las poseyesen diversos? ¡Cuán distinta sería la multiplicación! ¡Qué otra la abundancia! ¡Qué principio de ocupaciones útiles para muchos que ninguna tiene! ¡Qué nuevo medio de exterminio para esos perniciosos y vagabundos ladrones!".

"El Gobierno debe considerar este punto con tanta mayor atención, cuanto que en él estriba una parte muy principal de la felicidad de la provincia. No hay ni debe haber distinción alguna entre los territorios destinados a la cría del ganado, y los que se destinan a la agricultura; y con respecto a éstos, cuán escandaloso es ver valles y montañas feraces, pero incultas, en el dominio de un solo propietario, que por sus pocas facultades para ello, o por desidia, o por caprichos extravagantes, ni los cultiva, ni los vende a otros que contribuirían a la abundancia común, a su utilidad particular, y a las rentas del Estado! ¡Y cuánto más escandaloso, después que una larga experiencia ha hecho ver en Europa que es esta una de las causas más principales de la miseria de los pueblos! ¡Ojalá que una ley agraria, justa, equitativa y sabiamente meditada, destruyese una costumbre tan perjudicial a ellos y a los mismos propietarios!".

Y aunque cohibido por el concepto de la propiedad como derecho absoluto —lo cual, en su época, se consideraba indiscutible— no deja sin embargo, de argumentar el Licenciado: "Es verdad que los propietarios pueden hacer de sus propiedades el uso que les parezca: pero no siempre: tienen casos y limitaciones que coartan esta facultad. Cuando se interesa el común o el bienestar de alguno o algunos particulares, no deben obrar los propietarios arbitrariamente: su autoridad entonces está circunscrita por la ley. Al pródigo por su propia utilidad se le prohibe la disipación de sus bienes; y cuánto más deberá ser contenido el que quiere disponer de sus propiedades con notable perjuicio del Común" (5).

Algunos años más tarde, Don Fermín Toro se mostraría mucho más audaz: "La ley que permitiese al rico —decía— hacer el uso que quisiese de su riqueza y poder, sin restricción alguna en favor del pobre o del necesitado, sería la ley del rico; la ley que permitiese al fuerte el empleo libre e ilimitado de su fuerza, sería la ley del fuerte; la que autorizase al astuto para engañar al que pudiera, sería la del astuto". Y acerca del problema social, que en toda América vomitaba sus lavas a través de la resquebrajada corteza de nuestras instituciones políticas, advertía: "La América ofrece una combinación de intereses sociales más complicada que todas las que recuerda la historia. Los principios más latos y atrevidos de la democracia, como un soplo constante que se difunde en todo un hemisferio, comunican calor, actividad y aún fiebre, a masas antes inertes, divididas, clasificadas y como pasadas por un harnero que separaba sangre de sangre, y espíritu de espíritu. La convocación está hecha a esta multitud de facciones en el campo de la política. Nada las distrae ni las detiene, porque no tienen leyendas tradicionales, ni abstracciones de filosofía, ni escuelas de arte, ni campo a la emulación científica, ni el engolfamiento de la creciente industria, ni las precauciones consiguientes a la acumulación de las riquezas. Las masas vienen al terreno de la política puede decirse desnudas, rompiendo con lo pasado, y buscando en el porvenir la solución de dos cuestiones: mando y propiedad. Este es el gran problema de la armonía social que la América está llamada a resolver...

Don Rafael María Baralt, a quien consideramos conservador en Venezuela, escribía en España: "...las clases medias se mantienen a pie firme sobre el terreno del sistema representativo, que en su solo provecho han inventado... Visto de cerca el mundo actual, bajo la forma que le ha dado el gobierno representativo, semeja a un vasto campo donde un mismo pueblo se halla dividido en dos pueblos diferentes: uno que posee todos los instrumentos del trabajo, tierras, casas, capitales, derechos, facultades, inteligencia, fuerza, voluntad: otro que nada posee, porque de nada puede hacer uso a su

(5) Citado por Juan Saturno Canelón en la excelente biografía del Licenciado Miguel José Sanz. Publicaciones del Colegio de Abogados del Distrito Federal, 1956.

albedrío, y cuyas son, como necesidades inseparables de su existencia, la sujeción, la fatiga, la servidumbre, el hambre, en paz, en guerra. Este segundo pueblo mantiene al primero; para él trabaja, y por él sufre: pero, en descuento, por él vive gobernado de padres a hijos con el equitativo imperio que le dan la propiedad y la herencia de las condiciones y los títulos sociales... Los dos pueblos de que acabamos de hablar pueden ser por consiguiente clasificados de otro modo: pueblo que hereda la ociosidad; y pueblo de quien es patrimonio el trabajo: pueblo señor y pueblo siervo" (6).

Es impresionante advertir así una tradición de audaz contenido social que une a Don Simón Rodríguez, Sanz, Toro, Baralt— y sin duda a muchos otros pensadores venezolanos— desde los años iniciales de la Independencia hasta que, por desgracia, todas las discusiones doctrinarias desaparecieron bajo el despotismo iniciado a mediados del siglo. Que sepamos, nadie se ha ocupado en estudiar esa tradición. En mi discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia quise destacar el socialismo *utópico* de Don Fermín Toro (7). Sobre Baralt, que en sus polémicas de 1848 llega hasta tocar en Marx, publiqué un pequeño esayo en el Boletín de la misma Academia nº 169, del primer trimestre de 1960. Las ideas de Don Simón Rodríguez son más conocidas y temo que en lo que a mí se refiere pueda reprochárseme haber insistido en ellas con exceso. En cuanto a Sanz, el volumen que le dedica el doctor Canelón es muy interesante. Pero el análisis del pensamiento revolucionario de los escritores venezolanos de aquella época, puede decirse que permanece apenas indicado.

Volviendo a Europa diremos también que de nada hubiera valido a aquellos niños europeos tener escuelas gratuitas en número suficiente, porque las condiciones económicas del pueblo eran tales, bajo la imposición del industrialismo naciente, que precisamente los más desamparados entre los desamparados —las mujeres y los niños en quienes pensaba Don Simón Rodríguez— llevaban en Europa una vida mil veces peor que la de los esclavos.

El mismo Russell nos narra esto: "Había dos sistemas en el trabajo de los niños: el viejo sistema de los aprendices pobres y otro sistema más nuevo, que era el de los niños "libres". El antiguo era así: en Londres y en otros varios lugares, cuando una persona recibía una ayuda de pobre, la parroquia reclamaba el derecho exclusivo a disponer de los niños hasta la edad de veintiún años. Hasta 1767 casi todos estos niños morían, así que no surgía ningún problema para las autoridades. En aquel año, sin embargo, un filántropo, llamado Hanway, logró que se diera un decreto por medio del

(6) "Lo pasado y lo presente". Madrid, 1849. Para la crítica de estas afirmaciones ver mi estudio sobre "Las ideas políticas de Baralt.

(7) "Libertad y Justicia Social en el pensamiento de Don Fermín Toro". Caracas, 1947. Reproducido con pequeñas adiciones en "La luz y el espejo", ensayos. Caracas, 1955.

cual los niños, hasta los seis años, se albergasen fuera y no en el mismo edificio donde trabajaban. El resultado fue que un gran número tuvo la desgracia de sobrevivir, y las autoridades de Londres se encontraron con el problema de utilizarlos. La demanda de trabajo infantil en las fábricas de Lancashire proporcionó la solución. Los niños eran aprendices de algún dueño de fábrica y virtualmente llegaban a ser cosa de su propiedad hasta la edad de veintiún años. Si la fábrica trabajaba continuamente día y noche, los niños trabajaban en dos turnos de doce horas cada uno, y cada cama se distribuía entre un niño que trabajaba de día y otro que trabajaba de noche. Estos eran los más afortunados. En las fábricas que se cerraban de noche había sólo un turno, y los niños venían a trabajar de quince a diecisés horas cada día". Y agrega esta otra observación: "Y no era sólo en las fábricas de algodón en donde se martirizaba a los niños; en las minas de carbón se les sometía también a condiciones no menos terribles. En las minas había, por ejemplo, el *traper,* que eran niños de cinco a seis años, los cuales se sentaban en un pequeño agujero hecho al lado de la puerta y sostenían una cuerda entre sus manos durante doce horas. Por regla general, estaban a oscuras, pero algunas veces un caritativo minero solía darles un trozo de vela. Una niña de ocho años, según el Comité de empleados de los niños de 1842, decía: Yo no sostengo el *trap* si no tengo luz; me da mucho miedo. Llego a las cuatro, y algunas veces a las tres y media de la mañana, y salgo a las cinco y media de la tarde. Nunca duermo. Cuando tengo luz, algunas veces canto, pero no puedo cantar en la oscuridad. No me atrevo entonces".

"Por el trabajo de los niños en tales condiciones pudo adquirir Lord Melbourne la fortuna que le permitió ser tan civilizado y tan atractivo. Castlereagh, lo mismo que Lord Londonderry, poseía minas muy importantes. La principal diferencia entre las minas y las fábricas de algodón, era en realidad, que muchos de los jefes aristócratas de los dos partidos estaban directamente interesados en las minas y se mostraban tan insensibles como el propietario más brutal de las fábricas. Era de muy mal gusto, en las conversaciones elegantes de la casa Holland, referirse a la agonía de los niños torturados".

Y esta curiosa reacción frente a las injusticias que sufría el pueblo no se limitaba a aquellos poderosos, pecuniariamente interesados en mantener una situación que les garantizara su cómoda somnolencia. Toda la moral pública, aún en las esferas más elevadas, se había adaptado a aquella concepción del mundo. Hasta se llegó a considerar que el ascenso del pueblo era una amenaza para la cultura y para la verdadera libertad del espíritu. Ortega y Gasset nos recuerda el hecho, y, como buen europeo, se coloca abiertamente —cien años después— al lado de aquella concepción estrechamente aristocrática. "El hombre —escribe— que ahora intenta ponerse al frente de la existencia europea es muy distinto del que dirigió al siglo XIX, pero fue produ-

cido y preparado en el siglo XIX. Cualquiera mente perspicaz de 1820, de 1850, de 1880, pudo, por un sencillo razonamiento *a priori,* prever la gravedad de la situación histórica actual. Y, en efecto, nada nuevo acontece que no haya sido previsto cien años hace. "¡Las masas avanzan!", decía, apocalíptico, Hegel. "Sin un nuevo poder espiritual, nuestra época, que es una época revolucionaria, producirá una catástrofe", anunciaba Augusto Comte". "Veo subir la pleamar del nihilismo", gritaba desde un risco de la Engadina el mostachudo Netsche. Es falso decir que la historia no es previsible. Innumemerables veces ha sido profetizada".

No menos impresionante es lo que nos cuenta Jorge Brandes sobre el estado de la opinión pública en Francia: "Por todas partes —dice— por donde yo iba, encontraba ocasión de sacar a relucir la necesidad de la enseñanza obligatoria gratuita o extremadamente barata en Francia, porque esta idea era considerada en todas partes como una utopía o una vieja ilusión, desde hacía mucho tiempo pasada de moda. Sin embargo, cuando en mis conversaciones con Renán, tuve ocasión de hacer alución a ello, las declaraciones de éste fueron hasta tal punto paradójicas, que me costó algún trabajo tomarlo en serio. Sus argumentos contra la enseñanza obligatoria adquieren un interés muy especial por el hecho de que, durante el segundo Imperio, pudieron ser oídos de labios de todos los grandes hombres de Francia, sólo con variantes de forma. Desde luego, Renán consideraba la enseñanza obligatoria como una especie de tiranía. "Personalmente —dijo— tengo un hijo que está lisiado. ¿No sería tiránico quitármelo con el pretexto de darle enseñanza?". Por más que redargüí que la ley haría excepciones, él explicaba: Entonces nadie enviaría sus hijos a la escuela. No conoce usted a muchos campesinos franceses; nunca se tomarían ese trabajo. Dejémoles cultivar sus tierras y pagar sus impuestos, o póngaseles un fusil en la mano y un saco sobre la espalda, y serían los mejores soldados del mundo. Lo que conviene a una raza no conviene ni con mucho a otra... Además, por último, créame: tengo la convicción absoluta de que la enseñanza elemental constituye francamente un mal. ¿Qué es un hombre que sabe leer y escribir, esto es, que no sabe más que leer y escribir? Un animal; un animal estúpido y *presuntuoso.* Dé usted a los hombres de quince a veinte años enseñanza, si puede, o no les dé usted nada. Lo que se encuentra entre estos dos extremos está tan lejos de hacerles más inteligentes, que, por el contrario, no hace más que destruir su amable naturaleza espontánea, su instinto, su sentido común innato, y, por tanto, les torna impacientes. ¿Existe algo más terrible que ser gobernado por alumnos instructores? La única razón que nos obliga actualmente a ocuparnos en todas esas pretendidas mejoras es la de que ese *montón de muchachos* nos ha impuesto el sufragio universal. No; pongámonos de acuerdo en esto: únicamente en el individuo altamente culto la cultura es un bien, y los semi cultos no son más que monos inútiles y pretenciosos... Al oír pronunciar tales

palabras al hombre que en Francia ha luchado más que nadie por la mejora de la enseñanza secundaria y superior, nos asombraremos menos al ver que en este país no sólo la hostilidad apasionada del clero, sino también la indiferencia de los liberales, se han opuesto a toda tentativa para remediar por la vía legislativa la ignorancia de la clase baja, que más tarde se ha mostrado tan peligrosa para la seguridad, tanto interior como exterior, del país".

"El viejo Philarete Chasles, que, ciertamente, no podía ser tachado de nacionalista, estimaba hasta tal punto ridícula mi confianza en la fuerza regeneradora de la enseñanza obligatoria, que una tarde del mes de mayo de 1870 la llamó mi *Revalente arabica* —una panacea universal muy en boga entonces— añadiendo que yo me figuraba que instituyendo la enseñanza obligatoria se haría feliz a la humanidad para siempre. También él me preguntó si consideraba a los campesinos suficientemente buenos padres de familia y soldados sin enseñanza. La guerra —¡ay!— no tardó en demostrar a aquellos hombres que el saber leer y escribir constituye para el soldado una fuerza que no se había tenido en cuenta hasta entonces".

Obsérvese que, como ya he insinuado, mientras en América la concepción democrática de la vida se manifiesta con amplia raigambre colectiva y lo mismo inspira las menudas costumbres cotidianas que los proyectos de pensadores y políticos, en Europa sucede exactamente lo contrario y hasta los espíritus más exquisitos —como fue sin duda el de Renán— se muestran burlones u hostiles ante la idea de que el pueblo pudiera y debiera dar su aporte a la renovación de aquellas viejas sociedades. Es tan espontáneo e íntimo el menosprecio del europeo hacia la masa, que aparece, involuntariamente, aún en los que quisieron superarlo. Ya hemos visto cómo los que lamentaban la ignorancia de los niños ingleses consideraban lo más grave de ella que "al crecer serían electores al Parlamento"; en Brandes aparece una claudicación análoga cuando concluye que "el saber leer y escribir constituye para el soldado una fuerza que no se había tenido en cuenta hasta entonces". O sea, que unos y otros siguen viendo en el hombre del pueblo al elector o al soldado.

Aventurándonos a una generalización muy poco audaz, sintetizaríamos lo anterior así: Europa veía subir las masas, pero se negaba a asimilárselas abriéndoles lealmente los caminos de la cultura y de la política. Ni siquiera creía posible hacerlo, concepto que todavía perdura en Ortega y Gasset. América, por el contrario, asumió la responsabilidad de aceptar aquel fenómeno histórico como base moral y política de su inmediato desarrollo, y decididamente buscó que éste se adaptara a aquella pleamar inminente, que consideraba saludable y justa.

Desde luego, es verdad que muchas causas —entre otras la miseria y la despoblación que siguieron a nuestra guerra emancipadora— frustraron en gran parte, en los países hispanoamericanos, aquel gran propósito revolucio-

nario que es lo que yo llamo el "proyecto de América". Pero lo que quiero destacar por ahora es que aquel programa que ponía como primera obligación del Estado la educación popular, y que le daba a ésta, no la simple finalidad de enseñar a leer y escribir al ciudadano, sino la de redimir las masas, económica y culturalmente, e incorporarlas como fuerzas verdaderamente activas al proceso de nuestro desarrollo, forma en América una tradición constante, el núcleo de un propósito democrático cuya sinceridad es evidente. Como he dicho en otra parte, cuando en Inglaterra se explotaba en aquella forma a los niños pobres, y en el resto de Europa se les veía con indiferencia, no era solamente por codicia: era porque la bandera de los niños pobres olía a *jacobinismo,* revivía una revolución que todos estaban empeñados en enterrar; en Europa no se hablaba de las clases desvalidas porque eso era revolucionario, y en América se hablaba de las clases desvalidas porque eso era revolucionario. La Revolución seguía aquí su marcha, mientras en el viejo continente se perdía o desnaturalizaba.

Cuando Bolívar se presenta ante el Congreso de Angostura en 1819, el requerimiento sobre el cual insiste más es el de la igualdad social. Por cierto con una particularidad preciosa: Muy a menudo se ha dicho que los hombres no pueden declararse iguales porque la Naturaleza los ha hecho desiguales; Bolívar toma el mismo argumento y lo invierte, para concluir: puesto que la Naturaleza ha hecho a los hombres desiguales, las leyes deben tratar de igualarlos políticamente para disminuir aquella injusticia, para convertirla en armonía dentro de la sociedad.

La idea de Bolívar no es solamente más generosa, sino más acertada: la sociedad nace de la ley, y por eso la ley puede crear la igualdad para sustituir la desigualdad originaria que viene de la naturaleza; la ley, cuando organiza la sociedad y establece normas de justicia, de pacífica convivencia y aún de moral, está corrigiendo en gran parte a la naturaleza; por consiguiente, la igualdad política entre los hombres debe proclamarse, no para obedecer al orden natural, sino para reducirlo a un orden legal más adecuado al buen desarrollo de la colectividad. Con lo cual un argumento que por sus premisas es reaccionario en la mente de la mayoría, se convierte en la de Bolívar en una afirmación democrática profunda (8).

Y tanto había arraigado esa convicción igualitaria que, como he dicho, no solamente en escritores o políticos de avanzada la encontramos. Está profundamente mezclada a las costumbres colectivas, y muchos viajeros la advierten, casi siempre para elogiarla. En 1853 el diplomático Consejero Lisboa observa en Caracas: "Los que disfrutan de la ventaja de poseer un apellido como los de Toro, Tovar, Ponte, Herrera, Palacios, Bolívar, Ibarra, Solór-

(8) "Ideología de la revolución emancipadora". Conferencia pronunciada por Augusto Mijares en la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1956.

zano, Mijares, Rivas, Blanco, etc., conservan en lo posible los hábitos de los antiguos tiempos... me parece una clase llena de dignidad y de muy finas maneras... Las instituciones políticas han modificado las costumbres de estos aristócratas y puede ser que mejorándolas. Como toda alusión a su antigua importancia sería de mal gusto e intempestiva, se observa en ellos, a la par de un porte reservado, un silencio y una modestia en relación con sus antecesores y blasones, que realza más su dignidad, y una afabilidad para con las otras clases de la sociedad que contrasta mucho con el *orgullo* del hidalgo europeo". Y más adelante insiste y precisa: "No es para censurar que recuerde esta característica forma de las reuniones sud-americanas; es para presentar un ejemplo más del carácter bondadoso e indulgente de los habitantes del Nuevo Mundo... Analícese con imparcialidad la condición de los esclavos urbanos y se encontrará que ellos están, hablando en general, considerados en América como formando parte de la familia y tratados con mucha más indulgencia que los criados europeos". En 1825 el francés Martín Maillefer había hecho anotaciones sorprendentemente análogas: "Durante mi estada en Caracas —escribía— pude observar que se trataba a los esclavos domésticos con más dulzura y afabilidad que a los criados en Inglaterra. En algunas casas se lleva la familiaridad demasiado lejos y los amos se comportan, por decirlo así, como compañeros de sus esclavos... Esa mansedumbre del señor hacia el esclavo, que alabé en los criollos colombianos, se extiende a su conducta con los libertos y la gente de color. Esta clase de hombres útiles que ejercen la mayor parte de las profesiones mecánicas, no es aquí humillada como en las colonias francesas e inglesas, y aún en los Estados Unidos, por una distinción insultante en todas las relaciones sociales" (9).

II

Desde luego no faltará quien nos haga observar que aquella situación del proletariado europeo tenía causas económicas y de otra índole que la explican superabundantemente. Pero es el caso que también causas análogas podrían explicar —y hasta justificar, si se quiere— las irregularidades de la vida pública en Sur América, y, sin embargo, nadie quiere tomarlas en cuenta. Para el europeo —y para muchos americanos— nuestros infortunios parecen ser crímenes deliberados o exponentes de una incapacidad fundamental que linda con el salvajismo.

Sucede con aquello algo parecido a lo que podemos observar en relación

(9) La obra de P. D. Maillefer que cito es "Los novios de Caracas", págs. 132 y 134. La del Consejero Lisboa se titula "Relación de un viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador", págs. 83 y 90. Ambas obras en Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1954.

con las deudas internacionales. A nadie se le ocurrirá enrostrar hoy a las naciones europeas las obligaciones exorbitantes que las abruman, y los medios —a veces bastante equívocos— a los cuales han ocurrido para remediar sus desastres económicos; pero cuando, en el siglo XIX, los Estados europeos estaban prósperos y, en contraste, nuestras Repúblicas se debatían en medio de la miseria, nadie quiso aceptar como explicación de esa miseria el hecho de que la había causado en gran parte la guerra emancipadora, que el imperialismo económico extranjero la mantenía y agravaba, y que las deudas de nuestros gobiernos —en realidad, tan modestas— muy a menudo se aumentaban prodigiosamente porque apenas algún europeo sufría un pequeño perjuicio en sus intereses, por razón de nuestras turbulencias políticas, aquel "daño a las propiedades extranjeras", como se decía pomposamente, se convertía en deuda nacional, reclamada con buques de guerra en nuestros puertos, y crecía de día en día por intereses, gastos ocasionados por el cobro compulsivo, comisiones sobre los nuevos empréstitos con que se solía aplazar el angustioso problema, nuevos intereses sobre estos empréstitos... y cuantos arbitrios se les ocurrían a los poderosos acreedores para mantenernos encadenados a unas obligaciones que casi siempre provenían solamente de la inexperiencia o de la debilidad de estos pueblos.

En aspectos mucho más amplios de las relaciones internacionales encontramos también un contraste entre Europa y la América Hispana nada favorable a aquélla, aunque desde luego tampoco faltarían en este punto las explicaciones que sirven de absolución. Me refiero al hecho de que nuestras Repúblicas consideraron siempre la confraternidad continental, el respeto a las otras naciones, y la resolución de todo conflicto internacional por medios deliberativos, como principios ligados íntimamente a un ideal moral y político, obligatorio para todo pueblo que legítimamente quisiera llamarse libre; mientras que Europa sólo montó en esto —como en todo lo demás— un escenario brillante, para su propia delectación.

"Para nosotros, la Patria es la América", decía Bolívar; y lo mismo sintieron casi todos los fundadores de estas Repúblicas, de acuerdo con la concepción tenazmente impuesta por el Precursor Miranda que dejó discípulos en todo el Continente. Pero lo más interesante es que aún después de que aquella conciencia continental hubo desaparecido, o en los momentos en que por rivalidades especiales sufrió ásperas crisis, la América Hispana dio reiteradas pruebas de que deseaba establecer un Derecho de Gentes realmente obligatorio para todos, sin distinción de circunstancias, ni disculpas sofísticas.

En 1819, cuando el Libertador se propone negociar con el español Morillo el tratado que ha de poner fin a la guerra a muerte, indica a sus comisionados: "Propongan ustedes que todos los prisioneros sean canjeables, inclusive los espías, conspiradores y desafectos, porque en las guerras civiles es

donde el Derecho de Gentes debe ser más estricto y vigoroso, a pesar de las prácticas bárbaras de las naciones antiguas".

Cuando Sucre consolida la Independencia de América con la victoria de Ayacucho, su primer pensamiento parece haber sido éste, que comunica al Ministro de la Guerra: "Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos...".

Siempre fiel a ese principio de comedimiento y de justicia, que desea convertir en ley para la América, después de la victoria de Tarqui sólo impone a sus contrarios las mismas condiciones de paz que en las negociaciones anteriores había pedido, y lo justifica con esta admirable sencillez: "Quise mostrar que nuestra justicia era la misma antes que después de la batalla".

En otra ocasión, en trance de muerte, rechaza con esta declaración de principios el artero auxilio que le trae el General Gamarra: "...agradeciendo a usted la señal de gratitud a mis servicios al Perú, viniendo a interponerse con su ejército entre los asesinos y mi persona, espero que para cumplimiento de este testimonio de aprecio, regrese usted al Perú. Preferiría mil muertes antes que por mí se introdujese en la América el ominoso derecho del más fuerte. Que ningún pueblo americano dé el abominable ejemplo de intervención y mucho menos de hacer irrupciones tártaras. Mañana Colombia, más fuerte que el Perú y con algunos más derechos, intervendría en los negocios peruanos; y observando la Europa que nuestro derecho de gentes son el poder y las bayonetas, no vacilaría en darnos preceptos y en disponer de nuestra suerte. Medite usted cuán fatal es la lección que usted ha dado. Habría querido no recibir el favor que usted me ofrece; habría querido ser víctima de disensiones en Bolivia antes que haber visto hollar los derechos y la independencia de un pueblo americano".

En 1830, en el momento de disgregarse la Gran Colombia, la Provincia de Casanare se pronunció por su separación de la Nueva Granada para incorporarse a Venezuela. Pero el Congreso venezolano rechazó aquel pronunciamiento porque establecería un precedente para usurpaciones y rencores que arruinarían en lo porvenir las buenas relaciones entre los pueblos americanos.

Por doquiera vemos aparecer en la historia de América análogos conceptos: "Con libertad ni ofendo ni temo"; "nuestra justicia era la misma antes que después de la batalla"; "el respeto al derecho ajeno es la paz"; "la victoria no da derechos". No son frases de ocasión; en general, todo el Derecho de Gentes que en América se va formando durante el siglo XIX obedece en conjunto a esas pautas, salvo excepciones que se recuerdan como escandalosas.

Claro que en Europa no era fácil que predominase una conciencia internacional semejante contra las causas históricas, económicas, religiosas y étnicas que dividían a sus diferentes pueblos. Pero quiero insistir en que nosotros estamos siempre dispuestos a aceptar las explicaciones de la conducta europea

con categoría de justificaciones morales; mientras que a la América del Sur se le presenta a menudo —allá y aquí— como inexplicable, caótica e injustificable.

Por otra parte, en ese punto de las relaciones internacionales nunca pueden merecer justificación las guerras, las crueldades y la opresión que los países europeos desataron muchas veces unos con otros —y con más frecuencia contra los pueblos indefensos de los otros continentes— por pura y simple codicia de algunos mercaderes, por vanidad de reyes y Ministros, por oportunismos políticos, y hasta con el sacrílego pretexto de una u otra religión; o contra todas las religiones, como sucede hoy mismo.

De todas las empresas colonizadoras europeas del siglo pasado podría decirse lo que escribía Sheridan sobre la de la India: "Esta Compañía de las Indias... comunica a todas sus operaciones los principios sórdidos de su origen, alguna cosa que mezcla a la administración política y aún a las empresas más atrevidas la mezquina codicia de un cambalachero y la audacia de un pirata. Se asedia para el pago de una *letra de cambio* y se destrona a un príncipe para *cubrir el balance de una cuenta.* Así es como ellos han fundado un gobierno que une a la majestad irrisoria de un cetro sangriento, los pequeños tráficos de un mercader, y que teniendo en la mano izquierda un palo, con la derecha desvalija la bolsa".

Y el Primer Ministro Pitt denunciaba así los estragos realizados en Africa por los negreros: "Sí, señor; la perversión del comercio británico ha llevado la miseria en lugar de ventura a toda esa parte del mundo. Con falsos principios de comercio, extraviados en nuestra política, olvidados de nuestro deber, qué espantoso, qué irreparable mal, debiera decir, hemos hecho a aquel continente...! Si rehusamos poner fin a estas miserias, cómo agravaremos el crimen de la Gran Bretaña! ¡Qué borrón eterno no echará la historia de estos hechos sobre la historia de Inglaterra!".

"Séame permitido observar que no hay nación en Europa que haya metido tan hondamente la mano en este delito como la Gran Bretaña... Si puede haber un hecho que agrave la enormidad de nuestra culpa, es el de habernos degradado hasta ser los acarreadores de estos miserables de Africa a las Indias Occidentales por cuenta de las otras naciones de Europa".

Estas dos últimas citas las tomo de un estudio —"Europa y América"— que Don Fermín Toro publicó en el "Correo de Caracas" en 1839, alarmado por la invasión a México que el gobierno francés realizaba bajo el interminable pretexto de "daños a sus nacionales". Es de lamentarse que por la circunstancia que le dio origen, Don Fermín no orientara su trabajo hacia una confrontación de fondo entre Europa y América, sino a convocar en cierta medida a los países americanos para proveer a su defensa común: "No ha sido nuestra intención concluye— al entrar en esta discusión predisponer los ánimos de los americanos contra los gobiernos europeos, ni nuestras re-

flexiones tienden a más que a desengañar y quitar ilusiones sobre protecciones pasadas o futuras que fácilmente se dejan alucinar algunas de las repúblicas americanas que deben en todo caso no contar jamás sino con sus propias fuerzas, y desconfiar siempre de las miras de la Europa... ¿Qué resistencias deberán oponer las repúblicas americanas al poder opresivo de la Europa? He aquí en estos tiempos la cuestión verdaderamente americana...".

Esta finalidad que Toro le señalaba a su estudio no tiene hoy razón de ser. Pero sí se agrava cada día más para los países suramericanos —a la par de nuestras crisis de reconstrucción— la necesidad de estudiarnos sin disimular nuestras culpas, pero también sin exagerarlas, inquiriendo el común origen humano que en América, como en Europa, puede señalarse a muchos fenómenos sociales y políticos. Este estudio es indispensable, como he dicho, para encontrar al futuro desarrollo de la conciencia continental una base ideológica menos falsa e injusta que la que hasta ahora hemos aceptado.

Volviendo, pues, a lo esencial del tema, observaremos también que hasta la anormalidad política que más ha avergonzado a nuestra América —el gobierno unipersonal crudamente proclamado así, fuera de toda tradición legal y moral— también se ha reproducido recientemente en Europa con características de represiones sangrientas, lisonjas insensatas, poder discrecional, favoritismo y corrupción, pocas veces alcanzadas entre nosotros. Y pensar que tantos sociólogos —europeos y americanos— se empeñaron en considerar aquel fenómeno como una peculiaridad absolutamente exclusiva de estos países, especie de maíz venenoso que sólo en la América del Sur podría producirse; por lo cual, encima de engullir el tal maíz, se nos obligaba a reconocerlo como producto necesario de nuestro medio, nuestra raza, nuestra geografía, nuestra historia.

¿Quién hubiera pensado que la Europa del siglo XIX volvería en el XX a los horrores de las discriminaciones religiosas, de la tortura policial, de las persecuciones masivas que bajo un solo mote ponen fuera de toda ley — y de toda piedad— a millones de compatriotas? ¿Cómo imaginar que menos de cien años después de aquella soberbia euforia de civilización, recurrirían aquellas naciones al espionaje y la delación como instrumento de la política, y a la farsa humillante de los hombres divinizados, reinantes un día entre nubes de incienso y derribados al día siguiente entre burlas y maldiciones? Y, sin embargo, hubiera podido preverse muy razonablemente si el pensador europeo no se hubiera sentido tan halagado —y tan cómodo— con aquella simpleza de considerar como propios solamente de los "pueblos atrasados" muchos males que en ella misma no habían desaparecido sino de la superficie. Pero, claro está, los sociólogos a lo Gustavo Le Bon se hubieran reído si alguien les dijera que desde un pueblecito suramericano les advertía un mal vestido pedagogo: "La Europa es *ignorante,* no en literatura, no en cien-

cias, no en artes, no en industrias; pero sí en política. Un velo brillante cubre en el viejo mundo el cuadro más horroroso de miseria y de vicios...".

Más sorprendente es que no llegaran a comprender el significado de este otro hecho que precisamente en aquel deslumbrante siglo XIX se repetía cada día: las muchedumbres que desde todos los puntos de Europa se aglomeraban en los puertos de salida para buscar en América libertad, justicia y educación. Polacos que ya no podían vivir bajo el despotismo ruso o alemán, irlandeses que anhelaban poner a salvo su fe, italianos y españoles en busca de pan y seguridad, profesores y obreros perseguidos como agitadores y terroristas —o simplemente como liberales— y los millares de hombres sin distintivo alguno, de toda la Europa, que habían envejecido a veces en el trabajo, y que al llegar a América tenían que ser catalogados como "analfabetos" y "sin profesión", porque en ese estado de desamparo los habían mantenido sus países nativos.

Comentando en 1936, con respecto a la Argentina, el ambiente y las influencias que encontraría en América aquella caótica masa inmigratoria, observé: "por obra de los criollos encontró el inmigrante que comenzaba a llegar un hogar tan sólido ya y tan hermoso, que en lugar de decir que la Argentina se europeizó, más justo es decir que los europeos se americanizaron en la Argentina".

"El futuro compatriota que les llegaba era casi siempre el campesino español o italiano, ignorante, deprimido por la superstición y por el respeto del absolutismo político que se les inculcaba como parte del dogma. Veinte años después, él y sus hijos, asimilados a nuestra sociedad civil, presentaban el mismo tipo del criollo americano, fino analizador de realidades, desenfadadamente tolerante en materia religiosa y lleno de inquietudes políticas".

"En cuanto a la inmigración de calidad superior, su historia es todavía más significativa. Conozco la de Amadeo Jacques, narrada en el libro de Aníbal Ponce ya citado: con una cultura amplísima y verdadera abnegación profesional, pero constreñido por la intolerancia política y religiosa en su patria nativa (¡y ésta era la Francia del siglo XIX!), toda su labor científica hasta la madurez se redujo a una cátedra precaria, en la cual tenía que repetir literalmente la filosofía oficial impuesta por Cousin, y un texto de la misma materia, tan poco espontáneo como aquélla. Cuando llegó a la Argentina todavía encontró en el interior de ésta los restos del caudillismo y nuevas formas de incomprensión y de violencia, que arruinaron por segunda vez el fruto de sus trabajos. Pero cuando en Buenos Aires injertó en la sociedad argentina que comenzaba a reconstruirse —Mitre en la Presidencia, Sarmiento en el Ministerio, alumnos entusiastas en las escuelas— en solos tres años que le restaban de vida su acción fue tan fecunda, que el biógrafo

ya citado lo considera "padre espiritual de una generación ilustre". "Asombra comparar —agrega— la brevedad de su tránsito, con la amplitud de su labor civilizadora".

"Seguramente esa es la misma historia de todos los hombres de ciencia, de todos los técnicos y de todos los trabajadores de aptitudes superiores que pasaron el Atlántico. No: ellos mismos no hubieran querido que la Argentina *se europeizara*. Americana, así como era, les daba lo que muy a menudo faltaba en la misma Europa: por parte de los gobernantes argentinos les garantizaba orden, libertad y respeto, y la sociedad toda les ofrecía, además, interés cultural, comprensión y solidaridad".

"La capacidad práctica del europeo, que en el padre y en el abuelo se perdieron, fructificaba ahora en los talleres y en las escuelas de la patria nueva, en su ambiente de libertad. Gracias también a la holgura económica; pero no olvidemos que ésta provenía, más que de la riqueza del suelo del respeto que garantizaba a todas las actividades lícitas el orden político ya creado" (10).

Me parece que este es el hecho más significativo para una confrontación entre América y Europa durante el siglo pasado, y me atrevo a decir que sintetiza y explica cuanto dije antes en relación con la libertad, la educación y el espíritu democrático que se desarrollaban entre nosotros.

Sí: Europa, tan admirable por tantos aspectos, representaba en lo político y social, una vieja civilización demasiado ducha en conservarse vieja, mientras la América se empeñaba, por el contrario, en ser realmente un nuevo mundo. Bajo la impaciencia de este ideal renovador, nuestras sociedades aparecen con frecuencia violentas, incoherentes, tetánicas; pero la Europa, llena de terror ante todo movimiento innovador, y afanada a la vez en moverse y en no moverse, parece una anciana dolorida o hemipléjica.

Hasta cierto punto de la infelicidad de Europa se hizo la prosperidad de América, porque los que salieron de allá por falta de libertad serían aquí los defensores más fervorosos de ésta; los que allá no encontraban trabajo, demostrarían en el nuevo mundo la iniciativa, la destreza y la perseverancia que no pudieron probar en su patria nativa (recordemos la fama de pereza y de parasitismo que se echaba sobre italianos y españoles); los perseguidos en Europa como peligrosos políticos, terroristas, masones, "descreídos", judíos

(10) "La Interpretación Pesimista de la Sociología Hispano Americana", por Augusto Mijares. Estudio publicado en el Boletín de la Biblioteca Nacional de Venezuela, enero-marzo de 1936. y en folleto por la Cooperativa de Artes Gráficas, Caracas, 1938. Convertido aquel estudio en un libro, apareció en 1952, publicado por Afrodisio Aguado S. A., Madrid. Me interesa la fecha de la primera publicación porque después he visto repetir con cierta frecuencia aquella idea de que los europeos se americanizan entre nosotros, antes que venir a europeizar la América, y en realidad no sé si me corresponderá la paternidad de la observación, como lo creía, o si otro escritor la había hecho antes.

nihilistas —tantos motes inventados para perseguir— no dinamitaron, ni socavaron, ni corrompieron nuestras sociedades. Sencillamente porque en América encontraron lo que allá no tenían: tolerancia, justicia, democracia, y, como consecuencia, posibilidad de exteriorizar sus inquietudes y de probar la capacidad de cada cual, educación accesible a todos, una humanidad sin discriminaciones, una sociedad basada en el estímulo y no en la humillación.

Por eso no creo que sea demasiado jactancioso decir que América se salvó por una virtud que puso sinceramente por encima de todos sus defectos: el ideal igualitario. Bajo él amparó a nacionales y extranjeros, a todas las creencias, a todas las tendencias políticas, a todas las razas; y en el campo internacional, a débiles y poderosos.

Por el contrario, casi todos los problemas de Europa —y del mundo— derivan directa o indirectamente de aquellas "cuentas alegres" con que el europeo eludió graves responsabilidades morales durante el siglo pasado; de la injusticia hacia su propio pueblo, de la intolerancia y la dureza con que juzgó a los "pueblos salvajes" para justificar su conquista, del atraso en que los dejó después de "colonizados".

Mucho se habla hoy de "los pueblos sub-desarrollados". ¿No sería más sincero llamarlos pueblos super-explotados?

Bajo las apariencias más falaces Europa realiza en el siglo XIX una empresa de explotación humana de extensión universal, que será lo que unirá después, en rencorosa revolución, la desesperación de millones de hombres que no pudieron amar su patria —y que a menudo no tuvieron patria— en el siglo más románticamente patriota. El proletario del centro de Europa; el vasallo de aquellos "gobiernos paternales" de Alejandro, Luis, Francisco o Fernando; el negro africano y el "culí" de la India; los "nativos" que desde las malsanas selvas de los demás continentes debían enviar a Europa el caucho y el cacao, las especias, los diamantes y las perlas, el petróleo y el oro; el chino, a quien se quiso embrutecer y envilecer a la fuerza; el polaco torturado; el irlandés que debía regatear ansiosamente todos los días, su comida y su religión; el siervo ruso y el minero inglés; los italianos y los españoles, a quienes se les prohibía pensar; los suramericanos, que en medio de los forcejeos de su reorganización republicana se sentían amenazados y despreciados, tales fueron los explosivos humanos que al fin estallaron bajo aquel escenario de frivolidad.

Y lo peor es que ahora las consecuencias de tantos errores no pueden ser consideradas en Europa como meros problemas políticos. Alrededor de ellos estructuró el viejo continente todo su sistema de vida, desde la economía hasta la moral, y por eso se le impone hoy una revisión total de conceptos, costumbres e intereses.

III

Llego con aquello último a la parte afirmativa de mi trabajo, que es ésta: en ·América, y precisamente debido a aquel concepto igualitario, que también abarca aquí desde la organización del Estado hasta las costumbres familiares, y penetra nuestro modo de vivir, desde el idearium de políticos y pensadores hasta la educación y la moral corrientes, podemos considerar los problemas de la revolución que el mundo atraviesa en forma mucho más favorable que en el viejo continente. En éste es explicable que un fondo milenario de resentimiento popular, agravado por las frustraciones políticas del siglo pasado, hiciera surgir el dogma de que la lucha de clases era el mecanismo fundamental de la historia y que la dictadura del proletariado tenía que ser el único medio de que no se repitiesen, a base de complicidades y escamoteos, aquellas frustraciones.

Pero en el Nuevo Mundo, estamos mejor preparados para eludir aquella atroz disyuntiva que tanto ha hecho sufrir a Europa.

Puesto que lo fundamental del "proyecto de América" —la formación de una sincera conciencia democrática— se ha realizado, podemos aprovechar ese punto de partida para buscar también un camino propio, nuestro, hacia el futuro. Bastante pagamos ya por aquella adquisición; quizá si la aprovechamos sagazmente nos evite muchos sufrimientos en el porvenir.

En Europa aquellas frustraciones políticas se debieron sobre todo a que la poderosísima jerarquización de la sociedad lograba reconstruir rápidamente sus cuadros después de cada movimiento popular; en la América del Sur la causa principal de nuestros fracasos ha sido, por el contrario, que el radicalismo de nuestros pensadores y políticos no ha podido encontrar nunca una base de orgnización en la sociedad terriblemente depauperada que nos quedó después de la guerra emancipadora. En Europa la burguesía, incorporada a la órbita de las clases explotadoras por el poderío y prestigio de éstas, se hizo reaccionaria, y por eso sugirió a los pensadores revolucionarios la idea de que siempre y en todas partes se verificaría el mismo fenómeno; en suma, repetimos, les impuso la imagen de que la lucha de clases tenía que admitirse como una ley histórica ineludible, que el proletariado debía considerarse abandonado a sus propios recursos y sólo podía confiar en sus propias fuerzas —en una agresiva dictadura— para evitar que se le traicionara. Es lo que ya advertía nuestro compatriota Baralt, según la cita que he hecho. Pero en América el curso de nuestras abortadas revoluciones populares fue muy diferente: se frustraban al nacer porque en el pueblo eran únicamente necesidad de protesta, y sólo un generoso propósito en la mente de algunos hombres superiores; fuera de esa reducida esfera no teníamos sino a los semi-letrados, que intentando darles calor, las hacían ridículas, aterradoras o mezquinas.

De todo lo cual quiero deducir que si la idea de la justicia social se

hace odiosa a nuestra burguesía —que es el núcleo social por donde tiene que recomenzar nuestra estructuración política, burocrática y técnica— lo unico que lograremos será comprometer aquella idea en una lucha contra la clase media, y esto, además de ser injusto, sólo males puede traer para ambos contendores.

Ya veremos que en la misma Europa ese antagonismo fue funesto, según escritores que nada tienen de conservadores. Pero en América, por las razones que he expuesto, aparte de ser más aventurado aún, no corresponde en absoluto a nuestras condiciones sociales, que debemos aprovechar con criterio propio.

Salvo algunos teorizantes empedernidos, nadie vacilará en admitir hoy que la lucha de clases no se puede seguir considerando como una ley histórica ineludible. Fue una idea que nació en Europa de aquel ambiente de opresión e hipocresía que hemos señalado; pero no hay razón para darle carácter universal y eterno. Si dijéramos que no fue una verdad teórica, sino una mentira práctica, la colocaríamos, sin menospreciarla, dentro del papel que realmente ha desempeñado. Como explicación de la dinámica histórica, encuentra muchas objeciones; pero como consigna de lucha no hay duda de que constituye una intuición genial de los autores del Manifiesto Comunista.

Lo que muchos no quieren ver es que, desgraciadamente, aquella consigna dio nuevas fuerzas al empleo de la violencia en la lucha política y, en ese sentido, ha sido muchas veces dañina a la causa que quería servir. Y no solamente porque provoca un cerrado frente de muchas fuerzas contra todo intento de renovación social, sino porque, si la causa popular triunfa, cuando quiere establecer su propio orden político no encuentra colaboradores eficaces. Esto es lo más importante en la América del Sur, donde, como he dicho, cualquier sistema nuevo se detiene perplejo, cuando trata de estabilizarse, ante la escasez de nuestros recursos humanos, para la política, la administración y la planificación técnica. Si, además de eso, el régimen comenzara por crear alrededor de sí una zona de tierra devastada —que no otra cosa sería amenazar a la clase media— es fácil suponer lo que ocurriría.

Bertrand Russel en la obra ya citada advierte: "Con sus enseñanzas, Marx creó la guerra de clases que profetizó, pero su excesiva glorificación del trabajo manual hizo que la división de clases adquiriese en la escala social un punto más bajo del que era necesario, y se ganó, por lo tanto, como enemigos los hombres de la clase más importante del mundo económico moderno, es decir, los que ejecutan el trabajo más difícil del industrialismo. Estos hombres pudieron haber sido amigos del socialismo —por lo menos muchos de ellos— si el socialismo se hubiese presentado, no como una doctrina de venganza contra las clases más afortunadas, sino como una manera más científica y más inteligente de organizar la producción y distribución en el mundo... La doctrina de la guerra de clases de Marx fue una de las fuerzas que mataron el liberalismo europeo del siglo XIX, porque llevó a la

clase media, espantada, hacia la reacción y porque enseñaba que las opiniones políticas están basadas, y deben estarlo siempre, en preferencias económicas antes que en ninguna consideración del bien general".

Pero en seguida agrega Russell una observación que es precisamente lo contrario de la tesis que trato de encontrar en este trabajo. "En América —dice— donde Marx ha tenido muy poca influencia política, aún vive el viejo liberalismo, y está empeñado hoy en un intento completamente antimarxista de reconstrucción. Acaso es ya tarde para estos métodos suaves; tal vez el mundo no puede ya escaparse del purgatorio de la guerra violenta de clases. Y si ésta es inevitable, los escritos de Marx han contribuido a que suceda así".

Creo que Russell —tan penetrante por lo común— lanza en la primera parte de ese último párrafo un juicio superficial que es la causa de la desconsoladora consecuencia con quo lo termina. No debemos decir que por haber tenido Marx poca influencia en América vive aún entre nosotros el viejo liberalismo. La verdad es lo contrario: que por haber sido en América verdaderamente sincero el liberalismo, y por la raigambre que adquirió en la educación y en la moral colectivas, es por lo que el marxismo no ha podido arraigar aquí. Nuestro igualitarismo —y no simple liberalismo— le abrió nuevos cauces a las aspiraciones populares. Eso es todo, pero es mucho, puede ser decisivo.

Creer que las ideas de Marx produjeron el odio entre las clases sociales y no que, a la inversa, el fondo de resentimiento colectivo que fermentaba en Europa fue lo que inspiró a Marx aquellas ideas, apenas sería concebible en un pensador tan sagaz como Russell, si no pudiéramos explicar su error por el mismo "europeísmo" dentro del cual se encuentra metido. Debido a eso, la amplitud de la vida social americana se le escapa. No ve la antítesis profunda entre la Europa y el Nuevo Mundo, porque para un europeo es casi imposible concebirla.

Tampoco pretendo yo, desde luego, colocar a la América, como un barquichuelo infantil, dentro de un bonancible determinismo histórico que la llevará sin resistencia ni sobresaltos, a la región encantada de la justicia social.

Me interesa en especial indicar dos particularidades que pueden disminuir mucho la exaltación de los que quisieran ver en mis ideas un motivo de entusiasmo y no de meditación.

Una es que en la América del Sur estamos siempre expuestos a regresiones de tipo político que casi siempre llegan a anular los beneficios que aquella constitución social podría prometernos. Y la otra, más de fondo, y por desgracia también peculiar a los hispanoamericanos, la sugerí al comenzar este trabajo, y es que, no porque nuestro problema político sea más sencillo que el europeo, eso debe ensoberbecernos. Existen muchos otros problemas humanos en los cuales estamos en un atraso aterrador. Higiene, industrias, servicios públicos, educación, asistencia social, ciencia, arte, filosofía, novela, teatro

—todo lo que signifique administración pública eficiente y alta cultura en la colectividad— debe formar parte del proyecto de América; debemos, pues, poner mucho cuidado en que éste no se reduzca a un esquema político. En los comienzos mismos de nuestra vida independiente, Don Andrés Bello nos salió al paso con esta severa advertencia: "¿No harán las Repúblicas americanas en el progreso general de las ciencias más papel, no tendremos más parte en la mancomunidad de los trabajos del entendimiento humano, que las tribus africanas, o las islas de la Oceanía?". Lo que Bello logró en esos campos fue ya una respuesta afirmativa a su apremiante indicación, y unos cuantos nombres más podríamos poner a continuación del suyo en esa ambiciosa tradición cultural en que el ilustre caraqueño tomó la delantera para predicar con el ejemplo. Pero sería desleal ocultar a los jóvenes que si olvidamos aquella obligación que Bello señalaba a nuestras Repúblicas, nada de lo que se logre en otros sectores tendrá consistencia y duración.

Permítaseme, sin embargo, volver por última vez al tema en pequeño y a Venezuela en particular. Muy a menudo se habla entre nosotros de "revolución", y esta palabra aterra a muchos como la imagen de una devastación total y a otros los entusiasma como remedio de todos nuestros males. La verdad es que en un país como Venezuela, donde todo está por hacer, hemos de vivir en revolución constante. O rutina o revolución, no puede haber término medio; cualquier forma de administración eficaz será revolucionaria. Lo que sí debemos recordar es que "revolución" es "proyecto" y no violencia; doctrina y no gesticulación y palabras.

DEMOCRACIA DOCTRINARIA Y DEMOCRACIA DE HECHO

EL ESTUDIO DE las clases sociales en la América Hispana puede lograr extraordinaria importancia, no sólo por su relación con los otros problemas nuestros conexos, históricos, políticos, sociales, económicos, etc., sino también con alcance universal, porque siendo nuestra evolución histórica tan particular y variada, muchos conceptos derivados de su análisis pueden repercutir sobre la filosofía de la historia, que Europa ha impuesto derivándola —de hecho, aunque teóricamente no sea así— de sus propios fenómenos.

Me parece casi evidente que lo que nosotros podríamos llamar "clases sociales" tiene tales características de fluidez, imprecisión, alternativas de compenetración y de antagonismo, que difícilmente puede asimilarse al mismo concepto europeo. Agreguemos esto: que la guerra de emancipación y las subsiguientes guerras civiles realizaron en Hispano América una revolución de fondo, que no tiene paralelo en la historia europea, por lo cual nuestras clases sociales y sus problemas tienen que ser diferentes durante el siglo pasado. Finalmente, que nuestro escaso desarrollo industrial, la miseria que aquellas guerras y las peculiaridades de nuestra economía produjeron, la influencia extranjera (en el interior, por la inmigración, desde el exterior por el imperialismo) la mezcla de razas, y muchos otros factores, dan especial orientación —a veces desorientación— al proceso formativo de nuestras sociedades y deben constituir minuciosos temas de estudio.

Desde luego, si es que verdaderamente queremos penetrar en nuestra propia realidad, apartándonos del cómodo y pedante recurso de aplicarle los clisés de la interpretación universal. Lo repito: podemos llegar hasta alterar esa interpretación unánimemente admitida, con nuevas observaciones sobre la persistencia o transformación de las clases sociales, sus conflictos íntimos, la lucha de unas con otras y la ocasional alianza en determinados propósitos, cuál es la naturaleza de los factores que según las épocas predominan en esta íntima dinámica social, etc., etc. Pero no comencemos por admitir servilmente que las conclusiones que nos llegan en los textos extranjeros son aplicables en todos los casos a la América y que las normas que tal o cual doctrina

fija al desarrollo de las sociedades se ha realizado con milagrosa exactitud entre nosotros.

No trataré por ahora sino de un punto muy restringido dentro de esas amplias posibilidades y me guardaré muy bien de fijar conclusiones. Estas no deben venir sino después de copiosos estudios parciales, y considero lo más provechoso —y lo único científicamente honesto, por ahora— lanzar simplemente algunas observaciones que sean como preguntas o incitaciones para la actividad intelectual de la juventud.

Desde luego, debo advertir que separo en el título la democracia doctrinaria de la democracia de hecho, no porque se justifique para mí una separación rotunda en ese sentido, sino porque ya ese problema está planteado mundialmente, y porque entre nosotros existe latente, pero muy agudo, cuando llegamos a oponer ciertos fenómenos o personajes de nuestra historia. Por ejemplo: ¿El igualitarismo social que se inicia con la Independencia, lo debemos considerar como fruto del doctrinarismo político que la acompañó, o, por el contrario, estamos obligados a admitir que fue la guerra misma y la forzosa nivelación social que ella impuso lo que efectivamente dio realidad y arraigo a aquel ideal episódico de igualdad y fraternidad?

En otra forma el problema podría plantearse así: ¿fueron los Libertadores, al mismo tiempo que padres de la Patria, los creadores conscientes de nuestra democracia, o fueron simplemente, en este punto, instrumento de circunstancias que ellos no previeron y de un devenir histórico que no pudieron controlar?

Para el triunfo efectivo de la liberación popular, ¿fue más eficaz la obra destructora de los caudillos, que realizó por la fuerza un igualitarismo *sui generis* o debemos darle el primer puesto a la propaganda de principios, aunque estos después pudieran ser burlados, incluso inconscientemente, por sus propios doctrinarios?

¿La nivelación caudillesca y de hecho, sin programa consciente y sin el estudio de los medios políticos más adecuados a una verdadera estabilidad institucional, puede llamarse verdaderamente democracia?

Estos temas de meditación llegarían a enlazarse con los más amplios y profundos de la especulación filosófica; por ejemplo, a la obsesionante interrogación de si son los *hechos* o son las *ideas* el motor principal del acontecer histórico. En un terreno más circunscrito: si entre los *hechos* que determinan el curso de la historia debemos reconocer predominio exclusivo a los hechos económicos.

Pero no desearía que nuestros jóvenes se empeñaran en deducir de estos principios de discusión casi metafísica las respuestas que nuestra historia pide. Vuelvo a decir que preferiría estudios prudentes y pormenerizados, porque espero que éstos podrían llegar hasta aportar datos nuevos para controversias

de índole universal, si no en el plano filosófico puro que toqué últimamente, al menos en relación con la dinámica social aparente, la lucha de clases, etc.

Juan Vicente González lanzó hace casi un siglo, en su Biografía de Ribas, la aventurada afirmación de que Boves fue el primer jefe de la democracia venezolana, frase que ha tenido un éxito inusitado, pues la han prohijado y desarrollado tanto algunos escritores de la extrema derecha como del campo absolutamente opuesto.

Desde luego, para hacerla lógicamente discutible debemos comenzar por quitarle el nombre propio que la encabeza: antes de Boves y en su misma época hubo muchos caudillos que realizaron devastadora nivelación análoga a la que Juan Vicente González quiere glorificar en el asturiano. Muchos caudillos, además, tuvieron actuación más prolongada que la de Boves; en algunos de ellos la acción militar fue acompañada, a lo menos, por una vaga o caótica fraseología igualitaria; y no fueron pocos los que —en el campo patriota— antes que Boves y con deliberado propósito de convertir a las clases más desdeñadas en factores activos de la Revolución, unieron la palabra y el ejemplo en un verdadero propósito democrático. Este último caso es precisamente el de José Félix Ribas, que desde el 19 de abril asume el papel de tribuno popular titulándose representante de los pardos ante el Ayuntamiento, y en la turbulenta época subsiguiente se une a Miranda, a Bolívar y a varios otros "mantuanos" en el mismo afán de sacudir profundamente los fundamentos sociales del pueblo que querían emancipar (1).

El planteamiento acertado del problema debe tener, pues, índole más general. Se concretaría, como hemos dicho, a preguntarnos si la *acción* del caudillo fue más eficaz como instrumento de democracia efectiva que el *pensamiento* de los doctrinarios. En lo cual irían también implícitas dos interrogaciones: 1º si el *pensamiento* y *la doctrina* son, o no, capaces de convertirse en acción; 2º si aún en el caso de que no lo fueran, deben considerarse de todos modos como indispensables para que la acción adquiera conciencia de su finalidad y llegue a un objetivo preciso.

En todo caso, como la frase de González ha entusiasmado a los reaccionarios considerándola como sagacísima intuición de la realidad y apreciación concreta y práctica que debe destruir muchas "ideologías", mientras en el campo opuesto ha sido glorificada por su potencialidad revolucionaria y porque parece anticipar una forma muy especial de "acción directa", no dejaremos de señalar también sus peligros: con análogos argumentos a los que

(1) Testimonio valiosísimo de esta situación nos la da la carta de Roscio para Bello, fecha 9 de junio de 1811, en la cual acusa a Miranda de "hallarse cultivando la opinión de los pardos" y señala que "sus amigos más notables son los Toro, los Rivas Herrera y los Bolívar". Varias veces repite la acusación, con la particularidad de que así aparece Roscio —mestizo— alarmado por esa actitud, a la cabeza de la cual están, por el contrario, los más destacados "mantuanos" de Caracas. Véase "Juan Germán Roscio, Obras", Tomo I, págs. LXXII y siguientes del Prólogo, y tomo III, pág. 23. Edición de la Décima Conferencia Interamericana. Caracas, 1953.

asoma González se ha querido en la Argentina ensalzar a Rosas y en la actualidad a Perón. Llegaríamos, pues, a justificar, en nombre de una futura democracia, horrores efectivos y cotidianos repetidos durante un siglo; no nos parece una aventura muy tentadora. En el campo teórico la inconsecuencia no es menos grave: nos conducirían a admitir que todos los personajes o acontecimientos históricos pueden ligarse a una finalidad posteriormente escogida —la democracia en este caso— por una especie de predestinación metafísica. Más cómodo y más simple sería admitir de una vez la suprema ley de los ancianos conformistas: no hay mal que por bien no venga...

De todas maneras, los caudillos —considerados como elementos de agitación y rebeldía— y los pensadores políticos, quedan así ubicados como representantes de la democracia de hecho aquéllos, de la democracia doctrinaria los segundos, aunque ocasionalmente ambas formas aparezcan unidas en algunos personajes y hechos históricos, y otras veces en absoluta oposición. Y con esto último queda hecha la salvedad esencial: que no siempre el caudillo puede considerarse como factor democrático. Según mis convicciones particulares yo llegaría a mucho más: que muy pocas veces el caudillaje adquiere ese sentido afirmativo; en conjunto debemos condenarlo como un accidente adverso; porque interrumpe continuamente la integración de la conciencia nacional, porque destruye las bases cívicas y morales que son indispensables para una verdadera democracia, porque mantiene un vaivén psicológico entre la rebeldía y el servilismo que es el hábito social e individual más funesto, y porque haciendo imposible una vida institucional de libre discusión y recíproca tolerancia, alejaba del pueblo en cada crisis política la realización del mismo ideal que por otros respectos ponía ante sus manos.

Otro personaje de nuestra historia alrededor del cual podrían discutirse muchos de estos puntos de vista es Antonio Leocadio Guzmán.

Parece evidente que su puesto estaría en esa tradición que he llamado de la democracia doctrinaria. Yo lo colocaría por el contrario, dentro de la democracia de hecho, como una prolongación del caudillo en el campo intelectual.

En realidad, todo líder político tiene en gran parte peculiaridad caudillesca, que casi siempre lo colocan en oposición al pensador político, aunque ocasionalmente —por excepciones análogas a las que hemos señalado en el caudillaje— pueda haber líderes eminentes que sean a la vez doctrinarios sinceros y profundos.

Pero, por regla general, el elemento pasional en que el líder se apoya, la flexibilidad que debe tener en carácter y en convicciones, el afán de triunfo inmediato que lo arrastra, la improvisación que es a menudo su forma habitual de pensar y de actuar, la repugnancia con que rechaza el análisis y la prudencia como contrarios de la acción eficaz, la superficialidad y el simplismo en que debe mantenerse durante el diálogo con el público que

es su actividad mental permanente aunque no esté ante las masas, y muchas otras características —o deformaciones— de su personalidad, sitúan al agitador político en el campo de la acción y no en el del pensamiento.

Pero en el caso de Antonio Leocadio Guzmán hay una circunstancia histórica que acentúa ese carácter. Y es que en su misma época aparecen numerosos políticos doctrinarios —Vargas, Cagigal, Revenga, Toro, Soublette, Michelena, Aranda— frente a los cuales vemos claramente que Guzmán ocupa otro plano, pertenece a otra concepción política. No se trata de la vieja distinción entre liberales y conservadores; esta oposición nacida de circunstancias relativamente superficiales no debe tener importancia alguna para nuestra juventud actual: seguir diciendo que Vargas y Toro, por ejemplo, fueron conservadores y que José Tadeo Monagas representa el triunfo de la doctrina liberal, que Soublette fue reaccionario y que Linares Alcántara es un representativo de la causa popular son frivolidades —para decir lo menos— que ya no deben tener beligerancia.

La oposición entre Guzmán y aquel equipo de hombres —por lo demás, algunos de ellos liberales clasificados— radica en que aquellos hombres se dedicaron a estudiar las necesidades nacionales, Guzmán simplemente a vocearlas y convertirlas en tribuna propia. Aquellos hombres consideran un deber tomar en mano los problemas de educación, caminos, agricultura, esclavitud, inmigración, economía, regularidad institucional, centralismo o federación, etc., etc.,y nos dejaron sobre cada uno de estos temas planteamientos y posibles soluciones que indican serias meditaciones. Guzmán se limita a magnificarlos ostentosamente, a veces a echárselos en cara a sus adversarios políticos como si esos problemas dependieran exclusivamente de la acción individual.

No digo esto con ánimo totalmente despectivo: aunque no sea de mi gusto, reconozco que en esa actitud del líder hay también elementos aprovechables; a veces darle calor a una idea, a un problema, vale tanto como estudiarlos.

Lo que me propongo con aquellos ejemplos es probar la distinción, que también para esa época encuentro, entre la democracia doctrinaria de los pensadores y la democracia de hecho que parece ser motorizada por el líder.

Si adelantamos más en la historia de Venezuela se nos hace ya difícil presentar fenómenos tan evidentes como los señalados. A medida que crece desmesuradamente el personalismo y que los partidos se convierten en camarillas, incondiciones hacia el jefe que las protege e irreconciliables entre sí, dijérase que toda la vida nacional se empobrece; sobre todo: se convierte en una farsa entre la cual el propio observador se extravía.

Sin embargo, el mismo estudio puede continuarse en los libros y periódicos venezolanos de la época, en las costumbres privadas (que son tan rico exponente de nuestras convicciones democráticas) y en lo que yo llamaría

nuestra vida pública frustrada, o sea, innumerables manifestaciones, a menudo deformadas, de lo que la conciencia colectiva desea expresar y no puede. Por esta represión que los deforma, el hecho y el personaje histórico se convierten en *mitos,* con lo cual quiero decir esto: que el pueblo les de una realidad muy diferente de la que objetivamente tienen, pero mucho más interesante.

Grandes mitos de nuestra historia, todavía por estudiar con ese carácter, son: la Guerra Federal, Zamora, Guzmán Blanco y el "Mochismo".

Si avanzamos hasta el primer tercio del siglo actual encontramos otra particularidad no menos digna de estudio: que cuando la vida pública ha descendido, en la realidad, a su más bajo nivel, es cuando comienza a reconstruirse un verdadero doctrinarismo político, que aparece sorprendentemente elaborado apenas cesa en 1936 la inflexible presión que lo acallaba. Desde fines del siglo anterior la vieja controversia entre liberales y conservadores se había ido pudriendo más y más, alrededor de anécdotas, personalismos y vulgaridades, y por otro lado el caudillaje se había desprestigiado absolutamente. Sin embargo, sobre estas ruinas y las que el unipersonalismo amontonaba como sistema, vemos surgir de pronto un vigoroso brote de interrogaciones políticas que parecen largamente meditadas, que tienen en varios casos auténtica seriedad de doctrina, y que apasionan a los jóvenes como si éstos también recibieran del ambiente un poder de captación casi inexplicable.

Reitero que sólo me he propuesto lanzar algunas preguntas, poner a discusión algunos temas. Pero creo que mis lectores se habrán dado cuenta de todo el alcance que se las puede dar: abarcan historia, política y sociología, pueden ascender hasta los más agudos vértices de la filosofía o prolongarse horizontalmente sobre situaciones históricas, observaciones de costumbres, personajes y hechos, que hasta en la novela y en el cuento demostrarían su vitalidad e interés.

ESTE LIBRO se terminó de imprimir el día 14 de noviembre de 1963 en los talleres de la Editorial Sucre C. A., en la ciudad de Caracas, Venezuela. Para el texto se usó Garamond en 7, 9 y 11 puntos, títulos Bodoni. Se editaron 2.000 ejemplares en rústica; papel Antique 90 grs. y carátula en cartulina Cover 130.

